

PARTE 1

*Te doy
mis sueños*

SILVIA CRUZ

Te doy mis sueños

Silvia Cruz

DEDICADO A...

Todas las mujeres, que os siento como parte de mí. A mi hija, Celia: quiero un mundo mejor para ti. A mi madre, Isabel: has sembrado la semilla de la inconformidad en mí. A mi abuela Leonor: has sido el símbolo máximo de fortaleza. A mi pareja, Manuel: gracias por apoyarme siempre en todo lo que hago, darme alas para todo en esta vida y tu eterna confianza en mí. A mi prima Julia Martín: luchadora y portavoz de todas nosotras con tu música. A todas las valientes, a todas las luchadoras, a todas las que habéis padecido o visto padecer en vuestros seres queridos violencia doméstica (que por desgracia sé que sois muchas), a todas las anuladas, a todas las ninguneadas... el fin de todo eso está hoy más cerca gracias a todas vosotras. A vosotros, hombres víctimas también de tan frustrante y punzante dolor. También existís y también padecéis las consecuencias.

Agradecer a todas y a todos los que seguís luchando con entusiasmo, brío y pasión para que esta lacra deje de existir en el mundo. Millones de gracias al “Movimiento Feminista” que hoy alza la voz con orgullo en todas partes del mundo. Sois tan importantes que habéis dado sentido a todo lo sufrido.

Este libro habla del amor. El amor que es tan importante y que siempre debe empezar por el amor a uno mismo, para poder proyectarlo en amor a los demás. También habla de las consecuencias en hombres y mujeres del mal amor, del maltrato. Ojalá algún día sólo sea eso, una historia ficticia, un libro, y no un reflejo de la realidad. Espero que os guste. Gracias por leer esta historia.

La vida es un sueño, y los sueños, sueños son
(Calderón de la Barca)

LUNA

Tengo que irme ya al trabajo o llegaré tarde. Juan volvió a llegar anoche a casa borracho por culpa de su maldito trabajo y, como siempre, la paga conmigo. Ahora estoy apurada porque lo único que le saca de su mal humor es que le prepare el desayuno que a él le gusta.

—En la mesa te he dejado el café, el zumo de naranja y las tostadas con aceite de oliva y sal. — Le digo tratando de parecer amable mientras me cuelgo el bolso del hombro y cojo las llaves de casa.

—Bien. Te quiero derechita a casa en cuanto salgas. — Dice con la misma frialdad que me habla desde que empezaron los malditos problemas en el trabajo. ¿O es desde que se mudó a mi casa a vivir sin que ni siquiera hablásemos de ello? Puede que ambas cosas. Todo coincidió en el tiempo. Las cosas en su casa andaban mal desde siempre. Es lógico que se le agriara el carácter. Antes no era así. Era cariñoso y romántico. — ¡Un momento! ¡Ven aquí! — Me pide cuando justo tengo el pomo de la puerta en mis manos. Mierda. Suspiro y me doy media vuelta.

—Voy a llegar tarde, Juan.

—¿Te has maquillado, Luna? ¡Ya sabes que no me gusta que vayas hecha una buscona por ahí! ¡Estás mucho más guapa sin esa mierda en la cara!

—¡No voy hecha una buscona! ¡Sólo me he puesto un poco de máscara de pestañas y brillo de labios! Me gusta estar presentable.

—¿Me estás gritando?! ¡¿Tú, a mí?! — Se levanta del sofá y me amedrenta.

—No, perdona, cariño. — Espero paralizada hasta que su cara está a escasos centímetros de la mía. No puedo mantenerle la mirada. Me aterroriza cuando se pone así. ¡Odio su trabajo!

—Eso está mejor. Lávate la cara. — Lo miro con el ceño fruncido. — Haz lo que te digo, anda. Estarás más guapa. — Me da un suave beso cargado de cariño que me convence. Juan es un moreno de ojos negros y corpulento que quita el sentido. Pero su mal humor de los últimos tiempos me tiene del todo en alerta. No quiero ponerlo peor. Así que asiento, entro en el baño y

cojo una toallita desmaquillante. Ya me maquillaré un poco en el ascensor y así evitaré la pelea.

—Adiós. — Digo cuando salgo ya desmaquillada.

—Adiós. — Dice sin mirarme. Si no le hubiera hecho caso ni lo habría notado.

En el ascensor me siento más que molesta conmigo misma. “¡Sólo hace eso para dominarte y anularte!”, las palabras de Ana, mi mejor amiga y compañera de trabajo de la cafetería en la que soy camarera me resuenan en la cabeza. Y sé que tiene razón. Pero sólo yo sé también lo encantador que es Juan cuando quiere.

Me vuelvo a maquillar y esta vez lo hago un poco más de lo que suelo hacerlo en el ascensor para tratar de demostrarme a mí misma que soy yo la que tiene el control de la situación.

El metro de Madrid está siempre abarrotado de gente en la hora punta, pero he tenido suerte y he cogido asiento. Abro mi novela y me meto en un mundo de romances imposibles y apasionantes para evadirme del rato que queda hasta llegar a mi parada; Nuevos Ministerios.

Al salir del metro me doy cuenta de que sólo me quedan cinco minutos para que empiece mi turno, y tengo que cruzar dos calles para llegar a la cafetería. Mi jefe, Jaime, me va a matar si llego tarde otra vez. La última vez me penalizó con un día de sueldo y no puedo permitírmelo. Fue por culpa de un episodio bastante grotesco que viví con Juan y que prefiero no volver a revivir.

Cruzo las calles sin esperar a que el semáforo me dé permiso y, cuando estoy a punto de llegar a mi destino, un vehículo negro de alta gama da un frenazo para no atropellarme. Grito y me paralizó por el susto, pero no puedo evitar que me golpee levemente y me caigo al suelo de bruces, estampando las manos contra el asfalto.

¡Joder, me he hecho sangre! En una de las palmas tengo una herida bastante fea.

—¡Maldita sea! ¡¿Estás loca?! — Un hombre entrajettato sale del vehículo y me grita encolerizado. — ¿Quieres morir o qué? — Lo miro estupefacta.

Su cara me suena, pero no sé de qué. O puede que sea porque es el hombre más guapo que he visto en mucho tiempo. Un mechón de pelo rubio

oscuro, algo rizado y un poco largo le cae por la frente y se lo echa hacia atrás, dejando a la vista los ojos más azules que he visto en mi vida. Él, cuando me ve, se queda también estupefacto, y provoca la típica reacción en mí desde que empecé a salir con Juan; evito la mirada de cualquier hombre que se considere mínimamente atractivo. Agacho la mirada hasta el suelo y me levanto como puedo.

—Lo siento, señor. Lo lamento mucho. Llego tarde al trabajo e iba con prisa. — Me sacudo los pantalones negros del trabajo y me recoloco la camiseta negra también.

—¿Estás bien? — Su voz ahora suena más amigable.

—Sí, sí. Siento mucho lo sucedido.

—Al menos mírame cuando me hablas. — Dice molesto. Levanto con miedo la mirada y me encuentro con sus ojos muy azules que echan chispas, pero que se calman en seguida al toparse con mi mirada ambarina. — Deja que te vea. — Dice y me coge de las manos. Siento una corriente eléctrica por mi cuerpo que me aterra.

Es sin duda el efecto de tener a un hombre tan cerca y, tocándome. Un hombre que no es Juan. Debería quitar las manos de las tuyas, pero me quedo embobada mirando su rostro que evalúa concentrado los daños de mis palmas. ¡Qué guapísimo es! ¿De qué lo conozco?

—Estoy bien. — Digo en un hilo de voz y al fin le quito las manos de las tuyas. Vuelve a mirarme.

—Tienes que curarte eso.

—Estoy bien, de verdad. Siento lo ocurrido. — Sus ojos azules me miran como si me traspasaran y al fin encuentro las fuerzas para separarme. — Lo siento de veras. Tengo que irme. — Me giro y salgo corriendo en dirección a la cafetería.

Siento la mirada del tipo clavada en mi espalda y, cuando doblo la esquina, lo miro por última vez y compruebo que no ha movido ni un músculo de cómo lo dejé y sigue mirando en mi dirección, aturdido.

—¡Hola Luna! — Me saluda Ana cuando abro la puerta de la cafetería y me apoyo contra el cristal como si estuviese al fin a salvo. — ¡Eh! ¿Qué te ha pasado? No te preocupes por la hora, Jaime ha salido. — Miro a mi amiga. Suspiro.

—Joder, menos mal. Casi me matan por no llegar tarde. — Reacciono

y me meto en la cocina para ponerme el mandil y lavarme las manos.

—¡Coño! ¡¿Qué te ha pasado?!

—Un tipo casi me atropella y me he dado una leche contra el suelo.
— Le informo mientras me echo agua oxigenada del botiquín en las heridas.

— ¡Mierda, cómo escuece! ¡Au!

—¿En serio? — Levanta una ceja. — ¡Cómo estés encubriendo otra paliza del degenerado de tu novio la vamos a tener tú y yo!

—¡Imbécil! ¡Juan no me da palizas! — Me defiendo, le doy un latigazo en el hombro con el trapo que tengo en la mano y salgo de su mirada inquisitiva en dirección a la máquina del café. Voy a aprovechar que Jaime no está y la cafetería todavía está vacía para tomarme uno.

—Ya... bueno, sea como sea, ojalá lo dejes pronto. — Dice a mis espaldas y la ignoro. Ella no entiende. Aunque no puedo recriminarle su postura. Me ha salvado el culo en más de una salida de tono de mi novio.

—¿Cómo va la mañana?

—Bien, tranquila. He visto ya algún cochazo por la zona. — La miro confundida. — ¡Están rodando por aquí la serie esa americana! ¡La que te dije, boba! Creo que se llama “Luna de cristal”.

—Ah, sí. — ¿Será de eso de lo que me sonaba la cara de ese tipo del coche caro? No puedo quitarme de la cabeza esa mirada... — Bueno, si vienen a desayunar aquí podríamos pillar buenas propinas.

—¡Yo con que venga Tristan J. Moore ya tengo propina para los ojos!
— Brama Ana.

—¿Quién? — Pongo cara de lela.

—¡Oh, cómo puedes ser tan pava! ¡Tristan Moore! ¡Mi Tristan!

—¿Tienes nuevo ligue? — Me asombra la capacidad de mi amiga para cambiar de hombre. Ana pone los ojos en blanco y saca su móvil de su bolsillo trasero. Teclea algo en él y me tiende el móvil con la foto del hombre que casi me mata en su pantalla.

—¡Tristan J. Moore! ¡Uno de los actores de moda del momento! ¡No me digas que no sabes quién es!

—Sí, sé quién es. — Miro a Ana perpleja. Ana sonrío como si pensase que es obvio que sepa quién es. — Es el tipo que casi me atropella hace unos minutos. — La cara de Ana palidece y su boca se desencaja.

—¿Qué casi te atropella Tristan Moore?! — Asiento igual de sorprendida que ella de saber que casi muero a manos de un actor famoso. — ¿Y te ha tocado? ¿Te ha dicho algo? ¡Vamos cuenta!

—Hablaba español perfectamente como para llamarse así... a lo mejor me he confundido. — Niego con la cabeza mientras le doy un sorbo a mi café.

—¡Eso es porque se ha criado con su tía Carolina Escribano aquí, en Madrid! Su padre era un músico de country norteamericano, no recuerdo su nombre, no era muy famoso, y su madre era una modelo española. Es huérfano y se crio aquí, en España, hasta los veintidós años, que fue cuando se fue a Hollywood y enseguida triunfó. — La miro sorprendida.

—¿Y te sabes también su número de pasaporte? — Bromeo. — Vaya acosadora estás hecha. — Me doy la vuelta y sonrío porque me hace mucha gracia cuando Ana se pone en plan histérica.

—¡Cuéntamelo todo! — Me exige zarandeándome y casi derramo el café.

—¡Estate quieta! ¡Sólo ha sido un “casi atropello”! Salió del coche, me gritó, le pedí perdón, me preguntó si estaba bien, miró mis heridas y salí corriendo. Fin. — Ana no articula palabra.

—Te ha hablado Tristan Moore. ¡Y te ha tocado, pedazo de zorra! — Suelto una carcajada y me pongo con la tarea, ignorando a mi amiga que continúa repitiendo lo mismo una y otra vez hasta que se cansa.

La jornada en el trabajo se hace amena cuando estamos solas Ana y yo para atender al público. También está en cocinas Leo y Gabriel. Leo es el pobre friegaplatos, un enclenque y moreno joven de dieciocho años que no sabe qué hacer con su vida y ha pasado ya por más de una docena de trabajos, y Gabi es un chico muy mono y muy tímido con el que no me atrevo a hacer mucha amistad porque temo que le gusto un poco. Gabi tiene el pelo rubio oscuro y rizado, y unos bonitos ojos chocolate.

Ana, mi mejor amiga, tiene unos ojos azules vivos muy bonitos y ha tenido el pelo de todos los colores posibles. Ahora lo tiene rosa claro, y creo que me gusta más que el azul chillón del mes pasado. Por lo menos parece más modosita así, si es que eso es posible.

Yo nunca he cambiado mi aspecto físico. Me mantengo fiel al estilo que adopté desde mi adolescencia. Tengo mi media melena rubia de gruesos

rizos tal cual. Como siempre ha sido y creo que como siempre será.

—¿Qué vas a hacer para tu veinticinco cumpleaños? — Me pregunta Ana cuando estamos recogiendo las mesas de una mini oleada de clientes que han venido a desayunar.

—Nada, supongo que lo de siempre. — Me encojo de hombros. — Ir a cenar con Juan a algún restaurante caro.

—¡Tía, vas a cumplir un cuarto de siglo! ¡No hagas una celebración típica de una monja, te lo pido por favor! ¡Salgamos con las chicas del turno de tarde y con las del salón de belleza de Nero's! — Grita Ana señalando al salón de belleza que hay en la acera de enfrente a nuestra cafetería. — ¡Son muy guay!

—No lo veo. Y, además, las monjas no tienen novio. Así que no voy a hacer una celebración típica de una monja. — En ese momento las puertas de la cafetería se abren y vemos entrar a otra oleada de clientes, entre los cuales está el impresionante hombre que casi me atropella hace escasas horas. — Mierda. — Mascullo. Ana mira hacia la puerta.

—¡Hostia puta! — Exclama y le doy un codazo. Tristan Moore me ve y frunce el ceño. — Hostia puta. Hostia puta. Hostia puta. — Repite sin cesar al ver todo el elenco de actores reconocidísimos entrar en nuestra cafetería de barrio.

—Calla. Te acabarán metiendo presa por malhablada. — Me burlo con una risa nerviosa mientras sigo sintiendo la mirada de Tristan Moore en mi dirección.

—¡No te meten presa por malhablada! Bueno... sí... pero, ¡Joder tía! ¡Está mirándote! ¡Tristan Moore está mirando hacia aquí! ¡Me muero! ¡Me muero! ¡Y Jack Ford también! ¡Oh, maldita sea, una foto para Instagram! — Ana comienza a buscar su móvil y yo la detengo en el acto.

—¡Ni se te ocurra! — Me mira reprobando mi actitud. — Si los incomodas no volverán más y necesitamos esa clientela para sacar buenas propinas. — Le regaño.

—¿Hola? — Un señor que parece importante nos llama desde la mesa en la que están sentados varias personas que creo reconocer como actores de mis series favoritas.

—¡Ya va! — Le digo. — Ana, ve a atenderles. — Ana me mira estupefacta.

—¡Voy! ¡Voy, voy, voy! — Dice histérica y cuando la veo salir del mostrador.

Yo me resisto a mirar hacia la mesa. Algo me dice que ese hombre sigue mirándome y, me pone muy nerviosa. Así que me doy la vuelta y comienzo a limpiar el poyete de la cafetera... otra vez. Pero al menos me mantiene distraída de pensar estupideces. O, al menos, eso intento.

TRISTAN

Si digo que es la cara más bonita que he visto en mi vida no exagero. Y también la más asustada. Pelo rubio con gruesos rizos perfectos que enmarcan una cara de ángel, ojos ámbar muy claros llenos de lunarcitos más oscuros, nariz respingona y llena de pequitas y... ¡oh, joder unos labios de vértigo! De esos que te quedarías todo el día mirando cómo se mueven mientras hablan. He visto algo en esos ojos que me ha resultado peligrosamente familiar, puede que por eso la he dejado huir de esa manera cuando simplemente quería comprobar que estaba bien después de casi atropellarla.

Me ha reconocido. Estoy seguro. O... casi. Pero no es la típica reacción que suelen tener las mujeres cuando lo hacen. “¡Oh, Tristan, una foto, por favor!” “¡Oh, Tristan, soy super fan de todo lo que haces!” “¡Qué guapo eres, por favor!”... eso se habría parecido más a la típica reacción. Hace mucho que no vengo por España, pero estoy seguro de que aquí la gente es igual de desquiciada que en todos lados. Ella, sin embargo, salió corriendo justo cuando iba a preguntarle su nombre y hacer de aquel accidentado encuentro algo más largo.

Pero luego me alegré enormemente de que se fuera sin más. Fue más que un alivio no tener que cruzarme con esa mirada que me decía todo lo que yo no quería oír ni en ese momento ni en ningún otro momento de mi vida.

El rodaje de esta mañana me dispersa de pensar más en ello.

Después de pasar por maquillaje y releerme por enésima vez el guion de mi personaje, tratando de interiorizar el carácter del personaje, me meto en el papel y salgo a dar lo mejor de mí durante el rodaje.

¿Alguna vez me tocará algún papel que no sea un jodido asesino, o un loco maniaco, o un borracho cabrón? Aunque puede que eso sea lo que mejor se me dé ser... En esta serie en concreto soy un capo traficante de droga que está pillado por la chica del flamante protagonista.

Jack Ford es el brillante protagonista. Un tipo guapo, con esposa aún más guapa, con dos hijas guapas, rodeado de gente guapa. De familia de actores galardonados por las mejores academias de cine mundiales, ¿qué otra cosa acabaría siendo él si no? Pues el protagonista de toda película o serie de

moda que la industria produzca.

No es su culpa, claro está. Algunos han nacido con estrella y otros estrellados. Aunque yo no me quejo. He amasado una importante fortuna con esto del cine y con alguna campaña publicitaria de marcas importantes de ropa interior. También tuve un grupete de rock sureño durante una época. Eso ya lo dejé, igual que lo de modelar. Nunca me hizo sentir importante desfilas en ropa interior. Sin embargo, me abrió las puertas a esta industria apasionante y envolvente, en la que cuando entras, ya no sabes cómo salir. Ya nunca volverás a ser una persona normal y tus relaciones tampoco lo serán. Todos te ven como un producto, una máquina de hacer dinero o un camino para conducirles a su propio éxito personal.

Porque todo el mundo se cree importante. Eso es algo que también he aprendido. No sé cuántas chicas me he llevado a la cama que se creían que por acercarse a mí sus carreras como actrices o como cantantes despegarían y alcanzarían las estrellas. No sé cuántas veces mis abogados se han tenido que pelear con ese tipo de mujeres para que no vendieran vídeos o fotos de mi intimidad con ellas. Esa es sin duda la peor parte de mi monotonía. Porque se ha convertido en una monotonía. Aunque ya no salgo con chicas desconocidas por esa misma razón.

En realidad, no salgo con nadie. Pocas son las veces que repito con una misma mujer. Yo no soy un tipo romántico y no me interesan las relaciones ni jamás lo harán. Pero sí que me interesan las mujeres y mucho. Así que de vez en cuando he tenido la desagradable experiencia de encontrarme teniendo sexo con alguna de esas que tratan de aprovecharse de mi éxito personal para crearse el suyo propio. Creo que en Estados Unidos hay una de ellas ahora mismo dentro de un Reality Show.

El rodaje de la escena de hoy tiene lugar en mitad de una avenida enorme de Madrid. Y, para ello, ha hecho falta cortar el tráfico de la zona.

A pesar de la seguridad contratada por la productora más la añadida a la proporcionada por el ayuntamiento de Madrid, algunas fans enloquecidas han conseguido burlar el cordón policial y se han abalanzado sobre Jack y sobre mí. Contra todo pronóstico, me he reído un poco al escuchar a una niña gritarme a pleno pulmón que quería un hijo mío, inmovilizado en el suelo con la chica sobre mí.

Un seguridad se la llevó a tiempo de que le dijera que era una muy mala idea, que jamás sería un buen padre ni para sus hijos ni para todo el reguero

de hijos que han tratado de endosarme durante los seis años que llevo siendo más o menos reconocido a nivel mundial.

Esa es otra de las malas experiencias de mi monotonía. No sé cuántas pruebas de paternidad me he hecho. Y siempre las hago de buena gana. Sé que jamás cometería una imprudencia como dejar a alguien embarazada en mi miserable vida.

Cuando acabamos la escena de la persecución en coche que nos habíamos propuesto rodar esta mañana, Jason Cooper, el director, nos dice que nos invita a tomar un aperitivo en alguna cafetería cercana y tranquila mientras discutimos cómo vamos a plantear la siguiente escena.

Lo que no esperaba por nada del mundo era toparme con esa mirada ambarina de nuevo. Ni mucho menos que esquivara mi mirada. Porque la extraña fémina con los pelos rosa que está a su lado nos ha reconocido al menos a Jack y a mí y disimula de la peor manera que he visto en mi vida disimular su entusiasmo mientras habla con la mujer a la que casi mato esta mañana.

Me mira de nuevo, durante décimas de segundo, y se vuelve nerviosa para escapar de nuevo de mí. Interesante...

Jason llama a la camarera de pelos rosa que viene más temblorosa que un flan a tomarnos nota. Como no habla inglés le hago yo de intérprete. Me mira, sonrío sin parar, asiente y toma nota.

Me enfado conmigo mismo cuando me descubro mirando a la rubia por tercera vez y ella no se ha dignado a hacerlo ni una mísera vez más. Tampoco a Jack Ford.

La chica de pelo rosa me trae algo que no he pedido y aprovecho la situación para levantarme y dirigirme a la barra.

—Hola. — Le digo molesto a su espalda. Mmmm, tiene buen culo. Se gira y cuando me ve da un brinco.

—Ho... hola. — Dice nerviosa y le cuesta mantenerme la mirada.

—Eres la suicida de esta mañana, ¿verdad? — Me burlo un poco de ella, aunque no sonrío en absoluto. Ella sí que lo hace y tiene una risa preciosa. Aunque creo que lo hace más bien por nervios.

—Sí, sí, soy yo. — Agacha la mirada y me vuelvo a molestar. No me gusta que me prive de la visión de sus ojos, aunque sean tristes son de lo más bonitos y singulares. — ¿Puedo ayudarle en algo? — Al fin vuelve a mirarme

y se me escapa una sonrisa pícaro.

—En muchas cosas. — Permanece inmóvil esperando que le aclare en qué. — Tu compañera se ha equivocado de café. Le he pedido uno solo y doble. — Le tiendo el vaso secamente.

—¡Oh, lo lamento mucho! ¡Enseguida se lo cambio! — Coge el vaso y veo una herida muy fea en su mano. Sin pedir permiso se la agarro con fuerza y la observo preocupado. —

—Eso debe doler. — Pienso en voz alta.

—No ha sido nada. — Quita la mano de la mía y mi molestia sube de nivel. De hecho, le regaño con la mirada por su grosería. ¿Es que no tiene ni idea de quién soy? ¿Puede eso ser posible? — Mi compañera le llevará el café enseguida, señor.

—No. — Contesto de forma autoritaria. Ella abre los ojos sorprendida. — Lo traerás tú. — Me giro y me vuelvo a sentar con mis compañeros de rodaje.

No vuelvo a mirarla más, bueno, sólo de reojo, y la noto bastante preocupada por tener que hacer lo que le he ordenado. Pero no voy a morderla, joder. Sólo soy un humano más. No soy un extraterrestre ni voy por ahí pavoneándome ni humillando a las personas. Minutos después estoy distraído con la explicación de Jason sobre cómo quiere que nos coloquemos en la nueva escena a rodar cuando siento el terciopelo de su voz junto a mí.

—Su café solo doble. — Me dice en perfecto inglés y me giro sorprendido a mirarla. ¡Me está sonriendo! Bueno, ya parece menos asustada de mi presencia. — ¿Necesitan algo más? — Se dirige al resto del equipo también en inglés. Jason le sonrío agradecido y le pide unas cuantas cosas más. Ella asiente obediente y anota el pedido en una libretilla.

Mientras tanto yo la miro con algo parecido a orgullo latiendo en mi pecho y me doy cuenta de que estoy sonriendo como un estúpido. Me aclaro la garganta y me obligo a devolver los pies a la tierra. En donde tengo que estar. En el rodaje de la serie.

Cuando me termino el café y las tostadas con aceite de oliva virgen y tomate natural, me excuso con el resto del elenco y les digo que nos vemos en el set. Estoy más ansioso de la cuenta y eso siempre me preocupa cuando sucede. Tengo que evitar que eso me vuelva a pasar.

Dejo una propina escandalosa sobre la mesa y, sin despedirme de la

rubia enigmática ni de nadie, voy fumándome un cigarrillo por la calle con uno de los de seguridad siguiéndome los pasos. Tengo que pararme como quince veces por el camino para firmar autógrafos y hacerme fotos con viandantes. Pero, por una vez en mi vida, hasta agradezco la distracción.

Llevaba mucho tiempo sin sentir una señal de alerta como la que acabo de sentir en mi estómago allí, dentro de esa minúscula cafetería de barrio. Aunque no han sido las típicas náuseas, pero algo raro he sentido. Y sé que tengo que tener cuidado con eso. No soy médico, pero no me hace falta serlo para saber que es peligroso. No volverá a pasar.

LUNA

El corazón me va a mil por horas. Supongo que es lo normal cuando tienes a tanta estrella junta frente a tus narices y actuando como si fuesen simples mortales. Sacudo la cabeza. ¡Es que lo son, estúpida! Pero sus mortales vidas no se parecen nada a la super mortal vida que yo llevo.

Tristan Moore me pidió que fuese yo misma a servirle el café y no sé por qué estúpido motivo sentí el deseo de pavonearme frente a él demostrando que yo también hablo inglés. No sé por qué lo hice. Simplemente no quería sentirme una simple camarera de mierda frente a tanta personalidad ilustre.

He estudiado la carrera de magisterio de música y he hecho todos los cursos habidos y por haber de inglés. Cuando era más joven tenía la ridícula idea de convertirme en cantautora. La música era algo que unía a mi familia. Es la única magia que aún conserva mi vida. Pero ya no me siento capaz de querer algo así para mí. Por no hablar de cómo reaccionaría Juan si le dijese que quiero hacer semejante locura.

Gabi, Leo y Ana están haciéndose fotos con todos los actores mientras yo les observo a la par que voy secando los vasos que acabo de sacar del lavavajillas. Ana me llama con su mano para que yo también me una y yo niego con la cabeza sonriéndole a modo de disculpas. Con el único que me hubiera gustado hacerme una foto se acaba de ir por la puerta de la cafetería sin siquiera decir adiós. Y, sin comprender el motivo, me siento bastante triste por ello. Pero, ¿qué pensabas? ¿Que te ibas a hacer íntima amiga de Tristan Moore sólo porque ha estado a punto de atropellarte por tu culpa? Tendrá mejores cosas en las que pensar que en decir adiós a una simple camarera de mierda.

Mi jefe, Jaime, al fin hace aparición por la cafetería. Lleva casi todo el día fuera, y cada vez eso sucede más a menudo. Nosotros creemos que tiene un lío a espaldas de su mujer. Lo miro con malas pulgas y él levanta una ceja al ver la escenita de casi todos sus trabajadores haciendo el café con un puñado de actores. Luego me mira a mí, que estoy tras la barra.

—¿Qué cojones pasa aquí? — Me pregunta.

—Son de la serie esa que están rodando por aquí. — Le explico con

una sonrisa.

—Bueno, menos mal que a ti sí que te tiene bien atada corto ese tal Juan y no andas babeando por ahí como una adolescente en celo. — Lo miro ofendida. No parece que se haya dado cuenta. Si pretendía hacerme un cumplido con eso ha hecho más bien lo contrario. Sí, ya sé que Juan se pasa con su excesivo control sobre mí, pero es porque soy lo único que tiene. — Ponme un café de los que a mí me gustan, anda. — Me pide sin mirarme y le echa un vistazo a la caja. — ¡Joder! ¡Sí que está yendo bien el día!

—Sí, nos conviene que vengan aquí todos los días mientras siga el rodaje. — Comento y suspiro a la vez.

Las palabras que me acaba de decir mi jefe me dejan un poco dubitativa. ¿No será que me estoy convirtiendo en una de esas mujeres que sus parejas las anulan por completo y no me estoy dando cuenta? Todo el mundo me hace el mismo tipo de comentario y ya empiezan a hacer que dude de lo que hasta ahora sentía como lo único sólido y estable en mi vida; mi relación con Juan.

—Pues sí. Oye, Marga y Lorena no hablan inglés, ¿verdad? — Se refiere a las chicas del turno de tarde. Una semana están ellas de tarde y Ana y yo de mañana y otra semana nos intercambiamos. A no ser que tengamos que cambiarnos el turno por algún motivo.

—No. — Contesto.

—Pues te necesito para esta tarde por si vuelven. — Miro a Jaime asustada.

A Juan no le gustan nada esos cambios de horario. Comienza a dudar de mí y del mundo cuando las cosas se mueven de su habitual sitio. Pero si le digo eso a mi jefe alimentaré más la teoría de que no soy capaz de hacer nada sin pedir permiso a Juan.

—¿Es realmente necesario que venga esta tarde? — Pregunto en un hilo de voz. Jaime me mira enfadado.

—Te lo estoy diciendo, ¿no? ¿Puedes o me tengo que buscar a alguien que haga tu jodido trabajo sin protestar? Porque estoy seguro de que hay más gente ahí fuera en paro que habla inglés y puede que otro idioma más.

—Yo también hablo un poco de francés. — Le digo sonriente. — Vendré esta tarde, no te preocupes, Jaime. — Ya me las apañaré con Juan, pero necesito este trabajo.

—Perfecto. Dile al gilipollas de Gabi que se meta en la puta cocina y me haga el almuerzo de una vez o lo echaré. — Ordena y sale de la barra para sentarse en su habitual mesa. ¡Menudo cretino!

Salgo de la barra y me dirijo a donde están mis compañeros y esas misteriosas estrellas de Hollywood. Todos me saludan y me hacen alguna foto desprevenida mientras siento manos por todos lados tratando de sujetarme para hacerme las dichas fotos.

Miro sin querer a la calle, esperando en vano que Tristan Moore aparezca y se una a las fotos. Pero ha desaparecido. Solo. Me hago sólo un par de fotos y me escabullo como puedo.

Después cojo del brazo a Ana y a Gabi y les digo que nuestro jefe ha llegado y está en modo gruñón.

—Gabi, ve y hazle el maldito almuerzo. Y si puedes métele un moco o algo.— Le digo a mi compañero que esconde una carcajada mientras se dirige a la cocina a toda prisa y Ana corre despavorida hacia detrás de la barra.

—Se acabó la diversión. — Susurra mi amiga mientras vemos salir a las estrellas de nuestra cafetería, riendo y bromeando por las calles se alejan de nuestro pequeño y aburrido mundo.

—Tengo que llamar a Juan, cúbreme. — Le digo a Ana cuando veo un par de clientes entrar y tomar asiento en una mesa. Pronto comenzará la ronda de almuerzos y esa es la parte más cansada de este trabajo.

—¿Al mongolo ese para qué? — Le echo una mirada de reprobación a mi amiga y me meto un momento en la cocina. Pulso su número y me tiembla el pulso mientras ruego al cielo por que esté de buen humor ya.

—¡Qué quieres! — Me contesta de mala gana. Espero que sea porque está ocupado trabajando.

—Hola, mi amor. — Le digo con dulzura.

—Hola, dime qué quieres.

—Juan, tengo que trabajar esta tarde. Me lo ha pedido Jaime y no puedo decirle que no. — Suelto atropelladamente. No dice nada y yo contengo la respiración hasta que lo hace.

—¿Por qué cojones me lo dices ahora? ¿Y si yo tenía algún plan contigo qué?

—Juan no tenemos planes desde hace meses porque no nos llega el dinero para pagar todas las deudas. Y menos un martes.

—¿¿Qué demonios me intentas decir?! ¿¿Me estás diciendo que te aburres conmigo?!

—¡¡No!! ¡No, no, no, cariño! Es sólo que, bueno, nos hace falta el dinero. Serán horas extras y me las pagan mejor. Tú no tienes mucho trabajo últimamente y...

—¡No pretendas decirme que tú me mantienes porque aquí el hombre de la casa soy yo! — ¿De la casa? ¡Querrá decir de mi casa!

Del pisito de mierda que heredé de mi madre que murió hace cuatro años de cáncer y que, gracias a que mi hermana mayor Alba me cedió su parte, puedo considerar mi hogar. Aunque haya tenido que hacer una reforma terrible que todavía estoy pagando para poder llamar a eso hogar.

—No te estoy diciendo eso, Juan. Sólo que me tengo que quedar y que nos vendrá bien ese dinero. — Pongo los ojos en blanco porque sé que no me ve.

—¿A qué hora sales? — Oh, mierda, va a querer venir a recogerme. No quiero que monte otro espectáculo cerca del trabajo.

—No lo sé. Pero no me iré sola. Lorena vive por el barrio nuestro. Nos volveremos juntas en el metro.

—Iré a por ti a las once. — Sentencia. ¡Mierda! A las once cerramos si no hay clientes, sino nos pueden dar las doce o la una. Y no quiero a Juan con cara de perro rabioso dos horas contemplándome desde la calle.

—No sé si acabaremos...

—¡A las once estoy ahí por ti y si no has acabado te saco a rastras de esa cloaca! ¿¿Qué se ha creído ese capullo de tu jefe, que tiene más poder sobre ti que yo?! — Se me hace un nudo en la garganta y se me llenan los ojos de lágrimas. Sí, parece ser que todo el mundo se cree con derecho a mandar sobre mí.

—Saldré cuando haya terminado. Adiós Juan.

—¡Qué! — No sé qué mosca me ha picado, pero le cuelgo sin dejarle replicar y, décimas de segundo después de hacerlo, me maldigo por mi jodida imprudencia.

¡Mierda, mierda, se va a cabrear y mucho! Mi móvil comienza a sonar

y el miedo más profundo se apodera de mi cuerpo.

—Juan, Juan, lo siento, ha sido sin querer. — Le contesto rápidamente.

—Ésta me la vas a pagar. — Dice solamente y cuelga.

Yo comienzo a respirar con rapidez y a sudar como una loca. Vuelvo a intentar llamarlo. Joder, no contesta. Lo intento otra vez. Nada. ¡Maldita sea! Le mando un whatsapp.

“Mi amor, lo siento. Estoy nerviosa porque a mí lo que me apetecía esta tarde era estar en casa contigo. Pero me han jodido el plan. Te quiero.”

Le doy a enviar y Juan ni siquiera hace por leerlo.

—¡Joder! — Golpeo con mi mano el poyete de la cocina y lloro sin poder evitarlo. No sé si por miedo, por rabia o porque no sé qué estoy haciendo con mi vida. De repente veo a Gabi mirándome con los ojos llenos de dolor. Vuelve la cabeza cuando me ve mirándolo y sacude la cabeza negando. — ¡Sí, ya sé que soy imbécil! ¡Soy una jodida imbécil con una vida de mierda, un novio de mierda y un trabajo de mierda! — Grito a los cuatro vientos y siento una pequeña liberación cuando lo hago. En seguida tengo a Ana a mi lado que me abraza asustada de verme así y me calma.

—Shhh, shhh, ¿qué pasa, tonti? — Me pregunta con ternura. No puedo parar de llorar.

—Joder, Jaime me va a pillar. — Me seco las lágrimas y me recompongo como puedo.

—Tranquila, ha salido a llamar por teléfono a su amorcito no tan secreto otra vez. ¡Gabi, cubre la caja un momento y enseguida salimos Luna y yo! — Ordena a mi compañero.

—No pienso que tú seas la imbécil. Pienso que él lo es. — Susurra Gabi al pasar por mi lado y me da por llorar otra vez.

—Vale ya, ¿qué pasa? ¿Has vuelto a discutir con Juan?

—¿Y cuándo no lo hago? ¡Da igual lo que me esfuerce en hacerlo todo bien! ¡Da igual las muestras de cariño que le dé! ¡Nunca es suficiente! ¡Nunca soy suficiente!

—¿Te has escuchado bien, Luna? — La miro con el rostro cubierto de lágrimas. — El problema lo tiene él, no tú. Tú sí sabes lo que es querer, él no.

Eres demasiado buena para él y no lo soporta. No soporta que tú seas mejor que él. Y nunca lo hará. ¿Me oyes? Nunca Luna. Nunca. No puedes cambiar eso. Y mucho menos haciéndote cada día más pequeña a ti misma.

—¿Que soy demasiado buena? ¡Ja! ¿En qué, a ver? Soy una camarera de mierda, tengo un piso de mierda, ¡si hasta el maquillaje me hace más fea!
— Ana inspira con fuerza ante mis palabras y mira al cielo.

—Haré como que no has dicho eso. Tienes estudios, hablas dos idiomas, tienes la cara más bonita que he visto en esta triste ciudad y, querida, el maquillaje te sienta demasiado bien, ¿no te has parado a pensar que eso es precisamente lo que le molesta a tu querido Juan? Tendrás un piso de mierda, pero al menos tienes uno. Algo que Juan no tiene. Además, eres una persona luchadora y buena, demasiado buena. Demasiado para que te dejes morir en sus manos.

—¿Morir? No exageres. — Le digo a mi amiga un poco más aplacada gracias a sus bonitas palabras.

—Morir Luna. Sí. Hay muchas maneras de morir. Se puede morir en cuerpo y se puede morir en alma. Créeme, sé lo que estás viviendo. Yo también tuve una relación así cuando tenía dieciséis años. Anuló mi personalidad y rompió todas las ilusiones que pudo en mí durante el breve periodo de tiempo que estuvimos juntos. Pero, ¿sabes qué? Hay vida después de una relación de mierda. Una vida mucho mejor, porque eres consciente tras vivir una mierda tan pestosa y podrida como esa que la vida está repleta de colores. Colores mágicos y brillantes, que no son sólo el negro y el gris.
— Sonríó a duras penas.

—¿Y qué hará él si lo dejo? No tiene a dónde ir...

—¡Bendita seas! ¡Al fin has pronunciado las palabras “dejar a Juan” Luna! — Me abraza más fuerte. Joder, tiene razón. — Ese es su problema. Tú no eres su madre. No le debes nada. Más bien te debe él a ti todos los años de sonrisa que te ha arrebatado. — Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas al comprender la razón que tiene mi amiga.

—No me lo pondrá fácil. — Hasta yo escucho el miedo de mi voz.

—No estás sola. No te dejaré caer. Nunca.

—Para. — Suplico porque después de esas palabras sé que no podré parar de llorar. Hace mucho que no escuchaba un mensaje de amor tan bonito de alguien.

—¡Ven aquí, tonta! — Ana me abraza y yo me deshago de un millón de lágrimas en su hombro.

Lágrimas cargadas de determinación. Tengo que dejar a Juan. Y no seré cruel por ello. Hace mucho tiempo que no consigo quererlo como él quiere que lo haga. Nos hemos dicho cosas terribles, bueno yo nunca las dije en voz alta, porque me he llevado más de una cachetada por simplemente mirarlo mal. Pero le he deseado lo peor en muchas ocasiones, y eso sin duda no es lo que yo quiero sentir por la persona a la que llamo pareja.

—Vendrá a buscarme a la salida. Hablaré con él.

—Aquí estaré cuando salgas.

—No hace falta, Ana. — Me limpio al fin las lágrimas y digo más serena. — Soy capaz de hacerlo y quiero hacerlo. Lo haré.

—Confío en ti. De quien no me fio es de él. Vamos. Volvamos al trabajo. Y tú vuelve a maquillarte, anda. — Me dice mi amiga y asiento sonriente mientras me dirijo al baño.

En el espejo me miro y no me reconozco. ¿Por qué has dejado que te hagan esto, Luna? ¿Sigues ahí, en algún lugar de mi subconsciente? Siento su voz medio apagada, pero aún con vida, gritarme que sí. Que sigue viva la Luna de siempre en mí. Y que necesita salir de una vez y gritarlo al mundo.

—Vamos a comernos el mundo antes de que el mundo nos coma a nosotras, Luna. — Le digo al espejo y sonrío. Esta vez me voy a maquillar de verdad.

TRISTAN

He recibido una llamada de mi agente, Joe. Al fin me han ofrecido un papel de protagonista, del bueno del cuento. Pero la cuestión es que es un ridículo musical. Una película romántica sobre un chico y una chica que vienen de mundos opuestos, se enamoran, se joden la vida y al final el amor todo lo vence. Me dan ganas de vomitar. Pero no puedo negar que es la oportunidad que estaba esperando. Así que he accedido sin dudar.

La Summit se hará cargo de la producción. ¡Una de las grandes productoras de películas taquilleras! Es una buena oportunidad.

La historia es que tengo que cantar en la banda sonora de la peli y yo hace mucho que no canto. Así que tendré que ponerme de nuevo a dar clases de canto para recuperar la técnica.

Joe también me ha dicho que el papel de la protagonista femenina aún no ha sido adjudicado, que el casting lo empezarán en breve, pero que quieren a alguien que no sea conocida para ello. ¡Qué jodidos son! ¡Siempre intentan ahorrarse lo que puedan para este tipo de películas! El conocido será yo. Así tirarán de mi imagen para mover al público femenino y se ahorrarán una pasta en el sueldo de la chica, sabiendo que, cualquiera que esté en su sano juicio y que aspire a tener una carrera prometedora en la industria del cine, aceptaría cualquier caché con tal de aparecer en una película de tirón de la Summit.

He controlado el dolor de estómago y las náuseas que me dieron antes en la cafetería gracias a esa noticia que me tiene más que entretenido y animado. Hace que me entregue más todavía a mi papel de malo en la serie que estamos rodando. Pronto vendrán más papeles de diversa índole y saldré un poco de esta monotonía.

Durante el rodaje de la siguiente escena también me entretengo con Nika, una modelo del este que está haciendo sus pinitos como actriz y, aunque es bastante mala, está como un tren. Y creo que la tengo bastante a tiro. Es una morena de piernas imposibles y ojos verdes. Está para follársela unas cuantas veces, la verdad. Muy guapa y muy exótica.

En esta escena yo, Carlos Cortés, el capo de la mafia, rapto a Erikah (el papel que interpreta Nika) y la tengo maniatada sobre una cama. El set de

interior se ha preparado en una nave cercana a la carretera donde hemos rodado hoy, pero han hecho un trabajo increíble los de decoración. Diera la impresión de que Nika está realmente maniatada en los barrotes de una cama de alguna de las habitaciones de hotel que suelo frecuentar cuando estoy de rodaje.

Resbalo mi mano por su cuerpo semidesnudo, como pone en el guion, y me coloco sobre la chica.

—Cortés va a darte placer, nena. — Digo la frase estrella de la escena que estamos rodando y la beso, de nuevo como dice el guion.

Pero lo que no dice el guion es que puedo usar mi lengua en este beso. Pero lo hago. Es una norma entre actores, no usar la lengua. No sé si Nika lo sabe ya o no, pero sonrío feliz cuando siento la suya surcar mi boca también.

—¡Corten! — Dice el director y me separo de la chica a duras penas. — ¡Genial! ¡Muy convincente! — Le tiendo mi mano a Nika y la levanto de la cama.

—Bien hecho, nena. — Sonríe pícara.

—Eres un caradura. — Replica sin un ápice de reprobación en su tono.

—Puedo serlo más. — Susurro en su oído. — Vente esta noche a mi habitación y lo sabrás. — Pruebo suerte.

—Puede que vaya, siento curiosidad. — Susurra ella también. Ha sido fácil. Le guiño y salgo del set.

En el camerino me limpio el maldito maquillaje y vuelvo a ser algo más parecido a un joven normal cuando me coloco los jeans y una camiseta gris de los Rolling Stones. También mis adoradas deportivas. Sí, parezco alguien normal. No está mal. Me digo mientras observo mi reflejo en el espejo. He tenido que dejarme el pelo más largo que de costumbre para esta serie. Ahora tengo una especie de melena rubia por debajo de las orejas si me lo aliso, aunque mis rizos lo hacen más corto. Lo dejé crecer porque mi personaje en esta serie siempre va engominado hacia atrás. Exigencias del guion. Yo hoy lo dejo mojado y hacia atrás, pero algo despeinado. ¿Le resultará más cómodo tratar conmigo así? ¡Pero qué coño! ¡Por qué demonios pienso en la rubia esa ahora! Puede que porque han dicho de ir a cenar algo a esa misma cafetería y tomar alguna copa antes de volver al hotel, que está bastante cerca también. Pero dudo mucho que la vuelva a ver por allí. No creo que esa chica trabaje dieciocho horas al día.

Sus ojos brillan un poco cuando me ve entrar, aunque se la ve cansada. Yo frunzo el ceño, ¿es que no descansa esta mujer? Ahora parece incómoda con algo que ve tras de mí. Me giro y veo a Nika haciendo una de sus gloriosas entradas. Ella no estaba en el set de esta mañana, porque sus escenas se han rodado por la tarde y ha sido de las pocas afortunadas que ha podido dormir más horas hoy. Aunque eso para mí no es una fortuna en absoluto. No, no, para nada.

Nika apoya su barbilla en mi hombro y la rubia se gira rápidamente para no ser testigo del acercamiento con mi compañera de set. Ignoro la punzada en mi estómago y me siento con mis compañeros más que feliz porque el rodaje ha ido muy bien hoy.

Estamos todos muy contentos con los resultados. Lo mejor es que la cafetería estaba completamente solitaria hasta que hemos llegado nosotros y podemos charlar distendidamente de todo sin tener que sufrir las inoportunas intromisiones del resto de comensales. Además, hasta para este país cenar a las once de la noche un martes es tarde. Así que reímos y conversamos en voz alta como si fuésemos gente normal y corriente. Es liberador. Estos pequeños momentos que te da la vida son muy reconfortantes.

—Buenas noches, ¿qué les pongo de beber? — Siento una corriente muy incómoda por mi cuerpo cuando escucho su voz y evito mirarla, prefiero enfocarme en mi exquisita acompañante de hoy, Nika, que se ha sentado a mi lado adrede. Pero tengo que admitir que la rubita tiene un acento en inglés del todo exquisito. Todos pedimos nuestras bebidas. — Estupendo. ¿Van a querer algo para comer? — Pregunta muy amablemente y sonriente.

Evito mirarla mucho, pero a veces no puedo evitarlo y la encuentro mirándome, aunque, cuando nuestros ojos se cruzan, ella los redirige hacia otro lado. Le pongo nerviosa. Es preciosa, no puedo negarlo.

Jason, el director, pide un buen surtido de casi todo lo que ve en la carta. ¡Qué exagerado!

La comida está bastante bien para ser una simple cafetería de barrio.

Cuando ya le confirmamos que no vamos a pedir más comida, veo a un hombre, que parece el dueño del lugar, dando instrucciones a los trabajadores de que se pueden ir a casa. Todos menos la rubita. Le vamos a hacer trabajar hoy extra a la pobre. Ella parece que asiente conforme, pero en la cara se le nota el cansancio y creo que también preocupación.

Nika me habla todo el rato de su maravillosa y estúpida perrita Sisí y yo finjo interés en la conversación. ¡Lo que tiene que hacer uno por un polvo! Y la rabia que me da que ella solita se esté cargando el morbo que me daba hasta hace escasos minutos. ¡Con lo buena que está y no tiene otro maldito tema de conversación! Me tomo como cinco cervezas para poder digerir la ridícula conversación. Y, como soy un buen actor, ni se da cuenta de que me aburre hasta el infinito ni de que estoy prefiriendo emborracharme a volver a escuchar otra cucada de esa perra.

De manera involuntaria me encuentro, de un momento a otro, levantándome de la mesa, dejando a Nika con la palabra en la boca y dirigiéndome hacia la barra, hacia la rubita, que seca y coloca platos con bastante menos rapidez y eficacia que esta mañana.

Me ve acercarme y aparta la mirada de mí otra jodida vez. ¡Me cago en todo lo cagable! ¡No soy un ogro!

—Hola, dime. — Dice sin apenas mirarme.

—¿Qué te pasa? — Pregunto sin venir a cuento. ¡Al fin me mira, maldita sea!

—Nada, señor, ¿por qué? — Pregunta preocupada.

—Porque me gusta cuando me miras, pero siempre evitas hacerlo. — Mierda, ya estoy borracho y diciendo bobadas. Abre la boca y sonrío de forma nerviosa, liberando una risita preciosa. — También me gusta cuando te ríes. — Sonrío como un estúpido. ¡Cállate ya, bocazas! Sacudo la cabeza. — Lo siento, he bebido antes en el set y he seguido bebiendo aquí para aguantar una ridícula conversación de la perra de mi compañera de rodaje. — Frunce el ceño. — No, ella no es la perra, hablo de su perra de verdad. — La rubita suelta una carcajada de verdad y no me la espero. No suelo hacer reír nunca a nadie, y menos a una mujer. Le hago otras cosas a las mujeres. Pero esto es nuevo y... me gusta el efecto que tiene. Me río yo también cuando veo unas lágrimas en sus preciosos ojos a causa del ataque de risa que está sufriendo. — Si vuelve a contarme otra vez más lo mona que es su perrita me convertiré en asesino de verdad. — No para de reír y es contagioso.

—Es guapísima. — Dice ella mirando hacia Nika.

—Lo es, y aburridísima. — Lo decía de corazón, pero veo que vuelvo a suscitar otra sonrisa en su bello rostro. — ¿Cómo te llamas? — De repente la cara de la rubita cambia y se pone del color de las paredes de un hospital.

Está mirando hacia la puerta, creo. Me giro para mirar en la dirección que sus ojos lo hacen, pero ella me agarra del brazo y vuelve a captar mi atención.

—¡Luna! — Me grita y me da un susto.

—¡Joder! ¡Qué susto! — Ahoga otra risa, pero se nota que se ha puesto nerviosa y comienza a secar los platos esta vez con más ímpetu. — Yo soy...

—Sé quién eres. — ¡Ajá! ¡Sabe quién soy! Y lo dice de nuevo sin mirarme. ¡Qué frustrante! ¡Bueno, deja de una vez de buscar un polvo aquí, Tristan! A la chica no le interesas una mierda.

—Ya veo...

—Te felicito por tu trabajo. Es maravilloso. — Vuelve a mirarme con una sonrisa arrebatadora que me estremece y otra vez me desconcierta.

¿Le gusto o no? Pero algo la tiene nerviosa. Vuelve a mirar a la puerta y yo lo hago con ella. Veo a un tipo alto y musculoso mirándome con cara de enterrador al otro lado del cristal, apoyado sobre un coche, con los brazos cruzados.

—¡Ahora entiendo! ¡Tienes novio! — Le digo un poco enfadado.

¿Cómo no he pensado en eso antes? La gente normal tiene de esas cosas. Novios pesados que no te dejan ni respirar o novias cotillas que te curiosean el móvil cada vez que tienen oportunidad. Ella no afirma ni desmiente.

—Por poco tiempo. — Me confiesa y automáticamente pienso que lo ha hecho para que yo no pierda el interés en ella. — O eso espero. — Piensa en voz alta y sigue a su tarea. Me está diciendo que va a estar libre. Libre para mí. Para que la saboree durante toda una noche. Se me pone dura sólo de pensarlo.

—Pobre hombre. — Susurro con mi voz más seductora y vuelve a alzar la mirada. — Perder a algo tan bonito como tú debe ser doloroso.

—No me lo hagas más difícil, por favor, Tristan. — Suplica.

¡Me ha llamado por mi nombre! La gente suele llamarme por mi nombre completo, con apellido y todo. Ha sido un gesto cercano y reconfortante. Pero lo que le he dicho no ha sido para que ella se sintiera mal por lo que ella solita ha decidido hacer, sino más bien para hacerle ver que estoy interesado en llevármela a la cama.

—Luna, ese tío es feo de cojones. — Arruga la frente. — Te lo estoy volviendo a poner fácil. — Le aclaro y vuelve a reír. — Además, tiene cara de cromañón. Seguro que no sabe hacer dos cosas a la vez. — Su risa es cada vez más adictiva.

—No sabes cuánta razón tienes. — Me sigue el juego.

—Yo, sin embargo, sabría hacerte más de dos cosas a la vez si me das una noche, contigo. — Pruebo suerte. Un estallido me hace dar un salto. Se le ha caído el vaso que tenía en las manos.

—Mierda. — Masculla y se agacha a recoger los restos. No quiero darle otra excusa para que no me mire, y quiero una respuesta a la propuesta que acabo de hacerle, así que me meto tras la barra con ella y le ayudo a recoger los cristales del suelo. Me mira como si me salieran tres cabezas. — Si sale mi jefe del almacén y te ve haciendo esto me echará seguro.

—Míralo por el lado bueno. Así no tendría que esperar a que te deje salir y te podría llevar ya a mi cama. — Prosigo con mi propuesta. Ella se me queda mirando fijamente y se muerde el labio. ¡Ahí está! ¡La tengo!

—No puedo. Todavía tengo novio. — Sentencia sacudiendo la cabeza y me quedo planchado. Con un nudo presionándome en la boca del estómago. ¿Alguna vez me ha dejado tan cortado una mujer?

—Perdona. — Me disculpo y salgo cagando leches hasta sentarme de nuevo junto a Nika. Aunque mi idea es más bien pensar en cómo puedo volver a controlar la situación para que ella acepte. Sé que está deseándolo, como yo.

Nika me pregunta que qué hacía con mala cara y le digo que pedir una copa a la camarera. Parece que le convence y prosigue la conversación por donde la dejó. Pero yo no puedo concentrarme. No puedo quitarme esa mirada de la cabeza y, para colmo, siento los ojos del neandertal que hay en la calle clavados sobre mí.

Finalmente, me calmo un poco y decido que voy a volver a levantarme para preguntarle a Luna si acepta mi proposición o no. Quiero pasar una noche con esa misteriosa chica, aunque sepa que me arriesgo a que sea otra interesada en el famoseo rápido. Sin embargo, ella no parece de esas para nada, más bien lo contrario. Estoy decidido, tengo que pasar una noche con esa chica que me ha llamado tanto la atención. De otra forma no me la voy a quitar pronto de la cabeza y no soporto esa sensación de descontrol.

Pero, en el momento en el que ya estoy levantándome, el moreno con cara de matón a sueldo, hace acto de presencia. Entra en la cafetería y se dirige derechito a Luna, que le observa con la mirada más aterrada que he visto en mi vida, la coge del brazo y, sin mediar palabra, comienza a tirar de ella hacia el exterior.

—Nos vamos a casa. — Farfulla mientras la chica intenta soltarse y mira a su alrededor preocupada por la escenita que está dando. — Ya son casi las doce y no voy a seguir presenciando cómo le calientas la polla al guaperas ese de mierda. — Masculla lo bastante alto para todos los oigamos, mirando en mi dirección.

Menos mal yo soy el único de esta mesa que entiende español.

Me tenso.

Ella no me ha calentado la polla en ningún momento. ¿Por qué dice eso? Más bien ha sido más respetuosa de lo que estoy acostumbrado. De hecho, ha sido muy distante conmigo, y eso es lo que más me ha llamado la atención. Me gustan los retos. Hacen del sexo algo más divertido que cuando es demasiado fácil.

—Juan, suéltame, te lo suplico. — La escucho decir a ella con la voz quebrada y con unas enormes ganas de llorar. — Juan, estoy trabajando. — El tipo la ignora y sigue tirando de ella hacia el exterior.

—Perdona Nika. — Le digo a mi compañera que sigue jodiéndome la vida con historias de su perra. — ¡Eh! ¡Qué haces! — Le increpo a ese subnormal que trata de sacar a la fuerza a Luna del local.

Si me meto es porque ella misma me ha confirmado que está decidida a dejar al tipo y porque aún no me ha respondido a mi propuesta de pasar una noche conmigo. Pero, al darme la información de que piensa dejarlo, me ha parecido entender que no sería tan complicado que aceptase a intimar conmigo. Estoy seguro de que puedo hacer que se olvide de ese capullo por una noche al menos.

—¡Tú no te metas o te reviento la cara, maricón! — Me dice el moreno de forma rabiosa. Oh, oh. Tristan, contrólate.

—¡Para Juan! ¡Suéltame! — Gime Luna aterrorizada. ¡Voy a matarlo! En ese momento aparece el jefe de Luna con unas cajas en la mano.

—¡Eh! ¿Dónde cojones vas, Luna? — Ella no puede responder siquiera. Está llorando y creo que intentando controlar que no le dé un ataque

de nervios.

Es una chica muy reservada. De eso me he dado cuenta. Supongo que protagonizar una pelea en público con su novio no debe ser lo que más le agrada en la vida.

Su jefe y yo nos dirigimos hacia fuera. Mis pies han cobrado vida propia y no puedo frenarlos. ¡Esa chica estaba a punto de caer en mis redes! ¡Estoy convencido!

—¡Que me sueltes! ¡Se acabó Juan! ¡Se acabaron tus malditos cambios de humor! ¡Se acabó creer que siempre soy yo la culpable de todo! ¡Maldita sea, déjame vivir! —Luna tiembla de pies a cabeza mientras le dice esas hirientes palabras a su novio. El tipo parece desquiciado. — ¡Tienes un problema y tienes que resolverlo, tú solito! — Le grita al moreno. Su jefe y yo nos miramos y nos mantenemos atentos, por si la cosa se pone fea, pero sin participar. Por ahora.

Aunque sólo parece una discusión típica de pareja sacada de tiesto. ¿Ves Tristan? ¡Por estas cosas, entre otros motivos, no tendrás pareja en la vida! Porque tú no quieres sentirte ni de lejos tan miserable y tan desorientado como se está sintiendo ahora mismo ese capullo.

Vamos nena, mándalo ya a paseo y te compensaré llevándote a mi habitación del hotel y follándote como un loco.

—¿Que se acabó? ¡Tú a mí no puedes dejarme! ¿Me oyes? ¡Nunca! — De repente la mano de ese malnacido se levanta y Luna esconde la cara y aprieta los ojos como acto reflejo.

¡No será capaz!

Estoy a punto de lanzarme sobre el tipo y coserlo a hostias. Pero no, falsa alarma, estampa su puño contra una papelería de la calle. ¡Ups! ¡Seguro que eso duele! Luna emite un gemido al escuchar el golpe y se desmorona, comenzando a llorar de forma desgarradora, abrazándose a sí misma sin parar. La ha asustado y a mí también. Pero me da la impresión que a ella más que a mí. Me da la impresión de que estaba convencida de que el puño de ese tipo acabaría estrellándose contra su bello rostro.

¡Será cabrón! ¡Voy a arrancarle los ojos!

Me acerco dos pasos en dirección a Luna y el moreno me dedica una mirada de odio amedrentadora, cargada de advertencia, para que no me acerque a su chica. Aunque a mí esas miradas nunca me amedrentaron. Al

menos desde que cumplí cinco años dejaron de hacerlo.

—Oye Juan, vete ahora mismo de aquí o llamo a la policía. — Interviene el jefe apartando a Juan de Luna y yo aprovecho para agarrarla a ella y ponerla detrás de mí.

—¡Suelta tus sucias manos de mi novia o te reviento! — Me amenaza.

—¡Vamos! — Le reto.

No sé si se ha percatado de que yo estoy mucho más fuerte que él. Entreno bastante duro. Y, aunque no lo hiciera, encontraría las fuerzas de donde fuera para darle su merecido.

Siento que me estoy metiendo donde no me llaman. Pero, tampoco he podido evitarlo. Lo he hecho sin pensar. No suelo llegar tan lejos por un polvo. Pero esta vez está siendo todo diferente a como de costumbre.

En ese momento salen algunos de mis compañeros de set y un par de especialistas (esos que hacen las escenas difíciles simulando ser el actor principal), supongo que extrañados por mi comportamiento y desconcertados porque no saben qué está pasando exactamente. Comienzan a increpar a mi rival con Luna en inglés y se ponen junto a mí.

—¡Tú y yo! ¡No seas cobarde! — Me amenaza el moreno.

—Aquí el único cobarde eres tú por asustar a una mujer indefensa. Te ha dicho que se acabó, así que déjala en paz. — Escucho el llanto inconsolable de Luna a mi espalda y me estremezco.

Vamos nena, no es para tanto. Este sujeto no merece que te pongas así por él. Está fuerte, sí, pero no parece ser muy consciente del tesoro que tiene con ella.

Otra vez siento la punzada de dolor en mi estómago. Vamos, no es el momento, contrólalo Tristan. Ignóralo por una vez.

En ese momento veo llegar corriendo a la chica del pelo rosa de esta mañana, que se abalanza sobre el susodicho Juan y le da un empujón.

—¡Vete de aquí, gilipollas, y déjala vivir! — Le grita.

El tal Juan parece poseído por el diablo y descarga una mirada sobre la chica de pelo rosa que, si las miradas matasen, esa chica estaría ya más que muerta.

—Vete ya Juan, o te juro que llamo a la poli. — Vuelve a repetir el jefe de la cafetería.

El individuo me mira lleno de odio, escupe en el suelo y mira a Luna, que sigue tras de mí, escondida.

—Vas a tener que volver a casa, puta calientapollas, y te las verás a solas conmigo. — Amenaza de nuevo ese engendro señalando con el dedo a Luna, que está hecha un ovillo tras de mí, y se va.

¿Cómo un tipo puede hablarle así a su novia? No lo entiendo...

Le dejo ir sin decirle nada más para poder al fin hacerme cargo de ella. Es mi momento. Ya no hay novio que se entrometa.

Cuando me giro, me encuentro a una masa temblorosa que lloriquea y enfoca la mirada hacia el mismísimo centro de la tierra, como si quisiera hundirse hasta llegar a él.

—¡Eh! ¡Eh, tranquila! — La abrazo y acaricio la espalda. — ¿Estás bien? — Susurro en su oído. No puede hablar. Está aterrorizada y tiembla bajo mis brazos. — Ya, ya... shhhh, shhhh. Sólo es una ruptura, nada más.

—¡Maldita sea, Luna! ¡Te dije que si volvía a hacerme ese estúpido el numerito en la cafetería te pondría de patitas en la calle! — Grita su jefe. Yo le dedico una mirada de lo más fiera y parece que surte efecto, porque se calla.

—Jaime, cállate, hazme el favor. — Dice la chica de pelo rosa. — Ella no tiene la culpa, es todo culpa de ese maldito asqueroso de Juan. — El dueño de la cafetería suspira y mira a Luna, que permanece en mis brazos llorando sin cesar.

La abrazo con todo lo que soy. No sólo ella necesita ser abrazada. Yo también siento que necesito hacerlo.

Siento su calor en mi cuerpo y siento un embriagador aroma que me colma. Lo desprende Luna.

Mis compañeros de set me preguntan qué ha pasado y yo resto importancia con ellos y les digo que un tipo ha intentado robar a Luna y hemos conseguido espantarlo. Sin saber muy bien por qué, siento que quiero proteger a esta chica de su sufrimiento personal, al menos, puedo hacerlo ahora mismo del qué dirán. Y tener a más personas pululando a tu alrededor haciéndote preguntas no ayuda.

—Bueno, bueno, tranquilízate, Luna. Ya está, ya se ha ido. — El jefe se acerca, acaricia la espalda de Luna de forma patosa, pero ella sigue enganchada a mí con todas sus fuerzas. Llorando sin consuelo.

—Ya, ya, que me vas a manchar la camiseta. — Bromeo.

—¡Oh, lo siento! — Al fin reacciona, recuperando un poco de autocontrol, se separa de mí y se intenta limpiar la cara con el dorso de las manos. Siento el vacío que ha dejado en mi torso cuando se separa.

—Era broma. Vamos, ven. — La vuelvo a abrazar. Se deja, pero ya no llora. Bien, ha servido la distracción. — Vamos adentro y te tomas un té o algo. — Le digo con dulzura. Ella asiente.

Creo que a ella le sorprende tanto como a mí mi propia reacción cuando la cojo en brazos y me la llevo dentro.

LUNA

Estoy soñando. Debo estar haciéndolo. Tristan Moore me está llevando en brazos hacia el interior de la cafetería y yo lo miro embobada con mis manos entrecruzadas alrededor de su cuello. Casi no puedo ver ni oír lo que está pasando a mi alrededor. Es como si todo lo demás estuviese borroso.

Me dedica una de sus arrebatadoras sonrisas y mi rostro se congela más todavía.

Me suelta sobre una silla, se sitúa de cuclillas frente a mí, me agarra de las dos manos y me dice algo.

Asiento, embobada, sin saber a qué.

—¿Sí? ¿Sí qué? — Pregunta. Mierda. De repente vuelvo a recordar que no debo mirar a ningún hombre así que no sea Juan. Aunque esto sea un sueño. Tampoco puedo permitírmelo en sueños. Agacho la mirada y la escondo de la suya. — Luna. Te estoy hablando. — Dice molesto. Parpadeo y le vuelvo a mirar, pero esta vez más distante.

—Lo siento, no te oí.

—Te pregunté que qué te apetece tomar.

—Nada. Estoy bien. — Contesto mi típica frase de manera automática.

He aprendido a decirla y a que suene creíble después de llevar años poniéndola en práctica, aunque cuando la pronuncio suelo sentir lo contrario.

—¿Ese era tu novio? — Pregunta y por su expresión parece que me odia por ello.

Todos me odian por ello.

Soy una imbécil a ojos de los demás por estar con Juan.

Mientras asiento con la cabeza, la escenita que acaba de tener lugar con Juan y conmigo como protagonistas vuelve a acudir a mis recuerdos y no puedo evitar que las lágrimas rieguen mi rostro.

Sí, ese es mi novio y no sé cómo hacer para que deje de serlo. Juan nunca me dejará que lo deje. Y yo ya no sé cómo ni de dónde encontrar las fuerzas para enfrentar a una ruptura con Juan, una ruptura que llevo deseando mucho tiempo. Juan sabe dónde encontrarme, sabe cómo desarmarme, cómo

volver lo blanco negro, cómo aniquilarme mental y espiritualmente para que, al final, no pueda dejarlo.

Tener que enfrentarme a una situación como esa, para mí, supone ser consciente de que me insultará, seguramente me pegará y muy probablemente acabará forzándome a tener sexo como castigo cuando yo ya esté rendida, llorando y arrastrándome por el suelo, suplicando su perdón por haber dudado de lo nuestro.

Siempre supe cómo sería nuestra ruptura, y, puede que, por eso, siempre la evité. Porque no servirá para nada. Pero hoy ha nacido una nueva determinación en mí proveniente de no sé dónde. Durante unas horas, esta tarde, he pensado que encontraría el valor para dejar a Juan.

En especial desde que Tristan Moore volvió a aparecer por la cafetería donde trabajo.

En cuanto abrió la puerta el corazón se me paró y sentí un calor extraño abrasándome desde dentro, muy dentro de mí. Evité mirarlo a los ojos, una vez más, pero no porque no quisiera hacerlo. Es simplemente que me sigue dando miedo a hacer tal cosa con un hombre diferente a Juan.

Sé lo que me espera cuando vuelva a casa. Porque alguna vez tendré que volver.

—¿Te ha tocado? ¡Dime que no te ha tocado! — Interviene Ana y la fulmino con la mirada. Tristan Moore mira a mi amiga horrorizado, porque esa pregunta ha revelado una información bastante importante. Después me mira a mí.

—¿Qué?! — Me pregunta Tristan temeroso. Casi no le sale la voz.

—¡Ana, no saques las cosas de quicio, por favor! — Disimulo como bien he aprendido a hacerlo y parece que convengo a Tristan, porque lo oigo suspirar de alivio. — Sólo estaba nervioso porque no quería que lo dejase. — Me levanto al fin y prosigo con mi trabajo, para dar a entender que todo está bien. — Se acabó esta conversación. Ya se fue. — De reojo veo como Ana y Tristan Moore me siguen mirando sin saber si hacerme caso o no, un tanto desorientados con mi repentino cambio de actitud. Jaime, mi jefe, sí que se ha conformado con mi afirmación de que todo está bien y vuelve al trabajo, introduciéndose de nuevo en el almacén para poner en orden todo.

—Está bien. — Oigo decir a Tristan Moore. Me giro para verlo. Sí, parece que se ha convencido de que todo está bien. — Si tú dices que estás

bien, te creo.

—Gracias. — Le digo de corazón. Él entiende que me refiero al apoyo que acabo de recibir por su parte porque asiente a mis palabras.

Ana me mira todavía sin saber qué palabras usar conmigo.

—No tienes por qué darlas.

—Juan es muy... intenso. Siento haberte metido en una situación tan desagradable.

—No me has metido tú. Lo he hecho yo solito. Y lo volvería a hacer. — Su confesión me deja de piedra. Y la convicción que muestran sus ojos más aún. ¿Por qué? ¿Por qué un hombre tan perfecto y con tanto éxito personal se preocuparía de una donnadie como yo? Lo miro perpleja y, por primera vez, es él quien aparta la mirada de mí. Mira hacia sus manos. — Ponme un whiskey solo con hielo, por favor. — Me pide en un susurro. Asiento y me pongo a ello. Ana sigue mirándome y sé que evaluándome. Pero se mantiene en un plano distante a lo que está ocurriendo. Sé que se muere de ganas por darme una buena regañina. Pero tendrá que esperar a que mi turno acabe.

—Aquí tienes. — Le pongo la copa en el mostrador. Tristan Moore sigue sin mirarme y, cuando voy a darme la vuelta para dejar de hacerlo yo también con la cara de embobada que sé que estoy poniendo, siento sus dedos sobre los míos. Lo que hace que una corriente eléctrica me sacuda de arriba abajo. Nos miramos.

—Si no tienes dónde ir esta noche, puedes quedarte conmigo. — No ha dicho eso. No. No puede haberlo dicho. Mi mente se colapsa. Busco alguna respuesta rápida a su oferta y no encuentro nada coherente que decir.

—Eh... yo... me voy a quedar en casa de Ana. — Digo con poco convencimiento señalando a mi amiga, que me mira como si hubiese perdido el juicio.

¡Sí, ya sé Ana, es Tristan Moore! Está buenísimo y todo eso, con su mirada azul cristalina, su pelo rubio oscuro rizado revuelto, su mandíbula cuadrada y esos labios carnosos tan espectaculares. Pero no conozco de nada al tipo y sé lo poquita cosa que soy. Voy a defraudarlo, eso lo sé.

Y tampoco me siento preparada para estar con otro hombre que no sea Juan. No sé si alguna vez lo estaré. Mi relación con Juan ha hecho que dude de mi capacidad personal para establecer otro tipo de relación con sujetos

masculinos. Simplemente me siento incapaz.

Tristan Moore asiente con la mirada clavada en su vaso y se da media vuelta para volver con sus amigos.

Y ahora viene el chaparrón de Ana, no me cabe la menor duda.

La miro y la encuentro exactamente como la imaginaba. Con una ceja levantada, los brazos cruzados y mirándome con reprobación.

—¿Es que eres de hierro, o sólo estúpida hasta reventar? — Me pregunta enfurruñada.

—No puedo, Ana. Hablemos después. ¿Te importa que me quede contigo esta noche? No quiero volver a casa. — Ahora alza las cejas sorprendida.

—Ibas en serio con lo de dejar a Juan... no me lo puedo creer, pero lo vas a hacer. ¡Lo vas a hacer, Luna! ¡Por fin! — Se acerca y me sujeta de los hombros.

Me mira con admiración. ¿Admiración por qué? He sido una completa estúpida dejando pasar tanto esta situación que yo inconscientemente sabía que algún día tendría que abordar. Sonrío sin ganas y digo que sí.

El hombre que creo que es el director de la serie en la que está trabajando Tristan Moore me pide la cuenta.

—Dejemos la charla para cuando estemos en tu casa, ¿vale? — Le pido a mi amiga mientras salgo del mostrador para llevar la cuenta a la mesa de Tristan.

Mi amiga se conforma.

Al llegar a la mesa, no puedo evitar mirar a ese hombre tan espectacular; Tristan Moore. Pero no lo hago sólo por recrearme en su increíble belleza. No. Lo hago sobre todo porque no comprendo cómo un hombre como él puede sentir mínima atracción por alguien como yo. Y menos, después de haber presenciado a Juan, mi novio, en todo su esplendor.

Aunque sé que he aprendido bastante bien en estos cuatro años a su lado a disimular nuestros problemas de pareja en público. La única que ha notado el alcance de la tensión de nuestra relación ha sido Ana, y lo ha hecho recientemente, porque no pude esconder bien en esa ocasión mis moratones en la piel ni tampoco mi llanto. Al final me desahogué con ella y fue lo peor

que hice. Porque, desde entonces, Ana me reprende en público mi, según ella, “falta de valentía para terminar con ese maltratador”. He tratado de convencerla de que la culpa de que nuestra relación vaya tan mal es también es mía. Pero no hay forma.

Le tiendo la cuenta al señor y no dejo de mirar a Tristan, que parece que me ha encontrado sustituta para esta noche muy rápido, pues está más que acaramelado con la impresionante morena que está sentada a su lado. ¡Maldito sea! ¡Me ha tomado el pelo! ¡Y yo planteándome dejar al pobre de Juan, que lo único que tiene en la vida soy yo, por este... seductor incontrolable!

—Gracias chica, aquí tienes tu propina. — Me dice el director. ¡Me da sesenta euros de propina! ¡¿Está loco?!

—Gracias, pero no puedo aceptar tanto. — Se la devuelvo y no escondo mi malestar por ver a Tristan así de distante conmigo. Él me mira cuando me escucha decir que reniego de la propina y parece más que sorprendido. Yo lo fulmino con la mirada. — Buenas noches, señores. — Me giro y me voy.

—¡No me puedo creer que le dijeras que no a Tristan J. Moore! — Exclama Ana por enésima vez mientras nos tragamos una tarrina de helado de vainilla con nueces de Macadamia en el sofá de su apartamento, con el murmullo de la televisión de fondo. Suspiro.

—La hubiera cagado. Soy una inepta con los hombres. Además, Ana, acabo de dejar a Juan. ¿Cómo me voy a ir la misma noche que lo dejo con otro hombre? ¡Si yo no he estado con otro hombre en mi vida! — Ese pensamiento me arruga el corazón.

Juan y yo llevamos cuatro años de relación. Justo desde que murió mi madre. Antes de eso estuvo dos años persiguiéndome, pero yo no le hacía ni caso. Era como el mejor amigo al que nunca llegas a ver con otros ojos. Alguna vez me acosté con él durante esos dos años, pero las chispas no saltaban en mí. Sólo saltaron cuando mi madre murió, mi hermana Alba se fue a Cádiz y me quedé completamente sola. Así como lo estaba él. Porque su madre nunca lo quiso. Me refugié en Juan y poco a poco nos hicimos inseparables. No sé muy bien cómo ocurrió, pero así fue. Tan inseparables que llegó un momento en el que comenzó a ser asfixiante. No lo vi hasta que

no tuve el agua al cuello y ya no supe como deshacer el entuerto.

—¡Luna! ¡¡Es Tristan J. Moore!! ¡No te entiendo, de verdad!

—Para por favor. No me lo recuerdes. — Digo sin mirar a la nada mientras chupeteo la cuchara llena de helado.

Mi teléfono móvil vuelve a sonar por enésima vez. Sé que Juan no se cansará y Ana también. Por eso ella acaba tomando la iniciativa de apagarlo por mí.

TRISTAN

Sin saber cómo, he llegado a esta absurda situación. Estoy en el ascensor del hotel donde me hospedo, con Nika en mis brazos. Le como la boca con rabia y manoseo su pecho por debajo de su camiseta. Ella se deja sin impedimento alguno, como yo sabía que lo haría.

El ascensor se abre y yo sigo apretando su pelo con rabia. Con la misma rabia que siento porque mis planes de llevarme a la cama hoy a una chica no eran precisamente con Nika, y no entiendo muy bien qué es lo que me ha sucedido con Luna ni por qué he hecho yo, Tristan Moore, el ridículo de esa manera, arrastrándome frente a una simple camarera.

Sin soltarme de su pelo la aplasto contra la puerta de su habitación. No voy a follármela en mi habitación. Necesito privacidad en las noches. Sobre todo, cuando estoy trabajando.

—Abre la puta puerta. — Le ordeno. Ella suelta una risita y obedece.

La empujo al interior y a cada paso que doy hacia su interior de su habitación me voy desprendiendo de una prenda. Ella también se desviste con entusiasmo. Cuando ambos estamos desnudos se abalanza para buscar de nuevo mis labios, pero se lo impido. Sólo beso para alcanzar mi objetivo, y ya lo tengo a tiro. Le doy la vuelta, la tumbo boca abajo y levanto su trasero para dejarlo a mi disposición.

—¡Tristan! — Grita con miedo.

—Tranquila, no te voy a follar por ahí. — Le informo mientras me coloco el dichoso condón. — ¿Preparada? — Pregunto cuando ya tengo la punta de mi erección sobre su sexo.

—Sí. — Responde en un jadeo y la penetro de una vez alcanzando el fondo de su sexo con rabia. Vuelve a gritar y me tengo que esforzar en quedarme quieto.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Ha sido la sorpresa. — Me espero unos segundos para que se acostumbre a mi tamaño. Pero sé que necesito ser implacable.

—Voy. — Le informo. Asiente, deseándolo.

La empalo con rabia, tratando de hacer del acto lo más placentero que

puedo. Ella aguanta el tipo, inmóvil y me deja hacer. Gruño lleno de rabia y frustración. Frustración que se acentúa cuando pasan los minutos y no siento en ningún momento que el orgasmo tenga intención de acudir a mí. Así que finalmente cierro los ojos intentando recrearme en algo placentero, haciendo uso de la imaginación y recurriendo a alguna fantasía sexual.

Involuntariamente recreo sus ojos, su aroma, su sensual acento cuando habla inglés, el tacto de su piel, el calor que desprendía su cuerpo pegado al mío cuando me abrazaba con una enorme necesidad de mí. Y me corro pensando y gritando el nombre de Luna.

No me había dado cuenta de que Nika ya había llegado a un intenso orgasmo bastante antes que yo. Tan sólo me mantengo atento por si ha notado que he pensado en otra y he dicho su nombre mientras me la estaba follando a ella. No quiero herirla así, no ha sido de forma voluntaria.

Pero me alivio al ver que, cuando salgo de ella, se gira y me contempla con una enorme sonrisa mientras me quito el condón y lo ato.

—Joder, eres un dios del sexo. — Me dice sonriente. — Y estás tan bueno...

—Ha estado muy bien, sí. — Finjo el mismo entusiasmo. Me agacho y le doy un rápido beso en los labios. Después comienzo a vestirme.

—¿Te vas? — Parece contrariada.

—Sí, Nika. Hora de dormir. Ya es tarde y mañana hay trabajo que hacer. — Digo mientras me visto.

—Puedes quedarte... — Suplica con voz de niña abatida.

—Prefiero dormir solo. Buenas noches. — Me despido y salgo por la puerta de su habitación con rapidez. Antes de que intente convencerme de lo contrario y tenga que acabar dando explicaciones más tenso de la cuenta.

Cuando llego a mi habitación me desvisto y me meto rápidamente en la ducha. Creo que algo de agua caliente me aliviará. Porque el orgasmo no me ha destensado ni la mitad de lo que debería haberlo hecho.

Ahora me arrepiento de haberme llevado a Nika a la cama. ¿Por qué? No ha estado tan mal. Y yo ya sé que mis compañeras de trabajo son las mejores candidatas para ello. Ellas tienen el mismo celo con su intimidad que yo tengo. No les apetece salir en las portadas de las revistas por sus escándalos sexuales ni buscan fama por ellas, sino por la calidad de su trabajo. Como yo.

Pero me arrepiento porque esta sensación que estoy experimentando ahora mismo de vacío es desconcertante, muy asfixiante y sobre todo desconocida. No se parece a la sensación de la que llevo huyendo toda mi vida. Porque Nika no es peligrosa en ese aspecto. No, no lo es. Estoy convencido de ello. Nunca me ha producido ese dolor su presencia.

¿Qué me pasa entonces? Es todo muy extraño y muy confuso. Nunca antes me había sentido tan vacío.

Después de la ducha decido que hoy en lugar de una me tomaré dos de mis pastillas. No sé por qué tengo la sensación de que me va a costar hoy dormir más que de costumbre.

En la cama leo un poco, hasta que el sueño acude a mí y, sin darme cuenta me quedo dormido.

Unas horas después me despierto por mi propio grito en la noche. Estoy empapado de sudor y me tiembla todo el cuerpo. No recuerdo lo que he soñado, pero no hace falta.

Miro al techo y me repito una y otra vez que todo está bien. Todo está bien. Todo está bien. Sí... todo está bien.

Pero sé que no. Nada está bien y la sensación de caer en un abismo me sigue acompañando durante largos y densos minutos.

Recupero al fin un ritmo normal en mi respiración gracias a las técnicas de relajación que mi médico, John Taylor, me enseñó y miro mi teléfono móvil. Mierda, las cuatro de la madrugada. No he dormido ni tres horas. Últimamente era capaz de dormir hasta cinco horas. Espero que no esté sufriendo un retroceso en mi recuperación.

Me levanto porque sé que no volveré a quedarme dormido y decido ponerme algo de ropa de deporte y salir a correr para aplacar la ansiedad.

Me pongo una gorra y unas gafas de sol para no ser reconocido, aunque dudo mucho que haya más gilipollas como yo corriendo a las cuatro de la madrugada por las calles de Madrid.

El viento fresco de la madrugada golpea mi cara y me refresca un poco las ideas. Ahora hasta creo que no fue tan mala idea follarme a Nika. Aunque no lo volveré a hacer de nuevo con ella hasta no estar convencido que no se ha pillado por mí y que comprende que no quiero nada más allá de simple sexo con ella ni con nadie.

Tras una hora corriendo, decido que volveré al hotel andando y

disfrutando de un paseo relajante.

Quizá debería darle otra oportunidad a la rubita, Luna. Hace mucho que no tengo un lío con alguien que no sea de mi profesión, porque no me fío de las reacciones de las fans ni de que usen mi debilidad con las mujeres en mi contra, pero recuerdo que siempre ha sido más placentero hacerlo con alguien que te admira sólo por ser famoso. Se entregan mucho más a la pasión, a mi disfrute, y suele ser bastante placentero. Además, Luna no parece la típica mujer dominada por unas hormonas revueltas y mal atendidas.

Eso también me enfada. Mucho. Significa que el moreno ese debe de proporcionarle bastante placer si no ha sucumbido a mis encantos después de demostrarle una y otra vez que ella me interesa.

No son celos. No. Yo no he sentido celos en mi vida. Pero hiere mi ego masculino. Tengo fama de ser bueno en la cama y es que para mí el sexo es algo a tomar en serio. Es importante cubrir las necesidades de tu cuerpo, ya que otras necesidades no pueden existir en mí más allá del placer momentáneo. Quizá por eso doy tanta importancia a tener un buen sexo que palíe la carencia de algo más profundo.

Así que creo que voy a convencer a mis compañeros de volver a la cafetería de Luna para hacer el descanso de media mañana. Y esta vez le voy a poner más difícil a esa mujer del diablo darme una negativa.

Me gusta. No voy a negarlo. Me da mucho morbo y no entiendo la razón. Es cierto que tiene un rostro precioso. Pero Nika también lo tiene. Y la enorme mayoría de las actrices con las que me relaciono. Pero ella es... diferente. Su mirada es diferente. Su reacción conmigo es diferente. Lo que despierta en mí es diferente. No creo que sea peligroso, porque lo habría notado. Siempre lo he notado y mi cuerpo solito ha huido de las malas vibraciones.

No lo ha hecho con ella. Al revés. Mi cuerpo ha buscado su cercanía constantemente.

Y sigo queriendo esa cercanía.

Necesito follármela durante una noche entera. Una noche loca que me deje exhausto de ella y me permita quitármela de la cabeza y seguir a lo mío y con mi rutina.

Pienso en todo eso mientras voy caminando, ya mucho más tranquilo y también decidido a hacer lo que voy a hacer. Hasta que, como por arte de

magia, me encuentro a Luna saliendo de un portal.

Pestaño unas cuantas veces y sufro una pequeña molestia en mi estómago. Pero a esta molestia no le doy importancia. No son náuseas. Sé que es a causa de la sorpresa, porque no me esperaba encontrármela, y menos a estas horas.

Voy a pronunciar su nombre en alto cuando veo al moreno, a su novio, acercarse a ella, abatido. Se agacha y se arrodilla frente a ella, abrazándola por la cintura y llorando sobre su vientre como un condenado.

¡Qué ridículo es!

Debería seguir mi camino, pero no lo hago. Mi cuerpo sigue su propia decisión y me escondo tras un coche cercano a ellos.

—Mi amor, no me dejes. No puedo vivir sin ti. No soy nada sin ti. — Suplica el muy estúpido. Yo contengo la respiración y aguardo a la contestación de Luna.

—Juan, yo... creo que no te convengo. — Dice ella y su voz tiembla al decir eso. ¿Que no le conviene? ¿Por qué dice eso? ¿Está metida en algo raro? — Mírate. Desde que estás conmigo estás fuera de control. Cada vez nos hacemos más daño y eso no es amor, Juan.

—¡No! ¡No me digas que no me quieres o me matarás! ¡Te juro que me quitaré la vida, Luna! — ¿Se puede ser más absurdo? — Es la primera vez en cuatro años que no vuelves a casa, Luna. Y casi me vuelvo loco por no saber si estabas con otro. ¡¿Te gusta el guaperas ese de la cafetería, Luna?! ¡Nunca te he visto flirtear con un hombre así! ¡¡¡Delante de mis narices, Luna!!! — ¿Se refiere a mí? ¡Ja! ¡Esa sí que es buena! Luna flirteando conmigo... ¡Si ni siquiera me ha mirado a la cara más que un par de veces!

—¡Juan, no era flirtear, era hablar con un cliente! — Le recrimina ella y yo me vengo abajo con su declaración. Ha corroborado lo que ya sé. Que no le gusto. — ¡Y no me voy a ir con otro el mismo día que lo nuestro se rompe, Juan! — Ladeo la cabeza meditando eso.

Quizá tengo que bailarle el agua un poquito más. Así son las mujeres normales, ¿no? Necesitan sentirse especiales cuando acaban de romper con alguien para poder abrirse a otra relación. Al menos, todas las películas de pasteloseo que he hecho son así. Aunque yo siempre era el tío al que dejaba su novia...

—¡No! ¡No lo hemos dejado! ¡¿Me oyes?! ¡Tú eres mía y me

perteneces! — Gruñe poniéndose en pie.

Sí, esa frase la he dicho también en alguna película. Y, si mal no recuerdo, no servía de nada. La chica al final se iba con el guapo y atractivo joven que acababa de conocer. Así que en esta película pienso ser el protagonista. Lo siento por ti, Juan.

—Juan, por favor, hagamos esto fácil. — Ahora es Luna la que se arrodilla y comienza a llorar. — Es más difícil para mí de lo que crees.

—¡Levanta! ¡¡Para!! ¡Vamos, te vienes conmigo! — La levanta tirando con fuerza del brazo y pretende llevársela por la fuerza.

Yo salgo de detrás del coche en el que estoy escondido sin pensarlo con la determinación de impedirlo.

—¡Juan! ¡Estoy llamando a la policía! ¡Vete! — Aparece la chica de pelo rosa con el teléfono en la oreja y me freno en el acto. No quiero líos con la policía española. Juan la mira lleno de rabia. — Vete ahora mismo y déjala de una vez. Te he dicho que te dejaba hablar con ella, pero Luna se queda aquí. — Ahora es su amiga la que tira de Luna y la mete en el portal que está tras de ellas.

Creo que Luna me ve justo antes de entrar. Yo estoy quieto y patidifuso con lo que acabo de presenciar. Pero, cuando su mirada se cruza con la mía y la veo entrar y ponerse a salvo, al fin reacciono, me doy la vuelta y comienzo a andar en dirección contraria a Luna a toda prisa. Con toda la prisa que me permiten mis pies. Huyendo de ella, huyendo de un enfrentamiento con Juan en el que acabe matándolo.

No controlo bien mis reacciones en estas situaciones.

LUNA

¡Era él! ¿O me estoy volviendo loca? Sí, puede que sea eso. Estaba dormida cuando Juan comenzó a llamar al portero de Ana como un loco y me despertó del único sueño húmedo que he tenido en mi vida y... yo estaba en los brazos de Tristan Moore en ese sueño.

Un sueño maravilloso y erótico de alto nivel que me tiene todavía confundida.

—No vas a verte más con él. — Me dice Ana en el ascensor y me saca del trance. — ¿Me oyes? — ¿Está hablando de Tristan Moore? Yo quiero verlo... Mi rostro se entristece. — ¡No me pongas esa cara! ¡Juan ya es historia! — Ahh, verdad. Acabo de dejar a Juan.

—Es historia. — Confirmo con cara de lela.

Sigo en shock. Es muy poco probable que haya sido Tristan Moore la persona que acabo de ver a las cinco de la madrugada andando solo por las calles de Madrid. Me ha calado hondo ese tipo y me maldigo por ello. No quiero más hombres después de Juan. No quiero volver a perderme. Pero... por otro lado, encapricharme de alguien a quien no puedo tener no suena peligroso.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio. — Prometo.

—¿Y por qué tienes esa cara? ¿No estarás dudando?

—He soñado que me tiraba a Tristan Moore. — Confieso presa de mi confusión y en seguida me tapo la boca. Ana suelta una carcajada. — No tiene gracia. Yo no soy así. Y acabo de tener una alucinación. Lo he visto ahí, en la calle.

—¡Oh, querida! ¡Luna sigue viva ahí dentro de esa carcasa de mujer hueca que veo! ¡Cuánto me alegro! — Me abraza.

—Pues no sé de qué.

—¡Mira que eres idiota! ¡Ese pedazo de tío te ha planteado una cita frente a mis narices y le has dado calabazas! Y ahora me entero de que te pone cachonda. ¡Boba!

—Ana, no hables así de mí. — Salgo de su ascensor molesta y entro en su piso. Me tiro sobre el sofá y me cruzo de brazos.

—No tiene nada de malo, ¿sabes? Que uno de los tíos más buenos del planeta te ponga cachonda no es ningún pecado. — Me sermonea. Le fulmino con la mirada.

—¡Ana!

—¡¡¡Qué!!! ¡Hazme el maldito favor y fóllate a Tristan Moore! Porque si no lo haces tú lo haré yo. Pedazo de imbécil. ¿Lo has visto bien? ¡Y le gustas! ¡No entiendo cómo ha sucedido ese milagro, pero le gustas! ¡Tú!

—Oh, dios... Y le he dicho que no... No voy a tener la misma suerte dos veces. — Mi ánimo se desploma y me tapo la cara con las manos avergonzada de mi conducta reciente con él. — Le he dicho que no a Tristan Moore. Le he dicho que no a Tristan Moore... — Repito sin cesar para castigarme.

—Anda ven. — Me dice tendiéndome la mano. La miro sin comprender. — Te voy a poner explosiva por si vuelve hoy por la cafetería.

Aunque me niego en varias ocasiones Ana se sale con la suya. Me presta una camiseta suya negra bastante entallada y escotada. Me hace ponerme unos vaqueros suyos negros muy entallados y me maquilla a conciencia. Cuando hemos terminado son las seis de la mañana y en una hora tenemos que empezar nuestro turno de trabajo. Al mirarme al espejo no me reconozco. Sigo yendo en ropa de trabajo, pero, me ha sacado todo el partido posible para esta ropa y, me veo por primera vez en mi vida guapa.

Hoy es viernes. El día de más trabajo en la cafetería. Mañana sábado no trabajamos, ni el domingo tampoco. Es lo bueno de trabajar en una zona de oficinas, que los fines de semana cerramos porque no hay movimiento.

Paso la mañana mirando hacia la puerta, por si lo veo venir. Estoy ansiosa por verlo de nuevo y hasta busco su foto en Internet en mi móvil alguna vez. Suspiro al verlo. ¡Qué guapísimo es! ¡No es de verdad!

Hoy mi ánimo está por las nubes a pesar de la ruptura con Juan, algo que nunca imaginé que pasaría. Siento una extraña liberación en mi interior, a pesar de que soy consciente de que esto no ha terminado todavía. Creo que Tristan Moore es el culpable de que esté dejando vía libre a mis ilusiones. Espero no estar cometiendo una locura.

Jaime está desaparecido esta mañana también. Algo positivo. Ana y yo

bromeamos sin cesar y el trabajo se hace más ameno cuando mi jefe no está.

Hasta me siento diferente con Gabi y Leo. Bromeo con los chicos constantemente y eso es algo que hace cuatro años que no hago. Nunca se me ocurriría bromear con hombres cuando estaba con Juan. Una vez lo hice con su amigo de la infancia, porque pensé que él era como de la familia para Juan, y me llevé una cachetada enorme al llegar a casa. Aunque luego me premié cubriéndome de besos... Pero esa Luna no soy yo. Ha existido esa mujer indecisa e insegura con los hombres, no lo voy a negar, durante cuatro años. Pero no por voluntad propia. Hoy me he dado cuenta que he sido esa persona asustadiza de todo por imposición. Juan me obligó a ser quien no era. Y esa es otra razón más para que admita que eso que teníamos no era amor. Él amaba a una Luna ficticia, que nunca existió. Juan me programó para que fuese quién él quería que fuera y... yo acepto mi parte de culpa por dejarle hacerlo.

Aunque toda mi convicción se desvanece cuando recibo un enorme ramo de rosas rojas y veo que en la tarjeta pone el nombre de Juan.

Con manos temblorosas la abro y leo su contenido.

“No sé vivir sin ti. Por favor, vuelve. Perdóname. Seré el mejor novio que puedas imaginar. Te amo, Luna.”

Las lágrimas amenazan con salir. Le estoy haciendo daño a Juan, la única persona que he tenido a mi lado siempre. Y él tampoco tiene a nadie más. ¿Estoy siendo cruel? ¿Debería darle otra oportunidad? Pienso mientras miro el ramo tan maravilloso y apenas soy consciente de las palabras de Ana a mi lado que me insiste en que eso es sólo un chantaje emocional.

Entonces, levanto la mirada, y lo encuentro a él en la puerta. El hombre por el que suspiro. El motivo por el que hoy sigo en pie y de una sola pieza. Tristan Moore me mira y suspira cuando ve el enorme ramo que tengo en las manos.

—¡Joder, dame esto! — Ana me quita el ramo de las manos y lo esconde en un lugar poco visible. — No lo espantes más, hazme el jodido favor. — Me advierte.

No separo mis ojos de Tristan. Él tampoco de mí. Hasta que un compañero de set le dice que se siente junto a él y desvía su atención hacia sus acompañantes.

¡Está guapísimo! Vestido de traje, pero con una camisa blanca

desabotonada por la parte superior. Salgo del mostrador rápidamente y decidida a atenderles yo.

—Buenos días. — Saludo. Me mira y sonrío. Él me dedica media sonrisa. — ¿Café solo doble? — Le pregunto a él primero y lo hago en inglés. Parece sorprendido y asiente. - Muy bien, ¿con tostadas con aceite y tomate?

—Sí, por favor, Luna. — Contesta sonriente. Lo anoto feliz. Pregunto al resto y voy anotando sus pedidos.

—En seguida vengo. — Voy rápidamente a la cocina a informar de las comandas y comienzo a prepararlo todo con sumo cuidado. Siento sus ojos clavados en mí en todo momento y eso provoca un calor desconocido en todo mi cuerpo. Me sonrojo y sonrío sin cesar. Cuando todo está listo lo llevo a la mesa y sirvo a Tristan primero. — Aquí tienes, Tristan. — Me tomo la libertad de llamarlo por su nombre de pila. Quiero que sepa que no soy indiferente a sus encantos para nada. Él me mira y traga saliva. ¡Creo que me está mirando el escote!

—¿Estás tan atenta conmigo porque te estás planteando mi proposición? — Me pregunta en el oído y en español. Me aclaro la garganta y lo miro fijamente. — Te aseguro que si me das una noche no te arrepentirías jamás.

—¿Y qué pasa si quiero dos? — ¿Eso lo he dicho yo? Tristan se sorprende más que yo aún.

—¿Quieres dos noches? — Pregunta.

—Al menos quiero ser yo la que mande durante una noche. Y, por cómo has planteado tu oferta, deduzco que tú quieres lo mismo. Porque eres muy mandón. — Sonríe.

—¿Tú? ¿Mandar sobre mí? — Me muerdo el labio me incorporo y suelto una risita nerviosa. No soy capaz de continuar con esta conversación. Así que me vuelvo a la barra, donde me siento más segura e intento que el color rosado de mis mejillas se esfume. — No me has contestado y no me gusta que me esquives la mirada. — Me dice muy serio y me asusto al verlo de nuevo frente a mí.

—Sí, quiero mandar sobre Tristan Moore una noche. ¿No te gusta mi contraoferta? — Desde luego mi parte decidida ha salido cuando más la necesito. Aguanto como puedo su mirada y ni pestañeo.

Pero me he dado cuenta de que eso mismo es lo que necesito. Volver a ser la chica que un día soñé con ser con los hombres. Y él es el mejor hombre del planeta con quien soñar serlo. Aunque sea una noche.

—Es la primera contraoferta que he recibido en mi vida. — Contesta con una sonrisa pícaro. — Y me encanta. Dos noches. Una tuya y otra mía. Para hacerte lo que yo quiera. — Casi no puedo respirar. Las piernas me tiemblan. El aire me abrasa los pulmones.

—Lo mismo digo.

—¿A qué hora sales de trabajar? — Joder. ¿Hoy? ¡No estoy preparada para hoy! Maldigo mi recién estrenada osadía. Todavía no sé cómo combinarla con mi falta de seguridad con los hombres.

—Mañana. — Digo muy seria.

—¿Por qué no hoy? No quiero esperar a mañana para tenerte en mi cama, desnuda, excitada, deseándome dentro de ti. Hacerme esperar otro día es cruel. — Pone una cara muy tierna de desamparo.

—Mañana. — Vuelvo a repetir y trago saliva ante la descripción que me ha ofrecido de los hechos. Tristan me mira de arriba abajo, inhala aire con fuerza y lo expulsa poco a poco mientras sus ojos siguen recorriendo mi cuerpo.

—No suelo esperar tanto cuando quiero algo. Déjame sólo pasar un rato contigo hoy, como anticipo. Algo con lo que pueda conformarme a esperar unas horas más para hacerte todo lo que tengo en mente.

—Si quieres verme hoy iré yo a buscarte. — Digo y parezco convencida. Hasta yo me lo creo. Tristan levanta una ceja. No comprende. Yo sí. No me extrañaría nada encontrarme a Juan a la salida de mi trabajo y no quiero mezclar a Tristan con eso. Es mi problema.

—¿Aparecerás?

—Iré. Pero nada de sexo hoy. — Maldita sea Luna, estás loca. Tengo ganas de reírme de mí misma.

Tristan me mira como si hubiese perdido un tornillo. Si no acepta no hay trato. No puedo acercarme aún a él de esa manera. Tengo mucho miedo por culpa de Juan y tengo que quitármelo poco a poco.

—¿Nada de nada? — Me pregunta con una voz tan seductora que se clava entre mis muslos y tiemblo. Su mirada me hace vibrar. ¡Es en serio!

¡Quiere sexo conmigo!

—Nada. Así que tú dirás. — Suspira y vuelve a recorrerme con la mirada. Me pone histérica, sin embargo, aguanto el tipo.

—Vale, pero ven con un vestido. Quiero ver tus piernas, al menos. Quiero soñar esta noche con todo lo que voy a hacerte. — Voy a replicar, pero posa un dedo en mis labios y me calla. — No protestes o te comeré esos labios carnosos tan apetecibles aquí y ahora sin importarme el público. — Joder. — Hotel Verona. Te espero en el hall a las siete y media. No se te ocurra llegar tarde. — Se besa el dedo que ha tenido sobre mis labios, se gira y se sienta de nuevo en su silla.

Estoy patidifusa. ¿Qué ha pasado? ¡Que le he dicho que sí a dos noches de sexo con él! ¡Dos noches en las que Tristan Moore será sólo mío! ¡Guau! Y... una de esas noches tengo que mandar yo. ¡Estoy totalmente colgada! ¿Y qué le ordeno que haga? ¡Ay dios! Me tapo la cara con las manos y abro poco a poco los dedos para convencerme que es verdad lo que acaba de pasar. Que Tristan Moore está ahí sentado y acabamos de acordar una primera cita. O... anticipo, como él lo ha llamado. Y lo veo ahí, más sonriente que nunca con sus compañeros y... me hago líquido con sólo verlo.

La hora y media que paso mirándola embobada desde la barra de la cafetería pasa endemoniadamente rápida y lanzo todo tipo de maldiciones cuando me piden la cuenta de su mesa.

—Aquí tiene. — Le digo al hombre que considero el director tendiéndole la cuenta. Noto la mirada de Tristan clavada en mi escote cuando me agacho. Nunca he temblado así, sólo cuando Juan me asustaba, pero era diferente. Al pasar por su lado siento su mano recorrer mi brazo hasta aferrarse a mi antebrazo. Lo miro y ahogo un gemido de sorpresa. Tira lentamente de mí para que me agache y pueda decirme algo al oído.

—No puedo dejar de mirarte e imaginarme todo lo que te haría. No llegues tarde, por favor. Me muero por estar contigo a solas un rato. — Se me escapa una risita nerviosa. Me mira intensamente, mordiéndose el labio y agacho la mirada porque esa mirada tan lasciva es insoportable. Pero Tristan tira de mi barbilla para que lo mire de nuevo. Lo hago con mucho esfuerzo. Pasa su pulgar por mi labio inferior y me hago líquido por dentro. Siento que todo mi cuerpo se estremece, en especial esa parte de mí situada en el vértice de mis muslos.

—No llegaré tarde. — Prometo y él asiente embobado mirando en dirección a mis labios que le ofrecen mi promesa.

Me separo de él mareada por todas las sensaciones que se agolpan en mi cerebro y, mientras me separo, siento su mano acariciar la mía hasta que nuestros dedos irremediabilmente se separan. Pero la corriente eléctrica que han activado en mi piel perdura incluso después de su contacto.

Cuando al fin veo irse Tristan Moore comienzo a dar saltitos de alegría y euforia. No me voy a perdonar en mi vida haberme prohibido esta sensación tan abrumadora durante cuatro años de mi vida.

Le cuento todo a Ana en la cocina, durante unos minutos de tranquilidad que vivimos en la cafetería y ella reacciona igual que yo; dando saltitos y palmeando sin cesar. Ambas emitimos grititos ridículos y cargados de emoción e ilusión.

Gabi, sin embargo, me dedica una mirada de entierro muy poco reconfortante. Sé que a él le hubiera gustado tener la oportunidad de hacerme olvidar a Juan cuando lo mío con Juan terminara. Y ahora que lo ha hecho, apenas ha tenido la oportunidad ni de proponerme una cita. Pero no descarto hacerlo yo misma cuando Tristan Moore salga de mi vida. Dos noches pasan rápido...

Me deprimó en seguida ante la idea desde el momento que se cruza por mi cerebro.

—¡Maldita cabrona con suerte! ¡Dos noches nada más y nada menos con Tristan Moore! — Grita Ana, pero mi rostro ahora refleja preocupación. — ¡Qué! ¡Ni se te ocurra echarte atrás! ¡¿Me oyes?!

—¿Y si me gusta?

—¡Por el amor de dios! ¡¿Cómo no te va a gustar?! ¿Lo has visto bien? Ese hombre es para rechupetearlo de arriba abajo. — Pero en ese momento Ana comprende mi preocupación. — Oye, sé lo que quieres decir. Pero, siempre dicen que es mejor haber amado y perdido que no haber amado nunca. Eso en tu caso es todavía más importante. Necesitas conocer lo que es un hombre de verdad. Por lo menos te servirá para abrir los ojos del todo sobre lo tuyo con Juan. — Asiento mirando al ramo de rosas de Juan, que está escondido justo aquí, en la cocina. — Tienes que aprovechar lo que la vida te ofrece, Luna. Nadie lo hará por ti. Sólo puedes hacerlo tú. Y una oportunidad de vivir algo así no sucede todos los días. ¡Hasta la Cenicienta

era más valiente que tú en eso! Y eso que ella no tenía dos noches como tú, pedazo de guarra. — Ana hace que me ría de nuevo. Aunque otra preocupación se cruza por mi cabeza.

—¿Y qué demonios le ordeno que haga la noche en la que yo tenga el mando? Porque creo que eso le ha creado unas expectativas bastante importantes, Ana. ¡Estoy cagada de miedo! — Ana asiente, comprensiva, y me susurra en el oído.

—Ordénale que haga cosas que sólo un hombre loco por ti haría. Haz que crea que estáis hechos el uno para el otro por una noche entera. Desquícialo. Y, de camino, hazle bajar al sótano. — Abro los ojos cuando comprendo que se refiere a que me haga un cunnilingus. — Porque mucho me temo que te tocará chuparle la polla a él cuando Tristan mande. — Me horrorizo sólo de pensarlo.

Cada vez que se lo he tenido que hacer a Juan era porque estaba enfadado conmigo y me amenazaba con que no me perdonaría si no se la chupaba. Lo único ventajoso de eso ha sido que me he hecho toda una experta en sexo oral. Mi vía de escape era que Juan se corriera pronto, terminase exhausto y se quedara dormido como un tronco tras la felación.

—Tengo que ordenarle cosas que haría un hombre que estuviera loco por mí. — Repito.

—Sí. Y eso no incluye a Juan. Ese no está loco por ti. Ese está loco sin más. — Asiento mientras miro a mi amiga todavía asustada. — Tenemos que ir a comprarte un vestido. — Me informa. Vuelvo a asentir como un robot. — ¡¡Ay!! ¡¡Qué ilusión!! — Ana me abraza y yo me debato entre abrazarla también o echarme a llorar de miedo.

El turno termina y Jaime, mi jefe, me pide que vuelva a doblar el turno por si vienen los actores de nuevo. Yo esta vez me niego en rotundo. ¡Tengo una jodida cita con Tristan Moore! Y le miento a mi jefe, afirmando que he escuchado que hoy viernes no rodarían por la tarde. Así que me deja libre. ¡Menos mal!

Ana y yo salimos cagando leches, porque vamos a ir de compras antes de llegar a su casa. Sin embargo, me freno en seco cuando veo a Juan esperándome apoyado sobre su adorado Seat León rojo y mirándome con cara de perrito abandonado. Ana también lo ve.

—¡Vamos! — Ana tira de mí intentando evitar lo inevitable. Juan no se

va a dar por vencido. — ¡Olvídate de ese imbécil! — Le hago caso a Ana con poca fe de que sirva de algo.

—¡Luna! — Juan me llama. Aprieto los ojos y trato de ignorarlo. — ¡Luna, por favor! — Jamás había escuchado la voz de Juan tan amedrentada. — Te lo suplico, escúchame un segundo. — No puedo continuar. Me freno en seco y escucho la maldición que me lanza Ana. Me giro y lo enfrento.

—¿Qué quieres?

—Nena, ¿qué he hecho esta vez para que me hagas esto? No ha pasado nada grave para que me tortures de esta manera. — Siento sus palabras como docenas de puñales atravesándome el estómago. Yo guardo en mi mente todas y cada una de las cosas graves que han pasado en nuestra tormentosa relación.

—¿Tú no deberías estar trabajando? — Pregunto simplemente.

—Luna, vamos. — Me pide Ana y yo le suplico que me dé un par de minutos. Pone los ojos en blando y se cruza de brazos para esperar. Sé que va a cronometrarlos.

—No he ido. No puedo ir así. — Miro a los ojos de Juan y comprendo a qué se refiere. Siempre me lo ha ocultado, pero yo sé que a veces se ha drogado. Pero nunca he podido culparle de ello porque no he tenido las pruebas suficientes. — Vuelve conmigo, nena. Tú y yo estamos hechos el uno para el otro. Nadie te va a amar como yo.

—¡Eso espero! — Le grita Ana. — De hecho, ese es el plan. — Juan la fulmina con la mirada y se muerde la lengua para no escupirle alguno de sus improperios. Me sorprende. Juan nunca se calla.

—No te he hecho nada esta vez, Luna. — Vuelve a insistir.

—Quizá tú lo ves así. Intentar sacarme a la fuerza de mi trabajo delante de todo el mundo para mí sí es algo. Es mucho. Y tampoco quiero volver para estar preguntándome día tras día cuándo será la próxima vez que me grites, me insultes o me obligues a tener sexo castigador contigo. — Por primera vez en mi vida pronuncio delante de Juan todos mis miedos, todos mis sufrimientos.

Siempre pensé que cuando se los echase en cara sería mi fin. Para mi sorpresa, Juan agacha la mirada, incapaz de mantenérmela, y comienza a llorar como un niño. No puedo evitar sentir compasión por él. He sido como su madre durante cuatro años. He dependido física y emocionalmente de este

hombre durante los años más duros e importantes de mi vida. Pero era una dependencia dañina y dolorosa. Destructiva. Para ambos.

—No me dejes. — Lloro y gime como no lo he visto nunca hacerlo.

—Se acabaron los dos minutos. — Ana me informa y tira de mí. Lo agradezco, porque yo soy incapaz de moverme por mí misma. Ni siquiera soy capaz de mirar al frente mientras me alejo de él. Nuestros ojos mantienen el contacto durante un largo rato y dejo ahí, desvalido y solo, al hombre al que he intentado salvar de sus demonios internos durante más tiempo de lo sanamente recomendable.

—¿Qué te parece este vestido? — Despierto del trance de golpe y estoy en un probador de una tienda de ropa, con Ana. — ¡Luna! ¡Vuelve a la tierra! ¡Hoy tienes una cita con Tristan Moore!

—¡Joder! — Aterrizo en mi realidad súbitamente al oír eso. — Sí, sí, centrémonos. — Me obligo a pensar. Entonces me miro en el espejo. — ¡Ana! ¡Esto es un disfraz de furcia! — Le regaño.

—¡No vas a ir hecha una monja! — Me regaña.

—No, pero una furcia tampoco. Habrá un término medio. ¡Éste! — Le digo señalando un vestido que tiene un corte de princesa, con una falda voluptuosa, pero corta, como Tristan me pidió.

—Mmmm, no sé. Ese da un mensaje de niña buena que...

—¡Es perfecto! — Le digo. Salgo con dificultad del vestido en el que estoy embutida y me pruebo el precioso vestido color vino tinto que he señalado antes. Y es un acierto. Me queda como un guante. Entalla mi cintura, proyecta el volumen de mis senos y me hace una figura agraciada. — Creo que sí... — Susurro mirándome. — Pero es corto.

—¡Estás increíble, Luna! — Ana me mira desde atrás con cara de admiración.

—¿De verdad?

—Impresionante. ¡Sí señor! Tienes razón, éste es más tú. Ya dejaremos las extravagancias para la noche de sexo loca. — Trago saliva. — ¡Ahora los zapatos! Y también deberíamos comprarte algo de lencería atrevida. — Sugiere Ana.

—Estoy mareada. Tengo que sentarme un segundo.

—¡Déjate de historias! ¡Vamos!

Ana me arrastra por las tiendas. Creo que el vestido es lo único que me deja elegir a mí. Me llevo unas sandalias de tacón negras con alguna incrustación de piedras brillantes que son monas y, según mi amiga, combinarán con todo lo que me ponga. También elige un conjunto de sujetador y tanga que son casi del mismo color que mi nuevo vestido y, para la noche de sexo, ha elegido un vestido gris perla entallado de punto, pero de un largo aceptable, pues me llega hasta las rodillas. Aunque da igual, parece como una segunda piel y ensalza cada curva de mi cuerpo. También ha cogido una americana negra para ese vestido y un conjunto de ropa interior negro que prefiero no mirar mucho o me caeré en redondo al suelo de pensarme con eso puesto, sólo con eso puesto, frente a Tristan Moore.

En casa de Ana me dejo mimar por ella. Me peina con un bonito recogido, aunque con algunos de mis rubios rizos cayendo alrededor de mi cara. Me maquilla los ojos y me sorprende enormemente el resultado. La sombra marrón oscura hace que mis ojos parezcan más claros. Sobre los labios aplica labial rojo. Según ella es el mejor color para unos labios gruesos y bonitos como los míos. Y hoy, el mejor día para llevarlo puesto, ya que hoy no vamos a tener sexo. A Ana le ha parecido muy bien esa idea de cita sin sexo. Dice que puedo usarla para seducirlo, para subir la tensión sexual entre los dos, para gustarle un poquito más.

A mí todo eso me parece surrealista.

A las seis y media estoy lista. Aunque creo que me va a dar un ataque al corazón.

—Por favor, no me dejes ir sola. Acompáñame, te lo suplico. — Le pido a mi amiga.

—Mírate, pareces una princesita. Vamos, te acompañaré. Por si acaso el capullo de tu ex le da por perseguirte. — Me estremezco. — Ups. No debería recordártelo. ¡Vamos!

TRISTAN

Estoy hecho un flan. No recuerdo haberme puesto tan nervioso antes en una cita con una mujer. Pero tampoco recuerdo una situación tan rara como ésta con otra chica. Siempre he ido directo al grano; he propuesto sexo y han aceptado en el acto.

Puede que la dificultad añadida que Luna ha traído consigo haya aumentado mis expectativas. Y también lo poco que disfruté de mi encuentro con Nika.

Hoy he tenido que darle largas a mi compañera de rodaje, que me ha ofrecido pasar la noche en su habitación. Menos mal ha aceptado mis excusas sin ponerse nerviosa ni alterada.

Mi reputación con las mujeres me precede y ella la conoce bien. Sabe que yo no tengo más que ligues de una noche.

Aunque con Luna tengo pactadas dos noches. Y eso, contra todo pronóstico, me hace sonreír.

Es la primera vez que voy a dejarle a una mujer darme órdenes en el sexo, y me muero por saber qué órdenes serán las de Luna. Es un aspecto nuevo a conocer sobre una mujer que nunca me había planteado. Pero me gusta.

Miro mi reloj por enésima vez: las siete y veinticinco. ¿Todavía? ¡Si hace por lo menos veinte minutos eran las siete y veinte! Decido que me voy a desabotonar el botón superior de la camisa blanca que llevo. Me siento incómodo. Me incomoda esperar.

Lo bueno es que no he sentido las náuseas en ningún momento, así que estoy tranquilo en ese aspecto. Estoy a salvo. Pero no me siento al cien por ciento yo mismo. Aunque no es una sensación molesta. De modo que voy a disfrutar de mi juego con Luna y a hacerle disfrutar a ella también.

Noto el móvil vibrar en mi pantalón. Lo miro y veo que es mi representante, Joe. Le doy a colgar, ahora mismo no tengo la cabeza para pensar en trabajo. Sólo la tengo en cómo convencer a Luna de echar al menos un polvo hoy. Uno que sacie un poco mis expectativas, porque no me gusta sentirme ansioso. Llevo muy mal la ansiedad. Eso me recuerda que no he

cogido mis pastillas. Mierda.

Creo que me da tiempo en un par de minutos a subir a la habitación a por ellas.

Pero, simplemente no puedo.

Me quedo clavado en el sitio cuando veo aparecer a ese ángel caído del cielo por la puerta principal del hotel Verona. Dice con su mano adiós a alguien y me sonrío, tímida, preciosa. Luna me sonrío con su ser. Todo su cuerpo parece contento de verme. Sus ojitos ambarinos hoy resultan alegres y chispeantes. Sus increíbles labios sonrían de un rojo atractivo y delirante que te invita a morderlos como si de una fruta prohibida se tratase. Y su cuerpo... ¡oh, joder! Tristan, ¿te habías fijado en esas curvas? ¡Cómo cojones ha conseguido esconderme ese cuerpazo de infarto! Mi polla también se estremece al verla.

Se acerca andando con cierto nerviosismo sobre esas piernas de infarto. ¿De verdad no voy a poder tocarla hoy? No puede ser que sea tan cruel. Ella debe saber lo buenísima que está y lo que me hará sufrir no poder degustarla.

—Hola. — El terciopelo de su voz hace que otra vez me estremezca de pies a cabeza. Me habla en inglés. Con lo que me gusta su acento hablando inglés. Decido continuar en ese idioma. Si es que logro encontrar mi voz.

—Emm... ¡Guau! — Consigo decir. — ¿Quién eres tú y que has hecho con la camarera de mis sueños eróticos? — Se ríe y me pierdo en sus labios.

—Tú también estás muy guapo. — Señala y me muerdo el labio. Sí que me gusta ese acento suyo en inglés. Es muy sexi. — ¿A dónde me vas a llevar?

—Tenemos un reservado en el restaurante de este hotel. — Le informo sin crearme lo que veo todavía frente a mí. — No quería estropear el poco tiempo que tenemos juntos con alguna fan enloquecida que interrumpa la velada. Estaremos más tranquilos. Si lo ves bien. — Asiente comprensiva. Qué bonita es. No me canso de mirar ese rostro. — ¿Vamos? — Le tiendo mi brazo como buen galán de película romántica y ella sonrío mientras se agarra a él.

—Vamos. — Dice conforme.

Siento su calor en mi cuerpo, traspasando la tela de mi chaqueta, y siento su embriagador aroma colmando mis sentidos. Camina contenta a mi lado y no para de sonreírme. Me hace sentir gigante, y sólo voy a invitarla a

cenar. Nada más.

Un camarero nos conduce al reservado del restaurante, una pequeña sala con una lámpara de araña que emana destellos por toda la habitación, una mesa en el centro y dos sillas. Le sostengo su silla para que tome asiento y me siento frente a ella. No puedo dejar de mirarla.

—Es injusto. — Digo.

—¿Qué cosa? — Pregunta curiosa.

—Que estés tan irresistible y no pueda tocarte.

—Podrás vengarte cuando sean tus reglas las que dominen nuestro encuentro. — Me dice con osadía, pero a la vez tímida.

—Tú vas a hacer uso de tus reglas en dos ocasiones. Yo sólo en una. Es juego sucio.

—¿Quieres que te invite yo a cenar otro día bajo tus reglas? — Me propone.

Eso son cuatro citas con la misma mujer. Pero mis sentidos de alerta no se han activado. No me está pidiendo una relación. No me está presionando. Me está sólo proponiendo alargar más nuestro emocionante juego. Sopeso la pregunta.

—Sí. Sí que quiero. — Contesto con rapidez embobado con su hermoso rostro. — Creo que eso sería poner las cosas en tablas, ¿no te parece? — Ella dice que sí y parece feliz. Yo también lo estoy. Me gusta estar con ella. — Pues mañana pasarás la noche conmigo y mandarás tú. El viernes que viene me invitarás a cenar tú y serás toda mía durante ese viernes y el sábado siguiente. — Sentencio. Ella abre los ojos como platos.

—¿Mañana? — Confirmo con la cabeza. — ¿Y mandaré yo? — Vuelvo a confirmarle. No parece muy contenta. Creí que tenía ganas de mandar sobre mí, y he de admitir que me excita la idea. — ¿Por qué no mandas tú primero? — Pregunta con timidez.

—Por tres motivos: Primero: porque estoy impaciente por complacer tus órdenes. — Le informo levantando un dedo. — Segundo: porque voy a ser implacable contigo y vas a necesitar un poco de entrenamiento para ello. — Le digo levantando el segundo dedo. — Y tercero: porque así tendré más información de lo que te gusta y lo que te vuelve loca. — Termino mi explicación con mi tercer dedo en alto. Ella ladea la cabeza.

—Eso también es juego sucio.

—Puede, pero es mi juego. — Digo con cara de sobrado. Ella arruga la frente. — Vamos, alguna ventaja tiene que tener que yo me haya arrastrado tanto para poder verte a solas. — Su cara no refleja la comodidad que yo quisiera ver. — ¿Te ha molestado algo de lo que he dicho?

—Dices que vas a ser implacable conmigo. — Confirmo con mi cabeza lentamente sin entender a dónde quiere llegar. Claro que quiero serlo. Quiero arrancarle gritos de placer infinito y quiero embeberme de ella todo lo posible. — No quiero que me hagas daño. — Suplica. Frunzo el ceño sin comprender.

—Y por supuesto que no voy a hacértelo. Yo tampoco querría algo así. — ¿Por quién me toma? Suspira aliviada. — Luna, quiero disfrutar de ti y quiero verte disfrutar a ti. Como una loca. Será una experiencia extraordinaria para los dos.

—Nunca he tenido sexo con un desconocido. — Confiesa y agacha la mirada.

—Mírame. — Le ordeno. Lo hace y me relajo al ver sus ojos de nuevo. Un camarero sirve dos copas de vino blanco que he pedido para acompañar la cena. — Creo que no soy un desconocido para nadie en este mundo. Estás con Tristan J. Moore, Luna. Sólo con poner mi nombre en Google obtendrás más información de mí y de mi vida de lo que yo mismo sé. Soy yo quien se expone contigo. — Levanta una ceja. — Sí, no sé cuántas citas he tenido en las que me han grabado, fotografiado o entrevistado para después vender la información a la prensa rosa.

—¡Eso es horrible! — Exclama y parece que lo dice en serio.

—Así es la gente, Luna.

—Yo no pienso hacer eso. — Promete. En ese momento el camarero vuelve a llegar con los platos de langosta que he pedido y un ceviche de marisco para los dos. Luna mira el plato con estupor. ¿Me habré pasado de extravagante? Sólo quería darle lo mejor. Estoy seguro que ella no tiene muchas opciones para comer esta delicia.

—Lo hagas o no, voy a arriesgarme. Quiero mi noche contigo a mi entera disposición. — Digo con convicción.

—¿Tu noche? ¿No eran dos? — Medito. ¿Me está pidiendo más? — Vale, pues tu noche. — Dice sonriente y se encoge de hombros. Vale, no me

estaba pidiendo más.

—Mi cena y después mi noche. Eso son dos noches sí. — Le confirmo. Luna trocea una porción de su langosta y se la introduce en la boca con una sensualidad pasmosa y emite un gruñidito de placer que hace que se me erice el vello de todo el cuerpo. Me aclaro la garganta y me muevo incómodo en mi silla. — No hagas eso.

—¿Comer? — Pregunta confundida.

—Relamerte así. Ni... el sonidito ese, por lo que más quieras. — Suplico. Bebo un poco de vino y pruebo a comer algo a ver si se me pasa el acaloramiento tan repentino. — Sabes perfectamente de qué hablo. — Le acuso. Ella no contesta. Pero vuelve a hacerlo y esta vez pellizca el tenedor con sus blancos dientes. Siento un latigazo de placer en la polla. ¿Tan desesperado estás, Tristan? Nunca me había empalmado con una acción tan cotidiana — ¡Luna!

—¡Qué! ¡No quiero dejar la marca del pintalabios en el tenedor! — Se defiende aguantando una risa traviesa. Vuelvo a tragar vino y pido al camarero que me rellene la copa.

Es toda una grata sorpresa su osadía. Parece a veces tan tímida y otras tan decidida que me confunde.

Paso un rato de lo más amargo observando esos labios degustar tan lenta y exquisitamente la comida, escuchando sus sordos gemidos de placer que se apoderan de mi cuerpo hasta concentrarse todos ellos en mi entrepierna. O cuando veo como su garganta traga el vino y se limpia con la lengua los restos que han quedado sobre sus labios. La peor parte es cuando viene el postre. Fresas con helado de chocolate. Casi no puedo prestar atención a lo que me cuenta, y eso que me resulta hasta interesante. Pero no puedo dejar de imaginarme esos gruesos labios alrededor de mi polla o gimiendo de placer mientras la penetro con ganas.

¿Qué cojones me pasa?

Entonces me acuerdo de que no he tomado mis pastillas y puede que por eso esté más activo de la cuenta.

Pero, viendo el resultado que provoca en mí, creo que voy a prescindir de ellas hasta que me folle a Luna, estoy seguro de que así será mucho más placentero si todos mis sentidos están tan sensibles.

Lo estoy pasando tan bien y a la vez tan mal que la combinación de esas

dos sensaciones perfectamente equilibradas resulta en un placer intensísimo y desconocido que me hace olvidarme del mundo y, por unas horas, hasta del pequeño problema que tengo.

La cena termina y mis ganas de seguir en su compañía todavía no están saciadas.

—¿Qué quieres hacer ahora, ama? — Me meto en el papel de hombre sumiso y ella sonrío.

—Bailar. — Responde con una preciosa sonrisa que aviva mi espíritu. Ella también quiere continuar con la velada. ¡Genial!

—¿Bailar?

—Sí. Hace años que no lo hago y me encantaría hacerlo.

—Pues sus deseos son órdenes. — Me levanto y le tiendo la mano. — Sólo espero que no nos interrumpen mucho. — Comento pensando en que, como siempre que salgo a bailar, alguna fan siempre se entromete para hacerse fotos y demás gilipolleces.

—Podemos ir a un sitio donde no nos interrumpen. — Dicen esos sensuales labios con una sonrisa pícaro contenida y yo me muero por saber qué trama.

—No deseo nada más en el mundo. — Beso su mano sin dejar de mirarla. — Cargad la cena a mi cuenta. — Le pido al camarero que asiente. Enlazo mis dedos en los de Luna y la llevo de la mano hacia el hall del hotel. — Pediré un taxi. — Le digo.

—No. Llévame en tu coche. — Me ordena y no puedo negarme ante su petición, aunque no debiera porque he bebido.

Entre los dos nos hemos bebido botella y media de vino. Creo que está un poco achispada por el vino y perdiendo la timidez. Me ha ordenado eso mientras deslizaba su dedo por mi torso y me ha vuelto a encender de forma delirante.

—Cómo desees. Subamos a por la llave de mi coche a mi habitación. — Le digo y la llevo de la mano al ascensor.

En el ascensor me la como con la mirada, pero me comporto porque hay más gente en este minúsculo espacio. Ella también me mira con deseo, o eso me parece. Es tan arrebatadora... y tan natural...

Abro la puerta de mi habitación y le digo que pase con mi mano. Lo

hace y vuelve a parecer temerosa. Nada más entrar se queda mirando la enorme cama fijamente mientras se muerde el labio inferior. ¡Sal de aquí Tristan, o vas a acabar rompiendo tu promesa de no tocarla!

Me pongo de frente a ella, muy cerca, obligándola a mirarme a mí y no siga mirando la cama. Lo hace, pero, para mi tortura, enfoca su ambarina mirada en mis labios. Voy a besarla, no aguanto más. Eso no es sexo, ¿no? Acerco lentamente mis labios a los suyos, hasta que siento su aliento cálido sobre mi piel.

—Nada de sexo hoy, esclavo. — Susurra provocadoramente y roza con sus labios los míos. Aprieto los ojos frustrado. Es una dulce tortura, pero comienza a ser dolorosa en cierta parte de mi cuerpo.

—¿Ni siquiera un beso inocente? — Pregunto sujetando su cuello y decidido a comerle esa impresionante boca en cuanto me dé permiso para hacerlo.

—¿Podrás pararlo luego? — Pregunta con una voz aún más seductora y entrecerrando los ojos con esa mirada felina tan sensual.

—No. — Contesto con sinceridad.

—Entonces llévame a bailar. — Apoyo mi frente en la suya y suspiro sin parar. Intentando encontrar las fuerzas para dejarla salir de mi habitación sin haberla degustado.

Pero ella manda. Así que me consuelo pensando que ya me vengaré de su dulce tortura cuando llegue mi momento y le señalo con la cabeza que salga. Si ella sale podré mover mi cuerpo en dirección al exterior.

Y eso hace. Sale y le sigo como un perro faldero hacia el ascensor.

Cuando llegamos a mi Porche negro ella se queda boquiabierta al verlo bien. Es un coche muy bonito, sí. Tengo casa a las afueras de Madrid y este es uno de los coches que uso cuando estoy en este país.

Luna se sorprende de que yo tenga casa aquí. Le explico que me he criado aquí con mi tía y compré esa casa sobre todo para estar cerca de ella y de mi hermana pequeña, que siguen haciendo vida en Madrid.

No le digo que tengo otra casa en L.A. bastante más grande que la de Madrid y un apartamento en N.Y. Ya tendré tiempo de impresionarla con esos detalles menores más adelante.

—Toma. — Le lanzo las llaves de mi Porche. Ella las agarra en el aire

como si quemasen.

—¿Qué haces?

—Tú mandas. Tú me llevas. — Me encojo de hombros. — ¿Estás bien para conducir? — Ella pestañea unas cuantas veces mirando las llaves y sisea un sí apenas audible. — Pues vamos. — Me siento en el asiento del copiloto. Pero Luna está todavía fuera del coche aturdida. — Ama, vamos a bailar. — Le digo y al fin me mira. Me relaja cuando conectamos visualmente.

—¿Y si lo araño? ¿Y si...

—Es sólo un coche. Vamos. — Al fin entra y comienza a reírse como una niña pequeña el día de navidad delante de un montón de regalos.

Esa reacción es la que quiero ver.

—Vamos. — Dice con entusiasmo. Le sonrío conforme.

—Dónde tú quieras pequeña. Tú mandas.

LUNA

En los cuatro años de relación Juan jamás me ha dejado conducir nuestro coche. Y digo nuestro porque, aunque lo eligió él, lo pago yo con mi sueldo. Tampoco me dejó nunca decidir nada, ni respetó nunca cuando le dije que no me apetecía sexo en ese momento.

Tristan no es únicamente el hombre más guapo de la tierra por fuera, también es la maravilla más grande que he conocido en un hombre en cuanto a personalidad se refiere.

Me habla de lo mucho que le gusta Madrid mientras conduzco su carísimo coche y, de vez en cuando, pone uno de mis rizos sueltos tras mi oreja con la excusa de tocar mi rostro.

Es una caricia tan bonita y pura que es como si estuviera acariciando mi maltratada alma para aliviarla de lo vivido.

Ahora estoy del todo convencida de que lo mejor que he hecho en mi vida ha sido dejar a Juan. Pase lo que pase.

—Creo que me está secuestrando, ama. — Dice Tristan cuando reconoce la carretera que conduce a las afueras de Madrid. — Creí que mi ama quería bailar esta noche. — Vuelve a acariciar mi mejilla. Cada vez me siento más cómoda con su tacto. ¡Quién me lo iba a decir!

—Y vamos a bailar. Pero en privado. — Digo. Me desvío por un carril que lleva hacia uno de los miradores más bonitos de Madrid, que apenas es conocido.

—Me da la impresión de que no vamos a ningún bar. — Dice Tristan y me río. Él parece satisfecho con mi elección ahora que la ha averiguado. — Eres un genio. Para en esa gasolinera. — Me indica una pequeña gasolinera de carretera. Le obedezco.

—Hay gasolina de sobra. Digo parando el coche.

—Sí, pero necesitamos algo que beber. — Dice sonriente y sale del coche. Vuelve con una bolsa en las manos y de muy buen humor.

—¿Qué es?

—Champán y vasos. — Me aclara. — Arranca. — Pongo el coche en marcha y continúo mi camino hasta que llegamos al mirador en cuestión.

Es un precioso lugar al que he venido siempre en solitario. Nunca hay nadie. No creo que nadie lo conozca. Yo lo descubrí un día por accidente, cuando tenía mi viejo Ford Fiesta y podía escaparme con él de mi asquerosa vida de mierda con Juan. Desde que se rompió mi coche y lo tuve que dejar en el desguace no había vuelto a este lugar. Pero es un lugar que me llena de paz y de calma.

—Llegamos. — Le informo. Tristan sale del coche y se queda mirando el horizonte unos minutos. Salgo del coche y lo sigo, sin apagar el motor. La luz del coche nos servirá como iluminación. — ¿Te gusta? — Pregunto cuando llego a su lado. Me mira con admiración.

—Es perfecto. — Mira hacia su coche. — Necesitamos música, ama. — Se aleja de mí en dirección a su coche.

Acciona la radio y le da el volumen suficiente para que ambos podamos oírla. Después se quita su chaqueta y se remanga las mangas de su impoluta camisa blanca mientras vuelve de nuevo hacia mí.

—Buena elección. — Le digo al escuchar la canción que ha puesto, “The time of my life”, el tema principal de la película Dirty Dancing.

—Está en mi lista de reproducción de temas para bailar. — Me aclara situándose frente a mí. — ¿Me concede este baile, señorita Luna? — Levanta la palma de su mano. Yo coloco la mía sobre la suya feliz de la vida.

Me quedo a cuadros al ver lo excelentemente bien que baila y me guía. Pareciera que somos bailarines profesionales. Pero pierdo el equilibrio varias veces al notar sus manos en mi cintura, por mi espalda y sujetando mi nuca. Me pierdo en su mirada azul y estoy a punto de besarlo en un par de ocasiones. Pero me esfuerzo en recordar que soy yo la que he pedido que nada de sexo hoy.

—¿Todo lo haces igual de bien? — Pregunto sin aliento. Sonríe.

—Soy actor. He tenido que dar algunas clases de baile para alguna película. — Me informa a la par que me da media vuelta y pega mi espalda contra su torso. Ahora siento su aliento en mi cuello. ¡Dios! — Tú también sigues muy bien el ritmo. — Su aliento en mi piel quema.

—De pequeña di clases de baile en el colegio. — Digo en un hilo de voz. Doy un respingo cuando siento una dureza en la parte superior de mi trasero. Tristan vuelve a girarme y de nuevo me hayo frente a él.

—Dicen que los que bailamos bien somos buenos en el sexo. — Me

aprieta de la cintura y me pega a él de nuevo hasta que nuestras narices se tocan. — Así que tú y yo somos una buena combinación.

La canción termina y nos quedamos así, pegados y mirándonos.

Comienza a sonar “Listen to your heart” de Roxette. Un tema lento y precioso. Tristan me acaricia los brazos hasta llegar a mis manos, las coge y las coloca sobre sus hombros. Yo enlazo mis manos en su cuello y me dejo llevar por su contoneo. Está mirando mis labios, apoyando su frente en la mía, respira aceleradamente y creo que siente bullir el deseo en su piel como yo.

Sus labios se acercan lentamente a los míos.

—Tristan...

—Déjame besarte. Sólo eso. Lo prometo. — Suplica.

No contesto con palabras, sino que lo hago acercando mis labios lentamente a los suyos hasta que ambos se funden en un lento y tortuoso beso colmado de deseo y desesperación. Tristan gruñe y aprieta mi trasero con su mano, clavándome contra su erección. Comienzo a gemir de forma involuntaria cuando siento su lengua surcar mi boca en busca de la mía. Estoy en el cielo. Nunca me habían besado así.

Un beso precioso y oscuro a la misma vez, que va subiendo de nivel a cada segundo.

Tristan me levanta del suelo aferrando mi trasero y yo enlazo mis piernas a su cintura, sin romper el intensísimo y pasional beso que me está volviendo loca de placer. Me lleva así hasta depositarme sobre el capó de su coche. En donde me sienta y se coloca entre mis piernas mientras continúa besándome como si fuese el último día de nuestras vidas y apretando mi trasero para pegarme a su cuerpo y frotarse conmigo. Gime y me rebota su gemido en el bajo vientre, de forma dulce, caliente, húmeda y seductora. Una de sus manos contornea mi pecho por encima de la ropa.

—Tristan. — Gimo su nombre y me separo un segundo de sus labios para recuperar el control, pero acabo aullando mirando al cielo cuando siento sus labios en mi cuello.

—Me vuelves loco, Luna. Loco como nadie lo ha hecho en mi jodida vida. — Continúa besando mi cuello y restregando su sexo sobre mi ropa y yo aullando como si estuviese poseída por alguna magia oscura. Creo que estoy a punto de correrme de tanta pasión. — Déjame entrar en ti. Te lo

suplico. — Sujeta mi cara para que lo mire. Sonrío ante su impaciencia.

No respondo, lo beso con erotismo y enrosco mi lengua en la suya. Quiero que este beso dure más. Antes de sentirle dentro de mí. Entonces soy yo quien, apoyando mis manos sobre el capó del coche, tomo las riendas de nuestros movimientos y comienzo a apretarme contra su pantalón, contra su enorme erección. Tristan farfulla una palabrota en mis labios.

—Quiero seguir así. Hoy mando yo. — Le ordeno.

—Maldita sea, vas hacer que me corra sin siquiera penetrarte. — Susurra en mis labios. Su confesión aviva más mis movimientos y él me aprieta más contra su cuerpo. — Es lo que quieres, ¿no? Hacer que me corra y noquearme así. Sin siquiera sentirte como deseo hacerlo. ¡Ahhhh! — Gime y levanta su cuello cuando siente mi ritmo más acelerado.

—Estoy a punto. — Le informo en el oído y muerdo su lóbulo.

—Dios, sí, y yo, no pares.

No lo hago. Vuelvo a buscar sus besos hasta que me dejo ir notando como una tremenda descarga eléctrica se apodera de mi cuerpo y siento la humedad también que Tristan de repente emana de su cuerpo, atravesando la tela de su caro pantalón. Se queda enganchado a mis labios mientras se descarga por completo y yo sigo sufriendo réplicas de un intensísimo orgasmo en mi sexo palpitante. Su respiración es ruidosa. Separa nuestros labios y apoya su cabeza en mi hombro, extenuado. Yo también lo estoy, y me dejaría caer hacia atrás como un peso muerto si Tristan no me sujetase con tanta fuerza para evitarlo.

—Gracias. — Susurro en su cuello sin soltar mis brazos de su cuello. Levanta la cabeza y me mira.

—¿Por el orgasmo?

—No bobo. Por respetar mis órdenes. — Tristan suspira, mira hacia su entrepierna y cuando ve una enorme mancha blanca pone los ojos en blanco y resopla.

—Me has hecho quedar como un adolescente fuera de control. — Me río. Libero una carcajada y él se acaba contagiando y riendo conmigo. — Y, sin embargo, ha sido increíble. — Ahora lo dice más serio.

—Lo ha sido. — Digo sintiendo una explosión en mi pecho mientras lo miro derretida de encaprichamiento por este hombre. — Brindemos por ello. — Sugiero.

—¡Joder, el champán! ¡Has hecho que me olvide de todo, maldita mujer! — Sonrío. Tristan me da un rápido beso, me suelta y va al coche a por la botella de champán y los vasos de plástico. Abre la botella con maestría frente a mí y vierte el líquido en dos vasos, tendiéndome uno de ellos. — Por las mujeres dominantes. — Propone su brindis levantando su vaso.

—Por los hombres que te hacen perder el control y la cordura. — Propongo yo. Suspira mientras chocamos los vasos y bebemos después, mirándonos a los ojos.

—Estoy deseando que ya sea mañana por la noche. — Murmura. — Has superado sólo con esta velada todas mis expectativas. Eres increíble.

—Espero estar a la altura mañana por la noche.

—No puedo imaginar algo más placentero que tu compañía, así que, créeme que sólo con ser tú es más de lo que cualquier hombre desearía.

Siento un poco de frío ahora que Tristan y yo hemos relajado un poco nuestra tensión sexual. Me estremezco.

—¿Hora de volver? — Propongo sin saber si quiero volver. Pero tengo que descansar algo si mañana quiero ser persona.

—Si mi ama así lo quiere... aunque por mí me pasaría la noche aquí, lejos del mundo, contigo. — Creo que yo también quiero eso. — Anda vamos. — Dice y hace que desista de proponerle que nos quedemos aquí.

Por el camino de vuelta es Tristan quien conduce, y eso me permite observarlo libremente sin ser vista. Es una maravilla para la vista. Su perfil es espectacular. Igual que de frente. No puedo creer lo que acabo de vivir con él. Soy realmente afortunada.

Al entrar en Madrid voy guiándole hacia la casa de Ana. Los minutos se me escapan y quiero grabar en mi mente todos sus detalles a fuego. No quiero olvidar esta noche nunca. Ha sido mágica. Ha sido la mejor noche de mi vida. Ha sido simplemente perfecta.

—Es por ahí, girando la esquina. — Le indico, aunque pareciera que sabe dónde está la casa de mi amiga. Recuerdo que creí verlo ayer de madrugada. Pero, cuando estoy a punto de preguntarle por ese suceso, veo el coche de Juan mal aparcado poco antes de llegar al portal de Ana. — ¡Joder! — Grito. Tristan me mira extrañado.

—¡Qué pasa!

—Mierda, sigue, sigue, por favor. — Le pido y comienzo a buscar a Juan por todos lados. Lo encuentro sentado en el portal de Ana. Ahogo un grito y Tristan mira hacia el portal también.

—Ese imbécil no se cansa, ¿eh? ¿Quieres que suba contigo?

—¡No! ¡No, por favor! ¡Llévame a otra parte! No quiero cruzármelo. — Recuerdo que tengo el móvil en silencio. Lo saco de mi bolso y me encuentro con cuarenta y ocho llamadas perdidas de Juan y varios mensajes de Whatsapp que no pienso leer. — Maldita sea.

—¿A dónde quieres ir entonces? — Pregunta Tristan preocupado por mí. No puedo hablar. Estallaría en llanto si lo hiciera.

Dos calles más adelante Tristan ve un hueco y aparca su espléndido coche.

—¿Por qué paras aquí? — Pregunto mirando a mi alrededor sin saber dónde estamos exactamente.

—Porque quiero saber si estás bien. — Asiento mirando mis manos. — Mírame Luna. — Me levanta la barbilla, pero mis ojos siguen huyendo su mirada. No quiero que vea el miedo en ellos. No quiero. Ha sido una noche tan perfecta que no quiero estropearlo todo ahora. — Mírame, por favor. — Su súplica me convence y lo hago. Y... encuentro la paz en su mirada. — ¿Qué quieres hacer? ¿Qué hago para que te sientas mejor?

—Estoy bien. — Le digo un poco titubeante. Tristan me mira como si no me creyese. — Ha sido una noche estupenda. Has hecho que me sienta increíblemente bien. Debería haberte pedido que nos quedásemos en ese mirador. — Tristan suspira.

—Te llevo a mi hotel. — Me informa. Abro la boca. — Si te parece bien. — Aclara.

—No sé... yo...

—Nada de sexo. Lo sé y llevo asumiéndolo como puedo toda la noche. Pero no te voy a dejar por ahí sola en mitad de la noche sin saber a dónde acudir. Tendrás que fiarte de este desconocido. — Se encoge de hombros.

—Vale. — Sonríe victorioso. — De todos modos, sigo teniendo el mando esta noche.

—Aguantaré valientemente la tortura. Aunque manche más todavía mis pantalones favoritos. — Me río y Tristan me besa de forma tierna. Aunque en

seguida se aclara la garganta, sacude la cabeza y pone el coche en marcha.

Antes de entrar en el hotel se saca la camisa y trata de cubrir como sea la mancha de su pantalón. Yo me muerdo el labio para no reírme.

En el ascensor me dedica una mirada maliciosa.

—¿Qué? — Le increpo.

—Nada. Que eres un peligro.

—¿Yo? ¿Por qué? — Quiero saber. Las puertas del ascensor se abren cuando llega a su destino y Tristan no contesta a mi pregunta.

—Vamos. — Abre la puerta y creo que suspira antes de hacernos entrar. Me coloca su mano en la espalda y me guía hacia el interior de su habitación. Vuelvo a mirar su enorme cama. Mañana lo haré ahí con Tristan Moore. Debo estar loca. Pero lo voy a hacer. — Ponte esto. — Me da una camiseta blanca de hombre. ¿Quiere que me desvista delante de él? No... no soy capaz. ¡Claro que lo soy! ¡Tengo que serlo! No va a tocarme sin mi consentimiento. Hoy mando yo. Y tengo que ir preparándome para mañana.

—Ayúdame. — Me giro para indicarle que baje la cremallera de mi vestido. Lo hace tan lentamente que me corta la respiración. Vuelvo a sentir su aliento en mi cuello mientras me baja el vestido por los hombros y acaricia mis brazos conforme lo hace.

—Te desvestiría mil y una veces más. — Susurra en mi oreja. Oigo su gruñido cuando el vestido llega al suelo y me quedo en tacones y ropa interior. — Esto también fuera. — Dice desabrochando mi sujetador y repitiendo sus caricias mientras me lo quita. Siento las yemas de sus dedos en los costados de mis senos y me contraigo. — Ponte la camiseta, por favor. — Me pide. En ese momento recuerdo que sigo teniendo el control y que por eso quiere que me vista, porque no le he dejado tocarme. Sin saber de dónde saco la chispa, me doy la vuelta, vestida sólo con mi tanga rojo nuevo y me pongo de frente a él.

—Primero quítame los tacones. — Le ordeno. Sus ojos se oscurecen al clavarse en mis senos y mi estómago.

—Cómo desees. — Se arrodilla frente a mí, de forma que su boca está justo frente a mi sexo.

Inhala con fuerza y me siento arder. Poco a poco agacha la mirada hacia mis pies, y, uno a uno, va desabrochando mis zapatos y quitándomelos. Es una imagen gloriosa; Tristan Moore arrodillado frente a mí, deseándome y

obedeciendo mis órdenes. Vuelve a ponerse en pie esperando la siguiente orden. Creo que sus ojos se detienen en uno de los viejos moratones que Juan me hizo y del que sólo queda ya un leve recuerdo. Tengo que desviar su atención.

—Ahora quiero desvestirte yo a ti. — Le digo.

Levanta la cabeza para dejarme acceso a los botones de su camisa. Cada botón que desabrocho me desvela un trocito más de su deseable torso. Y cada vez que lo hago le miro a los ojos. Sigue con la cabeza levantada, observando detenidamente mis movimientos, exponiéndome su deseable cuello de manera sensual y sexi. Cuando ya he abierto toda su camisa se la voy quitando lentamente comiéndomelo con los ojos. Es una obra de arte.

Cuando su camisa ya está en el suelo, poso mi dedo índice sobre el vello que recubre la unión de sus pectorales y lo desciendo poco a poco hasta llegar a su ombligo y después por la línea de vello que lleva hacia su creciente erección. Introduzco el dedo en sus pantalones para facilitarme la tarea de desabrochárselos y rozo sin querer la punta de su miembro.

Gruñe.

Lo miro a los ojos. Está desquiciado. Me encanta esta sensación.

Desabrocho sus pantalones sin dejar de mirarlo y me agacho hasta quitárselos del todo manteniéndole la mirada.

Antes de levantarme, me encuentro con una enorme erección mal escondida por sus boxers frente a mí. Deseo quitárselos y ordenarle que me dé el mejor sexo de toda mi vida, pero, por otro lado, deseo seguir disfrutando de este tipo de intimidad tan distinta y tan intensa.

Rozo con mi nariz la punta de su miembro sobre la tela de su ropa interior y Tristan, instintivamente, agarra mi pelo para procesar la tensión que siente.

Me levanto, me quito el recogido y muevo la cabeza para que mis rizos vuelvan a su lugar.

—No sigas torturándome. — Pide cerrando los ojos.

—Ponme la camiseta. — Le vuelvo a ordenar. Abre los ojos, coge la prenda y me la coloca rápidamente.

—Métete en la cama. — Levanto una ceja. — Por favor, ama.

—Métete conmigo. — Ordeno.

—Sólo si me dejas tocarte.

—Creí que hoy mandaba yo. — Susurro acercándome a sus labios. Me muerde el labio inferior.

—Estoy siendo bueno y obediente. No me castigues más. No es necesario. Y puede volverse en tu contra, ama, cuando seas mi esclava. — Ataca mis labios y vuelve a besarme como un animal salvaje en celo. Hace que retroceda y que me choque con la cama, cayendo sobre ella. Tristan se coloca sobre mí, entre mis piernas y sigue besándome de manera salvaje y exigente. Me aferro a su pelo y respondo de la misma forma, encaramando mis piernas a su cintura.

—Haz que me corra otra vez, como antes. — Pido. Tristan me mira con satisfacción.

—Sí, ama. — Siento su dureza todavía más consistentemente que antes, al tener menos barrera de ropa entre los dos. Grito y me arqueo ante la sensación.

Tristan me muerde uno de mis pezones por encima de la camiseta y vuelvo a gritar. Eso lo he notado en el interior de mi sexo como un latigazo de placer.

De un momento a otro se gira y me hace girar a mí también, de forma que ahora me encuentro a horcajadas sobre él. Me froto contra su erección completamente enloquecida, tanto que no puedo seguir con la sesión de besos devastadores. Me incorporo sobre él, sentada sobre su duro sexo y me froto como una salvaje.

Mi cuerpo se estremece y siento mi sexo húmedo e hinchado. Jamás habría imaginado que la mera fricción de dos cuerpos pudiera ser tan placentera, y para ambos.

Tristan gime en mis labios y se retuerce de placer. Yo también gimo y gimo y no paro de gemir. No soy capaz de detener sus manos que se cuelan por debajo de mi camiseta y se aferran a mis pechos. De hecho, siento alivio cuando noto algo de su tacto en mi piel.

—Voy a correrme Tristan. — Le informo.

—Pues te acompaño, ama. — Tira de mí para que vuelva a colocar mis labios sobre los suyos y gruñe en mi boca mientras me mueve con sus manos sobre mi trasero de arriba abajo. — Tienes un culo increíble. Tienes unas tetas jodidamente exquisitas. Me vuelves loco. Mmmmmm. Mírame. — Me

pide y esa orden ya me empieza a resultar familiar de sus labios. Pero estoy en tensión y no puedo abrir los ojos. — ¡Mírame, por favor! — Abro los ojos con mucho esfuerzo y me encuentro con su mirada azul que grita que está al borde del éxtasis, como yo. Me enciende más todavía. — Sigue Luna. Sigue. No pares. Me corro. — Gimo su nombre en sus labios y Tristan emite un gruñido ronco y sexi, tensando todo su cuerpo a la vez. Siento humedad en mis braguitas y no sólo es mía. — ¡Joder! — Vuelve a gruñir y a tensarse, levantando la cabeza esta vez y dejando su grueso cuello al aire. Lo beso por instinto. — Ahhh. Dios. — Sigue tensándose con una nueva sacudida bajo mi cuerpo. — Uffff. Esto es demasiado. — Al fin su cuerpo se relaja, me abraza y se gira, colocándose a su lado, pero sin deshacer el abrazo. — ¿Qué me estás haciendo, mujer? — Pregunta casi sin aliento mirándome a los ojos. Me da un beso en la punta de la nariz y cierra los ojos con una cara de satisfacción enorme.

—Te vas a quedar dormido así. Con los calzoncillos pringosos. — Me burlo de él y acaricio su cara.

—Mmmm. — Es el último sonido que emite Tristan después del episodio tan erótico y excitante que acabamos de vivir y se queda profundamente dormido.

A mí también me pesan los ojos y los cierro con una enorme sonrisa pintada en la cara.

TRISTAN

Abro los ojos y tardo unos largos segundos en ser consciente de que me acabo de despertar. Sin gritos. Sin tensiones. Sin pesadillas. Y, sobre todo, sin haberme tomado la medicación.

Luna está encaramada en mi pecho y, al verla, recuerdo todo lo que me hizo sentir anoche. Mi polla también lo recuerda, porque se empalma en cuanto la ve. Me agobio al verla tan quieta, pero rápidamente se mueve sobre mí, emitiendo un gruñidito muy sexi mientras duerme plácidamente. Me la merendaría ahora mismo.

Pero estoy tan distraído con el hecho de que he dormido tan... normal, como cualquier ser humano lo haría, que me siento confundido. Alargo la mano hasta la mesita de noche para ver qué hora es en mi móvil, con cuidado de no despertar a Luna. ¡¡¡¡Qué!!!! ¡Las doce del mediodía! ¡¿Qué cojones?! ¿He dormido nueve horas? No puede ser... este cacharro está mal. Me levanto con sigilo y busco el móvil de Luna en su bolso. Lo encuentro enseguida. ¡No me jodas! ¡Las doce! ¿Cómo...?

—¿Qué haces? — Pregunta Luna al verme en pie con su móvil en las manos. Mierda.

—Eh... mirar la hora. ¡Son las doce! — Le grito.

—¿Tienes que trabajar? — Pregunta extrañada por mi comportamiento.

—No... es que... — Vuelvo a mirar la hora en su móvil. Pero algo me hace fruncir el ceño. — Ese neandertal te ha llamado ciento cincuenta y tres veces, Luna. — La miro enfadado. Ella pone cara de entierro.

—Ya... Juan es así. — Se sienta en la cama incómoda por la situación. — Lo siento, Tristan. Lo siento mucho.

—¿Tú? ¿Qué culpa tienes tú de que esté pirado? Pero ahora mismo vas a vestirme y vamos a denunciarlo por acosador. — Le ordeno sentándome a los pies de la cama.

—No Tristan. Olvídalo. — Me ruega estresada. Maldita sea, sigue sintiendo algo por él. — Yo prefiero ignorarlo.

—No te creo. — Arruga la frente. — No creo que lo hayas olvidado si eres tan condescendiente con él. — Mierda, ahora las náuseas no. Por una vez

tengo que ignorarlas. Además, esta no es una situación típica en la que tenga que sentir esa señal de peligro. Porque yo sé que no estoy en peligro. Ya lo habría visto de ser así. Y, sobre todo, porque esta mañana estoy feliz por haber dormido por primera vez en mi vida desde que soy consciente nueve completísimas horas. A lo mejor es eso lo que hace que mi cuerpo reaccione extrañado.

—¿No crees que lo haya olvidado después de lo de anoche? — Pregunta con una voz muy dulce mientras viene a gatas hasta donde yo estoy y me besa con dulzura. Me dejo besar y no puedo impedírselo. Me gustan sus labios. Es sólo por eso. Son adictivos.

—Quiero follarte. — Le pido. Hace mil años que no echo un polvo matutino. Nunca había dormido con una mujer.

—Pero mando yo. — Sigue con su tortura.

—Pero hoy el sexo está permitido. — Me tiro sobre ella y le levanto la camiseta. Antes de que me ordene que pare atrapo uno de sus pezones en mis labios.

—Ahh, Tristan... no vale. — Lllaman a la puerta justo cuando ya la tenía donde quería.

—Mierda. — Me levanto. Abro la puerta con cara de asesino y me encuentro a Nika sonriente tras ella. Joder, no me jodas la mañana ahora.

—Me preguntaba si te apetecía desayunar conmigo. — Miro hacia el interior de mi habitación como acto reflejo. Creo que Nika comprende que no estoy solo enseguida.

—En otra ocasión. — Sonrío sin ganas.

—Lo... lo siento. Está bien, adiós. — Se va y cierro la puerta. Me quito los calzoncillos sin esperar un segundo más y me acerco hasta Luna de nuevo. Me mira con los ojos muy abiertos. Bueno, mira mi erección casi pasmada.

—¿Quién era? — Pregunta cuando recupera la palabra y al fin me mira a mí.

—Nadie. — Me vuelvo a subir sobre ella y levanto su camiseta. ¡Joder, qué tetas tiene la condenada! Pero Luna está en otro lugar, lo noto. Y no quiero seguir si no está receptiva y no lo va a disfrutar.

—¿Tu compañera de serie? — Pregunta y medito un segundo si su

pregunta está empañada por algo similar a los celos. No quiero eso.

—Luna, ¿Qué pasa?

—Tengo... yo...

—¡No vas a irte! ¡Ni lo sueñes! Tenemos un trato. — Le recuerdo.

—No he firmado nada. — Me desafía. Sus palabras me desinflan. Jamás la obligaría a tener algo que no quiera tener. Me siento en la cama, frente a ella.

—No me gusta esa mujer. Me gustas tú. Te deseo a ti y quiero pasar una maldita noche contigo.

—Sí, quieres sexo conmigo, ya lo sé. — Suelta con cierto tinte de molestia en la voz.

—¿Tú no quieres sexo conmigo? — Parezco un niño abandonado.

Acaricio su rostro y sus labios por si me dice que no, por si me dice que ya ha tenido suficiente y es la última vez que puedo tocarla. Siento una molestia en mi pecho desconocida que comienza a asustarme. No, no son las náuseas, es distinto. Como si su posible negativa a estar conmigo pudiera desencadenar una serie de sensaciones aún más molestas en mi interior. Y, paradójicamente, quiero que las desate. Porque por primera vez en mi vida me siento protegido con una mujer. Ella es diferente y... no me está pidiendo amor.

—Claro que sí. — Dice y agacha la mirada. — Pero yo no sé ser tan fría.

—¿Yo soy frío? — Me siento dolido por su comentario. — ¡Luna, mírame! — Lo hace y me calman sus ojos un poco.

—¡No! No, no lo eres. — Niega también con la cabeza.

—No te sigo, Luna. ¿Es por Juan? — Me tenso muchísimo al pensar que puede ser ese su motivo. — ¿Es que te has arrepentido de lo que pasó anoche porque te ha llamado insistentemente? Porque déjame decirte que para mí ha sido la noche más maravillosa de mi vida.

—Juan no tiene nada que ver. Ni siquiera he pensado en él en todo el tiempo que llevo contigo. Sólo que necesito ir a casa de Ana, comprobar que mi amiga está bien, darme una ducha, ponerme ropa limpia y esas cosas. — Suelto todo el aire de los pulmones.

—Entonces, no me estás dando largas, ¿verdad?

—No. — Me besa y la deajo. Necesito que no se distancie justo ahora de mí ni que empiece a dudar de pasar una noche conmigo. — Esta noche es mi noche. — Me confirma y sonrío en sus labios.

—Eso es. Seré todo tuyo y disfrutaremos juntos, pequeña.

—Sí. — Reafirma nuestro plan. Al fin me calmo y vuelvo a sentirme bien.

—Vamos, te llevo a casa de Ana. — La levanto y comienzo a vestirme. — Te recogeré a las seis. — Le informo.

—Eso de que mando yo no lo encajas del todo bien, ¿no? — Se burla de mí mientras se viste.

—Quiero llevarte a un sitio. Te gustará. Ahora que constato que te gusta bailar quisiera darle una sorpresa a mi ama y señora. Así que, si usted lo ve bien, a las seis la recogeré en casa de Ana.

—Lo veo estupendo.

—Bien.

Ahora soy yo quien busca sus labios sin venir a cuento para darle un beso. Son peligrosamente adictivos esos labios.

Me pongo unos jeans y una camiseta blanca y Luna me come con la mirada. Aguanto una sonrisa. Nota mental: a Luna le pone verme así, más cercano a su mundo.

Por el camino, en mi coche, llevo su mano entrecruzada con la mía. No he tenido una relación sólida en mi vida, pero en las películas románticas en las que he participado he visto que eso suele funcionar, que ese gesto tan simple infunde confianza en la otra persona. Y deseo y necesito que Luna lo haga en mí y que no se escabulla de nuestro encuentro pactado de esta noche.

Al llegar al portal de su amiga, después de dar tres vueltas a la manzana por orden de Luna para comprobar que el anormal de Juan no está esperándola, la deajo justo frente a las puertas. Me llevo su mano a los labios y deposito un pequeño beso en su palma. Está nerviosa, lo noto.

—Hasta dentro de cinco horas y cinco minutos, ama. — Le susurro con sensualidad. Luna me regala una sonrisa de complicidad.

—Hasta pronto, esclavo.

—Me muero por tenerte otra vez entre mis brazos y seguir tus órdenes. Sean cuales sean.

—¿Seguro? ¿Aunque te pidiese que no haya sexo de nuevo? — Medito la respuesta.

—Seguro. He tenido el “no sexo” más exquisito de toda mi vida contigo. Ha sido incluso mejor que el sexo normal.

—No estoy segura de que eso no haya sido sexo. — Susurra agachando la mirada de nuevo y mordiéndose el labio. Tiro de su barbilla para que vuelva a mirarme.

—Ha sido mágico. Exquisito. Intenso. Delicioso. Exactamente igual que tú. Lo llames como lo llames. Ha sido perfecto, Luna. Y te agradezco hasta el infinito que me hayas regalado esas horas tan maravillosas. — Suspira y sonrío. — Te veo luego, pequeña. — Beso la punta de su nariz.

—Adiós. — Sale del coche y antes de cerrar la puerta se agacha para mirarme por última vez. — Gracias por traerme.

—Estoy a tus órdenes, ama. — Se ríe, cierra la puerta y desaparece de mi vista dando saltitos hasta introducirse en el portal.

Reacciono cuando alguien me pita y me doy cuenta de que llevo un rato mirando el portal y desvariando. Me pongo en marcha hacia el hotel. Tengo tanta hambre que me comería un tiburón. Es la una de la tarde y no hemos ni desayunado por culpa de la impaciencia de Luna de volver a ver a su amiga. Yo habría pasado más tiempo con ella y habríamos desayunado juntos en mi habitación, en el hotel.

Pero ahora que lo pienso, eso supone adentrarme en un terreno peligroso. ¿Cuándo he desayunado yo con una mujer con la que haya pasado la noche? Qué pregunta tan estúpida. Si nunca he pasado una noche entera con una mujer. Al menos, no para dormir.

Nunca me he llevado a una mujer a ninguna de las viviendas que tengo. Siempre que he tenido una cita ha sido en la habitación de un hotel y siempre he reservado dos habitaciones, para poder tener un sitio en el que encerrarme solo con mis fantasmas después de tener sexo.

En esta ocasión no dispongo de dos habitaciones porque es la producción la que ha reservado nuestras habitaciones y porque no entraba en mis planes tener sexo con alguna mujer que no fuera del elenco. Nika era mi primer objetivo y ya está cumplido y olvidado. También había puesto el ojo en una de maquillaje, pero finalmente me he desinteresado de esa chica al conocer a Luna.

Ahora mi mente está en Luna, en nuestro juego y en las tres noches de sexo que nos esperan por delante.

La de anoche fue la más inusual que he vivido en mi vida y puede que por eso la que voy a atesorar en mis recuerdos como la noche de sexo “no sexo” más misteriosa de toda mi vida.

Esa chica me ha descubierto un mundo sensorial desconocido para mí: la anticipación y la exaltación de los sentidos.

Siempre supe que los “previos” al sexo son importantes para las mujeres, pero nunca pensé que para un hombre pudiera ser tan excitante un juego de ese tipo en el que todo se vuelve prohibido y a la vez deseable a niveles insoportables. Anoche yo estaba en esa situación entre las piernas de Luna. Estaba a su merced. Puedo afirmar que habría hecho cualquier cosa que me hubiese pedido en ese momento. E incluso tengo esa misma sensación cada vez que me mira con esos increíbles ojos. Sin tocarme ni nada.

Tengo mucho en qué pensar con respecto a esta noche. Pero primero voy a llamar a John, mi médico, para que me confirme que no estoy en peligro. Necesito la confirmación de alguien que entienda bien de la materia a la que me expongo. Aunque, me dijera lo que me dijera, estoy seguro que no podría frenar este futuro encuentro con Luna. No he deseado nunca algo tanto en toda mi vida.

LUNA

Tengo las venas tan cargadas de entusiasmo que no puedo ni esperar a que el ascensor llegue. Así que subo las escaleras que llevan a la casa de Ana de dos en dos.

Quiero gritar de alegría. Tengo que sacar en palabras toda esta sensación o me asfixiaré de felicidad.

Aunque no esperaba que mi alegría tan inmensa se ensombreciera tan pronto. Tengo al Huracán Juan frente a mí al llegar a la planta de la casa de Ana. Estoy convencida de que ha pasado la noche aquí, esperando a que yo llegue. Trago saliva y me paralizó, como siempre que lo tengo frente a mí. Sin embargo, lo que realmente me apetece hacer es gritarle todas las mierdas que me vengan a la boca, mandarlo al infierno y salir corriendo en dirección a los brazos de Tristan de nuevo. Pero no lo hago. Lo observo expectante, sin saber cuál de las múltiples versiones de Juan es la que tengo frente a mí. Estoy tensa de pies a cabeza.

—Luna. — Pronuncia con aparente calma mi nombre y da un paso hacia mí. Yo retrocedo dos. — Mi amor. — Ha elegido el peor de los momentos para llamarme de una forma cariñosa por primera vez en cuatro años.

—¿Qué haces aquí? — Pregunto con la voz temblorosa.

—Vengo a por ti. No podemos seguir enfadados, Luna. No sé qué mierda he hecho, de verdad que por más que lo pienso no lo veo. — Me dice frustrado y pasándose las manos por el pelo. — Pero ya he pagado con creces por mi error. Vamos a casa y olvidemos estos espantosos días. — ¿Espantosos? Para mí han sido los días más maravillosos de mi existencia. Especialmente el día de ayer.

—No voy a volver Juan. — Intento no proyectar mi miedo en mi declaración. Necesito que lo entienda. El horror inyecta su mirada. Su rostro se desencaja. — Se acabó. — Sentencio aguantando la respiración.

—¿Dónde cojones has pasado la noche, Luna? — Oh no. Conozco ese tono de voz. Doy dos pasos atrás y pretendo salir corriendo escaleras abajo, pero antes de que pueda, su cuerpo ya está sobre mí, bloqueándome la salida. — ¡¡¡Dime!!! — Me grita encolerizado tan cerca que me daña los tímpanos.

Aprieto los ojos esperando su siguiente jugada, que no tarda en llevarla a cabo. Su puño estalla en mi cara dejándome aturdida. Pierdo el equilibrio. Me caigo al suelo y me hago un ovillo, escondiendo el rostro entre las rodillas. Unos gritos que no son los de Juan se cuelan por mis orejas.

—¡Vete de aquí, maricón de mierda! ¡Te dije que si volvía a verte te denunciaría! — Creo que es la voz de Ana, pero no me atrevo a mirar. — ¿Qué le has hecho, cabrón? — Siento una mano que me toca el antebrazo. Me suelto de su agarre muerta de miedo, pero al levantar la vista veo la amable mirada de mi amiga. — Joder. Luna. ¿Estás bien? — Me inspecciona el rostro y trata de borrar sin éxito las lágrimas que bañan mi rostro. Asiento. — ¿Te ha pegado ese bastardo? — Mis ojos se mueven levemente en dirección a Juan, que me observa bloqueado. Sin saber qué hacer o decir para arreglar esto.

—Sí. — Escupo con rabia mirándolo fijamente.

—No te ha marcado, tranquila. — Me dice Ana con amabilidad. Claro que me ha marcado. Llevo en mí su sello a base de golpes, como si fuese una res a la que le imprimen la marca de su amo a fuego en la piel. — ¡Eres una mierda! ¡Una pestilente mierda de trol rebozada en moco de orco! — Grita Ana poniéndose en pie llena de rabia. Poniéndose frente a Juan. — ¡¡Déjala!! ¡Ya le has hecho todo el daño posible!

—Ana, no... — Susurro. Me tenso al ver cómo mi amiga se pone en peligro por mi culpa. Trato de ponerme en pie, pero estoy mareada.

—¡Tú no te metas, puta! — Le escupe Juan. — ¡Por tu culpa mi novia quiere dejarme! ¡Ella siempre ha sabido que no habrá nadie que la ame como yo!

—¡Mírala Juan! ¡¡Mírala!! — Grita Ana señalándome. — ¿Eso es lo muchísimo que la quieres? — Juan me mira y yo no puedo seguir mirando ese rostro. Lo odio. Sé que no debería albergar ese sentimiento en mí. Pero lo hago.

—Luna, nena, perdóname. — Vuelve a acercarse a mí y yo me retuerzo como una culebra para evitar el tacto de su piel en la mía.

—No me toques. No me toques.

—Luna... — Comienza a llorar. Unos vecinos de la misma planta en la que vive Ana se asoman preocupados.

—Chica, ¿estás bien? — Preguntan.

—Está bien. Vamos cariño, vámonos a casa. — Vuelve a insistir Juan levantándome.

—¡Suéltame! ¡Te odio! ¡No quiero que vuelvas a acercarte a mí! — Grito al fin todo cuanto deseo en la vida. No hay nada que desee más. Ni siquiera los maravillosos besos de Tristan que tanto saben a libertad.

—No la vas a volver a tocar, Juan. Vete. — Reafirma Ana mi mensaje interponiéndose entre Juan y yo, con los brazos abiertos, protegiéndome.

Juan la mata con la mirada y descarga un puñetazo sobre el rostro de mi amiga que cae al suelo.

Todo sucede muy rápido. Mis gritos. Los gritos de los vecinos que se abalanzan sobre Juan para alejarlo de nosotras. Yo levantando a Ana como puedo del suelo y arrastrándola hasta el interior de su vivienda intentando aguantar el llanto y concentrándome sólo en cerrar la puerta de su casa antes de que Juan pueda cruzar el umbral y nos sentencie a muerte a las dos. Cierro la puerta a décimas de segundo de que Juan llegue hasta mí, estampando la madera contra su rostro. Me pego a la puerta y descargo un amargo y agónico llanto, mientras escucho los gritos del monstruo de mis pesadillas aullar mi nombre al otro lado de la puerta. Los golpes me estremecen de pies a cabeza, pero estamos a salvo. Por ahora.

Ana me mira horrorizada desde el suelo, porque creo que por primera vez está siendo consciente de la magnitud de mi pesadilla.

Se levanta con torpeza del suelo y busca su teléfono. Sé que va a llamar a la policía y no la detengo.

—¡Luna abre o será peor! ¡¡¡Luna!!! — Quiero que desaparezca. Quiero que se muera. Dios, quiero que se muera. Sólo para poder ser libre, no es porque me alegrara verlo muerto. Pero no va a dejarme nunca. Ignoro sus gritos.

—Policía, un loco acaba de agredirnos a mi amiga y a mí y está aporreando mi puerta, amenazándonos. Vale, gracias. — Ana cuelga el teléfono y se acerca a mí, que sigo presionando la puerta con fuerza para que nunca se abra y no deje pasar al monstruo. — ¡La policía viene de camino, puto tarado! ¡Estás jodido! — Grita Ana hasta desgañitarse para que Juan lo oiga. Los golpes cesan.

—Tendrás que enfrentarme, Luna. Tarde o temprano tendrás que hacerlo. — Es lo último que oigo de su asquerosa voz. Me quedo mirando a

Ana en silencio, esperando que todo haya terminado de una vez por todas. Finalmente me atrevo a separarme de la puerta y compruebo por la mirilla que Juan se ha ido.

—Se ha ido. — Digo.

—Volverá. Se ha pasado la noche aporreándome la puerta. — Me informa Ana. Lo esperaba. Me giro y la miro. Tiene sangre en el labio.

—Lo siento. Siento mucho lo que te estoy haciendo pasar. — Comienzo a llorar como una niña.

—No te voy a dejar sola, Luna. Soy tu amiga. Tú no tienes que pedir perdón. — Me abraza y yo la aprieto con fuerza. Necesitaba un abrazo así. Descargo mi llanto en su hombro. — Nos lo quitaremos de encima, ya verás. Y tú volverás a sentirte viva y conocerás el amor de verdad.

—Tengo mucho miedo. — Confieso entre sollozos.

—Ganaremos. No hay nada que temer. Es un puto cobarde y tendrá lo que se merece.

—No quiero volver a mi casa. No quiero volver a verlo. Nunca. Nunca. Nunca.

—Hablabamos con la policía y veremos cuáles son los pasos a seguir. — Me sorbo los mocos y digo que sí. — Ahora olvídate de esa rata y cuéntame. ¡Cuéntame todo! ¡¿Qué tal te fue con Tristan Moore?! — Ana consigue que me olvide de todo el horror que acabo de vivir con sólo pronunciar el nombre del hombre más maravilloso de la faz de la tierra. Comienzo a reír entre lágrimas.

—¡Oh, Ana! ¡Ha sido increíble! ¡Increíble! ¡Increíble! — Grito y miro en dirección al cielo. Ana sonrío de oreja a oreja. — Ha sido perfecto.

—¿Os acostasteis? — Pregunta emocionada.

—No. Pero hemos hecho cosas que... ¡oh, no lo puedes ni imaginar!

—¡Cuéntamelo, por lo que más quieras!

Paso una hora narrándole a Ana con pelos y señales mis mágicas horas junto a Tristan Moore la noche anterior y contestando a todas sus preguntas.

Ana salta y da palmitas constantemente ante lo que oye. Me abraza una y otra vez y comparte mis alegrías como si ella misma las estuviera viviendo. Pero sólo vivir algo así te hace consciente de lo que es la verdadera

dicha.

Sólo tengo tres citas más con ese hombre y no voy a exigirle más si él no quiere más. Aunque pase el resto de mi vida añorando su recuerdo. Pero voy a pasar también el resto de mi vida agradeciéndole que me haya hecho la mujer más dichosa de la tierra por unos días. Voy a agradecerle eternamente que me haya mostrado el camino hacia la luz, que me haya dado las fuerzas suficientes para luchar por seguir sintiéndome viva. Lo amaré por siempre y va a ser un amor sin culpa, sin odio, sin rencor. Será un amor puro y limpio que se alimentará de esas cuatro citas eternamente.

No me preocupa lo que venga después, cuando ya no esté, porque su recuerdo siempre estará y porque me habrá cambiado para siempre y me habrá hecho despertar de mi pesadilla eterna para no volver a vivirla nunca más. Nunca más.

La policía llega a casa de Ana y nos fríe a preguntas. Pero, al llegar a la conclusión de que el sujeto que nos amenazó era mi ex pareja, pareciera como si la gravedad de los hechos se esfumara. Al final, me dio la sensación de que ellos han deducido que ha sido una simple pelea de una pareja que hacía frente a una ruptura.

Me esfuerzo en callarle la boca a Ana, que le suelta un montón de improperios a la pareja de policías que nos atiende. Porque lo que menos necesito ahora es acabar en la comisaría. Hoy tengo una cita con Tristan Moore. Una cita importantísima para mí, porque va a ser la declaración firme por mi parte de que mi cuerpo ya no le pertenece más a Juan. Quizá todavía tenga síntomas de dependencia psicológica, pero voy a luchar con uñas y dientes para hacerlas desaparecer y no dejar ni rastro de ellas en mí.

Después comemos algo juntas y ambas nos proponemos olvidar este indeseable capítulo.

Más tarde Ana se empeña en ayudarme a ponerme guapa. Me siento tan mimada entre sus manos que lo disfruto mucho. Nadie me ha peinado antes, sólo mi pobre madre cuando era niña.

Termina de hacerme el arreglo número quinientos veintitrés a las seis menos cinco de la tarde. Me miro en el espejo y me gusta lo que veo. Veo decisión, positividad, ilusión y fortaleza. Ese era el reflejo que necesitaba ver. También me gusta el vestido gris que acentúa mis curvas y la americana negra que me da un aspecto de mujer segura de sí misma. Me agrada verme

sobre tacones, sexi, pero pisando fuerte. Ana me ha alisado un poco los rizos, dejando sólo suaves ondas en las puntas. Ahora se aprecia bien lo largo que tengo el pelo.

—Es la hora. Me voy. — Le digo a mi amiga y le doy un fuerte beso.

—Bajo contigo. — Me dice. Le sonrío.

Cuánto estoy empezando a querer a esta mujer. Quiere asegurarse de que llegue a mi destino de una sola pieza.

Bajamos cogidas de la mano por el ascensor y aguanto la risa cuando veo a Ana casi tan nerviosa por esta cita como lo estoy yo. Salimos a la calle también cogidas de la mano y a ambas se nos corta la respiración al ver a Tristan Moore con sus vaqueros claros desgastados, su camiseta negra entallada marcando su increíble silueta y unos zapatos que son la única muestra de que pertenece al mundo de los ricos, esperando sonriente apoyado sobre su cochazo con los brazos cruzados. Sonríe al verme y yo sonrío todavía más.

Este es mi premio por haber roto el cascarón en el que estaba presa. Tristan se acerca hasta mí, me coge la mano y la besa.

—Hola, preciosa Luna. — Me vuelvo loca de amor en el acto.

—Hola, encantador Tristan.

—Hola, ¿Ana? — Pregunta Tristan a mi amiga que se lo come con los ojos.

—¡Sí, sí, hola! ¡Soy super fan de todo lo que haces! ¡Ay, qué nervios! Cuídamela, ¿eh? — Me señala Ana. Tristan le sonrío.

—Lo haré. Oye, voy a llevar a Luna a una fiesta privada que va a hacer un amigo mío, que también es actor, en su mansión de Madrid, ¿quieres acompañarnos? — Ana y yo nos miramos con la boca abierta. — Estoy seguro que a Luna le encantaría compartir esa experiencia con su buena amiga Ana. — ¿No es encantador? Me hago líquido al oírlo.

—¡Oh, pero así no puedo ir! — Ana se mira de arriba abajo y se frustra viéndose en chándal.

—Tranquila, volveremos a por ti en un par de horas. ¿Te parece? La fiesta no empieza hasta las ocho.

—¡Vale! ¡Vale! — Ana comienza a dar saltos de alegría e incluso está a punto de darle un abrazo de emoción a Tristan, pero se detiene justo cuando

ve lo que va a hacer. — Ay, perdón.

—¡Abrázame! ¡No como! — Le dice él muerto de la risa. Ana le abraza y salta en sus brazos emitiendo unos ruiditos muy graciosos. Yo siento que el pecho está a punto de explotarme de orgullo. — Bueno, bueno, ya. Que hoy tengo dueña y no quisiera que me castigara después si la pongo celosa. — Dice Tristan mirándome y sonriéndome.

—¡Me voy! ¡Que sólo tengo dos horas! — Ana sale disparada hacia su casa.

Tristan me abre la puerta del copiloto y yo entro muerta de la risa. Después se sienta a mi lado, me mira y me pierdo en sus ojos.

—Qué preciosa estás.

—Tú sí que eres precioso. — Le digo y lo beso como si le besara el alma. Tristan emite un sonido extraño, como si estuviese disfrutando y a la vez evitando mi beso. No le doy importancia. Sigo agradeciéndole todo igual. — Sólo es un beso de agradecimiento. — Le digo y suspira. — Gracias por invitar a Ana. Esa mujer se merece un monumento.

—No tienes que darme las gracias. Me encanta esa sonrisa de felicidad y cómo brillan tus ojos cuando estás contenta. Tampoco tienes que excusarte por besarme. Hoy tú eres mi ama, así que disfruta de tu ventaja mientras puedas. — Sus palabras contienen una oscura promesa que me hace vibrar. — Bien, ¿A dónde quiere que la lleve, señorita? — Pregunta. — Tenemos dos horas antes de venir a por Ana.

—Si todavía no vamos a ir a la fiesta, ¿Por qué insististe en quedar dos horas antes?

—Me gusta estar contigo. — Se encoge de hombros restando importancia a lo que acaba de decir, que es mucho.

—Sé lo que me apetece hacer. — Le digo.

—Soy tuyo, pequeña.

Le doy a Tristan las indicaciones y las sigue sin preguntar ni una sola vez a dónde lo llevo. Lo hace de manera natural. Me refiero a hacerme sentir tan cómoda. Como si lo conociera de toda la vida.

Le indico que aparque cuando llegamos a la zona. Aparca y sale apresuradamente para abrirme la puerta, como buen galán de cine. Cuando salgo y lo tengo de frente me mira echando chispas, inspira mi aroma

cerrando los ojos y, sin yo esperarlo, me da un beso de película apretándose contra su cuerpo.

Varios viandantes se paran conmocionados al ver su flamante coche y comienzo a escuchar cuchicheos de gente, preguntándose si ese es Tristan Moore.

Comienzo a pensar que no es tan buena idea exponerlo a esto. No había pensado que es tan conocido que no nos van a dejar en paz ni un momento. Pero él tampoco me lo recordó.

Tira de mi barbilla para que lo mire.

—¿Qué le pasa a mi ama y señora? — Sonríó al ver esa expresión tan tierna.

—No me acordé de lo famoso que eres. A lo mejor deberíamos ir a otro sitio menos concurrido.

—Esas son las cosas que me gustan de ti. Que me ves simplemente como lo que soy: un humano más. No me importa la gente, Luna, si a ti no te incomoda iré donde me ordenes ir. — Suspiro. — Querías venir aquí por algún motivo y estoy deseando descubrirlo.

—Pues vamos, esclavo. — Le cojo de la mano y tiro de él. Tristan parece divertido mientras me sigue, de nuevo sin preguntar.

Llegamos al bar Marilyn, unos de mis lugares preferidos de esta ciudad. Un pequeño bar lleno de gente que tiene mucho que decir al mundo, aunque sólo lo hagan en este pequeño mundo. Tristan mira sorprendido a su alrededor. Tiene una decoración exquisita para ser un sitio tan pequeñito, lleno de fotos y referencias al mundo del arte: poesía, cine, música, pintura... Hace años venía aquí a cantar. Los sábados la música es la protagonista. Al piano, sigue el mismo pianista de siempre. Un músico de calibre.

—Vaya. — Tristan demuestra su sorpresa y parece encantado con el lugar. Algunas mujeres lo miran comiéndoselo con los ojos y cuchichean sobre él. Me siento orgullosa de ser yo quien lo acompañe.

—¿Qué quieres beber? — Le pregunto cuando nos sentamos milagrosamente en una mesa libre.

—Voy yo. — Se levanta y lo freno con mi mano.

—¿Se te olvida quién manda, esclavo? — Bromeo, pero interpreto mi papel. Tristan se sienta y pone los ojos en blanco. — Así me gusta. Es bueno

comprobar que no has olvidado que hoy estás a mi merced. ¿Y bien?

—Una cerveza, ama, por favor. — Es muy cómico ver a un hombretón tan grande y fuerte metiéndose en el papel de siervo.

—Ahora vuelvo. — Me levanto y me voy hacia la barra a pedir.

Siento su mirada clavada en mí durante todo el camino. Me sirven rápidamente y, al girarme, tres chicas están encima de mi hombre haciéndose fotos con él. Tristan las complace poniendo una sonrisa muy forzada que me resulta muy graciosa. Vuelvo a la mesa sacudiendo la cabeza y aguantando la risa. Cuando me siento junto a Tristan las chicas me piden perdón y se van.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tu sonrisa falsa.

—¿Me está llamando falso, ama? — Se hace el escandalizado. — Nada de lo que te he dicho o hecho ha sido falso en absoluto. — Se defiende.

—No digo conmigo. Me refiero a la sonrisa que has puesto para las fotos con tus fans. — Tristan se encoge de hombros.

—No me has dado permiso para flirtear con otras. — Es un descarado. Me hace reír. Siempre me hace reír. Se me había olvidado lo bonito que era reír sin parar.

—No. Y que no se vuelva a repetir lo de las fotos. — Digo esta vez muy seria. Abre los ojos ante mi cambio de postura. Estallo en otra carcajada y enseguida se relaja.

—¡Idiota! ¡Creí que ibas en serio! No puedo ser borde con la gente, me crucificarían. — Me aclara.

—¿Aunque tengas un mal día? — De repente me apiado de su realidad.

—Ajá. Pero no es tan malo mostrar una sonrisa, aunque sea forzada. No te sientas mal por ello. Y sobre todo lo mejor de ser quien soy es cuando hago reír a camareras preciosas con un acento muy sensual en inglés. — Me muerdo el labio.

—No entiendo cómo alguien como tú está solo. — Tristan frunce el ceño. — No sé cómo no te ha enredado alguna de esas top models con las que te relacionas. — Tristan se pone serio y me hace preguntarme si he dicho algo malo.

—Luna no puedo.

—¿Cómo? No entiendo. ¿No puedes qué?

—Enamorarme. — Confiesa y su afirmación me causa una herida en la boca del estómago. — No le he confesado esto nunca a nadie, pero no debo mezclarme a ese nivel con nadie. Nunca.

—¿Por qué? — Pronuncio mi pregunta casi en un susurro. No sé si quiero saberlo.

—Tengo un problema a la hora de estrechar círculos afectivos por culpa de una historia de mierda que viví hace tiempo. No quiero que eso se repita, jamás. — Me confiesa y se me arruga el corazón. — No te sientas mal. No es nada grave. Lo tengo controlado. Simplemente evito las situaciones que puedan comprometerme si así pongo en conocimiento a la opinión pública mi problema, o situaciones que me causen estrés. Es sólo por eso que cuento con los dedos de mi mano los encuentros que tengo con una misma mujer. No confío en nadie que venga de fuera de mi entorno. Ya han vendido mi intimidad infinidad de veces. No es nada personal contigo ni nada de eso. Ni busco aprovecharme de nadie. Soy honesto con mis pretensiones cada vez que estoy con una mujer, siempre. Simplemente no voy a exponerme a ese daño ni a mí ni a nadie. Pero eso no me hace de hierro. Ni me hace inmune a los encantos femeninos. A veces necesito el calor humano, y el sexo es de las emociones más intensas que una persona puede experimentar. No quiero renunciar a sentir algo parecido a una relación humana, verdadera.

—¿Por qué me cuentas esto, Tristan?

—He creído necesario que tú lo entendieras. Sólo eso. Quiero que sepas que si desaparezco en algún momento no es por ti. Por dios, no. Tú eres simplemente la persona perfecta con quien, si pudiera, intentaría tener una relación.

—No te he pedido más. — Digo y me tiembla la voz.

—Lo sé. ¡Eh! Dime que no he jodido nuestra cita de hoy. — Me agarra de la mano y miro nuestras manos unidas con miedo. — Lo siento. No quiero esta mierda para mí, créeme. Y mucho menos para ti.

—¿Puedo pedirte algo? — Le digo y lo miro fijamente a los ojos. Él me atraviesa con los suyos.

—Lo que sea. — Dice y parece sincero.

—Pero no sólo quiero que sea algo que hagas hoy. Quiero que lo hagas durante el resto de días que sigamos viéndonos. — Mi mirada y la suya

se intensifican.

—Lo que quieras. Lo haré.

—Olvídate de todo eso mientras estés conmigo, por favor. No voy a pedirte nada más de lo que me das, lo prometo. Lo único que voy a pedirte es que quiero vivir los pocos días que comparta a tu lado sin pensar en nada más. Sin pensar en que me harás daño o te lo haré yo a ti.

—No vas a hacerme daño, Luna. Lo que me haces es feliz y gigante. Te prometo no pensar en mis problemas mientras esté contigo. Prométeme tú que no pensarás en Juan ni en nadie más mientras yo esté a tu lado. Prométeme que vas a entender que, haga lo que haga, lo haré siempre por tu bien y deseando siempre lo mejor para ti, Luna.

—Confío en ti.

—Prométemelo. Prométeme que estos días a tu lado seré suficiente para ti. Con mis taras y todo.

—Lo prometo. Lo eres. Eres mi cura, Tristan. Aunque no vuelva a verte nunca más después de estos días te estaré eternamente agradecida por todo lo que me has dado. Era lo que necesitaba. — Tristan sonrío.

—Me alegra haber soltado toda esta mierda contigo. Me siento liberado. Al menos, sé que, aunque pienses que soy un egoísta, tendrás claro que no tengo intención alguna de hacerte daño.

—Sí, pero egoísta y todo, hoy eres mi esclavo. Así que quiero aprovechar mi tiempo. — Tristan sacude la cabeza y se ríe.

—Tú dirás. ¿Quieres que grite a los cuatro vientos que eres mi ama y señora?

—Mmm, tentador. Pero no. Quiero que me cantes. — Tristan se yergue en la silla.

—Cómo, ¿aquí? — Confirmo con mi cabeza. Tristan mira en todas las direcciones. — Hay mucha gente.

—Tristan Moore, no me puedo creer que te dé vergüenza. ¡Si eres actor!

—Ya, pero hace mucho que no canto. Además, ¿aquí se puede cantar?

—Sí, sólo tienes que pedirle al pianista la canción y te acompañará. Por fi... — Suplico mirándole intensamente a los ojos.

—Maldita mujer. — Resopla y se pone en pie. ¡Va a cantar para mí!

Le dice algo al oído al pianista y toma asiento frente a un micrófono. — Esta canción se la dedico a la dueña de este hombre perturbado. — Dice en español y me mira. Nos sonreímos. — Si hago el ridículo será tu culpa. Pero te seguiré perteneciendo igual. — Esto lo dice en inglés y me río.

Comienza a cantar “In my blood” de Shawn Mendes y parece que hace suya esa canción. Nadie más lo entiende aquí, solo yo. Tiene que ver con lo que me acaba de contar. Y por eso siento como que está queriendo explicarme la magnitud del peso que lleva sobre sus hombros por algo que ha vivido y le ha marcado.

Quiero levantarme y consolarlo. Quiero ofrecerle la mitad del refugio a sus males que me proporciona él a mí. Canta extraordinariamente bien, pero lo que realmente me llega es su mensaje de auxilio de su canción.

Cuando termina todo el público enloquece y se levanta a aplaudir, yo también lo hago. Hace una reverencia ridícula y me guiña.

—Ahora denle un fuerte aplauso a la siguiente artista. — Dice y yo abro la boca. ¡No será capaz! ¡Eso es jugar sucio! — Luna, ven aquí. — Señala el minúsculo escenario. Hace demasiado que no canto. No sé si sabré hacerlo. Pero el aplauso y el barullo del público hace que me sienta comprometida.

—Esta me la pagas. — Le susurro en inglés cuando paso por su lado. Se ríe con una risa pícaro.

—Te saborearé desde el público, pequeña. — Me susurra en el oído.

Me siento mareada ante la escandalosa ovación. De repente encuentro la canción la canción ideal. Se la pido al pianista y asiento conforme.

Comienzo a cantar “Comiéndote a besos” de Rozalen y cierro los ojos para poder hacerlo sin sentirme ridícula. No sé si Tristan sabrá que se la canto a él, pero no quiero incomodarlo ahora que ya sé que, por algún motivo ajeno a mí, se niega al amor. No quiero que huya todavía. Quiero seguir sintiéndome a salvo, con él.

TRISTAN

Definitivamente si lo que pretendo es no caer a sus pies, rendido de amor, no debería haberle pedido que cantara. Ahora su brillo sobre ese minúsculo escenario desprende multitud de rayos que me ciegan y me aterran. Aunque no lo suficiente como para evitar que continúe firme ante mi propósito de introducirme en su carne una y otra vez hasta que duela.

No, no puedo escapar a su embrujo. No ahora, que tengo tan cerca mi ansiada recompensa. Sé que me expongo a unas posibles consecuencias terribles. Pero, como ella misma canta en su canción, tengo aún más miedo a no poder saborearla lo suficiente. Guardo la esperanza de empacharme de Luna después de tres días de bailes de sexo entre mis sábanas y poder dejarla ir cuando llegue el momento, porque ya habré absorbido de ella todo lo que necesito.

Su dulce voz lo envuelve todo. Me eriza la piel. Me acaricia por dentro. Es tan preciosa y tan auténtica, es simplemente tan ella, que merece ser venerada sólo por existir.

Cuando termina de cantar todo el mundo aplaude con ganas. Mucho más que a mí. Luna abre los ojos y su mirada me devuelve la paz y borra de un plumazo todos mis miedos. Le sonrío. Se sonroja y da las gracias. Después vuelve a mí y se sienta de nuevo junto a mí.

—Ama, eres excepcional. — Le digo con admiración.

—Eso ha sido una jugada sucia. — Me acusa. — Hoy mando yo.

—Cumpliré con gusto mi castigo. Da igual lo que me ordenes, ha merecido la pena ver esa maravilla que acabas de hacer. — Luna agacha la mirada.

—No exageres.

—Mírame. — Lo hace. — No dejes de mirarme nunca. Alumbras mis sombras, Luna. — Ella suspira.

Nos envuelve un silencio algo incómodo. No quiero seguir hablando o diré cosas de las que me arrepentiré y lo echaré todo a perder con ella. Ella tampoco sabe cómo contestar a mi semi-confesión.

—¿Vamos a por Ana? — Rompe al final ella el silencio.

—Sí. Vamos.

Voy conduciendo en mi coche con esas dos chicas tan normales cuchicheando emocionadas porque van a una fiesta privada con actores de fama. Son frescas y alegres. Me encanta. Aunque Luna me mira con cara rara cuando me ve aparcar el coche frente al hotel Verona, en el que me hospedo.

—No vamos a ir en mi coche. — Le informo. — No quiero conducir si voy a beber.

—Ah. Y, ¿Cómo vamos? ¿en taxi? — Les ayudo a salir a las dos amigas.

—No. Ahí. — Señalo la limusina que he contratado para que nos recoja a las ocho en el hotel. Ana y Luna abren la boca hasta que casi se les desencaja. — Vamos, chicas, no os quedéis pasmadas. — Entramos en la limusina entre risas y, en cuanto nos sentamos, descorcho la botella de champán del caro que hay en el botellero en el centro de la limusina y sirvo tres copas. Ignoro las fresas que hay en el centro, sería demasiado sexi verla comiendo alguna y no estamos solos los dos ahora mismo. Le tiendo una copa a cada una de las amigas y propongo un brindis. — Por la buena compañía.

—Por la buena compañía. — Dicen las dos al unísono.

Me bebo mi copa casi del tirón y vuelvo a servirme otra. Por el camino Luna y Ana beben y cantan canciones alegres y ritmosas. Yo me retrepo en mi asiento y disfruto de la actuación. Siempre es gratificante ver tanta alegría y entusiasmo alrededor.

Al llegar a la casa de Harry Klein, mi gran amigo y enorme actor, las caras de las chicas no dejan de reflejar estupor. Apuesto mi Porsche a que nunca habían visto tanta celebridad junta ni una mansión como ésta. Actores y cantantes del panorama internacional. Todos me saludan con cariño y dedicándome cumplidos por ir tan bien acompañado con nada menos que dos mujeres preciosas. No aclaro nada al respecto. Dejemos que sigan pensando lo que quieran.

Pierdo de vista a “mi ama” durante unos minutos, cuando tengo que ponerme a saludar a algunos amigos que hace tiempo que no veo por incompatibilidad de agenda.

Pero, cuando al fin la encuentro, está mezclándose con mi gremio como si fuese una más. Y bebiendo alguno de los brebajes alcohólicos de Harry, que son deliciosos pero una auténtica bomba (lo digo por experiencia por la de veces que he acabado borracho como una cuba por beberlos). La observo unos minutos a la distancia. No le hace falta nada de este glamour para destacar y no soy el único que lo ve. Varios hombres más la observan con deseo. Los compadezco, no podrán saborearla hoy.

Encuentro a su amiga Ana, la de los pelos rosa, bailando acaramelada con uno de los cantantes de una Boy Band de esas que están de moda. Bien, así no echará de menos a Luna si la acaparo un poco.

Me acerco a Luna por la espalda, hasta clavarme a su cuerpo. Aspiro su aroma y ella se estremece. Se gira rápidamente y se relaja al ver que soy yo.

—Hola.

—Hola. — Responde con la mirada achispada. ¿Será el alcohol?

—Ama, ¿puedo pedirle un baile? — Le extiendo la mano.

—Por favor. Rescátame. — Posa su mano en la mía. ¡Oh! ¿Significa que el hombre que hablaba con ella la estaba acosando?

—Será un placer. — Tiro de ella y le beso con ganas, marcando mi terreno con Luna frente ante todos esos buitres.

Ella enreda sus manos en mi pelo, sin importarle los ojos que se clavan en nosotros. Tampoco a mí me importan. La mezo entre mis brazos y bailamos al compás de la música mientras le sigo comiendo la boca con el deseo queriendo conectar con ella a través de mi lengua.

—Me estás desquiciando. — Dice casi en un gemido cuando se separa de mis labios. Vuelvo a buscarlos enseguida. No soporto el vacío en mi boca cuando la tengo tan cerca. — Tristan...

—¿Qué? Ordena lo que quieras.

—¿Lo que quiera? — Pregunta.

—Lo que sea.

—Llévame a tu cama. — Su petición se me cuela por la entrepierna, activando mi instinto más animal.

—¿Ya? Apenas llevamos una hora aquí. — Ella hace pucheros de una forma cómica. — Eh, tú estás borrachilla. — Luna se ríe y me contagia de su

risa. — Yo también quiero colarme en ti, desesperadamente. — Confieso enterrando mi rostro en su cuello. Le beso seductoramente la piel que va desde su oreja hasta su hombro, apartando un poco la tela de su vestido, y ella gime. ¡Oh, dios! ¡Esta mujer me pone tan cachondo que es insano! — ¡Vámonos! — Tiro de su mano y ella se carcajea.

—¡Espera! — Me frena justo antes de cruzar el umbral de la puerta. Me giro casi sin aliento.

—No puedo esperar más, ama, por favor, apiádate de mí. — Levanto mis manos exasperado.

—Ana. — Dice simplemente.

Mierda, es verdad. Tenemos que llevarla a su casa y no parece muy dispuesta a irse ya. Luna me sonrío, pero yo no le veo ni puta gracia a la situación. Coge dos copas de margarita de una mesa cercana y me tiende una a mí. La cojo sin comprender qué pretende, me besa de forma acalorada, dibujando mis labios con su lengua y suspiro de frustración en sus labios.

Entonces siento su mano en mi pecho y noto como me empuja hacia atrás. Sigo las instrucciones de su mano y doy varios pasos hacia atrás.

De pronto veo que me ha introducido en una habitación, un aseo, para ser más exactos, y, con su pierna, cierra la puerta del aseo tras entrar ella también. ¡Quiere que me la meriende aquí! ¡Oh, sí!

La miro con picardía al comprender sus intenciones y ella sonrío con malicia mordiéndose el labio. Levanta su copa de margarita en mi dirección y yo hago lo mismo, hipnotizado. Da un largo trago a su copa y yo la observo sin poder apenar moverme más que para mojarme los labios con la mía.

Sus labios buscan los míos con desesperación, derramando parte del líquido alcohólico con sabor a menta y lima en mi boca y me dejo llevar por la angustiada y desquiciante sensación de hambre de su cuerpo. La estrello contra la puerta y me bebo sus labios como si me estuviese bebiendo su alma en ese beso.

Gimo. Ella gime. Levanto su vestido hasta su cintura y ella enrosca uno de sus muslos en mi cintura. Su piel es suave y quema. Deslizo mi mano por su muslo hasta llegar a su trasero y suelo uno de mis dedos por su ropa interior, directo a su sexo. Está caliente, húmedo y palpitante. Su gemido se intensifica con ese gesto y se introduce por mi garganta hasta explotar en mi estómago y repartir destellos de pasión por todo mi ser.

—Oh, por favor. — Gruño desesperado hundiendo mi cabeza en su cuello. Luna tira de mi pelo buscando de nuevo mi mirada y mis besos.

—Fúndete conmigo. — Me pide. No puedo hacer otra cosa.

—Dime que tomas protección, por lo que más quieras. — Suplico con la ilusión de poder obviar el condón y poder sentirla plenamente. Ella afirma con la cabeza y me hace el hombre más feliz de la tierra con esa afirmación.

Entonces me desabrocho con patosa celeridad los pantalones, con la ayuda de sus manos y la distracción de sus labios por mi cuello. Libero mi tremenda erección y desprendo un alarido de placer al notar sus delicadas manos sobre ella, acariciando con pericia mi miembro, hambriento de ella. La levanto con mis dos manos, aparto la fina tela de su ropa interior y conduzco la punta de mi polla hacia su húmeda apertura. Ella aprieta los ojos ante la expectación.

—Quiero sentirte ya. — Me pide.

—Mírame. — Le digo casi sin voz.

Abre los ojos y voy introduciéndome lentamente en su delicioso cuerpo sin apartar los ojos de su expresión. Mi mandíbula se tensa al sentirla de esta gloriosa forma. Sus ojos brillan y se oscurecen. Sus labios se abren formando una O. Siento las paredes de su interior apretarse en torno a mí. No había saboreado nunca el sexo de esta forma. Aunque ya esperaba que sería especial con ella. Tanta expectación me ha convertido en un desesperado por sentir salvajemente a esta mujer.

—Dios mío, Tristan. — Gime cuando salgo y vuelvo a entrar en ella.

—¿Sí, mi ama? — Digo con voz grave. — Dime qué quieres.

—¡Ah! — Grita en mis labios sin poder hablar.

Salgo y entro con suavidad de ella y tengo que concentrarme mucho, muchísimo, para no dar rienda suelta a mis impulsos y empalarla con agresividad. Quiero ir poco a poco, degustar todas las posibilidades que me dan tener todavía dos noches más con ella. Repito la misma operación.

—Dime qué quieres, Luna. — Sus ojos parecen dos llamaradas ambarinas.

—Más. — Pide y me noquea.

Comienza a contonearse sobre mí y, sus palabras y sus movimientos, me hacen perder la razón y comienzo un tortuoso baile dentro de Luna

mientras devoro sus labios para mitigar un poco nuestros gemidos. Me convengo a mí mismo que ese es el único motivo por el que la beso sin cesar y, porque sus labios son adictivos. Grita un poco, pero en seguida comprendo que no es por dolor; está a punto de correrse. Y eso me hace muy feliz, porque yo no soy capaz de aguantar mucho más. Un potente orgasmo sacude a Luna que se retuerce de placer entre mis brazos. Automáticamente me vacío en ella y apoyo mi cabeza en su hombro, muerto por la explosión que mi cuerpo acaba de padecer. Suelto sus piernas sin fuerzas y apoyo las manos a ambos lados de Luna, sobre la puerta. Pareciera como si me hubiera vaciado todo mi ser en ella y me siento peso muerto.

—Me desarmas. — Me obligo a levantar la cabeza para mirarla. Para mirar esos increíbles ojos ambarinos. Luna me mira tímida y a la vez con complicidad. — Acabamos de hacer una diablura, lo sabes, ¿verdad? — Ahí está esa sonrisa que me encanta. Su sonrisa se transforma en carcajada y ambos nos acabamos riendo con ganas.

—Me encantas. — Suelta de repente provocando una fuerte y dolorosa punzada en mi estómago. Me besa y trato de aguantar mi ansiedad como puedo. Pero comienzo a sentir que se me colapsan los pulmones y no puedo respirar. ¡Joder, ahora no! ¡Cálmate, maldita sea, Tristan, todavía no puedes caer! ¡Aún falta mucho por disfrutar! — ¡Ahora podemos bailar un poco más! — Luna actúa con normalidad, como si no me hubiese dicho nada, como si no estuviese siendo consciente de que estoy al borde de un ataque de pánico. — ¡Vamos! — Se coloca bien la ropa y yo trato de sonreír como si nada. Pero no puedo respirar. Casi no siento el aire entrar en mis pulmones.

—Ve tú. Dame un segundo. — Abro la puerta agobiado. Necesito un momento a solas.

—¿Estás bien? — Pregunta preocupada. Cálmala Tristan.

—Sí. Búscame una copa. En seguida te acompaño. — Le doy una palmada en el trasero y cierro rápidamente la puerta cuando ella ya ha salido. — Joder. — Me tiro del cuello de la camiseta y miro al techo, apoyando mi espalda contra la puerta. — Respira Tristan. Piensa en algo positivo. — Cierro los ojos y sólo me vienen a la mente los instantes que acabo de vivir con Luna. — ¡Ah! — Grito desesperado. — ¡Contrólate, maldito cabrón! — Me golpeo la cabeza. — Está bien. Todo está bien. Estás a salvo. Ella está bien. No pasa nada. Piensa en algo positivo. — Cierro los ojos y me doy cuenta de que no hay nada más positivo que la noche que me espera por

delante, que no ha hecho más que comenzar.

Ese pensamiento por fin me serena y consigo relajarme. Al menos mi respiración ha vuelto a ser constante. Me acerco al lavabo y me echo un poco de agua en la cara. Me río de mí mismo al ver que tengo la boca llena de carmín de Luna. Toco mis labios y aún siento su sabor. Es exquisita. Ha sido increíble. Y no ha pasado nada. No ha llegado la sangre al río. Sólo ha sido un pequeño momento de debilidad, pero, como bien sabía desde el principio, no tengo nada que temer porque mi cuerpo no ha reaccionado nunca en contra de su proximidad, sino más bien lo contrario. La he buscado yo. Siempre yo. Habría notado si hubiera algún tipo de peligro. Siempre lo hago.

Así que voy a salir ahí y a disfrutar de la fiesta con Luna y su amiga, después me la follaré en el hotel hasta que me quede sin fuerzas y la dejaré dormir conmigo, de nuevo, porque haré de nuevo esa excepción. Sí, lo haré porque merece la pena la recompensa.

Al fin vuelve el color a mi rostro y salgo del aseo. Vuelvo al salón, donde está todo el mundo dándolo todo y ya hay más de un borracho por los suelos. No me cuesta nada encontrar a Luna entre el gentío. Ella es simplemente como un imán y ha captado la atención de nuevo de algunos de mis colegas, que se la comen con los ojos.

Me siento un poco extraño todavía, así que mantengo la distancia y me hago con una copa de whiskey. Luna me ve y me levanta su copa. Yo hago lo mismo con la mía y sonrío. Ithan Burke, un colega de profesión, le está dando la brasa, lo sé, pero confío que ella solita sabrá librarse de ese hombre si se pone más pesado de la cuenta. Sin embargo, cada vez parece más agobiada con la compañía de Ithan, así que finalmente me acerco a su rescate.

—¿Todo bien? — Le pregunto en el oído.

—Sí. — No parece convencida.

—Tristan, tío, no te importa que baile con tu acompañante un rato, ¿verdad? — Me pregunta Ithan. Yo miro a Luna.

—Eso lo decides tú, pequeña. — Le pellizco la mejilla. Luna parpadea confundida.

—Ehh, no sé. Me da igual. — Creo que piensa que me puede molestar. Sácala de esa confusión, Tristan.

—Hoy tú mandas, ¿recuerdas? — Susurro en su oído. Ella sonrío y parece más tranquila.

—Vale. Un baile. — Le dice a Ithan que se la lleva más que feliz a la pista de baile. Me gusta verla así, alegre y feliz, bailando y dándolo todo.

La recordaré así cuando todo haya acabado: como un soplo de aire fresco durante mi estancia en Madrid.

—Te gusta, ¿eh? — Me sorprende mi amigo Henry agarrando mi hombro. Me tenso y me pongo de nuevo muy incómodo. Pero no me duele nada. Está bajo control.

—Pues está muy buena, sí. — Le digo. — Ithan Burke también opina lo mismo. — Trato de bromear.

—Sí, es muy bonita. La verdad. ¿Quieres un cigarrillo? Voy a salir fuera a fumar.

—Lo había dejado, pero, hoy creo que necesito uno. — Acompaño a Henry al enorme jardín de su casa, me tiende un cigarrillo y me da fuego.

Uff ahora me siento más tranquilo de verdad. Por un momento me había arrepentido de no haberme tomado mi medicación hoy tampoco. Pero ahora veo las cosas de otro color sin tener que tragar una sola píldora. Ahora que lo pienso, puede que por eso me haya sentido mal después de hacerlo en el baño con Luna. Sí, no ha habido nada raro salvo que llevo dos días sin tomar la medicación. Y, sin embargo, creo que esta noche las voy a dejar de lado otra vez. No me fio de mí ni de que no me dé más sustos mi cuerpo, pero espero que cuando la libido me domine con Luna no haya espacio para nada más en mi mente. Y, sin pastillas, mis sentidos se intensifican y lo disfruto mucho más.

—Entonces, ¿sigues picando de flor en flor? Creí que habías sentado la cabeza esta vez.

—No tengo tiempo para eso. — Digo mi típica excusa.

No tengo por qué contarle mis mierdas a nadie. Si lo hice un poco con Luna es porque John, mi terapeuta, me lo recomendó esta tarde, cuando lo llamé por teléfono, antes de ir a recoger a Luna, para explicarle la extrañeza de mi actual situación con esa chica y para que me confirmara que no corría ningún peligro al acercarme a ella. Él tiene una teoría nueva sobre mi problema y piensa que implicando a Luna un poco en mi vida me ayudará. Pero acabo de comprobar en el aseo que no ha sido así. Aunque lo he controlado, y, sin ayuda de las pastillas, pero he estado a punto de descontrolarme totalmente.

—Sí, bueno, nuestra profesión no es fácil de compaginar. — En ese momento escuchamos unos gemidos muy cerca de nosotros. Miro curioso detrás de una esquina.

—¡Joder! ¡Ana! — Exclamo al ver a la amiga de Luna metiéndose mano con el cantante ese con el que estaba bailando hasta hace pocos minutos. Ni nos han visto.

—Estoy rodeado de amigos degenerados. — Dice Henry con tono chistoso. — Dejémosles privacidad. — Me dice Henry y le doy la razón.

Vuelvo al interior de la vivienda y Luna sigue bailando con Ithan, más que sonriente. Me gusta verla feliz, sí, pero ya está bien. Ahora que sea feliz, pero en mis brazos.

—¿Puedo? — Le digo a Ithan interponiéndome entre él y Luna.

—Claro.

—Baila conmigo, ama. — Le pido y ya comienzo a notar el efecto del alcohol mezclado con Luna en mí.

—Al fin recupero a mi acompañante. — Dice enlazando sus brazos en mi cuello. — ¿Sabes dónde está Ana? No la veo desde que me acorralaste en el baño. — Abro la boca haciéndome el escandalizado.

—¡Tendrás cara! — Aguanta una risa en la mano. — Tu amiga está aplicando tu técnica de seducción en el jardín de la casa de mi amigo. — Le señalo con la cabeza la puerta de cristal que da al jardín de la casa de Henry. Luna abre los ojos.

—No...

—Sí, ama, así es. Sois un par de brujas las dos y yo os he traído sin saber que acabaríais con la cordura de esta pobre gente.

—No veo a ningún pobre por aquí. — Replica. — Sólo a Ana y a mí. — Se me arruga el pecho ante su declaración. — Pero hoy soy una especie de Cenicienta viviendo un cuento de hadas. Gracias. — Me da un casto beso.

—Pero yo no soy ningún príncipe, Luna, eso ya lo sabes. — Me siento en la obligación de aclarárselo de nuevo. — Mi cuento es otro. Yo soy un sapo que por una noche tendrá la apariencia de príncipe.

—Pero me sirves incluso así para mi cuento. — Se encoge de hombros y hace que me relaje de nuevo. — Aunque nunca habría pensado que los sapos están tan bien dotados. — Me muerdo el labio inferior para aguantar

una carcajada.

—¿Te cuento algo? — Asiente risueña. Me acerco a su oído. — Todavía no tienes ni idea de lo que te espera. — Da un respingo entre mis brazos y yo aprieto su trasero para acercarla más a mí y que no escape. Aprieto mi creciente erección contra ella. — ¿Ves el efecto que tienes en mí? — Susurro.

—¿Podemos irnos ya, esclavo? — Contraataca ella en mi oído. Suelto el aire de mis pulmones haciendo un ruidito.

—Dile a tu amiga que la quiero ver junto a la limusina. Ya. — Mis pensamientos se han vuelto a disipar ante la expectativa de tener por fin a Luna en mi cama, para mí. En exclusividad.

Ella se escapa de mis brazos al ver entrar de nuevo en el salón a la chica de pelos rosa, aunque su pelo es ahora una maraña. Tira del brazo de su amiga y le dice que nos vamos. Gracias al cielo la amiga obedece sin rechistar.

Ahora comienza de verdad mi noche.

LUNA

Casi muero del ataque de risa por el camino en la limusina, de vuelta de la fiesta a la que Tristan me ha invitado, cuando le pregunto a Ana que me cuente qué bicho le ha picado en la fiesta y qué le ha dicho ese hombre para convencerla de hacer semejante disparate.

Ella dice que no entendía ni papa lo que ese chico le decía, pero que sonaba sexi y por eso decidió irse al jardín a hacer diabluras. ¡Está loca esa mujer!

Dejamos a Ana en su casa y Tristan y yo nos dirigimos a su habitación en ese bendito hotel. Ya solos en el habitáculo de ese inmenso coche, ambos nos dedicamos miradas pícaras, sentados uno frente al otro. Estoy achispada por el alcohol y eso hace que pierda el miedo y la vergüenza. Quiero vivir esta experiencia en sus brazos todo lo intensamente que pueda.

Antes, en el aseo de esa maravillosa mansión, he experimentado la mejor sesión de sexo de toda mi insulsa vida. Mi cuerpo ha vibrado ante cada nuevo estímulo, ha sido todo un derroche de lujuria, pasión y deseo. Pero algo me dice que no ha sido más que un aperitivo del banquete que tengo la intención de darme de Tristan Moore. El plato principal todavía no ha llegado. Ni... el postre.

La mirada de Tristan también me lo confirma. Sentado frente a mí, recorre con sus ojos azules mi cuerpo. Entre los dos vuelve a haber una mesita con una botella de champán, ya abierta, y un bol con fresas.

Me agacho a coger una, la sumerjo en el líquido y la introduzco con sensualidad en mis labios. Tristan se remueve un poco y traga saliva. No dice nada con palabras, su cuerpo ya lo dice todo. Vuelvo a hacer lo mismo con otra fresa y esta vez la chupo mientras lo miro fijamente.

—Luna... — Esta vez susurra mi nombre con voz grave. Y echa su cuerpo un poco en mi dirección.

—Quieto. — Le ordeno. Inhala con fuerza y obedece. Vuelvo a coger otra fresa, pero esta vez me levanto y me siento sobre él. Muerdo un extremo del rojo fruto y le ofrezco la otra mitad con mis labios. El muerde la fresa con hambre y hace que parte del jugo de la fresa se derrame por su grueso cuello. — Mmmm, déjame limpiarte. — Le digo tirando de su pelo hacia atrás para

dejarme vía libre por su cuello. Lo lamo hasta dejarlo bien limpio. Tristan gruñe con los ojos cerrados. — Mírame. — Empleo su orden en su contra. Cojo otra fresa y la introduzco en su preciosa y sabrosa boca. Mientras la muerde le beso con lascivia. Levanta sus caderas por impulso para pegarla contra mí.

—Quiero llegar ya. No aguanto más. — Sus palabras suenan como una oración en mis labios y yo me regodeo ante la sensación de tener a Tristan Moore rendido a mí.

—Disfruta esto. — Le pido acariciando con mi dedo su mandíbula, sus labios y su cuello. Tristan me muerde el labio inferior.

—Hemos llegado. Ya no tienes escapatoria. — Me anuncia y me doy cuenta de que hemos parado. Tristan me coge en brazos por sorpresa y me lleva así hacia el interior del hotel.

Me introduce en el ascensor y allí me deposita en el suelo, para, acto seguido, estamparme contra la pared del ascensor y besarme como un energúmeno. Sus manos se entretienen con mi pecho, por encima del vestido y yo dirijo mi mano directamente a su entrepierna, por encima de su pantalón. Ambos estamos fuera de control. Las puertas del ascensor se abren y, sin despegar nuestros labios, Tristan me dirige hacia la puerta de su habitación, la abre y me levanta del suelo para introducirme en el que será el escenario final de nuestro juego de pasión. Cierra la puerta con el pie y me suelta a los pies de la cama. Me tumba sobre la enorme cama y busca su hueco sobre mí, acudiendo de nuevo a mis labios y apretando con fuerza su dureza contra mi entrepierna.

—¡Ah! ¡Tristan!

—¡Joder, Luna! ¡Qué ganas te tengo! — Enreda sus dedos en mi melena e invade mi boca con su lengua.

—Tristan. — Trato de frenarlo como puedo, pero me ignora. — Tristan, para. — Lo hace sin aliento y me mira confundido.

—¿Qué pasa?

—Que hoy mando yo. — Le recuerdo. Mi recordatorio de le devuelve la sonrisa al rostro.

—Cierto. ¿Qué es lo que desea mi ama y señora?

He pensado mucho en esta noche. Me he rebanado los sesos pensando en qué es lo que él esperará de mí y de mi actitud como su “ama” y

finalmente he llegado a la conclusión de que esta noche es “mi noche”.

No creo que vaya a vivir muchas noches más como ésta y quiero disfrutarla. Así que he tomado la determinación de pedirle lo que YO realmente espero de mí tras haber tomado al fin la decisión de dejar a Juan, de pedirle lo que la persona que quiero ser tras haberme topado con Tristan Moore quiere pedir.

Poso mi mano sobre su duro pecho y lo aparto lentamente de mí. Tristan mira mi mano y obedece sin rechistar, pero con cierto recelo. Creo que teme que me haya arrepentido. Jamás me arrepentiré de esto. Gracias a Tristan y a lo que estoy viviendo con él he pasado de ser un alma en pena a una persona viva y pasional. No tengo miedo de entregarme en cuerpo y alma a alguien como él, aunque sepa que irremediabilmente todo acabará pronto.

—Quiero desvestirte. Yo. Y quiero que aguantes, quieto, hasta que te lo ordene. — Le aclaro cuando ya hay suficiente distancia entre los dos. Tristan traga saliva. Mueve levemente su cabeza para mostrar su obediencia. Comienzo por quitarle la camiseta y me muerdo el labio ante tanta perfección. — Me encanta tu torso. — Pienso en voz alta mientras acaricio esos duros pectorales, el vello que los recubre y esos abdominales de infarto con mis dos manos. Su respiración se acelera cuando lo hago y más aún cuando le miro a los ojos con el deseo llameando en ellos. — Ven, ponte de pie. — Lo levanto tirando de su mano y obedece. — Quiero besar tu torso. — Me acerco y poso mis labios sobre su piel con delicadeza y voy recorriendo todo su torso, comenzando por su clavícula, bajando por su pecho y después por sus abdominales, hasta clavarme de rodillas frente a él. Me mira enloquecido y con la respiración agitada, pero se controla y me deja hacer. — Ahora quiero quitarte los pantalones. — Le informo. Asiente con un suspiro.

Desabrocho uno a uno los botones de sus vaqueros y tiro poco a poco de ellos. Tengo que entretenerme en quitarle los zapatos y los calcetines primero, para poder desprenderle de los pantalones por completo. Cuando lo hago, vuelvo a estar de rodillas frente a su miembro, que apenas puede aguantar la presión de la tela de su ropa interior.

Está más que excitado y eso me excita a mí. Le está gustando, lo está disfrutando tanto como yo. Lo miro a los ojos para indicarle que voy a realizar mi próximo movimiento. Tristan llena sus pulmones de aire cuando introduzco mis pulgares por la goma de su ropa interior.

Bajo sus boxers sin dejar de mirarlo, o adorarlo, más bien. Pero en

seguida la magnitud de su erección llama mi atención por completo. Su sexo duro y erguido reclama de mí, como el canto de una sirena. Aprieto los ojos y lentamente lo sumerjo en mi garganta, saboreando la salinidad de algún fluido que ha emanado de él. Tristan emite un quejido de satisfacción descomunal y automáticamente se aferra a mi pelo con fuerza. Lo saboreo de arriba abajo, masajeando la punta con mi lengua cuando asciendo.

—¡Joder! ¡Maldita sea! ¡Cómo cojones haces eso! — Gruñe y se sacude de placer.

Yo aprieto sus nalgas para hacer que se quede quieto. Sé que esto no se me da nada mal, siempre fue la técnica que empleé con Juan para que me dejara en paz. Pero con Tristan lo que quiero es todo lo contrario: que se vuelva loco de pasión y no quiera dejarme nunca en paz.

Así que decido que no lo dejaré terminar su viaje a las estrellas. Cuando siento que la punta de su miembro está más inflada y sus gemidos se intensifican paro y me levanto. Me mira con el reflejo de su tortura sensorial asomando por sus ojos.

—Te toca a ti. — Le ordeno. Tristan cierra los ojos y levanta la cabeza, moviendo su cuello como si estuviese buscando la concentración necesaria para un partido de tenis, o algo así.

Cuando abre los ojos, ha recuperado un poco de autocontrol y se acerca a mí.

—Date la vuelta. — Pide y lo hago. Desciende lentamente la cremallera de mi vestido. — Nunca había dilatado tanto el sexo como contigo. Nunca he esperado tanto para introducirme en el cuerpo de una mujer. — Susurra en la piel de mi espalda mientras baja mi vestido. Se me eriza la piel al notar su cálido aliento. — Y no sabía que podía volverme tan loco esto. — Mi vestido llega al suelo. — ¡Oh dios mío! — Exclama al ver el conjunto de ropa interior que llevo. Me alegro de que le guste, nunca había gastado tanto dinero en una prenda así. Es una sola pieza que conecta el sujetador con mi cintura y el tanga. — Date la vuelta. — Me pide y lo hago. Llevo una combinación interior negra de encaje negro transparente bastante sexi y elegante a la vez. — Joder Luna. ¿Te has visto bien? ¡Eres de otro mundo! — Sus palabras me avergüenzan y bajo la mirada. — ¡Eh! ¡Ni se te ocurra no mirarme ahora! — Quiero recordarle que mando yo, pero me distrae tirando de mi mano y colocándome delante de un espejo de pared que hay en su habitación, él tras de mí. — Mira esa obra de arte. — Me miro y mis ojos

chocan con un moratón que tengo en el muslo por culpa de la bofetada que me dio Juan y la brusca caída al suelo. Lo miro a él. Él sí que es arte puro. — Voy a degustar todo esto de arriba abajo y todavía no me creo mi suerte. — Acaricia mis brazos y yo echo la cabeza hacia atrás, apoyándola en su pecho cuando siento sus manos sobre mis senos y me sobrecojo cuando una de ellas desciende hasta mi sexo y aprieta dos de sus dedos sobre él. Gimo.

—Sigue. Desnúdame. — Le pido.

—Créeme, será todo un placer. — Siento sus dedos en mi espalda desabrochando la prenda mientras nuestras miradas siguen conectadas en el espejo. Me gira cuando ha terminado. — Ama, tengo que devolverle sus mimos. — Se agacha para quitarme la prenda. Apoya su frente en la parte baja de mi vientre e inhala mi sexo. Me estremezco. — Hueles de maravilla. — Lo siguiente que su lengua hace es acariciar el vértice de mis muslos. En ese preciso lugar que hace que el delirio más inaudito posea mi cuerpo.

—¡Tristan, oh madre mía! — Grito y él continúa con su dulce tortura. Es la primera vez que me hacen algo así.

Es la primera vez en mi vida que soy el objeto de devoción yo. Y jamás pensé que sería algo tan delicioso. Hacía mucho tiempo que no tenía orgasmos con Juan. Desde hace años el sexo para mí era algo que hacía por obligación, no por placer. Pero en dos días en los brazos de este hombre han hecho que el sexo pase de ser un castigo a un premio celestial para mí.

—Dime qué quieres. — Se separa de mí y me siento de repente tan frustrada y vacía que me abrazo a mí misma.

—Quiero que continúes, dentro de mí. Quiero sentirte. Quiero que me sientas. — Pido casi sin aliento.

Tristan se levanta, me besa y noto en sus labios el sabor del deseo que mi cuerpo emana por él. Pierdo la razón en ese beso. Pero se separa y me gira.

—Pues yo quiero que veas lo bien que nos vemos fundiéndonos en uno. — Tristan coloca mis manos sobre el espejo y me abre las piernas con sus piernas. Me sujeta por las caderas para levantarlas un poco. — ¿Puedo? — Pide permiso mirándome a través del espejo. Jadeando le digo que por favor. — No dejes de mirarme. — Pide apretando la mandíbula mientras entra lentamente en mí. Pero lo primero que hago es apretar los ojos y echar la cabeza hacia atrás al notar la grandiosidad de Tristan en mi interior. —

Mírame Luna, por favor. — Hago un esfuerzo titánico y abro los ojos para hacerlo. Sin embargo, lo que veo me tortura más: Tristan con el músculo de la mandíbula en tensión, su boca entreabierta, gruñendo de placer y unos ojos azules oscurecidos por el deseo. Entra en mí y mueve las caderas en círculos en mi interior para que me acostumbre a él, después sale de mí y vuelve a repetir la operación. Creo que se está conteniendo por mí. Pero yo quiero más y se lo digo.

—Más fuerte. — Susurro. Tristan besa mi cuello, pellizca uno de mis pezones con una mano y acaricia con la otra mi sexo. ¡Es demasiado! Sentirlo dentro y fuera de mí de esta forma es delirante. — Tristan. Dame más. Quiero más. — Suplico de nuevo.

—Déjame saborearte un poquito más así, despacio, ama. — Me pide. Y claro que le dejo. Le dejaría hacerme lo que quisiera ahora mismo. Su baile lento dentro y fuera de mí me está dejando sin respiración. Gruñe cada vez que llega al punto más interno. — Estás muy húmeda. Dime que me deseas tanto como yo a ti, Luna.

—Te deseo, ¡oh si lo hago! — Vuelvo a cerrar los ojos cuando siento que me enviste un poco más fuerte.

—Mírame. ¿Quieres más? — Lo miro y asiento. — Yo también. Mucho más. — Es entonces cuando pierdo la poca cordura que me queda. Las manos de Tristan se clavan a mis caderas y comienza a investirme con fuerza. Yo hundo mi cabeza hacia adelante y me tenso a su alrededor, tratando de absorber la magnitud de su ataque. ¡Es glorioso! — ¡Mírame! — Gruñe.

—No puedo... — Susurro sin poder levantar la cabeza. Se queja con un nuevo embiste y grazna.

—Está bien. Sólo porque hoy mandas tú. — Ni por asomo estoy mandando yo ahora mismo. Pero no me importa. Si yo mandara, le pediría que tomase él las riendas de mi cuerpo como lo está haciendo ahora mismo.

Varios embistes más y siento como mi cuerpo se tensa más si cabe y estallo en un potente grito desgarrador a causa del descomunal orgasmo que estoy viviendo. Tristan, contagiado por la reacción de mi cuerpo, se deja ir en mi interior aullando mi nombre con voz ronca. Lo siento dentro de mí, la calidez de sus fluidos y los coletazos finales de su orgasmo y... me siento llena. Llena de algo que no sé qué es, pero es lo más potente que he vivido en mi insulsa vida.

—Ha sido increíble. — Pienso en voz alta con la cabeza colgando sobre mi pecho. Me cuesta respirar.

—Ha sido alucinante. — Me gira entre sus brazos, poniéndome de frente, sujetando mi cintura con uno de sus brazos y con el otro mi rostro. Tiene una expresión curiosa, me mira como si no comprendiese algo. — Eres dulce y picante a la vez. Eres una mezcla explosiva. — Mis cansados ojos parpadean ante la visión de su preciosa cara, pero apenas puedo mantenerlos abiertos. — Creo que necesitas dormir, preciosa Luna. — Afirma con diversión en la voz. Me levanta en brazos y me tiende sobre su cama. Después se tumba junto a mí.

—Ojalá haya sido tan maravilloso para ti como lo ha sido para mí. — Digo encaramándome a su pecho. Tristan suspira y acaricia el brazo que tengo alrededor de él.

—Ha sido más delicioso de lo que podría haber imaginado. Más de lo que debería serlo. — Quiero preguntarle qué significa eso, pero el cansancio y sus caricias me duermen en décimas de segundo y no puedo formular mi pregunta.

TRISTAN

No sé qué hora es y, ahora mismo, ni sé dónde estoy. No recuerdo a quién pertenece el brazo que acaricia mi torso ahora mismo y me tenso muchísimo. ¡Qué cojones hago durmiendo con una mujer!

Doy un respingo y me separo.

—¡Luna! — exclamo al ver a esa mujer. ¡Oh! ¡Esa mujer me hizo ayer perder la razón de una forma divina! Mierda, pero la he asustado por cómo me mira. — ¡Eh! — Cambio el tono de mi voz y acaricio su rostro. — Lo siento, he tenido un sueño raro.

—Parecías muy en paz. — ¿Yo? ¿En paz? ¿Mientras duermo? ¡Ja! ¡Esa sí que es buena! Espera... estaba durmiendo y me he despertado normal... otra vez.

—¿Qué hora es? — Pregunto un poco extrañado. — Deberías descansar tras lo de anoche, pequeña. — Le digo. Que yo no pueda dormir no implica que no pueda hacerlo ella.

—Son las nueve y... bueno y quería un poco más de ti. — Me dice tímida. Pero eso no es lo que me tensa.

—¡¿Las nueve?! — Busco mi móvil y enseguida veo que es verdad. — ¡Qué cojones! ¿He dormido siete horas seguidas? — Pienso en voz alta.

—Lo siento, ¿tenías algo que hacer? No quiero molestarte. — Dice nerviosa y se levanta de la cama con rapidez.

Comienza a dar vueltas por la habitación buscando su ropa. Yo la observo embobado. No sólo porque es la maravilla más grande que he visto desnuda sino también porque, ¿qué cojones me está haciendo esta mujer?

—Ven aquí. — Le digo señalando mi cama. Me mira aturdida. — Ven. Aquí. Ahora.

—¿Ya es tu turno para mandar? — Pregunta enarcando una ceja.

—No, sólo quiero que te relajes. No tengo que ir a ningún sitio. Al menos, no todavía. Ven. — Me acerco a ella, tiro la ropa que sostiene en las manos al suelo y tiro de sus manos hasta colocarla sentada a horcajadas sobre mí. — Tú querías más, ¿no es así? — Beso sus labios y aprieto sus nalgas.

—Mmmm. — Responde dubitativa.

—¿Ahora no lo tienes tan claro? No me digas que te he enfriado con mi mal despertar. — Besuqueo su cuello y luego uno de sus pechos.

—Eres muy raro. — Me dice y me freno en seco. La miro.

—No suelo dormir con nadie. — Le informo. — De hecho, no lo he hecho nunca desde que tengo uso de razón. — Frunce el ceño sin comprender. — Suelo tener problemas para dormir, pequeña. No importa ahora mismo.

—¿Por qué no me pediste que me fuera? — Pregunta y eso me hierde.

Tampoco entiendo que me duela, porque, paradójicamente, es lo que siempre hago después de un polvo: pedir privacidad o largarme yo. Pero no quiero hacerle eso a esta persona tan dulce. Ella no quiere aprovecharse de mí, eso me ha quedado más que claro. Y me duele que piense que yo sí quiero hacerlo de ella.

—No quería que te fueras. Quería que te quedaras. — Digo penetrándola lentamente. Uff, esto es la gloria.

—¿Por qué? — Pregunta sin aliento y mirándome fijamente. La muevo sobre mí.

—Porque me gusta estar contigo.

—¿Cuánto te gusta? — Ahora la que se mueve sola sobre mí es ella, contoneando sus caderas y eso me pone muy muy muuuuuy cachondo. Pero no me gusta su pregunta.

—No es necesario aclarar ese punto. — Respondo seco. — Me gusta y punto. — Ella se desliza lentamente hacia atrás y vuelve a introducirme en ella de golpe y con rapidez. — ¡Joder! ¡Si haces eso dos veces más me correré, Luna! — Le advierto. No me hace ni caso y vuelve a hacerlo. — ¡Mierda, Luna! — La he subestimado. Nunca he durado tan poco en el sexo como con ella. ¡Tiene más recursos de los que creía! Y es de lo más apetecible.

—Repito. ¿Cuánto te gusta estar conmigo? — Ahora mismo veo que tengo frente a mí a Luna la osada. Me deja sin habla y vuelve a repetir el mismo movimiento. Grito de placer.

—Por favor Luna... quiero saborearte más y así no aguantaré. — Suplico esta vez.

—Contéstame. — Vuelve a hacerlo. Ahora se ha metido en el papel de ama de verdad. Es implacable.

—Mucho, me gustas mucho. — Contesto rendido. Muerde mi labio.

—¿De verdad? — Ahora se mueve más lento, pero yo ya estoy al borde del precipicio. Cierro los ojos y me pongo a repasar mentalmente toda la plantilla de los Chicago Bulls para no perder el control. — Mírame. — Vuelve a hacer ese movimiento y casi me corro. La miro enseguida.

—Luna, ¡me encantas! ¡Más que nadie! ¡Más que nada! Mucho más. — Digo casi en una súplica.

—Gracias. — Susurra, me besa y esta vez impone un ritmo menos demencial sobre mí. Besándome y gimiendo en mis labios.

—Dime por lo que más quieras que estás cerca. — Me estoy aguantando como puedo, pero estoy ya demasiado fuera de mis casillas. Casi al borde del orgasmo.

—Sí...

¡Oh, gracias al cielo! Ella sigue su baile sobre mí, cual amazona domando a su bestia. Siento que mi alma abandona mi cuerpo en algunos momentos. Me siento a punto de estallar. Entonces vuelve a hacer ese movimiento sobre mí y estallo graznando a pleno pulmón, porque este es el puto orgasmo más bestia de mi jodida vida.

Me tiro hacia atrás casi muerto, con el corazón a mil por hora, tensando y destensando todos mis músculos mientras siento varias réplicas de mi orgasmo dentro de ella. Luna también está en mitad de un orgasmo y se deja caer rendida sobre mí.

Casi no me quedan fuerzas para acariciarla, pero lo hago.

—Eres la mismísima hija de Satanás.

Parpadeo y vuelvo a sentir esa sensación de confusión. ¿Otra vez me he quedado dormido? ¡Esto ya es muy raro! Luna está también a mi lado.

Mierda, no se mueve.

—Luna. — La zarandeo. — Luna, Luna. ¡Luna! — Me está dando el agobio. — ¡¡Luna!! ¡Despierta, maldita sea! — Siento como el pánico se apodera de mí rápidamente.

—¡Eh! ¡Qué pasa! — Abre los ojos y se sienta de un salto.

—¡Joder! — Exclamo y lleno de aire mis pulmones.

—¿Estás bien? Estás muy pálido. — La miro de reajo mientras recupero la normalidad.

—Vamos a desayunar. Te invito y después te llevaré a casa. — Le digo algo distante. No quiero que se preocupe por mí. No la he traído aquí para eso.

—Ah, vale. — Parece decepcionada. Es lo mejor, nena. No debemos encariñarnos. Mierda, otra vez el pinchazo en el estómago. Me levanto rápidamente a por mis pastillas, ya he hecho bastantes experimentos estos días. — ¿Me podrías llevar mejor a casa de Ana? — Me pregunta mientras engullo las dos pastillas. La miro serio.

—¿Vivís juntas?

—No, eh... no quiero volver a casa. — Agacha la mirada.

—¿Es por el tipo ese? ¿Juan? — Siento que un calor interno en forma de enfado me invade.

—Yo no te pregunto por tu cambio de humor repentino y tú no me preguntas por Juan, ¿trato? — Me deja noqueado.

—Lo siento, no quería ser borde ni nada por el estilo. — Confieso con voz de niño al que le acaban de dar una regañina.

—No importa. — Se levanta evitando mi mirada y coge su ropa del suelo. — Voy a darme una ducha si no te importa. — Desaparece y se encierra en el baño.

Yo me quedo un momento inmóvil, pasmado y sin saber cómo actuar en esta situación tan extraña. Sólo he pasado dos noches con ella y ya es como si llevásemos viéndonos meses. Otras veces he repetido con alguna mujer y no ha sido así. ¿Por qué esta vez es diferente? Puede que porque es la chica más natural que he conocido. No entiende de estereotipos ni finge ser quién no es. Es tan ella que te acercas a su alma rápidamente y, para colmo, lo que ves en ella te deslumbra.

Me acerco a la puerta del baño. No quiero una conversación profunda con Luna, pero tampoco quiero su enfado. Me limitaré a darme una ducha con ella y mimarla un poco.

Pero, cuando intento girar el pomo, me percató que ha echado el

pestillo. Mierda.

—Luna, ¿va todo bien? — Pregunto acojonado.

—Sí. — Su respuesta es tan fría y cortante como su voz. No voy a insistir. Así que me visto y espero a que termine.

Cuando sale ya está vestida y lleva el pelo mojado. Tampoco me mira cuando pasa por mi lado y recoge sus zapatos. Me siento más que nunca el “malo de la película” y no tengo ni idea de por qué.

—Oye, yo...

—¿Nos vamos? — Me interrumpe.

—Vale. — Contesto dubitativo.

Luna sale de mi habitación y se dirige hacia el ascensor con decisión. Yo me pongo las deportivas torpemente y por el camino al ascensor para no perderla de vista.

En el ascensor está con la mirada clavada en el suelo.

—¿No me vas a mirar? — Decido no emplear esta vez la orden como mecanismo de comunicación con ella. Me mira y sus ojos no me producen la calma que de costumbre. Está en modo distante. — Oye, si te he ofendido yo...

—Te he dicho que estoy bien.

—¿Entonces por qué me hablas así? — Me rasco el pelo intentando rascarme las ideas confusas de mi cabeza. — Yo pensé que habías disfrutado conmigo... pensé que había sido tan especial para ti como para...

—No sigas. — Me frena con la mano en alto. — He disfrutado. Estoy bien. Quiero irme a casa. Fin.

—¿No quieres venir a desayunar conmigo? — Me siento abandonado de repente.

Y también siento unas repentinas ganas de alargar nuestra cita. Al menos hasta que me cerciore de que realmente está todo bien. Porque su tono no me deja nada tranquilo.

—Preferiría irme a casa, si no te importa.

—Y yo preferiría disfrutar de tu compañía un poco más. — Le digo con voz suave y acariciando su rostro. Luna suspira y me mira, esta vez con gesto más blando.

—Vale. — Uff, me siento liberado de un peso extraño.

—Genial. — Sonrío.

En la cafetería en la que estamos desayunando hay demasiada gente. Eso tiene algo en mi contra. Cuanta más gente haya más fácil es que me reconozcan y me exijan alguna foto o autógrafo.

Me cuesta un mundo lograr quedarme a solas con ella, que sigue mirándome como si hubiese matado a alguien.

Así que al final, opto por dar vueltas por todo Madrid cuando llega la hora de llevarla a casa. Ella está en silencio, a mi lado, mirando por la ventanilla de mi coche. No dice nada. Me frustra.

—¿A qué hora quieres que te recoja el viernes? — Pruebo suerte. Necesito saber que nuestra siguiente cita sigue en pie. Aún no he tenido suficiente. Luna me mira levantando una ceja. Le dedico una sonrisa forzada. Estoy histérico por su conducta.

—Creí que el viernes que viene tú mandarías. — Suspiro.

—Y así será. Pero puedo ser un poco complaciente.

—Hemos pasado tres veces por aquí. — Comenta distraída. Se ha dado cuenta de mi triquiñuela para retenerla más a mi lado. Sonrío ahora haciéndome el inocente. Ella sacude la cabeza y aguanta la risa. — Recógeme a las once de la noche.

—¿¡Qué?! ¡Ni hablar! ¡Eso es muy tarde! Los viernes estoy libre de trabajo desde el mediodía, Luna. Te recogeré a las cinco. — Sentencio ofuscado.

—Trabajo de tarde esta semana. — Me aclara ella.

—¡Oh! — Hago un mohín. — Y, ¿no puedes cambiar el turno? — Luna suspira.

—Lo intentaré. — Eso no es muy esperanzador. Y menos si no tengo forma de conectarme con ella sin saber si podrá o no.

—Me gustaría que tuvieras mi número de teléfono, Luna. — Digo y en seguida me arrepiento. Pero no sé por qué, tengo la intuición de que Luna va a ser la única mujer con la que he mantenido relaciones que no me va a dar la brasa. Le digo que anote mi número y ella lo hace. — Hazme una llamada perdida, por favor, y anotaré el tuyo. — Luna obedece. Ahora estoy más

tranquilo. Ahora puedo llevarla a casa de su amiga.

—¿Puedes parar un poco antes? — Me pide cuando ya casi hemos llegado.

—¿Por qué?

—Eh... quiero pasar por la panadería antes. — Dice y no pregunto más. Entrometerme en su vida privada no es una opción para mí, por más curiosidad que sienta.

—Bueno pues... aquí termina tu mandato, ama. — Bromeo cuando paro al fin mi coche. Me quito el cinturón de seguridad y me vuelvo a mirarla, por última vez hasta que vuelva a cruzarme con esta preciosa mujer. — Luna, no te tomes mis cambios de humor matutinos como algo personal. Te dije que tengo problemas para dormir.

—Has dormido como un tronco estos dos días. — Me dice enfurruñada. Ahora ya tengo claro que eso es lo que le pasa.

—Pero no es lo habitual. No te enfades, porfa. — Me acerco a ella y la beso dulcemente. Ella responde a mi beso. — Me encantan tus labios. Los echaré de menos estos días.

—Tú has impuesto cinco días sin vernos. — Susurra en mis labios y acaricia mi rostro. ¡Oh, no!

—Luna, es mejor así. No quiero que...

—¿Me encariñe contigo? — Me mira herida. No tengo ni idea de qué cojones contestar. — Ya veo. Hasta el viernes, Tristan Moore. Veré que puedo hacer con mi turno. — Abre la puerta de mi coche y se va. ¡Joder! ¡No quiero que se vaya así!

—¡Luna! — La llamo varias veces, pero no se digna a girarse y mirarme. ¡Soy un imbécil! Tengo que arreglar esto. Tengo que volver a verla.

Pero por hoy voy a dejar de pensar en esa mujer. Voy a ir a visitar a mi tía y mi hermanita pequeña, que viven aquí, en Madrid, en la casa que compré para ellas.

Mi tía lleva toda la semana dándome la brasa para que vaya a verla. Hoy ya no tengo excusa y, además, eso me ayudará a distraerme de Luna y sacarla por unas horas de mi cabeza.

LUNA

Me acerco sigilosamente al portal de Ana, mirando cada calle, cada esquina, cada recoveco, con especial atención. No me mirado mi teléfono móvil en todo el tiempo que he pasado con Tristan Moore, pero me apostaría mi salario de un mes a que debo tener infinidad de mensajes y llamadas perdidas de Juan.

Pulso la tecla del piso de mi amiga y pronto escucho su voz.

—Abre, soy yo, Luna.

—Sube, estoy con Gabi. Nos asomaremos ambos para evitar otro incidente. Sube por el ascensor. — Me pide mi amiga.

Y es lo que pensaba hacer. El camino desde la puerta del edificio hasta el ascensor se me hace toda una aventura. Corro rápidamente y cuando el ascensor se cierra y se pone en marcha al fin respiro tranquila.

Al llegar a la planta en la que vive Ana, la puerta del ascensor se abre sola y yo me pego por acto reflejo al fondo del ascensor.

—¡Joder! — Exclamo aliviada al ver a mi amiga.

—¡Somos nosotros! — Me grita y veo a Gabi, nuestro compañero de trabajo, junto a Ana dedicándome una sonrisa como saludo. — No hay moros en la costa. — Hago un mohín de disgusto. No me gusta que Gabi se entere de mis problemas personales. — Vamos, ¡no te quedes ahí pasmada! Entra en casa y cuéntamelo todo. — Me exige Ana.

—La verdad no quiero hablar de Tristan Moore ahora mismo. — Digo enfadada y entrando en el piso de mi amiga. Ana cierra la puerta de su vivienda y me mira de arriba abajo con mala cara.

—¡Luna, no seas aguafiestas! — Pongo los brazos en jarra y le dedico un gesto de malestar. — ¿Tan malo ha sido? — Pongo los ojos en blanco. Gabi agacha la mirada al suelo, incómodo con la conversación. Yo también lo estoy. — Yo anoche te veía muy cariñosa con...

—Para, Ana. De verdad, no quiero hablar del tema. Ha estado muy bien y todo eso, pero no quiero pasar toda la semana echándolo de menos. Además, tengo cosas que resolver. Y necesito tener la mente fresca para hacerlos.

—Si te refieres a lo de Juan me he tomado la libertad de contárselo a Gabi para que entre todos busquemos la mejor solución. — Abro la boca de par en par mientras mis dos compañeros de piso me miran como si fuese un enfermo terminal.

—¡Ana, no puedes airear por ahí mi vida privada! — Le regaño.

—Luna, todos sabemos lo que te sucede. — Me dice Gabi con timidez. Yo lo fulmino con la mirada. “¡No os interesa! ¡Es mi vida!” Grito en mi interior. — Al menos yo siempre lo he intuido. Quiero ayudarte, Luna.

—Eso lo tengo que resolver yo. — Inquiero.

—No puedes volver ahora mismo a casa, Luna. No sabes lo que te encontrarías. — Continúa Ana. — Y tampoco mi piso es ahora un lugar seguro. Juan te abordará más veces aquí. Lo sabes.

—No tengo otro sitio a donde ir ahora mismo. — Confieso derrumbada.

—Puedes quedarte conmigo unos días. — Propone Gabi y yo frunzo el ceño.

—¿Contigo?

—Sí, hasta que encontremos el modo de pararle los pies a ese cabrón. — Me froto las mejillas y los ojos.

—Tengo todas mis pertenencias en mi casa. No quiero perder lo poco que tengo. Quiero ir a recuperarlas, al menos mi ropa y los recuerdos de mi madre. — Me siento en el sofá de Ana abatida.

—Tenemos que encontrar el momento en el que sepamos que Juan no está y no irás sola bajo ningún concepto. — Formula Ana. La miro y me pregunto en qué momento mi vida se convirtió en una película de suspense. Sé la respuesta: cuando Tristan Moore llegó a mi vida para cambiarla de raíz.

—Está bien. — Confirmo rendida. — Me iré contigo unos días. Os pagaré a ambos por vuestra hospitalidad, no quiero causaros quebraderos gratuitos.

—¡No voy a aceptar nada de eso! ¡Sólo me preocupa que estés a salvo! — Declara Gabi molesto.

—¡Ni yo! — Ana se suma.

—Gracias a los dos. — Me levanto y abro mis brazos para abrazarlos a ambos. Los tres nos fundimos en un caluroso abrazo que me provoca lágrimas en los ojos. — Muchas gracias. Saldré de ésta. Juan será historia y

seré libre. Y será gracias a vosotros.

Gabi, Ana y yo decidimos que ahora mismo, que Juan no está por los alrededores, es el mejor momento para desplazarme a casa de Gabi. Ana me deja unos pantalones negros y una camiseta negra suyos para que pueda ir al trabajo con ropa limpia al día siguiente. También me presta algunos vestidos, porque los dos que tengo conmigo son demasiado caros para usarlos en un día a día.

De zapatos también ando escasa. Menos mal tengo mis converse negras en casa de Ana, que son los zapatos que uso para trabajar. También las sandalias de tacón que me compré, junto a los vestidos caros, para las dos citas que he tenido con Tristan Moore.

Al pensar en esas prendas pienso inevitablemente en él. Han sido dos días mágicos a su lado. Me ha hecho sentir maravillas que había olvidado. Me ha hecho ilusionarme, encandilarme, olvidarme de mis males. Pero el hechizo de la Cenicienta se ha esfumado esta misma mañana, cuando, al despertar por segunda vez, me ha recordado que yo no pertenezco a su mundo y que, todo ha sido una ilusión, un espejismo de una realidad de la que ahora no quiero renunciar, pero tengo que hacerlo.

Me he enamorado de ese hombre. Lo sé. Hace mucho que no sentía esta sensación, pero la reconozco. Y tengo que protegerme de su indiferencia. Él no está abierto al amor y yo no soy nadie para desbaratar sus planes.

Cuando Gabi baja a por su coche para llevarme a su casa tengo una pequeña conversación con Ana.

Le cuento cómo ha ido mi “gran noche” con Tristan y le explico mi por qué de no querer seguir hablando del tema. No quiero ilusionarme inútilmente.

También me esfuerzo en convencerla que para Tristan soy una más de sus múltiples aventuras y, que lo único que ve en mí es la simple curiosidad que por algún motivo he suscitado en él.

Ella dice que estoy chalada. Pero sé quién es la chalada de las dos.

Luego me enseña un mensaje que ha recibido del chico con el que se enrolló durante la fiesta a la que nos llevó Tristan. Está en inglés y quiere que se lo traduzca. El chico dice que quiere volver a verla y, Ana me pide ayuda para escribirle un mensaje de vuelta.

Quedan en verse mañana, después del trabajo, y yo siento una gran

envidia por mi amiga. A mí me esperan al menos seis días más para poder disfrutar de unos minutos a solas con Tristan Moore. Y... sólo me quedan dos días con él.

Gabi vive en el Barrio del Pilar, muy cerca de la Vaguada. Su apartamento es espacioso y está muy bien decorado. Me sorprende. Él vive solo. Pero es un chico muy responsable, se ve enseguida.

Me muestra la que será mi habitación y decide que pedirá unas pizzas a domicilio para comer.

Paso el resto del domingo sentada en el sofá de Gabi, viendo sin ver la televisión y entablando de vez en cuando conversaciones breves, casi monosilábicas con él.

Echo de menos mi casa, mi espacio. Quiero pensar que podré volver pronto.

Aunque, lo que más echo de menos, son los besos y atenciones de Tristan Moore.

La noche es un duerme vela.

No sé en qué momento concilio el sueño, pero, cuando lo hago, pocas horas después me despierto y, justo en ese momento, veo la pantalla de mi móvil encenderse.

¡Un mensaje!

Cojo el artefacto dudando en si verlo o no. Si es de Juan prefiero ignorarlo.

Son las cuatro de la madrugada, tengo mi teléfono en las manos y me tiemblan, pero mal. Sin embargo, la curiosidad me puede y finalmente desbloqueo el móvil.

Tengo ciento cuarenta y ocho mensajes de whatsapp de Juan, que ignoro. Me llama la atención solo uno: el que acabo de recibir de Tristan Moore.

¡Joder, Joder!

Doy un respingo y de un salto me siento en la pequeña cama que Gabi me ha cedido de su casa.

¡Es él!

¿Lo leo? ¡Qué gilipollez! ¡Si ya me ha tenido que ver en línea! Abro el mensaje, escrito en inglés, y leo con las palpitaciones de mi corazón a mil por hora. Creo que mi corazón se ha desplazado a mi garganta.

“Preciosa Luna. Sólo quería escribirte para decirte que he pasado un fin de semana de ensueño contigo. Y, como no estoy contigo ahora mismo, no tengo esa necesidad de hacerme el duro. Así que te confieso que esta noche te echo de menos. Echo de menos que me acoses mientras duermes y me dejes sin espacio en esta enorme cama. Echo de menos tus ronquidos. Y, sobre todo, echo de menos tu sonrisa al despertar. Cuento los días para nuestro próximo encuentro. Y, recuerda, estarás bajo mi control. XXX”

Me da un ataque de risa nerviosa al leer su mensaje. No está en línea, así que medito bien lo que le voy a escribir.

“Gracias por todo. Sobre todo, por despertarme a las cuatro de la madrugada para inventarte cosas. ¡Yo no ronco! Pero eso no lo sabrás, porque el que estaba del todo inconsciente, si mal no recuerdo, eras tú. Yo también echo de menos esa enorme cama y... bueno, y a ti. No tanto a tus cambios de humor. Pero la próxima vez que lo hagas, simplemente te mandaré a la mierda. No obstante, espero ansiosa esa próxima vez. Trataré de ser obediente. XXX”

Pulso la tecla enviar y automáticamente veo que Tristan está en línea. ¡Ay dios! ¡Y escribiendo!

“Siento despertarte así, lo hubiera hecho de otra forma, pero no te tengo a mano. Y lo siento, no podrás mandarme a la mierda la próxima vez porque MANDARÉ YO. Pero espero ser un buen amo y no darte motivos para que me mandes a la mierda, dulce (aunque ahora no tan dulce) Luna. Perdona mis tormentos. Tú eres un rayo de luz, nunca la causante.”

Me quedo leyendo una y otra vez sus mensajes, sin saber si responder o no. Ya lo hace él por mí.

“Descansa. Te quiero con fuerzas el viernes. A LAS CINCO. XXX”

Me desconecto y me acuesto de nuevo con una sonrisa en los labios. Ahora puedo dormir más tranquila. Y lo hago abrazada al móvil como si fuese el escultural cuerpo de Tristan Moore.

TRISTAN

Hoy he hecho algo inusual en mí: hablarle a mi hermana de un ligue. Digo hoy porque, aunque sean las cuatro de la madrugada, para mí todavía no ha terminado el día pues, no he conseguido aún dormir.

Es lo normal, a pesar de que hoy sí que me he tomado la medicación. Lo que no ha sido nada normal en mí fue dormir de la manera que lo hice con Luna en mi cama. Me da mucho en lo que pensar...

De ella he hablado con mi hermana pequeña. Y ahora me arrepiento. Me ha avasallado a preguntas... pero, como no tengo cerca a John, mi médico, me inventé una terapia con esa pequeña cotilla.

Me ha encantado de todos modos volver a verla y comprobar que ya está hecha toda una mujercita.

Me he emocionado especialmente al ver a mi tía Carol, ella ha sido una madre para mí, para nosotros dos.

Mi tía me ha cebado con dulces y comidas de todo tipo. Me ha regado de besos constantemente. Está muy orgullosa de mí por haber llegado tan lejos en mi carrera profesional.

La casa que le compré a mi tía, en la que convive con mi hermanita, está pegada a la casa que también compré un día para mí, para los días que viniera a Madrid de visita. Pero esta vez no me he alojado ahí. Es una casa demasiado grande para mí solo y, bueno, es mejor estar cerca de mis compañeros de rodaje. Por eso me he quedado en el hotel donde se alojan todos ellos. De todos modos, sé que mi hermanita me la cuida bien... cuando se lleva a algún ligue para impresionarlo con la piscina jacuzzi o cualquier otra de mis caras posesiones.

Así que mejor me quedo con mis compañeros de rodaje para no ver cosas que no quiero ver.

Aunque, la verdad, no me estoy mezclando mucho con ellos. No soy antisocial, es más bien que cierta camarera encantadora me ha tenido despistado durante unos días.

No he dejado de pensar en Luna en ningún momento y, eso me molesta. Lo único bueno es que no me han saltado las alarmas. ¡Claro que no me han

saltado! ¡Luna no se ha acordado de mí en ningún momento! Nunca doy mi número de teléfono a un ligue y a ella se lo di. Debería haberse sentido especial por ello, aunque sepa un poco acerca de mi problema, debería haberse encandilado de la super estrella que le ha puesto el mundo a los pies durante un fin de semana y, debería, al menos, haberme escrito un mensaje para indicarme que piensa en mí.

Ya intuí que ella no sería la típica fan enloquecida que me acosaría por teléfono, pero un mensaje no es acosar; es demostrar que te acuerdas de alguien.

Nada. No obtengo nada de ella en todo el maldito día.

Por eso, y por primera vez en mi vida, soy yo quien le escribe y trato de asegurarme mi próxima cita con ella.

Cuando le escribo el primer mensaje me lanzo diez mil maldiciones a mí mismo. Pero, cuando mi móvil suena y veo que ha contestado, me incorporo en la cama de este hotel en el que he pasado unas horas maravillosas con esa mujer, y, al leer su mensaje, me siento poderoso y flotando en una nube.

Me apresuro a contestar de nuevo para confirmarle y grabarle por escrito que nuestra próxima cita sigue en pie.

No le doy más opción a responder. Me desconecto y me fumo un cigarro en la ventana del hotel. Es una pena que haya vuelto a recuperar este maldito hábito, pero me tranquiliza y es lo que necesito ahora mismo.

La luna brilla sobre las calles de Madrid y yo mando el humo en su dirección. Mi Luna... siempre brilla para mí por la noche...

¿Qué ha sido eso? ¡Ni se te ocurra, Tristan! ¡Ya sabes que por ahí no!

Apago el cigarro y cierro la ventana y las cortinas. Como si pudiera así apagar la luz de la “luna”, cuando yo sé muy bien que no, que esa luz sigue brillando con fuerza ahí, tras esas tablas, luchando por atravesarlas e impactar sobre mi cuerpo. Como mi Luna particular.

Más me vale dormirme ya...

El sonido de alguien llamando a mi puerta me despierta. Ahogo un grito al hacerlo. Me falta el aire y estoy empapado en sudor. Me palpo el pecho.

Todo está bien.

Echo un vistazo a mi móvil. Las ocho de la mañana. Hora de trabajar. Vuelven a llamar a la puerta.

No me preocupa haber dormido poco hoy. He dormido más en este fin de semana de lo que suelo dormir en una semana entera.

Quien sea insiste aporreando la puerta.

—¡Ya va! — Me levanto furioso y no me paro ni a pensar que estoy en calzoncillos. — ¡Qué! — Contesto de mala gana, aunque me calmo al ver a Nika tras la puerta, con una gran sonrisa.

—Perdón, ¿te molesto? — Pregunta mirando tras de mí para comprobar si estoy solo.

—No. Dime. — Cuando le confirmo que estoy solo me echa una miradita muy sensual y recorre todo mi cuerpo con sus ojos, mordiéndose el labio.

—Hoy nos toca rodar juntos. — Me recuerda. ¡Ah sí! La escena tórrida de sexo.

—Ajá. Hoy eres del chico malo del cuento. — Respondo con voz seductora. No sé hablarle de otra forma a las mujeres y surte efecto sin siquiera hacerlo intencionadamente, porque me lanza una pícaro sonrisa.

—¿Nos vamos juntos al set? — Propone.

—Eh... vale. Me visto y nos vamos. — Iba a proponerle que esperara fuera de mi habitación, pero ella entra y se pone a inspeccionar mi habitación. — Siéntate. — Le digo irónicamente, ya que ella ya ha tomado la iniciativa de hacerlo sobre mi cama.

—Me gustaría repetir lo de la otra noche. — Me declara cuando ya ha terminado de pasar los rayos x de su visión ultrasónica por mi habitación. Me pilla de sorpresa mientras me pongo los jeans, bajo el escrutinio de su mirada.

—Me pasaré una noche por tu habitación. — Digo sin más y me coloco una camiseta blanca.

—Puedo venir yo aquí...

—Prefiero ir yo a la tuya. — Le insisto apuntándole con el dedo como amenaza para que no siga por ahí.

—Con tu ligue del viernes no te importó traerla aquí. — Palpa con su mano mi cama y yo automáticamente recreo aquella noche con Luna, sin

penetrarla, sin sentirla del todo y fue lo más intenso que he vivido en mi vida. — Ni la que te trajiste el sábado tampoco. — La miro ceñudo. — Vine el sábado a buscarte, pero me fui cuando te escuché gemir como un loco. — Me suelta y se pone en pie, frente a mí. — Confieso que sentí celos. — Dice seductoramente acariciando mi labio con su dedo índice. — Confieso que me moría de ganas por ser yo la follada por ti, Tristan Moore. — Aletea las pestañas. Quiere calentarme, pero recordarme los mágicos momentos que viví con Luna el sábado no hacen más que alejarme.

—Repetiremos otro día. — Corto por lo sano y me doy la vuelta para ponerme los zapatos.

—¿Siempre eres tan cortante? — Esta conversación ya empieza a sacarme de mis casillas. Me doy la vuelta y la miro de frente serio.

—Nika, ¿qué quieres?

—¿Quién era...? Bah, da igual. — Se amedrenta finalmente.

—No voy a darte explicaciones sólo porque follásemos una maldita vez, ¿entendido? — Me tenso mucho.

—¡Eh! ¡Tranquilo! — Ahora me acaricia el rostro, pero eso no me tranquiliza en absoluto. No quiero ahora problemas con una tía y que se entrometa en mis planes. Le agarro de la mano para detenerla.

—Vámonos. Hoy toca un día largo de rodaje.

Durante el rodaje estoy más que tenso. Nika y yo tenemos que rodar una escena de cama y ella no para de restregarse sobre mí y de provocarme incluso entre toma y toma, cuando no estamos grabando. Eso me hace desconcentrarme y que tengamos que repetir la jodida escena una y otra vez. Incluso tenemos que prescindir del descanso matutino. ¡Y eso sí que me envenena! Porque tenía ganas de ir a la cafetería y ver a mi camarera favorita para comprobar si sigue emocionada o no con nuestra próxima cita. Porque es tan distante a veces esa mujer que me confunde muchísimo. Aunque, luego recuerdo que Luna me dijo que esta semana trabaja de tarde y me relajó un poco. Pero sólo un poco.

Terminamos al fin de rodar todas las partes en las que aparece mi personaje a las 4 de la tarde, pero el rodaje con el resto de actores continúa.

Yo aprovecho las horas libres que tengo para encerrarme en la caravana donde los actores nos caracterizamos y releer un poco el guion. Sin embargo,

cuando leo por quinta vez la misma línea y me doy cuenta de que mi mente sigue atrapada entre las sábanas de la cama del hotel con Luna, decido coger mi teléfono. Busco su nombre entre los numerosos contactos que tengo y, justo después de Leo Dicaprio aparece su nombre: Luna.

Miro el móvil, quiero llamarla, pero no debo. ¿Debo o no debo? Al final marco, pero no su número.

—¡Tristan! ¡No me puedo creer que hayas aguantado dos días enteros sin llamarme! — Pongo los ojos en blanco.

—Hola John. Créeme, me hubiera gustado aguantar más.

—¡Cuéntame! ¿Qué tal tu super polvo con Luna?

—¿Te acuerdas de su nombre?

—Soy tu terapeuta, Tristan...

—¿Cómo se llamaba la anterior a Luna? — Pregunto de mal humor. John calla. — Me la follé un día antes, no es tan difícil.

—Tu compañera de set, no recuerdo el nombre. ¿Para qué me has llamado? ¿Otra vez vas a descargar tus malas pulgas conmigo? Menos mal que me pagas bien.

—El viernes le conté un poco a Luna sobre mi problema, como me aconsejaste. — John vuelve a callar. — Dime algo, que para eso te pago.

—¿Qué le dijiste exactamente?

—Que tuve una mala experiencia hace años y que no me puedo enamorar, bla bla bla...

—Sí que te puedes enamorar, Tristan.

—¡John, no me jodas ahora con eso! Supongo que ella habrá entendido que lo que quería decir es que no debo hacerlo.

—¿Quién dice que no debes?

—¡Porque padezco de una jodida fobia, John! La espantaría, la acorralaría entre mis paranoias...

—En realidad padeces de dos fobias. — Me desquicia cuando habla con tanta frialdad de mis problemas. — No te olvides de tu Somnifobia.

—¡No lo he olvidado, créeme!

—Por cierto, ¿estás durmiendo algo, Tristan? Ya sabes que debes ser estricto con la medicación. Es peligroso que te pases mucho tiempo sin

dormir. Ya te dije que...

—El viernes dormí nueve horas seguidas. — Le corto. John guarda silencio de nuevo. — Y el sábado siete. Bueno, después del polvo dormí una hora y media más. — Sigue callado. — Lo mejor de todo no fue eso. Lo mejor de todo fue que me desperté sin ataques de ansiedad, aunque un poco desorientado, la verdad. Y, para colmo, no tomé la medicación ninguno de los días que estuve con ella. — El silencio de John ya me está poniendo nervioso. — ¡Di algo, joder! ¡Dime qué cojones me pasa!

—¿El viernes dormiste con Luna?

—¡Ya te lo he dicho, sí!

—¿Y el sábado con quién?

—Con ella... te dije que tenemos un trato.

—¿En qué consiste ese trato exactamente?

—Yo le pedí una noche con ella, ella me contraofertó que le diese una a ella para dominarme, pues la otra sería para dominarla yo a ella.

—Entonces ya no hay más citas planteadas con esa chica, ¿no?

—Bueno, lo del viernes lo consideramos un aperitivo. Su día para mandar sobre mí fue el sábado. Mi turno es este viernes y este sábado con ella.

—¿Cuatro citas con la misma chica, Tristan? ¿Y en tan poco tiempo? Me tienes sorprendido.

—Joder, he tenido que concentrarlas porque pronto volveré a Los Ángeles y ya no la veré más.

—Ya veo...

—¿Me pasa algo raro?

—¿Y dormiste con Luna en tu habitación?

—¡Claro!

—Tristan, no digas “claro” cuando nunca, en tu vida, has hecho eso. Jamás te has llevado a una mujer a tu habitación, ni a tu casa, ni a tu cama. — Me hace reflexionar. Tiene razón. — Está claro que esa chica tiene un efecto positivo sobre ti.

—¿Crees que...? ¡Joder, si no me atrevo ni a decirlo!

—Sí, lo creo, Tristan. Y eso refuerza mi tesis de que tu problema no

está en ti, sino en los demás hacia ti.

—Pero para ella no soy importante... quizá por eso no han saltado mis alarmas. Así que tiene sentido lo que tú sugieres. Se jodería si ella se encariña de mí. Se iría todo a la mierda y yo entraría en un boquete.

—O podrías enfrentar de una vez tus miedos, Tristan.

—¡John, si no puedo ni tener un puto despertar normal!

—Al parecer eso no es del todo cierto. Tristan, ábrete de una vez. Cuanto más tiempo lo dejes pasar será más complicado. Dime una cosa, Tristan. ¿Qué es lo que te llamó la atención de esa chica? Y no me digas lo guapa que es o el buen culo que tiene porque estás simplemente rodeado de bellezones por todos lados.

—Eh... pues, no sé. Recuerdo que al principio me evitaba. Evitaba mirarme, caer en mis redes. Y eso me ponía muy nervioso y de mal humor. Sólo quería poder disfrutar de una noche con ella. Pero quién me iba a decir que me la llevaría a mi hotel sabiendo que ni follaríamos...

—¡¿Cómo?!

—¿No te lo conté, John? El viernes no me la follé. Bueno, ¡la verdad es que fue igual de intenso o más! Pero no creo que eso importe. Quiero que me digas qué debo hacer para no ponerme en riesgo innecesario. ¿Crees que lo que estoy manteniendo con Luna es peligroso? ¿Crees que acabaré hundiéndome en el pozo?

—No lo creo, Tristan. Sinceramente no lo creo. Lo que creo es que deberías de hacerle caso de una vez a tus instintos. — Suspiro.

—Siempre me recomiendas que me aleje de las mujeres con las que me veo.

—Porque suelen ser personas interesadas y dañinas. Éste no parece el caso Tristan, por lo que tú me cuentas. No me da la impresión de que esa chica busque aprovecharse de tu fama ni nada por el estilo.

—¡No, no, ella no es así! — Me doy cuenta de que sueno bastante desesperado por defender a Luna cuando oigo la risa de John al otro lado del teléfono. — Veré que hago. Hasta la próxima John. — Cuelgo sin esperar a que se despida. Me ha puesto histérico esta conversación.

Vuelvo a plantearme si llamar a Luna o no, pero al final me convenzo de que es mejor que no lo haga. No quiero enviarle el mensaje equivocado.

Necesito dejar de pensar en ella.

Así que el resto de horas que quedan de rodaje, empleo el tiempo en entrenar un poco y hacer ejercicio.

Eso siempre ayuda a despejar la mente.

LUNA

No me sorprende en absoluto cuando llego a la cafetería y veo otro ramo de rosas rojas con una tarjeta con el nombre de Juan en ella. Hasta hace no muchos días ese gesto me habría derretido y me hubiera bastado para creerme su gran mentira; su amor por mí.

Juan ha convertido mis últimos cuatro años en una pestilente mentira y una pesadilla. ¿Cómo he estado tan ciega? ¿De verdad no lo veía? ¿De verdad no era capaz de ver que eso es lo más alejado al amor que existe? O tal vez el miedo me impedía verlo. Todo lo que hacía, todos mis movimientos, mis actos, hasta mi ropa eran producto del miedo a su reacción. Ni siquiera me permitía cuestionarme mentalmente mi relación con él, por miedo a que pudiera escuchar mis pensamientos.

Hoy no siento tanto miedo, aunque esa asfixiante sensación no ha desaparecido del todo en mí. Sería mentirme a mí misma decir lo contrario. Pero hoy tengo un miedo aún más fuerte. Tengo miedo de desperdiciar mi vida, la única que tengo, entre los brazos de alguien que emplea todos sus esfuerzos en aniquilarme.

Prefiero vivir sólo dos días más sin miedo a vivir décadas de pánico a ser yo misma y tener que padecer tortura tras tortura por ello.

Cojo el ramo de flores y lo tiro a la basura directamente.

Ana llega a la cafetería justo cuando estoy haciéndolo.

—Hola. — Me saluda con cariño. Le sonrío con todo lo que soy.

—Hola Ana.

—¿Qué tal ayer con Gabi? — Creo que su tono guarda algo de picardía.

—Normal. Comimos pizza, vimos la tele y después me fui a la habitación que me ha prestado.

—Ajá. ¿Juan? — Pregunta señalando el ramo que ya está desparramado en la basura. Le digo que sí con la cabeza. — Anoche volvió a mi casa. Estuvo aporreando la puerta. — Pongo cara de horror. — Tranquila, no estaba en plan agresivo, más bien llorica.

—¡Dime que no le abriste!

—¡No! Sólo le informé que ya no estabas quedándote conmigo y que era mejor que te dejase ir. Entonces se fue sin más.

—Nunca me va a liberar de estas cadenas. — Pienso en voz alta, cargada de tristeza y con la mirada perdida. Ana se acerca a mí y me aprieta los hombros.

—No llores por ese estúpido. Al final se cansará. Y, si se vuelve a acercarse a ti, lo mejor será que le denuncies, Luna. No puedes dejarle que siga controlándote e infundiéndote miedo a tu vida.

—¿Crees que servirá de algo que le denuncie?

—Tendrás que hacerlo una y otra vez hasta que sirva.

—No quiero que sea desgraciado, Ana. — Digo sacudiendo la cabeza. — Sólo quiero que sea feliz, rehaga su vida con otra mujer y me olvide.

—¿Deseas que otra mujer padezca lo que tú has padecido? — Se me corta la respiración. — Imagina a una chica de veinte añitos en las garras de Juan. Porque ese cabrón es guapo y sabe cómo ir poco a poco anulando a sus parejas.

—¡No! ¡No, no, no! ¡No quiero eso! ¡No! — Me sacudo con fuerza del abrazo de Ana.

—Shhh, shhh. Pues entonces tú eres la elegida para pararlo. Serás la catwoman de las mujeres que se crucen con ese villano. — Sonrío un poco. Ana siempre sabe cómo meter su fricky mundo en una conversación, sea de la índole que sea. — Serás la heroína de muchas mujeres. Así que párale los pies.

—Vale, dejemos ya esta conversación o Jaime nos echará. — Le digo a mi amiga al ver la cara que nos está dedicando nuestro jefe mientras habla con alguien por teléfono, al fondo del local.

Menos mal el día está bastante ajetreado y consigo frenar las ganas de llamar a Tristan, pero me muero por, aunque sea, oír su voz.

Mi corazón comienza a repiquetear cuando escucho por el hilo musical de la cafetería que comienza a sonar “Listen to your hear” de Roxette, la canción que sonaba de fondo mientras Tristan me besaba como un loco sobre el capó de su coche. Y, como por arte de magia, la puerta de la cafetería se abre y comienza a entrar todo el elenco de actores compañeros de Tristan, el director y el propio Tristan que me dedica una breve, pero intensa mirada cómplice, aunque en seguida sus ojos se enfocan en la chica monísima de la

otra vez cuando le dice algo a Tristan al oído. Mierda.

—Esa es Nika Carlin, una modelo monísima de origen polaco. — Escucho la voz de Ana en mi oído. Suspiro y bajo la vista de nuevo a los platos que estoy secando. — Los vas a pulir. — Se burla de mí Ana al ver que no paro de frotar los vasos y platos que tengo en la mano — Por cierto, tienes que ver una cosa importante, Luna. — Dice mi amiga y capta toda mi atención.

—¿Qué pasa?

—¿Has visto Instagram estos días? — Me quedo pensativa.

—Yo no tengo Instagram. Juan no me dejaba... en fin, no tengo cuenta. ¿Por qué? ¿Qué hay en Instagram? — Dejo los platos y la observo detenidamente. Espero que no sea que haya información sobre Tristan y alguna novia o algo así o me sentiría absurda. Ana saca su móvil, teclea algo y me lo muestra. Frente a mí tengo fotos mías con Tristan muy acaramelados en la fiesta del sábado en casa de su amigo.

—Creo que tienes que ver esto. Según esto, eres la nueva presa de Tristan Moore.

—Mierda. — Mascullo.

—No me digas que no te sientes orgullosa. — Ana levanta una ceja y yo la miro horrorizada. Si Juan ve esto me va a matar. — Oh, creo que tu príncipe azul se acerca, así que me voy. — ¡Qué! Levanto la vista y veo a Tristan situándose frente a mí, al otro lado del mostrador que nos separa.

—Hola Luna. — Me dice con media sonrisa en la boca.

—Hola Tristan. — Susurro.

—¡Vaya, te acuerdas de mi nombre! — Bromea. Yo me río y resoplo. ¡Cómo voy a olvidar alguna vez a este hombre y lo que he vivido con él! — ¿Qué te hace tanta gracia? — Pregunta curioso.

—Nada. — Me encojo de hombros.

Ambos nos quedamos mirando fijamente a los ojos. Estoy paralizada, hipnotizada en el azul de sus ojos.

—Tienes la mirada más bonita del mundo. — Me sorprende y por poco se me cae el vaso que tengo entre manos. Vuelvo a mirarlo. — Todavía te tengo muchas ganas, ¿sabes? Estoy deseando tenerte de nuevo entre mis brazos, Luna.

—Yo también quiero volver a verte... — Dicen mis labios sin obedecer las órdenes de mi cerebro de mantenerme en alerta constante con Tristan. Simplemente me hago mieles ahora que lo tengo de nuevo de frente.

Sonríe ante mi confesión y parece como si le hubiera alegrado el día.

—¿Por qué no me has llamado? — Su voz suena a súplica, sin embargo, enseguida se aclara la voz y adopta una pose más segura, cruzándose de brazos.

—Estabas trabajando. — Parpadeo mientras digo esto. ¿Quería que le llamase?

—Ayer no. — Continúa con los brazos cruzados, como un poli en un interrogatorio.

—Ayer me dejaste muy claro que ya habías tenido suficiente de mí por unos días. — Contesto con sequedad y vuelvo a secar la vajilla, desde el principio. Menos mal que Ana ha salido a atender al equipo de actores.

—¿Eso hice?

—Ajá. — Contesto distante mirando la vajilla.

—Mírame Luna. — Obedezco rápida e involuntariamente y me maldigo por ello. — No es así. No he tenido suficiente de Luna ni por asomo. — Me sonrojo y me esfuerzo por mantenerle la mirada mientras continúa con su alegato. — Te dije que tengo un problema. No es nada personal.

—Sí, me dijiste que, por algún motivo, te niegas al amor. Me dejaste claro que lo nuestro sólo sería sexo. Eso lo entendí. Pero no recuerdo que entre las múltiples órdenes que te di el sábado estuviese la de que me amaras o fingieras hacerlo. — Me sorprende hasta a mí misma la decisión que estoy mostrando al hablar con Tristan. Jamás hablé así a Juan. Tristan inclina la cabeza y me mira divertido.

—Me ordenaste muchas cosas, sí. Pero déjame corregirte algo. — Aguanto la respiración. — Lo nuestro no fue ni será sólo sexo, Luna. — ¡Cómo! — He hecho mucho más contigo que simple sexo, y ha sido apasionante. — Controlo como puedo mi sonrisita de satisfacción.

—Me alegro que te gustara. Para mí fue... — en ese momento mis ojos se cruzan con los de otra persona, que me observa parado en la calle, a través del cristal. ¡Oh, no! ¡Juan otra vez! ¡No se va a rendir! Me pongo nerviosa y comienzo a tartamudear. — Tengo que volver al trabajo, Tristan. Si mi jefe me echa estaré en problemas.

—No veo a tu jefe por ningún lado. — Dice con el ceño fruncido.

—Ha salido, pero volverá en cualquier momento. — Ruego al cielo para que me crea, vuelva a la mesa y no continúe hablando conmigo de esta forma o sé que Juan entrará y montará un numerito.

—Eh, ¿qué te pasa Luna? ¿Por qué te has puesto así de buenas a primeras? ¿Te he dicho algo que te haya ofendido? — Pregunta Tristan a mi espalda, porque yo me he girado para cortar la conversación rápidamente.

Aprieto los ojos. Sólo quiero que Juan desaparezca de una maldita vez de mi vida. Que se muera o que se mude a Honolulu, lo que sea, pero que no vuelva a verlo.

—No. — Digo y me tiembla la voz. No puedo mirarlo, pero me imagino que me mira desconcertado.

—Luna, mírame, por favor. — Respiro hondo y vuelvo a hacerle caso. Me encuentro la mirada que debe tener un perro cuando lo abandonan y, me siento miserable. Pero siento la mirada de Juan posada en mí y no puedo actuar con libertad.

—Te llamaré cuando salga. — Le digo y salgo del mostrador. No me contesta. No dice nada. Se queda en la misma posición. Yo miro a Juan y le indico con la cabeza que se dirija al callejón que hay junto a la cafetería. Gracias al cielo lo hace y nadie se percata de su presencia. Me dirijo a Ana. — Cúbreme, voy a salir un momento. — Le susurro.

—¿Polvete con Tristan? — Pregunta chistosa.

—No. Vigila que Tristan no salga, por favor. No quiero que lo vea. — No digo nada más, pero la escucho gritar mi nombre mientras salgo a la calle. Seguro que ha entendido qué es lo que ocurre.

También siento la mirada de Tristan clavada en mí.

En el callejón encuentro a Juan, o más bien su espíritu. Está demacrado y marchito, pero no siento ninguna lástima por él. Yo me he visto peor que él multitud de veces por su culpa.

—Luna... llevo casi cinco malditos días sufriendo un calvario para poder hablar contigo. ¿Qué cojones te ha pasado? ¿Dónde demonios te has metido? ¿Por qué no me has contestado ni una puta llamada? — Juan va lanzando sus improperios mientras se acerca a mí, que permanezco quieta, inmovilizada, como siempre que me habla así. La diferencia es que esta vez le mantengo la mirada. Sé que no me hará nada tan cerca de mi trabajo. Jaime

saldría, Gabi saldría, Ana se lo comería, llamarían a la policía. — ¡¡Contesta!! — Levanta su puño y ni parpadeo.

—Hazlo. — Le reto. — Vuelve a ponerte tu asquerosa mano encima y pasarás meses metido en una puta celda. Hazlo y alimenta más el odio y el asco que te tengo, Juan. — Escupo con rabia y con los ojos llorosos. Deseo que me pegue, por primera vez en mi vida lo deseo, y así cogeré el impulso que me falta para denunciarlo. Sin embargo, Juan no se mueve. Mantiene la mano en alto y me mira sin comprender qué es lo que me está pasando. Ni yo misma lo sé.

—Vas a volver conmigo. — Dice y esta vez suena amedrentado.

—No. — Sigo manteniéndole la mirada.

—Luna... vuelve. — Está comenzando a suplicar. ¡Esa sí que es buena! ¡Juan suplicando!

—No. — De repente pasa algo inaudito. Juan se arrodilla frente a mí y se aferra a mis rodillas.

—¡Nena, te lo suplico! ¡Haré lo que me pidas! ¡Cambiaré! ¡Lo que quieras, Luna, no me dejes, no lo hagas! ¡Perdóname! ¡Perdona todo lo que he hecho! — Llora como un niño pequeño y no produce ningún efecto en mí. Poso mi mano sobre su cabeza y él suspira, creo que de alivio, porque piensa que le he perdonado.

—Te perdonaré si desapareces de mi vida. Si no insistes más. — Juan levanta la mirada y busca la mía. No puede creer lo que oye. — Si desapareces perdonaré las heridas, moratones, las palizas, los insultos, las violaciones, las humillaciones en público, el desprecio en casa... todo. No quiero volver, Juan. Ni quiero que cambies. Ni quiero que hagas lo que yo te pida. Quiero que me dejes seguir con mi vida. — Ahora se levanta y me mira lleno de rabia.

—Tú estás marcada. Nadie podrá hacerte vibrar como yo. — Me entran ganas de gritarle todo lo que me ha hecho sentir Tristan en sólo dos días, pero me muerdo la lengua.

—Juan, déjalo ya. — Sujeta mi cara y comienzo a temblar. No quiero que me bese. No quiero que me toque. No.

—Está bien. Me iré. — ¿de verdad? Pestañeo. — Me iré cuando encuentre algo donde ir, Luna. No puedes dejarme en la calle, nena.

—¡No! ¡Claro que no! Puedes quedarte en mi casa todos los días que

necesites. Hasta que encuentres algo. — Acepto de inmediato. Es mucho más de lo que me esperaba.

—¿El guaperas ese te ha dicho algo? — Pregunta, parece calmado, pero yo sé que es sólo fachada. Se refiere a Tristan, lo sé.

—¿Quién?

—No te hagas la estúpida. Es el mismo al que le calentaste la polla el otro día, ¿verdad? — Suspiro.

—Juan ese hombre es un actor de Holliwood, nunca se fijaría en alguien como yo. — Mi interpretacion me convence hasta a mí y... duele.

—Un millonetis, ¡vaya, nena! ¡quieres pegar un braguetazo! — Ahora se burla de mí.

—Sólo hago mi trabajo, Juan.

—Sí... ya... en fin, te veré por casa. — Se gira para irse.

—¡Iré a por mis cosas el miércoles! — Grito a su espalda. Entonces se gira. Me mira dolido. ¡Ay dios! ¡Que no empiece! — Y te dejaré tiempo para que tú empaquetes tus cosas.

—¿No vas a volver? — Vuelve a acercarse a mí. En esta ocasión me cuesta mucho mantenerle la mirada fija, aunque me obligo a hacerlo.

—No Juan. Será más fácil así.

—Está bien, nena. Como tú digas. El miércoles te llevas tus cosas. — Me hace una reverencia de forma grotesca y yo trato de controlar los nervios que sacuden mi cuerpo.

—Gracias. — Apelo al chantaje emocional. Juan me mira sorprendido. — Sólo quiero hacer esto fácil y que los dos podamos ser felices por nuestro lado. No te deseo nada malo. — Juan se acerca peligrosamente, hasta que nuestros alientos se entremezclan. Estoy cagada de miedo y no sé qué hacer.

—Siempre seremos el uno para el otro. Sólo es cuestión de tiempo que vuelvas a verlo, nena. — Me da un lento y casto beso. Yo aguanto la respiración y aprieto los ojos mientras dura.

Finalmente me lanza una sonrisa maliciosa, se da media vuelta y se va.

Cuando ya lo he perdido de vista comienzo a llorar como una energúmena, me pongo en cuclillas y me abrazo sin parar. También trato de borrar con mis manos su asqueroso beso sobre mi boca.

—¡Luna! — Escucho el grito de Ana. — ¡Luna, qué pasa! — Me agarra para levantarme y me abrazo a ella. Descargo mi llanto en su hombro. No puedo hablar. Después de pasar tanto miedo la boca siempre se me queda muda. — ¿Te ha pegado ese bastardo?

—No. — Farfullo en mitad del llanto. — Le desafié, pero no lo hizo.

—Tranquila. — Me acaricia la espalda.

—He tenido mucho miedo, pero lo he controlado. — Digo sorbiéndome los mocos. — Me ha dicho que se irá, Ana. ¡Se irá y me dejará en paz! El miércoles tengo que ir a por mis cosas a casa. Iré cuando esté trabajando. ¡Se irá, Ana!

—Ojalá sea así. — Susurra Ana. — Tristan ha preguntado por ti. — Mi miedo se disipa enseguida. Me limpio las lágrimas.

—¿Qué ha dicho?

—Que espera tu llamada. Sólo eso. — Sonrío. — Ya se han ido. Llámalo Luna. No dejes de vivir esta experiencia ni por Juan ni porque él se vaya a ir. — Ana me sujeta la cara y borra el resto de mis lágrimas. Asiento. — Es tu cuento. Dure lo que dure es mucho más bonito y perfecto de lo que mucha gente vivirá en años.

—Es verdad. Lo llamaré cuando salga del trabajo.

TRISTAN

Me siento tan ridículo babeando por esa mujer que estoy actuando así, como un ridículo.

Me he dejado embaucar otra vez por Nika y ahora mismo estoy en la habitación del hotel de mi compañera de set, arrancándole la ropa de cuajo y haciendo lo propio con la mía.

—¿Dónde hay un puto condón? — Pregunto cuando ya la tengo tumbada y abierta para mí, envuelto en rabia.

Rabia por no comprender qué narices le pasa a Luna conmigo. Creí que después de lo que vivimos juntos lo lógico sería que se pillara por mí y no me dejara de mandar mensajitos de amor, o que me llamara incesantemente pidiéndome o suplicándome más. Yo le daría más. Porque sé que no corro peligro. Pronto me iré a L.A. y la borraré de mi memoria.

No sólo sigue huyendo de mi mirada, dejándome desamparado sin ver esos preciosos ojos, sino que también se va en mitad de nuestra conversación negociadora de la siguiente cita.

Así que esta noche necesito fogar y descargar me de tanta tensión.

—En la mesita. — Me informa Nika.

Cojo el condón y me lo pongo rápidamente, antes de que me arrepienta de lo que voy a hacer.

Empalo a Nika con todas mis fuerzas y sin piedad alguna. La chica grita hasta casi quedarse sin voz.

Me tengo que concentrar mucho para poder disfrutar esto. Mierda, no puedo. Avivo el ritmo y nada. No siento nada.

—¡Joder! — Grito frustrado y salgo de ella.

—¿Qué pasa? — Se incorpora. Mi erección está a medio camino, dejándome en ridículo ella también. — Déjame a mí. — Me quita el condón y comienza a chupármela. No lo hace mal, pero ni punto de comparación con Luna.

¡Maldita sea, quieres dejar de pensar en ella! ¡Gilipollas! ¡Pasa de ti! ¡Es la una de la madrugada y no me ha llamado, ni escrito, ni nada!

Muevo el cuello y cierro los ojos, tratando de concentrarme en lo que estoy.

¡Qué es eso!

—¡Mi móvil! — Aparto a Nika de golpe de mí y voy a por mi teléfono. ¡Es ella! ¡Es Luna! — Esto... lo siento Nika. Otro día será. — Me disculpo torpemente cogiendo mi ropa con rapidez y saliendo de su habitación, completamente desnudo. Pero mi habitación queda muy cerca.

—¡Eh! — Nika protesta.

—¡Te compensaré! — Le guiño y abro la puerta de mi habitación al tiempo que descuelgo la llamada de Luna. — ¡Ey! — Contesto haciéndome el desinteresado.

—Hola. — Su voz suena sensual. Con ese acento tan encantador hablando en inglés. — Espero no molestarte. — Pronuncia cada palabra seductoramente. ¿O soy yo que me acabo de quedar a medias?

—Tú nunca molestas. — Cierro la puerta, tiro la ropa que llevo en la mano al suelo y me tumbo sobre mi cama. Oigo su sonrisa y me ablando. — ¿Por qué no me has llamado antes?

—He salido muy tarde del trabajo y cuando he llegado a casa de mi amigo Gabi, me he dado una buena ducha. Necesitaba limpiarme.

—¿Tu amigo? Ya... — No puedo esconder mi desilusión.

—Sólo es mi amigo, Tristan.

—¿No te gusta nada de nada? — Hablo como un niño pequeño, con la esperanza de sacarle una sonrisa además de información.

—Nada de nada. — Dice sonriente.

—Pobre chico, tenerte tan cerca y no poder saborearte...

—Estoy guardando fuerzas para el viernes. — Ahora vuelve a sonar seductora y me empalmo en el acto. ¡Joder, quiero follarme a Luna ahora, ya! — Un actor famoso me ha prometido una cita apasionante. — Dice chistosa.

—No aguantaré al viernes...

—¿Quieres que nos veamos antes? — Propone. Siento la punzada en el pecho, pero es... diferente. No sé si un mal aviso o lo contrario.

—Sí. — Digo sin pensar. Cierro los ojos y me maldigo por ser tan estúpido.

—Yo también. — Me vuelvo a alegrar rápidamente y mi polla también.

—Mañana. — Pruebo suerte.

—Mañana. — Confirma y hace que me sienta volar.

—Y pasado. — Sé que me voy a arrepentir al final. Pero, ¡a la mierda! Pronto me iré. Me costará un mundo volver a sentirme tan vivo. No es nada fácil encontrar a alguien con quien te compenetres tan bien.

—Y pasado. — Confirma con una risita.

—El jueves te dejo descansar. — Ahora me regala una carcajada.

—¿Quién mandará mañana y pasado?

—Tan curiosa mi niña traviesa. — Su risita me contagia. — Me da igual, la verdad. Sólo quiero saborearte. Pero el viernes y el sábado estarás a mi merced.

—Mañana salgo tarde de trabajar...

—Estás hablando conmigo. Yo nunca duermo. Aunque sé que me he dejado por mentiroso a mí mismo cuando he dormido contigo. Vente en cuanto salgas de trabajar y te duchas aquí, conmigo. Te esperaré a que salgas y venimos juntos al hotel.

—Vale.

—Vale. — Repito. — Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches, príncipe sapo. — Me saca una carcajada que sabe a gloria.

Cuelga.

¡Ay Luna, qué hago contigo!

Alguien llama a mi puerta. Sé de quién se trata y, aunque no tenga ningunas ganas de lidiar con su enfado, se merece una explicación y, no quiero malos rollos con mis compañeros de trabajo.

Abro la puerta y me encuentro a Nika más que enfadada, con los brazos en jarra y con una bata puesta.

—¡Ey! — Saludo haciéndome el inocente.

—¡A qué ha venido eso! — Me acusa. — ¡Vas a rematar la faena o sino me oirás! — Joder. Ahora mismo no estoy para pensar en ella.

—Oye, lo siento yo...

—¡Vamos! — Tira de mi brazo y me saca desnudo como estoy al pasillo. Yo cierro la puerta tras de mí y me dejo llevar. ¿Qué otra cosa puedo hacer si no? Me introduce en su habitación, enfadada y se quita la bata. — Quiero mi polvo, Tristan Moore, así que no se te ocurra escaquearte. — Suspiro.

—Está bien, ¿por dónde íbamos? — Es mi forma sutil de proponerle que me encienda ella, o no seré capaz de rematar la faena.

Nika se pone de rodillas sin protestar y continúa con la felación que antes corté, cuando Luna me llamó. Cierro los ojos y trato de concentrarme en la situación, pero sólo me viene el recuerdo de Luna entre mis brazos. Decido que lo voy a utilizar en mi favor y recreo la escena en la que Luna y yo follamos como salvajes en el baño de la casa de mi amigo Henry.

¡Oh sí! ¡Ahora empieza a ser placentero de verdad!

Cuando estoy a punto de correrme Nika para y se pone en pie, frente a mí.

—Fóllame. — Me exige. Sigue con malas pulgas.

—Ponme un condón. — Exijo yo. Y me obedece.

Después la coloco sobre su cama, a cuatro patas y me dejo llevar por mi parte animal, de nuevo con el recuerdo de Luna entre mis brazos.

Varios fieros embistes después Nika se corre y yo lo hago también, farfullando el nombre de Luna, aunque de forma ininteligible, menos mal.

—Quédate a dormir. — Me pide. Puede que no sea mala idea. Con Luna dormí muy bien.

—Está bien, hazme un sitio. — Le pido y me acuesto a su lado. Parece más que feliz. Quítale las esperanzas, Tristan. — Oye Nika...

—¿Ajá? — Pregunta sonriente mientras acaricia en vello de mi pecho.

—No hay nada serio en esto, ¿vale?

—Sé quién eres. Jamás me plantearía algo serio con alguien como tú. — Dice tan tranquila y se abraza a mí.

Nika se queda dormida varios segundos después y yo me quedo pensativo. “Sé quién eres. Jamás me plantearía algo serio con alguien como tú...” Las últimas palabras de Nika me hacen reflexionar. ¿Será eso lo que piensa Luna de mí y por eso lucha por evitarme? Luna no pertenece a este mundo y no parece la típica chica que tiene constantes citas con hombres. De

hecho, acaba de terminar una relación con el soplapollas ese, el tal Juan, y parece que ha sido una relación duradera. Pero la cuestión no es esa. ¿Así es cómo me ven desde fuera? ¿Soy una persona con la que no te plantearías involucrarte personalmente? ¿Estoy condenado a la soledad?

Pasan las horas y yo sigo tragando techo, planteándome por primera vez en mi vida si, lo que yo creía que era un planteamiento de vida coherente y seguro, en realidad se ha convertido en una celda y me ha convertido en una persona fría, distante y solitaria. Aunque, poco puedo hacer ya para cambiar quién soy. Lo intentaría si no fuese preso de mis fobias, pero ellas mandan sobre mí, así ha sido siempre y siempre será de esa forma.

Al final decido volver a mi habitación. Con Nika a mi lado no voy a dormir una mierda. Salgo a hurtadillas a las tres de la madrugada, llego a mi habitación, me tomo mis pastillas y me tumbo en la cama.

No puedo respirar. Una mano presiona mi garganta con fuerza y está a punto de estrangularme. Trato de gritar, pero no me sale la voz. Trato de pedir auxilio, nadie me oye, estoy muerto. Al final consigo gritar y un alarido sale de mis entrañas, consiguiendo que me despierte y me siente bruscamente, desorientado y empapado en sudor. Me toco la garganta. Falsa alarma. Sólo ha sido el mismo sueño de siempre. Me tiro en la cama, cansado de esta mierda. Todos los días la misma maldita mierda en mi cabeza. Siento que, en cualquier momento, me va a explotar y pereceré por culpa de mis miedos.

—Vete de mí. — Hablo conmigo mismo. — Déjame respirar. Sólo quiero que te vayas. Sólo quiero que termine de una vez. Sólo quiero ser normal.

Me levanto hecho un zombi. He dormido poco y he dormido mal. Me ducho y froto mi cabeza para poder eliminar con el jabón toda mi amargura, todos mis miedos. Me visto, cojo mi móvil y mi cartera y me percató que tengo un mensaje de Luna. Me lo envió cuando yo estaba en plena faena con Nika y, me hace sentir miserable. No debí hacerlo.

—¡Luna! — Exclamo. Me siento en mi cama y lo abro.

“Siempre quise ser libre y tú me haces sentir así: libre. No te pido amor, te pido sólo eso; libertad. Es mucho más de lo que podía imaginar tener y, dure lo que dure, esa sensación perdurará en mí cada vez que te

recuerde. Nos vemos en unas horas. XXX”

Libertad... bonita palabra. Yo también me siento así cuando estoy con ella. Me siento libre de miedos, de ataques de pánico, aunque, a veces, amenacen con adueñarse de mí. Pero eso es algo con lo que tengo que vivir, con o sin Luna. Y, con ella, he conseguido controlarlos. Aunque siempre me acompañarán. No me dejarán. Me perseguirán allá donde vaya.

Acaricio sus besos con mi dedo en la pantalla de mi móvil y me maldigo por lo que hice anoche con Nika. No me ha aportado nada, ni tranquilidad ni confianza ni nada.

Quisiera ser capaz de escribirle algo a Luna que no esté impregnado de un tinte de tristeza. Ahora mismo no me sale nada. Miro al techo y, personalmente, no comprendo nada de lo que me está sucediendo, pero me siento al borde del abismo y, me da la sensación, de que yo solito me estoy empujando a él.

Durante el rodaje de hoy Nika me pregunta por mi huida durante la noche anterior. Le explico que no podía dormir y decidí volver a mi cama. Me pregunta que cuándo lo repetiremos y me culpo a mí mismo cuando me demuestra abiertamente que se siente dolida por ello. Me dice que esperaba algo más de mí. Dice que, aunque sabía de mi fama con las mujeres, según ella, nosotros dos habíamos conectado y está convencida de que ella me gusta de verdad.

No me muestro tan firme como debería para aclararle que no siento nada por ella ni por nadie y que, haga lo que haga, nunca lo haré. Y no se lo digo porque todavía nos quedan dos semanas de rodaje en Madrid. Y otras dos en L.A. en los estudios de la productora.

Así que procuro cuidar de que entre Nika y yo todo se transforme en una amistad, aunque sea pasajera, para evitar tensiones.

El día de trabajo se hace largo, pero se me olvida el cansancio cuando llega la hora de la cena en equipo. Aunque, para mi sorpresa, hoy Nika propone un lugar diferente para ir a tomar un aperitivo. Dice que ha encontrado un restaurante japonés por la zona, bastante poco transitado y discreto, y todos parecen encantados con la idea de cenar sushi.

A mí también me gusta el sushi, pero me gusta más contemplar a Luna de cerca.

No voy a ser yo quien lleve la contraria a lo que todo el equipo

propone, así que asiento conforme a los planes de ir al japonés y, cuando llegamos, me disculpo un segundo para llamar a Luna por teléfono.

Salgo a la calle y marco su teléfono. No contesta. Mierda. Seguramente no llevará el móvil consigo en el trabajo, o simplemente no podrá contestar.

No estoy muy lejos de su cafetería. ¿Y si me acerco un momento y le digo que luego la recojo? Miro al interior del japonés, todos mis compañeros están entretenidos contando anécdotas del rodaje.

Sin pensarlo mucho me dirijo con rapidez a la cafetería de Luna. Está a sólo unas dos manzanas de aquí y en menos de cinco minutos llego.

Me quedo de piedra cuando la veo sostener un enorme ramo de rosas rojas que algún hombre encandilado de su belleza le ha mandado. Ella mira la nota y suspira. ¡Joder! Una sacudida en el pecho me provoca náuseas. Quiero salir corriendo, sin embargo, mis pies están bloqueados y no se pueden mover. Mi respiración también se congela cuando la veo salir a la calle con el ramo entre las manos, directa a mí, aunque no me ha visto.

Cuando abre la puerta le está diciendo algo a Ana, que creo que sí que me ha visto.

—Sí, pienso tirar esta mierda de flores ahora mismo Ana, tranquila. A mí me gustan menos que a ti, por no hablar de su remitente. ¡Joder! — Casi se cae de bruces cuando me ve y rápidamente la sostengo del brazo para evitarlo. — Hola... — Se ha quedado sin respiración.

—Hola. — Sonrío. — Bonitas flores. — Sueno sarcástico, exactamente como quiero sonar. Luna mira las flores y luego me mira a mí, consternada.

—No son... yo no... son de... no las quiero. — Dice finalmente cuando sus pensamientos se aclaran un poco.

—Pobre hombre enamorado. — Susurro y acaricio su mejilla con mi dedo pulgar. Luna cierra los ojos cuando mi dedo llega a sus labios. — A mí también me dolería que me rechazaras. — Abre los ojos de golpe.

—No es un pobre hombre. Merece que yo y todas las mujeres le rechacemos. — La virulencia de sus palabras me pilla por sorpresa. — Tú no lo mereces.

—Ah, ¿no?

—No...

—No estoy del todo de acuerdo, pero no te voy a dar motivos para que me mandes al cuerno. — Me acerco a sus labios hipnotizado con ellos, Luna contiene la respiración.

Pero, de un momento a otro, tira de mi brazo y me introduce en un callejón contiguo a la cafetería. Tira el ramo de flores a un enorme contenedor y se aferra con sus dos manos a las solapas de mi chaqueta para acercarme a su cuerpo.

—Aquí no me verá mi jefe. — Me besa llena de deseo.

El terciopelo de sus labios y su calidez impactan en los míos como si hubiese atravesado un desierto, sediento, y al fin bebiera del manantial que sacia mi sed. Estampo su espalda contra una de las paredes del callejón y presiono mi cadera contra ella.

—¿Has visto cómo me pones con sólo un beso? No es justo. — Susurro clavándole aún más mi erección. Luna me agarra del pelo y gime en mis labios al notar mi dureza. — ¡Oh, joder! Vas a volverme loco. Jodidamente loco, Luna. — Beso su cuello y sigue gimiendo.

—Tengo que volver al trabajo. — Protesta, pero no hace el más mínimo esfuerzo para apartarme de ella.

—¿A qué hora sales? — Pregunto con la respiración acelerada. Sonríe con sus ojos mientras me mira. Adoro esa mirada tan viva y traviesa.

—A las once. Si no hay clientes.

—A las once estaré aquí. — Vuelvo a besarla y me esfuerzo mucho, muchísimo, por separarme de ella. — Hoy han elegido sushi. — Me encojo de hombros.

—Me encanta el sushi. — Dice y vuelve a buscar mis labios.

—Luna, apártate de mí o no respondo. — Libera una risita traviesa que me pone todavía más cachondo.

—Te veo luego, nene. — Pronuncia en mis labios a la par que tantea mi polla por encima del pantalón.

Aprieto los ojos con fuerza para no perder el poco control que tengo. Su risita resuena en mi mente y, cuando abro los ojos, ya se ha ido.

—¡Gracias al cielo! — Grito mirando hacia arriba. — ¡Cómo cojones hago con esta mujer! ¡Arg!

Vuelvo al restaurante en el que están mis compañeros después de haberme recolocado mis pensamientos en mi cabeza y mi miembro viril en mi pantalón. Nadie pregunta por mi breve ausencia. Sólo Nika, que me da la cenita con su manía de manosearme por debajo de la mesa y de contarme secretitos estúpidos como pretexto para acercarse a mi cuello y mi oreja.

A las once menos diez me disculpo con todos, pido una bandeja más de sushi y una botella de vino blanco para llevar y dejo un billete de cien euros en la mesa.

—Me voy chicos. Pagad por mí. Mañana nos vemos en el set.

—Hasta mañana Tristan. — Gritan casi todos al unísono. Me giro y salgo del restaurante.

—¡Tristan! — Escucho mi nombre cuando ya estoy en la calle. Pongo los ojos en blanco y me doy la vuelta.

—Dime Nika.

—Lo que dije anoche... no lo dije en serio. — Mierda. Joder. — Me refiero a lo de...

—Sé a lo que te refieres. Y, tenías razón. No soy el hombre adecuado del que enamorarte. Pero me caes bien y no quiero herirte. Seamos amigos Nika, sólo ha sido un tonto.

—¿Has quedado con alguien? Llevas esa comida y ese vino porque has quedado con otra, ¿verdad? — Joder, ahora no. Tiene los ojos llorosos y está a punto de montar una escenita. ¡Delante de mis compañeros de trabajo!

—Nika... no, por favor.

—¿De verdad no te gusto nada? ¿Tan poquito te importa cómo me sienta yo ahora mismo? — Arranca a llorar. ¡Maldita sea!

—Nika — me acerco con cuidado — no me hagas esto, por favor. No me hagas sentir el malo de esta película también. No te he prometido nada. — Digo exasperado. Ella me mira con tristeza. — Ni a ti ni a nadie.

—¿A la de esta noche tampoco? — Se sorbe los mocos.

—Tampoco. — Prometo. Parece que eso la serena un poco.

—Sólo es una diversión. — Asegura, no pregunta.

—Sólo eso.

—¿Volveré a degustarte? — ¿Qué digo?

—Si me demuestras que eres capaz de entender lo que quiero, sí.

—Vale. — Ahora sonrío. ¡Es bipolar! — Me vale. — Asegura.

—Genial. — Me doy la vuelta. Ya llego tarde con Luna.

—¡Sé que pensarás en mí! — Grita Nika a mis espaldas y yo la ignoro soltando una risa de incredulidad.

Cuando llego a la cafetería ya está cerrada y no veo a Luna por ninguna parte. ¡No me lo puedo creer! ¡Sólo he llegado siete minutos tarde! Mi corazón me aporrea el pecho y no sé si de rabia, miedo o decepción.

Mi móvil vibra en mis pantalones. ¡Es una llamada de Luna!

—¡Eh! ¡Dónde estás! — Contesto furioso.

—¿Estás en la cafetería? ¡Vete de allí, por favor! Te veo en la puerta de tu hotel.

—¡¿Por qué?! ¿Qué pasa? — Miro a todos lados, confundido.

—Por favor... yo ya estoy de camino a tu hotel. No tardes, ¿vale? — De pronto veo un hombre a lo lejos dándole patadas a un cubo de basura con violencia. ¿Ese no es el tal Juan? ¡Oh, no! Me doy la vuelta rápidamente y paro un taxi que, por fortuna, pasa justo por mi lado.

—¡Eh! ¡Ven aquí guaperas! ¡Voy a matarte! — Escucho los gritos de Juan a mi espalda. Mierda, me ha visto. Pero ya estoy en el taxi y le indico la dirección al taxista que arranca antes de que Juan llegue hasta mí.

—Ya voy de camino, Luna. Tenemos que hablar. — Cuelgo.

Me ciega la rabia y el dolor. El dolor más abrupto que jamás he sentido. Bueno, lo viví una vez, cuando sólo era un crío de cuatro años y, me trastornó para siempre.

Acabo de ver lo que le pasa a Luna. Acabo de toparme de frente con su realidad. ¿Cómo cojones he estado tan ciego, maldita sea? ¡Vi esos endiablados moratones en su piel y pensé que habían sido simples golpes, en el trabajo o algo! ¡Me cago en todo!

Por lo que más quieras Tristan, relájate. Cierra los ojos. Respira hondo. Cuenta hasta diez. Eso es. Piensa en algo positivo...

—¡Joder! — Grito sin querer y el taxista me mira por el retrovisor asustado.

—Ya estamos llegando señor.

—¡Sí, vale, dese prisa!

—Aquí estamos. Son ocho euros con...

—Tome. — Le tiro un billete de veinte y salgo del taxi cagando leches.

Me encuentro a Luna en la puerta, abrazándose y temblando. Mirándome con miedo. Me dirijo a ella envuelto en cólera.

—Lo siento. — Es lo primero que me dice cuando estoy frente a ella, sudando como un loco e hiperventilando.

Mierda. La estoy asustando. Aprieta los ojos, llena de miedo.

—¿Estás bien? — Abre los ojos sorprendida. Su mirada no me calma esta vez. No me gusta verla así, asustada. — Dime que ese cabrón no te ha tocado o lo mataré. — Mascullo. Pero se me para el corazón cuando veo que sus ojos se llenan de lágrimas. — Eh... no, no, no, no. — Acuno su cara con mis manos. — No me llores, por favor. — Beso sus ojos con todo mi cariño.

—No me ha tocado. — Sacude la cabeza y sonrío con la boca, aunque no con los ojos. — Lo he despistado y me fui.

—Luna, vamos a ir ahora mismo a denunciar a ese cabrón. — La cojo de la mano y tiro de ella.

—No. — Se queda quieta. Me giro y resoplo.

—Luna, no acepto un no, lo siento. Vamos a ir ahora mismo y yo voy a estar conti... — me calla con un cálido beso e hincando sus uñas en mi espalda.

Consigue que me olvide de todo, aunque mi enfado sigue por dentro, muy dentro de mí.

—Quiero que me lleves a la cama. Quiero que me hagas vibrar. — Gruño. Ahora sus ojitos vuelven a brillar con picardía. Me deleito en ellos y en esos gruesos labios que me sonrían con ganas.

—Quiero matarlo. — Mascullo.

—Juan es historia para mí. — Vuelve a besarme. — Ahora vamos a tu habitación, desnúdame y hazme que me olvide de todo como tú sabes. — Vuelve a tantear mi entrepierna y ya estoy perdido. Le doy la bolsa que llevo en manos.

—Llévala tú. — Exijo.

—¿Qué es?

—Tu cena, pero primero voy a cenarte yo a ti, loca testaruda. — La levanto en mis brazos y me dirijo con ella en brazos hacia el ascensor.

Luna me regala una bonita risita por el camino y creo que los de recepción también se ríen al vernos.

Al llegar a mi habitación abro la puerta pegado a la boca de Luna, que me besa como si fuese el último día de su vida y me va quitando la chaqueta.

Al entrar, Luna tira su mochila al suelo y coloca la bolsa de su comida sobre la cómoda. Le quito la camiseta y suspiro al ver sus pechos malescondidos tras el fino tul de su sujetador negro.

Luna se desviste en un santiamén. La miro de arriba abajo con deseo y con rabia. La rabia me sigue concomiendo por dentro. No entiendo cómo alguien puede ser tan ruin de hacerle daño a alguien como Luna. Aprieto la mandíbula. Ella se acerca dubitativa al ver mi estado.

—¿No te vas a desnudar? — Su mano acaricia mi pecho por encima de mi camiseta. Tengo la respiración acelerada.

—Vamos a darnos una ducha. — Sugiero. Ella asiente. Me quito mi ropa y me la llevo de la mano a la enorme ducha spá de mi habitación.

Entro y tiro de su mano para hacerla entrar conmigo. Acaricio sus rizos, su cara, sus brazos y desciendo mi mano por su cintura, hasta sus caderas. Mis ojos se posan en el residuo de lo que fue un moratón en su cadera. Luna me besa para distraerme y abre el grifo.

De pronto, un chorro de agua fría nos cubre y farfullo una maldición ante la sorpresa. Luna libera una de sus preciosas risitas y hace que me ría. Mira mi entrepierna divertida al ver que ha menguado su erección a causa del frío repentino. Entorno los ojos y frunzo los labios.

—¿Te ríes, maldita? — Pero no puedo enfadarme.

Su imagen ahora mismo es gloriosa; con su larga melena mojada, que parece mucho más larga así, con sus pezones erguidos por el frío y sus gruesos labios mostrando la picardía de su sonrisa. Pongo el agua templada.

Ataco sus labios y la estampo contra la pared de la ducha. El agua hace que su piel esté resbaladiza y comienzo a lamer cada parte de su piel. Primero su cuello, después su pecho, su vientre, sorteo su sexo para ir a su cadera y beso el residuo de esa odiosa profanación a su piel. Luna ahoga un

gemido mezcla de pasión y dolor. Pero no quiero recordarle eso ahora mismo. Y mucho menos quiero recordármelo a mí o me volveré loco.

Así que me dirijo a su sexo y comienzo mi ataque ahí, con mi lengua. Luna lanza un grito que proviene de sus entrañas y echa la cabeza hacia atrás, muerta de placer.

—¡Tristan! — Tira de mi pelo y me hace mirarla, adorarla más bien. Aquí, de rodillas, mientras veo cómo el agua venera su precioso cuerpo, me siento a su merced. — Te quiero dentro. — Exige. Me pongo en pie y me pego a su piel.

—Lo que ordenes, ama. — Digo y ella cierra los ojos, saboreando mi rendición.

La levanto en mis brazos y ella rodea mi cintura con sus piernas y enrosca sus manos en mi cuello. La penetro de golpe, mirando esos ojos que son mi perdición. Ambos gemimos y tengo que esforzarme demasiado en no avivar demasiado el ritmo. Porque la rabia que todavía siento en mí me puede. Salgo y entro de ella con contundencia, pero sin ser del todo implacable. Luna gime de una forma que me hace perder el juicio.

—¡Sí! ¡Más! — Pide y me quedo bloqueado. Me mira y su cara es la cara de la diosa de la lujuria. No puedo. Si subo el ritmo no podré parar. — Más. — Susurra mirándome fijamente.

—No quiero hacerte daño. — Imploro.

—No lo harás. — Me besa y es ella la que se mueve sobre mí, exigiendo que avive mis embestidas. ¡Dios! ¡Esto también es la gloria! Me dejo un poquito más, sintiéndola contonearse sobre mí. Cierro los ojos y levanto la cabeza. — Quiero más. — Vuelve a recordarme sin dejar de moverse. Vuelvo a mirarla.

—¿Más? — Gruño estampándola con fuerza contra la pared mientras la penetro con todas mis fuerzas. Grita y sé que es de placer. — ¿Quiere más, ama? — Mi voz suena ronca y lasciva. Ella gime de una forma que hace que me olvide de todo. La empalo con fuerza y creo que voy a morir de placer con sólo mirarla así. — ¡Dime! ¿Así está bien de fuerte, ama?

—¡Sí! ¡Ah! — Grita y echa hacia atrás su cabeza.

—¡Pues mírame, joder! — Gruño entre dientes. Me mira. Ufff, no puedo con ese rostro, desencajado de placer. Sus músculos se tensan alrededor de mi miembro y sé que está cerca. — Me voy a correr, pequeña,

espérame. — Asiente sin poder hablar y aprieta los ojos. — ¡Mírame!

—¡No puedo!

—Mírame o no te dejo que te corras. — Abre automáticamente los ojos y busca mis labios. Eso quiere decir que se va a correr ya. Y así es. Estalla en mis labios para ahogar su grito. Y sus contracciones internas hacen que me descargue súbitamente en su interior. — ¡Ahhhhhh!

Me quedo sin aliento, con Luna en mis brazos. Ahora estoy más relajado de lo que lo he estado desde que Luna se fue, el domingo por la mañana. A pesar de la rabia que siento en mi interior por lo que he averiguado. Pero ella está ahora aquí, a salvo. Y, está bien. Está más que bien.

Sólo tengo que mirar esa sonrisa cómplice que me está dedicando.

—Voy a lavarte y a darte de comer. — Le informo cuando ya la he soltado.

—Hazme lo que quieras. — Guau.

—Eso es más de lo que podría pedir.

LUNA

Tristan me está lavando. ¡Me está lavando! Es lo más dulce que un hombre ha hecho jamás por mí. Ya hemos tenido sexo, así que no lo hace con ese fin. ¡Estoy perdidamente encandilada de este hombre!

Incluso ha sugerido ir a denunciar a Juan en lugar de quedarnos aquí, saboreándonos.

Me masajea la cabeza con el jabón. Acaricia mi cuerpo con la espuma y vuelve a murmurar una maldición cuando vuelve a ver el moratón de mi cadera.

En ese momento le digo que es mi turno y comienzo a enjabonarlo yo a él, para devolverle el favor y para quitarle esa imagen de mí de su cabeza.

Vuelve a tener la respiración agitada. Sus ojos están apretados y la cabeza levemente levantada. Su cuello está en tensión, sus puños también, y sus piernas. No debe preocuparse de eso. No es justo que le salpique a él. Así que tiro de sus manos y lo sitúo debajo del caño del agua, para limpiar los restos de jabón de su cuerpo y comienzo a besar cada parte de su piel.

Parece que funciona cuando veo que vuelve a despertar poco a poco su erección. Pero sigue con los ojos cerrados. Le beso la punta lentamente y funciona. Abre los ojos y me ve arrodillada y dedicándole una sonrisa.

—Será mejor que cenes algo antes de que me abalance sobre ti otra vez.

Me saca de la ducha rápidamente, me seca y me río al ver que sigue empalmado.

—Cuando te enfadas estás muy sexi. — Bromeo. Me mira con sorpresa.

—Y te hace gracia por lo que veo...

—Verte cabreado y empalmado es gracioso, sí. Aunque me hayas secado sigo húmeda. — Saco la parte explosiva de mí. Sonríe y sacude la cabeza.

—Necesitas comer algo primero. Y yo necesito una copa de vino para relajarme o seré demasiado duro contigo. — Me dice y me lanza una de sus camisetas. — Póntela.

—Me gusta que seas duro conmigo. — Digo sin vestirme.

—Joder, ponte la dichosa camiseta Luna. Yo no quiero ser como ese hijo de puta contigo y me estás poniendo malo. — Abro los ojos como platos.

—Tú jamás serás como él. — Digo consternada por su afirmación.

—¿Cómo lo sabes?! ¿Acaso me conoces? — Se pasa la mano por el pelo, nervioso. Lo observo entristecida por su injustificado miedo hacia mí. — Si te hago daño no me lo perdonaría. — Refunfuña para sí mismo.

—¿Ves? Eso jamás lo diría ese bastardo. — Me niego a pronunciar el nombre de Juan. Tristan me mira. Quiere creerme. — Tampoco me habría duchado, ni me habría traído la cena, ni me hubiera llevado a una fiesta, ¡joder, jamás me hubiera permitido bailar con un amigo suyo, aunque fuese el mejor de los amigos! Jamás me hubiera complacido lo más mínimo. No me hubiera dejado mandar. — Me pongo en pie frente a él. Me mira evaluando lo que digo. Precavido. No sabe si creerme. — Y yo ya no soy la Luna que estaba con ese bastardo. Tú me has liberado de las cadenas. Ya no tengo miedo y no voy a permitir que nadie me haga daño. Nunca más. Y... te lo debo en parte a ti. A haberme cruzado contigo. — Tristan hace una mueca de dolor y se palpa el pecho.

—Yo no soy mejor...

—Lo eres. Lo quieras ver o no, me has dado en dos días a tu lado mucho más que ese imbécil en cuatro años. — Abre los ojos y se acerca a mí, olvidando el dolor de su pecho repentinamente.

—¿Cuatro años, Luna? — Casi no le sale la voz. Agacho la mirada. — Mírame. — Lo hago.

—Eso ya acabó.

—Prométemelo. Prométeme que, aunque yo me vaya y no pueda estar más contigo no volverás con ese engendro. Te mereces algo mejor, pequeña. — Acaricia mi rostro.

—¡Jamás! ¡No! — Sacudo la cabeza nerviosa.

—Vale, vale. Come algo, por favor. — Saca una bandeja de sushi y una botella de vino. ¡Qué mono! Saca dos copas del minibar de su habitación, descorcha la botella y sirve dos copas. Lo miro embobada, creo que orgullosa de lo que veo. — Brindemos. — Me dice tendiéndome una de las copas. Lo miro extrañada. — Por no hacernos daño. Y... por disfrutar mucho juntos, preciosa Luna. — Me dice acercándose a mí con una mirada pícaro y me hago pequeña. ¿Por no hacernos daño? ¿Por qué piensa que me está haciendo

daño?

—Tristan, tú no...

—Brinda, por favor. — Pide con seriedad. Choco mi vaso contra el suyo y bebo. Creo que su brindis esconde un horrible miedo que no comprendo.

—Siempre recordaré estos días como los mejores de mi vida, Tristan. — Confieso haciéndome la distraída mientras me introduzco una pieza de sushi en la boca. Siento su mirada clavada en mí. — Mmmm, ¡qué rico! — Cierro los ojos y saboreo.

—Sí, tienes razón. — No sé si se refiere al sushi o a lo anterior que he dicho, pero decido ignorarlo.

—¿Quieres? — Le pongo una pieza de sushi en la boca y la abre con poca convicción.

Pero al final se la quito de la boca y me la como yo. Me río de su cara de estupor.

—¡Eh! — Se queja y sonrío ante mi picardía. Así mejor, sin melancolía.

—Tooooooma. — Vuelvo a acercarle otra pieza y vuelvo a hacerle la misma trampa. Me río a carcajadas al ver su enfado.

—¡Serás víbora! — Se abalanza sobre mí, me coge en brazos y me tira sobre la cama. Estoy muerta de la risa. — ¿Y si ahora no te dejo comer más qué? — Me carcajeo de él mientras Tristan se sienta a horcajadas sobre mi vientre y me inmoviliza las manos. — ¡Ja! ¡Qué graciosa es la niña! — Alarga su mano y coge una pieza de sushi. — ¡Abre la boca! — La abro y espero la misma jugada que le he hecho yo, pero no. La introduce en mi boca y yo mastico aguantando la risa. — Qué bien come la niña insolente. — Se burla y comienza a hacerme cosquillas. Yo me retuerzo como una culebra.

—¡Para, para! — Se me sale parte de la comida de la boca.

—¡Eso de espurrar comida está muy feo, señorita! — Sigue haciéndome cosquillas y trato de tragar como puedo el resto de comida que tengo en la boca.

—¡Ya, ya! — Al fin para, me agarra de las muñecas y me mira.

—Eres muy valiente. — Dice y no entiendo nada. ¿Valiente? ¿Yo?

—Y tú un tramposo.

—¡Mira quién habla! ¿Quieres vino? — Coge su copa y me la enseña.

—Así tumbada voy a poner perdido el colchón. Déjame sentarme. — Niega con la cabeza.

—Yo te doy. Confía en mí. — Bebe y acerca sus labios a los míos, derramando vino en mi boca. Trago rápido el líquido caliente de su boca. — ¿Más? — Sus ojos se han vuelto oscuros. Sé qué significa. Digo que sí con mi cabeza. Vuelve a repetir la misma operación. — ¿Tienes más hambre?

—No de comida. — Arquea la cabeza.

—Mi niña osada tiene hambre de sexo, ¿verdad? — Sonrío y digo que sí. — Quiere decir que antes no he sido tan duro como creí.

—La verdad es que esperaba mucho más de ti. — Miento para provocarlo.

Lo de antes ha sido lo más intenso que he vivido en mi insulsa vida y él lo sabe porque me ha escuchado gemir como una loca. Sin embargo, se hace el escandalizado ante mi tentativa.

—Eres una bruja malvada. — Me besa y se coloca entre mis piernas.

¡Oh! Siento su erección sobre mis braguitas. ¡Me encanta este hombre y lo que despierta en mí! En la vida me hubiera imaginado vivir un romance tan apasionante como éste.

—Quítame las braguitas. — Susurro en sus labios. Su mirada me hace arder.

—Sí, ama. — Se levanta para quitarse él primero la camiseta y los boxers. Yo me siento y bebo de mi copa de vino mientras lo observo, relamiéndome. Es impresionante. Es pura perfección. — ¿Le gusta lo que ve, ama? — Pregunta y se acerca de nuevo a mí. Me bebo lo que queda de vino en mi copa y Tristan me la quita de las manos.

—Ajá. — Trato de parecer segura de mí misma, pero casi no me sale la voz.

—¿Puedo ahora yo adorarte con mis ojos? — Susurra en mi oído y agarra la camiseta suya que llevo puesta por los bajos.

—Sí. — Susurro yo frotando mi mejilla con la suya. Está áspera por la sombra de barba que comienza a asomar y caliente, muy caliente al tacto. Tristan suspira ante mi gesto.

—Consigues que este simple gesto sea apasionante. — Levanta lentamente mi camiseta. Sus ojos bañan mi torso con devoción. Tira la

camiseta a un lado y se lleva uno de mis pezones a su boca.

—¡Ah! — Gimo. Sus labios ascienden por mi cuello y luego mi boca.

—¿Seguimos? — Pregunta en mis labios.

—Sí. — Casi no reconozco mi voz.

Tristan me tumba e introduce sus pulgares por ambos lados de mis braguitas, sin dejar de mirarme a los ojos. Las resbala por mis piernas lentamente. Las echa a un lado y posa sus labios sobre uno de mis tobillos.

Lentamente y sin dejar de mirarme va ascendiendo por mi pierna. Sé a dónde se dirige y la expectación me está volviendo loca de placer.

Cuando siento su húmeda y cálida lengua surcar mi sexo me retuerzo y grito. Mis manos cobran vida propia y se aferran a su pelo.

Siento latigazos que provienen de mi sexo y que se reparten por todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Clamo su nombre, una y otra vez.

—Sigue gritando mi nombre así, pequeña. — Me pide y vuelve a la carga, mucho más intensamente.

—¡Dios, Tristan! — Le clavo las uñas en sus hombros y siento que estoy a punto de explotar. De repente exploto en un fuerte quejido sintiendo cómo un calor abrasador invade mi cuerpo. Me tensó y grito su nombre en mitad del orgasmo. — ¡Tristan! ¡Ahhhhh! — Mantengo mis ojos apretados y absorbo todas las sensaciones que siguen en mi cuerpo, dando coletazos finales. Mi respiración es agitada. Estoy en el cielo. Al fin abro los ojos y lo veo sobre mí, sonriéndome.

—Al fin me muestras esos ojos tan bonitos. — Me besa y noto mi sabor en sus labios. Su beso es intenso y apasionado, pero a la vez protector y cariñoso. — Quiero saborearte ya, pequeña diablo. — Dice apoyando su frente en la mía. Siento a Tristan entrando en mí, lenta y deliciosamente, mientras continúo notando las contracciones de las paredes de mi sexo. — Mmmmm, eres demasiado exquisita. — Muerde mis labios y comienza un baile dentro de mí delirante.

Pronto vuelvo a sentir ese calor abrasador en mi interior y comienzo a acompañar a sus movimientos en sus embestidas.

Tristan nos hace girar en la cama y me coloca sobre él, a horcajadas.

Me muevo con ímpetu, sin separarme de sus labios. Sus gruñidos de placer se cuelan por mi boca y viajan por mi estómago hasta mi bajo vientre.

Adoro esto. Amo esta sensación. Sostiene mis nalgas y me ayuda a continuar con mi ritmo. Pero yo quiero más. Quiero llegar al límite, a la frontera final de este celestial viaje de mi vida y comienzo a moverme con ansias sobre él.

—¡Ah! ¡Luna! — Levanta la cabeza y deja al descubierto su precioso cuello. Lo chupo. — Nena, nena, si sigues así...

—Quiero más. — Suplico. Escucho su gruñido y de pronto me hace girar y vuelvo a estar bajo su cuerpo.

—¿Más? — Me mira intensamente.

—Sí. — Digo casi sin aliento. — Quiero todo. Todo lo que den de sí estos días a tu lado. — Tristan me mira pensativo. Suspira.

—Me parece justo. Vamos allá, ama. Complaceremos a la señorita. — Levanta mis piernas y coloca mis pies sobre sus hombros. — ¿Lista? — Me muerdo el labio inferior y asiento. — Pues vamos. Si es demasiado pídemelo que pare, pero no pararé si sólo gritas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

No me deja terminar cuando ya lo siento entrar fuertemente hasta el fondo de mi ser. Grito con fuerza. Es casi doloroso y, en esta postura, tiene mucho más acceso a mi interior, pero es más delicioso de lo que podría imaginar.

Vuelve a envestirme con fuerza y brama. No me pide que lo mire, pero intento hacerlo cada vez que puedo, es una imagen digna de ver: Tristan con sus músculos en tensión, mandíbula apretada, torso sudoroso...

Y, cada vez que lo miro se enciende más y más y aviva el ritmo. Nuestros cuerpos chocan y producen un fiero sonido al hacerlo. Me aferro a sus brazos para soportarlo. Y grito. Grito con fuerza y clamo de vez en cuando su nombre. Tristan comienza a gritar también, hunde la cara en su pecho y sé que está cerca. Lo sé porque lo siento mucho más inmenso en mi interior.

La explosión sucede de golpe y prácticamente a la vez. Tristan gruñe con fuerza y yo siento una explosión interna de infinito placer que me catapulta a las estrellas.

Aferrada todavía a sus hombros recibo los espasmos de su cuerpo y el mío. Ya, con las piernas en el colchón y con el cuerpo de Tristan repellado sobre el mío. Respira con dificultad y el acelerado movimiento de su pecho al respirar es el único movimiento que de su cuerpo emana.

—¡Joder! — Lo escucho farfullar.

—Sí, joder. — Susurro. Tristan levanta la cabeza y me mira. Sonríe.

—Sí, joder. — Repite. Comienzo a reírme.

Sí que ha sido bestia, sí. Pero no ha sido nada agresivo. Con Juan jamás lo hice tan intensamente y, sin embargo, el acto siempre estaba cargado de agresividad. No ha sido así con Tristan, a pesar de sus fieras embestidas. De lo único que ha estado cargado nuestro acto sexual ha sido de sensualidad a raudales.

—Vale, te doy el aprobado. — Me burlo. Tristan abre la boca escandalizado.

—¿Sólo un triste aprobado? ¡Arrgggg! — Se gira y se tumba a mi lado, bocarriba y con las piernas y los brazos abiertos, derrotado. — Vas a acabar conmigo, camarera del infierno. — Cierra los ojos y veo una sonrisa de placer aparecer en su rostro.

—Ha estado mejor que un simple aprobado. — Susurro y me acomodo a su lado, acariciando su torso con mis manos. Tristan abre un ojo y me mira.

—¡Ha estado de sobresaliente!

—Lo dejaré en notable a expensas de lo que puedas ofrecerme cuando mandes tú. — Vuelve a cerrar los ojos y se ríe casi sin fuerzas.

—Vale, me parece justo.

El martilleante sonido de su corazón va poco a poco descendiendo hasta quedar en un sonido rítmico y relajante. Cierro los ojos, abrazada a Tristan, y me quedo dormida con la sonrisa más gigante que nunca he tenido en el rostro.

Un movimiento convulso me despierta. ¿Qué pasa? Miro a mi lado y veo el cuerpo de Tristan moverse y sacudirse de un lado a otro. Creo que está teniendo una pesadilla.

—Shhh. — Susurro en su oreja y le acaricio el rostro y el pelo. — Shhh. — Parece que funciona. Se relaja en el acto y continúa durmiendo.

Casi es de día, creo.

Miro su precioso cuerpo desnudo y no me creo mi suerte. Sin duda alguna no volveré a vivir una experiencia como esta en mi vida.

Acaricio su torso, embebiéndome de él, su vientre y me recreo en su vello púbico.

—Me gustas mucho. — Susurro aprovechando que está dormido. Su respiración comienza a agitarse. Su miembro a erguirse. — ¡Oh! — Exclamo. — ¿Qué tenemos por aquí?

Desciendo lentamente mi boca por su torso, dándole infinidad de besitos hasta que me detengo en la parte de su cuerpo que más hondo me ha calado. Me río ante mi pensamiento. Compruebo que está dormido y poco a poco me sumerjo su miembro en mi boca. Gruñe en sueños. Lentamente lo saboreo y noto que comienza a empujar sus caderas para ayudarme. Sigue dormido. De pronto siento sus manos en mi pelo y acelero el ritmo. Sus pequeños gemidos me avivan. Cuando levanto la vista de nuevo, veo que se ha despertado.

—¡Uff nena! ¡Buenos días! — Sonrío y desciendo de nuevo, degustando su cara de placer. Tristan cierra los ojos y levanta la cabeza. — Sí, sí, así. — Me indica que le gusta lo que hago. — Dios, ¿cómo haces eso con...? ¡Ah! — Grita cuando acaricio su miembro con los dientes. — Luna, Luna, ¡por lo que más quieras! ¡ahhh! — Me anima su desesperación y aprieto con mi mano su sexo mientras lo sumerjo en mi boca. — Pequeña, me voy a correr. — Me informa entre dientes. — Sepárate si no quieres que... ¡Ahhh! ¡joder, joder! Ufff, madre mía...

—Demasiado tarde. — Le digo limpiando sus restos de mi boca con el dorso de la mano. Tristan levanta la cabeza para mirarme, pero enseguida la deja caer de nuevo en la cama, como si pesase toneladas.

—¡Mmmmm! Ven aquí. — Me pide con la respiración acelerada. Trepo por su cuerpo hasta que estoy frente a él. Me mira y quita un resto de sus fluidos de mi boca con su pulgar. — Éste ha sido el mejor despertar de mi puta vida. Quiero que lo sepas. — Me besa con fuerza. — El maldito mejor despertar de mi vida. — Sonrío satisfecha.

—Me alegre, amo. — Contesto con picardía. Tristan se muerde el labio.

—¿Hoy mando yo? — Pregunta curioso.

—Sí.

—Ah, pero técnicamente me ordenas tú que mande. Así que no sé muy

bien quién manda de verdad.

—Puedes aceptarlo o rechazarlo.

—¡Lo acepto! — Vuelve a besarme. En ese momento llaman a la puerta de la habitación de Tristan. — Mierda, ¿qué hora es? — Pregunta asustado. Me encojo de hombros.

—¿Tristan? — Se escucha la voz femenina de una mujer llamándolo al otro lado de la puerta de la habitación. Tristan pone los ojos en blanco.

—¡Qué pesada! — Refunfuña en voz baja.

—¿Quién es? — Intento no mostrar mis celos, que sin duda alguna los siento bullir en mí. Tristan y yo nos sentamos.

—Alguien que no sé cómo quitarme de encima.

—¿Me dejas? — Pregunto sin saber si lo que estoy pidiendo es buena idea o no. Tristan me mira curioso.

—Toda tuya. — Me señala la puerta con la mano y una sonrisa en el rostro. Me levanto rápidamente y me pongo la camiseta de Tristan. La mujer sigue golpeando la puerta con insistencia y llamando a Tristan. Abro la puerta y se queda patidifusa al verme.

—Hola. — No me extraña nada ver a la preciosa mujer que trabaja con Tristan, la modelo esa con raíces polacas. Ella, sin embargo, me mira noqueada. — Tranquila, Tristan ya se ha despertado. Yo me he encargado. — Le guiño. — ¿Quieres algo?

—Eh... no... yo... ¿seguro está Tristan aquí? — Me señala el interior de la habitación con mala cara. Miro hacia atrás y veo aparecer a Tristan en calzoncillos. Se sitúa a mi lado, me rodea la cintura con su mano y besa mi pelo.

—Buenos días, Nika. Sí, estoy aquí y estoy despierto. Nos vemos en el set. — Tristan le guiña y cierra la puerta en sus narices. Después me mira y sonrío al ver que estoy aguantando la risa. — Gracias. — Me besa. — Ahora sí que ha captado el mensaje. ¿Quieres venir esta mañana al rodaje? Te gustará. — Propone de repente. Abro la boca sorprendida.

—¡Me encantaría! Ay, pero, acabo de acordarme que tengo que ir a mi piso a recoger mis cosas. — Pienso en voz alta. Tristan arruga la frente.

—¿Tu casa? ¿Vivías con ese capullo? ¿Y te tienes que ir tú? ¡Esto es el colmo! — Vuelve a ponerse tenso. Le acaricio los brazos.

—Es mi casa sí, y le he dejado quedarse hasta que encuentre otra cosa para él. Ha aceptado y he quedado en ir a recoger hoy mis cosas. — Le beso y hablo como si todo estuviera bien, para calmarlo.

—No quiero que vayas sola allí. — Ordena.

—No lo haré, iré con Ana y con Gabi. — Tristan gruñe. — Y Juan debe estar trabajando ahora mismo. Así que no hay nada que temer.

—Llévate el teléfono encima. — Vuelve a mandarme. — Y dame por si acaso el teléfono de Ana.

—Qué mandón estás, ¿no?

—Tú me has pedido que hoy mande yo. — Besa mi mano. — Sé que es lo que esperas de mí, ex ama. Así que hazme el favor y dámelo. — Me apremia.

Después de darle el número de Ana, me doy una ducha rápida, mientras Tristan pide el desayuno para que nos lo sirvan en la habitación. Eso es algo que sólo he visto en las películas románticas, pero, según él, es algo muy normal.

Me visto con ropa limpia que he traído en mi mochila y después es Tristan quien se ducha. Agradezco que nos separemos para ducharnos o estoy segura de que Tristan no llegaría jamás puntual al trabajo.

Desayunamos entre risas. Hoy Tristan está de mejor humor que nunca y disfruto muchísimo de su compañía.

Ana me llama por teléfono y quedamos en media hora en mi antiguo piso. Le doy la dirección por teléfono y noto que Tristan se tensa mucho con mi llamada. Pero no me dice nada.

Cuando cuelgo llega la hora de despedirnos. Él tiene que trabajar y yo que recoger mis cosas. En el ascensor me da un bonito beso y me mira como que un poco asustado.

Al salir a la calle, de repente, Tristan me coge del brazo y tira de mí.

—Ven. Yo te llevo. — Me dice. — Tengo tiempo de sobra. — Asiento y me dirijo con él a su magnífico coche.

El camino se me hace más corto de lo que me gustaría: primero porque no quiero separarme de Tristan, segundo porque no me apetece nada volver al que fue mi hogar con Juan.

Cuando llegamos, Tristan me coge de la mano y me ordena que le mire,

como siempre.

—No quiero ver después esos ojitos hinchados ni nada por el estilo, ¿me oyes? — Me quedo absorta mirándolo. ¿Tanto se preocupa por mí? — No quiero tener que renunciar a los planes que tengo contigo y si me lloras harás que tenga remordimientos cuando te lleve a la cama.

—Me encanta todo lo que me haces. — Le digo convencida y le beso. Después suspiro y tomo aire para volver a casa.

—Te recogeré a las once en la cafetería. — Me dice y me vuelvo.

—Mejor te veo en el hotel. — Trato de evitar que Juan y Tristan se crucen. No quiero que Tristan se vea mezclado en esta mierda.

—En la cafetería. Yo no le tengo miedo a ese capullo. Y no quiero ni pensar en que te persiga por las calles, de noche y sola.

—Eres un sol. — Le tiro un beso y me giro.

Me encuentro al girarme con la cara alegre de Ana saludándome y la cara desenchajada de Gabi al ver el cochazo de Tristan.

—¡Luna! — Me abraza Ana.

—Ey. — Gabi me da una palmada en la espalda con melancolía en la voz. — Ya veo por qué no te quedaste anoche en mi casa. — Mira hacia atrás de nuevo y el rugido del motor del coche de Tristan hace que Ana y yo nos giremos. Suspiro al verlo desaparecer por el horizonte.

—Sehhh, es un gran motivo. — Dice Ana refiriéndose a Tristan.

—Y tan grande... — Añado. Me tapo la boca ante la barbaridad que acabo de decir, más típica de Ana que de mí y ambas comenzamos a reírnos con fuerza ante mi insinuación.

A Gabi no le hace ninguna gracia y pone los ojos en blanco.

Abro la puerta del portal y lo primero que veo es mi nombre tachado con fuerza con un bolígrafo de tinta roja en el buzón que pertenece a mi casa.

—Mierda. — Susurro. Ana lo ve y gruñe.

—Ese cabrón no está ahora, ¿verdad?

—No, trabaja de nueve a tres. — Le digo. Entramos los tres en el ascensor y comienzo a morderme las uñas.

—Tranquila. Sólo coge lo imprescindible y nos vamos cagando leches. — Me dice Ana.

—Además, tienes a un machote aquí para protegerte. — Añade Gabi y hace que sonría.

—Gracias a los dos. De corazón. — Llegamos al tercer piso, que es donde está mi casa.

—¡Mierda! — Exclama Ana. — Me he dejado el móvil en tu coche Gabi. Tenemos que bajar.

—¡Ahora lo coges! — Se queja Gabi.

—¡No pienso dejar mi jodido Iphone 8 plus a la vista de todo el mundo para que lo roben! Todavía me queda un año y medio por delante para terminar de pagarlo. — Protesta Ana. Me río.

—Bajad. — Les insto. — Enseguida voy yo.

—Yo voy y vengo rápido Luna. No tardo nada.

—No te preocupes. Esperadme abajo. — Salgo del ascensor, pulso la tecla de bajar y les cierro la puerta. Me giro y me enfrento a la puerta de mi hogar. Hace seis días que no vuelvo a mi casa. La primera vez en mi vida que lo hago. Suspiro y meto la llave en la ranura. — Vamos allá. Será rápido. — La cerradura está echada, prueba de que Juan no está. Pero eso no impide que mi corazón luche por salirse del pecho.

Abro la puerta, la madera cruje y guardo la llave en mi pantalón con un pulso terrible. ¡Madre mía, está todo hecho un desastre! Me acerco lentamente a la mesita que hay frente al sofá sin atreverme a cerrar la puerta de la calle y compruebo que está llena de latas de cerveza vacías, un par de botellas de licor y... un polvo blanco que creo que es droga. ¡Joder!

Me alejo rápidamente de eso y me dirijo a mi habitación. Lo que veo sobre la cama tampoco es muy alentador. Toda mi ropa destrozada y fotos de Juan y mías quemadas. El colchón tiene un enorme boquete por haber quemado todo ahí.

Abro mi armario con la esperanza de que algo de mi ropa haya quedado con vida y me alegra ver un par de pantalones y un vestido intactos. Eran los favoritos de Juan y yo ya los odio por eso. Pero no me queda nada más. Así que me quito la mochila que llevo puesta, la abro y comienzo a meter la ropa de cualquier forma.

En la cómoda me encuentro algunas bragas y un sujetador, de nuevo sus favoritos. ¡Vamos Luna, guárdalo todo y vete de aquí! El pulso me tiembla. Las piernas me bailan y comienzo a sudar. Cierro la mochila y, cuando me la

voy a colgar escucho un portazo proveniente de la puerta de casa.

—¡Joder! — Grito y me tapo la boca. — ¿Ana? — No obtengo respuesta. — ¿Gabi? — Nada. ¿Habrá sido por la corriente? Salgo de la habitación con el paso lento y tratando de hacer el menor ruido.

Tengo la puerta de la calle en mi campo de visión y, no veo nada más alrededor. Pero, no me fio. Tengo que llegar a la puerta de la calle como sea y rápidamente. Cierro los ojos, tomo aire y me concentro en mi objetivo. Me lleno de decisión y mi cerebro me grita a pleno pulmón una orden: ¡Corre!

Corro como alma que lleva el diablo hacia la puerta. Estoy llegando, estoy aquí ya. Suspiro al sujetar el pomo, lo giro y... ¡oh, no! La llave está echada. ¡No! Son décimas de segundo lo que tardo en percatarme que él está aquí, que estoy encerrada y que estoy perdida.

Me giro rápidamente y me encuentro con su furibunda mirada, que me traspasa. Juan corre hacia mí y yo lo hago de vuelta a mi habitación, con el miedo más aniquilador palpitándome en las sienas.

Corro porque sé que me va la vida en ello y, justo al alcanzar la puerta de mi habitación, Juan me agarra del pelo para frenarme, pero resisto el dolor como puedo y me separo de su contacto, dejando un mechón de mi pelo en su mano. Entro en la habitación y cierro la puerta y el pestillo.

- ¡Abre! — Aporrea la puerta. Estoy muerta de miedo. — ¡Abre, joder! ¡Te voy a matar si no abres! ¡Me oyes! — Comienzo a sollozar y a mirar a mi alrededor. Veo la cómoda. Tendrá que servir. Comienzo a arrastrarla hasta taponar la puerta mientras los gritos de Juan y sus golpes en la madera lo inundan todo.

—¡Juan vete! ¡Ana está abajo y llamará a la policía! — Le advierto, pero sé que es inútil. No me dejará ir. No me dejará salir de aquí. Sus puños comienzan a partir la madera y no tengo salida. Me voy hacia la ventana, desesperada. Me asomo, pero enseguida sé que no puedo escapar por ahí. Está demasiado alto y me mataría. — ¡Vete! ¡Por favor, por lo que más quieras, vete! — Grito envuelta en llanto mientras contemplo cómo Juan hace añicos la puerta y separa la cómoda que he colocado para protegerme. Estoy perdida y me hago un ovillo tembloroso y lacrimoso en el suelo.

—¿Creías que te escaparías? — Vuelve a tirarme del pelo para ponerme en pie y me obliga a mirarlo. Pero las lágrimas me lo impiden.

—Perdóname. Perdóname. No quería enfadarte. Por favor... no me

pegues. No me hagas daño.

—¿Daño? — Juan estruja mi cuello con una de sus manazas y tapona el aire de mis pulmones. Abro los ojos y la boca y trato de respirar, pero no puedo. Mis pies no tocan el suelo y tengo de frente la mismísima cara de Satanás disfrutando de lo que ve. — Daño es lo que tú me has hecho, puta de mierda. — Tiro con mis manos de la suya para que me suelte, estoy a punto de rendirme y pataleo en el aire para tratar de escaparme. No puedo. — Tranquila, esto no quedará así. — Me tira a la cama y me centro en recuperar el aire que me faltaba. Siento un dolor inmenso en la garganta y en el estómago del enorme esfuerzo que hago por volver a respirar.

Cuando vuelvo a ser consciente de lo que sucede, veo a Juan atándome las manos con una cuerda al cabecero de la cama.

—¡No, no, por favor! — Suplico. — Perdóname Juan. Perdóname, no te dejaré. Hablemos, ¿vale? — Intento apelar al chantaje emocional. Pero no hay forma. Juan tiene las pupilas dilatadas y no sólo por la droga. La ira le domina.

—¿Te has follado al guaperas ese, Luna? — Maldita sea.

—¡No! — Grito.

- ¿No? — Acerca su cara a la mía y me entran náuseas con sólo oler su hedor mezclado con alcohol barato. — ¿Y si miro tu móvil no encontraré nada, Luna? — Coge mi mochila y el pánico más tórrido me paraliza. Se hace con mi móvil y lo desbloquea. — Anda mira. Una conversación con el guaperas de Tristan Moore. Veamos qué pone: **“Preciosa Luna. Sólo quería escribirte para decirte que he pasado un fin de semana de ensueño contigo. Y, como no estoy contigo ahora mismo, no tengo esa necesidad de hacerme el duro. Así que te confieso que esta noche te echo de menos. Echo de menos que me acosas mientras duermes y me dejes sin espacio en esta enorme cama. Echo de menos tus ronquidos. Y, sobre todo, echo de menos tu sonrisa al despertar. Cuento los días para nuestro próximo encuentro. Y, recuerda, estarás bajo mi control. XXX”**

Comienza a leer con voz de mamarracho y la cara se me desencaja. No puedo decir nada. No puedo moverme. Estoy paralizada. Mi móvil comienza a sonar entre sus manos y Juan estrella mi móvil contra el suelo, haciéndolo añicos.

—¡Juan, no hice nada! — Grito sin saber qué otra cosa hacer. — Sólo

dormí con él porque no tenía dónde quedarme.

—¡ME TOMAS POR ESTÚPIDO! — Grita encolerizado subiéndose sobre mí y me da una bofetada que me deja por un momento sorda de un oído y muy desorientada. — ¡NO ME NIEGUES QUE TE LO FOLLASTE! ¡ZORRA DE MIERDA! — Vuelve a atrapar mi cuello con fuerzas. Estoy muerta. Lo sé.

—No... lo... hice. — Insisto. No tengo otra opción.

—Vamos a jugar a un juego, yo te follo hasta que reviente dentro de ti. — Se levanta, y se quita el pantalón. No... no quiero... no me toques... Coge un condón de la mesita y se lo pone. Juan jamás usa condón, por eso tomo la píldora. — Te voy a follar hasta que grites que pare y, si se te ocurre denunciarme por violación y encuentran fluidos en ti, no serán los míos, Luna. Y entonces tú y tu amiguito estaréis muertos. — Comienza a desvestirme de cintura para abajo y yo pataleo.

—¡No lo hagas, Juan! ¡Hablemos primero! ¡Arreglemos esto!

—Y si descubro que ese cabrón se ha follado a mi novia — continúa haciendo caso omiso a mi súplica — entonces lo mataré delante de tus putas narices, Lunita. — Siento como su carne usurpa la mía y ahogo un grito de dolor, asco, desesperación y terror. — Le cortaré los huevos y le haré tragárselos. Delante de ti. — Escucho golpes en la puerta de la casa y los gritos de Ana y Gabi. Grito.

—¡No! ¡Ayuda! — Juan me tapa la boca, introduciéndome una prenda en ella y continúa con su asquerosa violación.

Lloro amargamente y, finalmente, dejo de resistirme. Sólo cierro los ojos y lloro en silencio, rezando por que acabe todo ya. Noto la sacudida final de su cuerpo sobre el mío y se retira de mí.

—Que no se te olvide que eres mía, Luna. — Lloro con los ojos cerrados.

—¡Policía, abra! — Escuchamos y abro los ojos al fin, intentando emitir un grito de auxilio.

—¡Maldita sea! — Juan me desata y me agarra del pelo. — Si me denuncias iré a por él y a por ti. No veréis más ninguno de los dos la luz del sol, ¿entendido? — Asiento entre lágrimas. Me quita el pañuelo de la boca. — Bien, vístete. — Casi no me mantengo en pie cuando intento hacer lo que me pide.

—¡Policía! ¡Abra!

—¡Ya va agente! ¡Tranquilo! — Se dirige a la puerta y escucho que la abre. — Eh, ¿qué pasa? Sólo estaba echando un polvo de reconciliación con mi novia.

—¡Maldito hijo de puta, bastardo! — Grita Ana. — ¡Luna! ¡Luna! — La escucho gritar mi nombre cada vez más cerca mientras me tambaleo semidesnuda en medio de la habitación. — ¡Oh, dios! ¿Qué te ha hecho? — Mis fuerzas me abandonan en ese momento y me doy de bruces contra el suelo. Todo se vuelve oscuro.

TRISTAN

Hoy el rodaje se me ha hecho ameno al recordar cómo Luna ha lidiado esta mañana con Nika. Ha sido cómo echarle el perro. Pero ha surtido efecto. Ahora Nika pasa de mi cara y es mucho mejor así.

Me preocupa un poco que me esté acostumbrando tanto a la compañía de Luna, pero es que es una chica increíble. Es lista, sorprendente, viva, perspicaz y muy divertida. Me hace olvidar mis miedos cuando estoy con ella. No puede ser que sea malo seguir viéndola. Cuando no la tenga cerca la voy a echar mucho de menos, eso sí, pero hay que disfrutar la vida mientras se pueda, ¿no? Es lo que dice ella y tiene toda la razón.

Además, tengo una nueva misión con Luna: hacer que el tal Juan pase a la historia.

Si me vuelvo a encontrar con ese tipo lo voy a reventar. Me importa una mierda qué pase, pero no voy a consentir que vuelva a tocarle un pelo a Luna. Estoy convencido de que le ha pegado alguna vez. Vi el miedo en sus ojos anoche, cuando la encontré en la puerta del hotel. Vi la cara del miedo al contemplarla y me hizo replantearme eso que siempre dice John, mi terapeuta: los miedos hay que enfrentarlos.

Gracias a Luna yo estoy comenzando a enfrentar a mi miedo a dormir y no volver a despertar. Anoche, con Luna, volví a olvidarme de mi medicación y, sin embargo, dormí como un niño y no digamos del maravilloso despertar que tuve. ¿Puede ser Luna la cura de mi fobia al sueño? ¿Puede ser ella el remedio contra mi somnifobia?

Creo que sí. Y eso me hace estar en deuda con ella. Tengo que ayudarle a vencer a su mayor miedo: Juan.

Voy a hacer lo que esté a mi alcance para protegerla de ese tipo. Tengo que conseguir, con mis contactos, que lo metan preso o algo.

Hoy me siento vivo y lleno de determinaciones. Y me siento ansioso por volver a ver a Luna.

Así que, cuando he terminado de rodar las escenas en las que yo intervengo, me voy a la cafetería con uno de mis compañeros de rodaje para tomarnos unas cervezas mientras me deleito contemplando a mi camarera

favorita.

Lo extraño es que, son las seis de la tarde y Luna no está trabajando en la cafetería. Tampoco está Ana. Enseguida me alerto.

Veo al jefe de Luna y le pregunto por las chicas, pero, con un gesto de disgusto, simplemente me dice que hoy no vienen a trabajar. ¡Mierda!

Me pongo más que tenso y llamo a Luna por teléfono. Tiene el móvil apagado. ¡Qué cojones! Pero no desisto y llamo a Ana, dando gracias al cielo por haber presionado a Luna esta mañana para que me diera el teléfono de su amiga.

Llamo y no me contesta nadie. ¡Maldita sea! Entro de nuevo en la cafetería y voy directo a la cocina. El jefe de Luna me persigue sin atreverse a pararme los pies al ver mi estado.

—¡Eh! — Veo al amigo de Luna trabajando en la cocina. — Gabi, ¿verdad? — El chico asiente. — ¿Dónde está? — Agacha la cabeza y comienza a llorar.

—Señor, no puede estar aquí. — Me advierte el jefecillo. Yo lo miro con la mirada ida. — Luna no se encuentra bien, pero...

—¿Sabe quién soy yo? — Le reto.

—Sí, señor. Un magnífico actor que...

—¡Soy un amigo de Luna! ¡Muy amigo de ella! ¡Y exijo saber qué pasa! — Le apunto con el dedo. — Déjeme llamar a Ana de su móvil y se lo recompensaré. — Le pido. El tipo parpadea. — ¡No tiene mi maldito número y no me contesta el puto teléfono! — Le explico sin paciencia.

—Toma. — Me ofrece su teléfono el tal Gabi. — Ya está llamando. — Me informa.

—Gracias. — Me pego el teléfono a la oreja y rezo para que Ana conteste.

—¿Gabi? Está bien, tranquilo, está en observación. — Me desinflo por dentro y me relajo un poco. Ella está bien. Pero, ¿está en observación? ¿Por qué? Sé que no estoy loco. Algo dentro de mí me dice que no está bien del todo.

—¿Dónde está? — Pregunto con la voz quebrada.

—¿Tristan?

—Sí. Por favor, dime dónde está.

—No es buena idea...

—¡Ana, no me jodas! ¡Quiero verla! ¡Necesito ver que está bien! ¡No me toques los cojones y dime dónde demonios está! — Bramo.

—¡Está bien, tranquilo! — Suspira. — Hospital La Paz. — Me informa. — Pero ya pronto le darán el alta.

—Voy para allá. Tienes una llamada perdida. Hazme el favor de anotar el número. Es mi número. Llámame si pasa cualquier cosa. Ahora os veo. — Cuelgo y le doy el teléfono a Gabi. — Gracias. — Le digo. — Ana dice que está bien. — Me siento en el deber de informarle. El chico sonríe y llora a la vez. — Voy a por ella.

Salgo de la cafetería cagando leches, dejo a mi compañero con cara de póquer y me meto en mi coche. Pongo el GPS y corro como un loco por las calles de Madrid en dirección al hospital.

Al llegar a la puerta del hospital vuelvo a llamar a Ana.

—¿Tristan?

—¡Sí, soy yo! ¡¿Dónde está Luna?!

—Estamos en la sala de espera, hablando con la policía. Le están tomando declaración, pero no parece muy participativa... ¿puedes venir? Necesito refuerzos para hacerle entrar en razón. — Escucho la voz de Luna de fondo diciéndole que no.

—¡Claro! ¡Voy para allá!

Pregunto a una enfermera por la sala de esperas y corro en la dirección que me indican.

Al final de un pasillo, unas puertas de cristal se abren ante mi presencia y me quedo paralizado al ver el tristísimo rostro que levanta la vista y me observa.

—Tristan... — Susurra.

—¡Luna! — Me acerco hasta ella.

Está sentada con una manta del hospital rodeándola. Ana está sentada a su lado y sosteniendo la mano de Luna. Ambas me miran con el tormento asomando por sus ojos.

—Señor, ¿sabe usted algo de lo que a la señorita le ha pasado? — Me pregunta la pareja de policía que está de pie frente a Luna.

—¿Yo? No. — Miro a Luna y me pongo de cuclillas, frente a ella. Sostengo sus manos en las mías y la miro con ternura. Tiene un aspecto horrible. — ¿Qué ha pasado? — Pregunto con suavidad. Los ojos de Luna se anegan de lágrimas y sacude la cabeza en una negativa. — Luna, por favor. Tienes que hablar. Cuéntalo.

—¡Se niega a hablar! — Intercede Ana. La miro horrorizado y vuelvo mi mirada hacia Luna. — ¡Lo he intentado todo! ¡No sé qué más decirle!

—¡Eh! Tienes que enfrentarlo, Luna. Tienes que enfrentar tu miedo a Juan. — Le digo con ternura y vuelve a mirarme. Las lágrimas comienzan a salir de sus ojos.

—No puedo. Se vengará de mí con las personas que más quiero. No puedo permitirlo. No. No. No. — Repite sin cesar y comienza a llorar con agonía. Hiperventilando. Sufriendo casi una crisis de ansiedad. Las conozco bien. Le abrazo con fuerza y se deshace en lágrimas en mi hombro.

—Señorita, si no lo denuncia, cuando pasen veinticuatro horas en el calabozo ese energúmeno estará en la calle si la fiscalía no se pronuncia. — Dice uno de los policías y Luna levanta la cara para mirarlos. Después me mira a mí.

—Oye, ven conmigo un momento. Hablemos a solas. — Le pido y la levanto sujetándola de la cintura con mi brazo. Le sonrío para aplacar su ansiedad un poco. — Enseguida la traigo de vuelta. — Les digo a los policías y a Ana que me miran extrañados. Saco a Luna a la calle, a que le dé un poco el aire. Busco un lugar privado y la pongo frente a mí, sujetando sus hombros.

—No deberías haber venido. No quiero que me veas así. — Agacha la mirada. Tiro de su barbilla para que vuelva a mirarme.

—Tengo una deuda contigo. — Le digo y frunce el ceño, confundida por mi declaración. — Tú me has ayudado a superar una de mis grandes fobias y te lo debía. Quiero hacer lo mismo por ti. Quiero ayudarte a enfrentarte a Juan y a ganarle.

—¿Tus fobias? ¿Qué fobias?

—Una de ellas se llama somnifobia y es un miedo atroz a dormirme y no despertar con vida. A veces siento el mismo miedo cuando veo dormir a alguien que me importe. Pienso que morirán súbitamente y no despertarán. — Luna me mira con los ojos muy abiertos. — Sólo he hablado de ello con mi

familia, mi terapeuta y ahora contigo. Al parecer viene porque mi madre murió cuando yo era pequeño. Estábamos mi hermana, con apenas dos meses de vida, mi madre y yo con cuatro años solos en casa. Durante días, creo... intenté despertarla inútilmente hasta que me rendí y comprendí que había muerto. — Trato de hablar de ese episodio con toda la objetividad que puedo, pero ver que los ojos de Luna vuelven a inundarse de lágrimas al escuchar mi historia no ayuda.

—Por eso te despertabas así...

—Sí. Pero he dormido más contigo de lo que lo he hecho jamás en toda mi vida habiendo probado infinidad de medicamentos o terapias de todo tipo. Y eso es gracias a ti.

—¿A mí por qué?

—Aún no lo sé. Pero esa no es la cuestión. John, mi terapeuta, siempre me dijo que los miedos hay que enfrentarlos. Y tú tienes que hacer lo mismo, Luna.

—Juan sabe que estuve contigo. — Lloro amargamente. — Irá a por ti.

—¿Eso es lo que te preocupa? — Sujeto su rostro. — Luna, Juan no me da miedo. Me da más miedo dormir o... bueno de lo otro ya lo hablaremos si llega la oportunidad. Pero Juan no me da miedo. Y no quiero que a ti te lo dé.

—¡No puedo hacerlo! ¡No puedo vencer este miedo! — Niega rotundamente.

—¡Luna si no lo haces iré yo mismo a buscar a ese bastardo y lo mataré! ¡¿Me oyes?! — Grito histérico.

—No...

—¡Sí! ¡No estoy dispuesto a permitir que ese bastardo te mate! ¡Porque lo hará si tú le dejas! ¡Como el cabrón que mató a mi madre! ¡Lo hará! — Luna apaga un quejido con su mano ante mi confesión. No debería haberle revelado tanto. Me he cuidado mucho y he pagado importantes sumas de dinero para que esa información de mi vida privada no aparezca en Internet. — Yo era muy pequeño para saber que ese hombre vivía obsesionado con destruir a mi madre, simplemente porque ella no le amaba. Pero esos monstruos existen, Luna, y no voy a permitir que tú seas una víctima más, un número más en la estadística, una voz silenciada por un engendro como Juan. ¡¡No pude evitar la muerte del ser que más quería porque apenas tenía cuatro años, pero la tuya la evitaré, aunque sea lo último que haga!! ¡¡Quieras o no

quieras!! — Ahora el que comienza a hiperventilar soy yo y me llevo las manos a la cabeza para intentar aliviar la presión que siento en las sienas.

—Dios Tristan... — Luna acaricia mi rostro y recupero un poco de tranquilidad al mirar a sus ojos de nuevo. — Lo siento mucho. — Besa mi mejilla y la calidez de sus labios me traspasa. — Lo siento. — Besa mi otra mejilla. — No es justo. — Dice finalmente apoyando su frente en la mía. Suspiro.

—No, no lo es. Pero eso ya no se puede cambiar. — Digo en un hilo de voz. — Tú y yo somos víctimas de unos despreciables seres. Pero todo tiene solución. Ahora lo sé. Déjame ser tu bastón para cambiar tu realidad, Luna. Te lo suplico. Como tú haces con la mía.

—Lo eres Tristan. Lo has sido. — Me confiesa. — Dejé a Juan al conocerte. Porque sentí que la vida podía ofrecerme cosas maravillosas que no podría vivir a su lado. Aunque tuvieran una fecha de caducidad corta. — Por primera vez siento que la futura despedida con Luna será algo negativo para mí. ¿Cómo podré protegerla? — Lo haré. — Sentencia y expulso todo el aire de los pulmones ante la sensación de alivio. — Lo denunciaré.

—No voy a dejarte sola en esto, Luna. Aunque vuelva a Los Ángeles pronto, tengo muchos amigos y contactos aquí y me ocuparé de que ese bastardo no vuelva a acercarse a ti nunca más. — Prometo agarrándola con fuerza de las manos.

Ella asiente.

No voy a permitir que la toque nunca más.

Nunca.

LUNA

Creí que Juan era el mayor monstruo sobre la faz de la tierra y que me había tocado sólo a mí padecer algo así. Eso creí hasta que escuché a Tristan y su historia cuando sólo era un crío de cuatro años. Un bastardo obsesionado con su madre la asesinó delante de su hijo pequeño y asustado... ¡cómo se puede ser tan miserable! No quiero ni imaginar el miedo de ese niño llamando a gritos a su mami para que despertara. Se me rompe el corazón simplemente de imaginarlo. ¿Cómo habrá hecho Tristan para ocultar esa información de su vida privada a la prensa? ¿Cómo habrá conseguido que no aparezca nada de eso en Internet? Puede que por eso él nunca establezca vínculos afectivos con nadie de fuera de su entorno. Es comprensible. Si saliese esa información a la luz seguramente lo acribillarían con todo tipo de preguntas y reabrirían su herida constantemente.

Es un hecho infernal. Es injusto que un crío presencie algo así.

Uno escucha noticias tortuosas de este tipo todos los días, en la televisión o en la radio, y siempre dices “pobre, qué horror habrá vivido”. Pero sólo sabes de ese horror cuando verdaderamente lo experimentas. Y Tristan y yo lo hemos hecho de forma muy cruel.

Me llenó de tristeza su confesión y lo amé más que nunca por compartir conmigo su calvario, sólo para hacerme abrir los ojos.

Después de oír un testimonio tan desgarrador y de saber de su sufrimiento personal, no podía negarme a denunciar a Juan y no podía volver a esconderme en el caparazón para simular que nada había pasado.

Así que interpose la denuncia contra Juan, pero obligué a Tristan a permanecer fuera para que no escuchara nada de los hechos que tenía que narrar sobre aquel espantoso suceso de mi vida. Los médicos del hospital también aportaron pruebas de la violación y los golpes y los policías aportaron las fotos del escenario de los hechos en donde aparece la puerta de mi habitación hecha añicos, el colchón quemado y con salpicaduras de sangre mía.

No le he dicho a Tristan que fui violada por Juan y no pienso decírselo. Me haría sentir muy sucia conmigo misma. Siento que lo alejaría de mí a la hora de tener otro acercamiento íntimo y me avergüenzo mucho de lo

sucedido. Me avergüenzo por tener ganas de intimar con él después de haber sido forzada por Juan. Una víctima de violación no debería sentir deseo ni ganas de borrar lo sucedido. No debería sentir ganas de rehacer su vida. Me avergüenzo de querer pasar página y no querer permitirle a Juan que me arruine mi vida sexual. Me avergüenzo de no querer rendirme en el amor ni a ser feliz. Y, me siento culpable por ello. Pero es lo que voy a hacer para poder disfrutar de lo que me quede de Tristan a mi lado. Porque se me irá de las manos y no tendré otra oportunidad como ésta en mi vida.

Para Tristan, Juan sólo me ha pegado, insultado y retenido contra mi voluntad en mi apartamento durante una hora. Aunque, ahora que lo pienso, “sólo” no es el adverbio que mejor representa todo eso.

Tristan nos lleva a Ana y a mí en su cochazo después de haber terminado de prestar declaración y vamos directas a casa de Ana. No me ha preguntado si me quedaría allí o no, pero, la verdad, no tengo intención de volver a mi casa ahora mismo y revivir esos desastrosos momentos.

Cuando Tristan para el coche frente a la casa de Ana, mi amiga le da un enorme beso a Tristan saltando prácticamente encima de él desde el asiento trasero de su coche. Tristan sonrío. Yo estoy sentada a su lado y lo miro con ternura.

—Gracias por todo. — Beso su mejilla también. — Que descanses. Te lo has ganado. — Me dispongo a salir del coche, pero Tristan tira de mi brazo para impedírmelo.

—Quédate conmigo esta noche. — Lo miro estupefacta. — Por favor...

—¡Pues claro! — Contesta Ana por mí, me introduce en el coche de Tristan de nuevo y me besa. — Mañana te cubriré yo el turno, ya he hablado con Jaime. Así que tómate el día libre y ve un poco de compras, hazme el favor. — Le sonrío llena de agradecimiento.

—Mil gracias, amiga.

—No despertéis a todo el hotel. — Ana nos guiña y se va dando saltitos a su casa. Libero una carcajada al oírla y Tristan y yo nos miramos sonrientes.

—Echaba de menos esa sonrisa. — Me dice cuando vuelve a arrancar el coche y nos ponemos en marcha.

A pesar del día de mierda que llevo, el aire de repente me resulta más limpio, más puro. Respiro a libertad.

En la radio suena la canción de “Feel” de Robbie Williams y le doy más volumen. Sí, es una buena canción para celebrar este agri dulce momento: mi libertad.

Cierro los ojos y abro la ventanilla al máximo para sentir el frescor del viento sobre mi cara.

—¡Vete a la mierda Juan! — Comienzo a gritar sin pensar en Tristan ni en su reacción a mi locura. — ¡Que te jodan! — Me río a carcajadas. — ¡Me he librado de ti! ¡Jajajajajaj! ¡Arrrrrgggg! — Grito por la ventana y me río con fuerza. Miro a Tristan y parece de lo más entretenido con mi interpretación.

—Sí, está bien jodido...

—Está muy jodido. ¡Muy, muy muy jodido! — Entramos en el parquin del hotel y Tristan me mira y por fin lo hace con alegría. Me quito el cinturón y me tiro sobre él.

—Tenemos que celebrarlo. — Le beso con ardor. Tristan me besa desconcertado. Maldita sea, que no tenga ahora miedo de tocarme. — ¿Qué? — Pregunto desilusionada al ver su falta de entusiasmo.

—Nada, que primero vamos a lavar a esta Luna llena, más llena que nunca. — Dice acariciando mi rostro. — Vamos.

Entramos en el hotel y me doy cuenta de que llevo unas pintas espantosas porque todo el mundo me mira. Tristan me lleva de la mano y la aprieta con fuerza hacia el ascensor.

Cuando entro en el ascensor entiendo el porqué de que todo el mundo me mire cuando choco con mi reflejo en el espejo.

—¡Por favor! ¡Estoy horrible! — Me toco el rostro sin reconocerlo. Tengo una herida en el labio, una mejilla un poco morada y el pelo hecho una maraña. Tristan se coloca pegado a mi espalda y suspira al ver mi reflejo.

—No estás horrible. Sólo tienes aspecto de lo que eres; una guerrera. — Lo miro sorprendida. ¿De verdad quiere que me quede con él con esta pinta? — Estas son heridas de guerra. — Acaricia la hinchazón de mi rostro y la herida de mi labio. — Eres muy valiente, Luna. Te admiro.

—¿Qué?

—No tienes miedo a abrirte a otro hombre después de lo que has vivido. Eso es impresionantemente valiente. — Me besa. — Es inspirador y debería

aprender de ti.

—No tengo miedo a abrirme a ti. — Susurro entre besos. Tristan inspira con fuerza.

—Vamos a la habitación. — Me saca del ascensor de nuevo de la mano cuando hemos llegado a la planta en cuestión.

En la habitación Tristan prepara la ducha y pide algo de cenar para que lo suban a la habitación. Después me desnuda lentamente, acariciando y besando cada pedazo de mi piel. Cuando ha terminado, se desnuda él y nos metemos en la enorme ducha.

Sus manos masajean mi cuero cabelludo mientras lo enjabona y casi me duermo del placer. Pero despierto al sentir sus manos sobre mi cuerpo unos minutos después.

—Ya está limpia mi Luna. — Dice sonriente. — Vamos a comer algo, ¿te apetece? — Asiento gustosa. — Mmmm, no tienes ropa, ¿verdad? — Recuerdo en ese momento que mis pocas pertenencias se quedaron en mi apartamento tras lo sucedido con Juan y que Ana se ha llevado mi mochila con la ropa nueva.

—No.

—Ahora vengo. — Sale de la ducha, se enfunda en una toalla y aparece minutos después con unos boxers suyos y una camiseta suya también. — No tengo nada de encajes. — Bromea. — Pero seguro que te ves todavía más sexi con mi ropa interior.

Comemos un pescado muy rico y nos bebemos casi dos botellas de vino blanco entre los dos. Ha sido un día muy largo no sólo para mí. He visto la preocupación en el rostro de Tristan y le estaré eternamente agradecida por sus atenciones.

Cualquier persona pensaría que no estoy en mi sano juicio por querer celebrar un día como hoy con un hombre. Pero hoy celebro por fin mi libertad. Desde hoy, podré salir a la calle, ir a cualquier sitio, acompañada de cualquier persona, vestida cómo me plazca, sin tener que ir acompañada del miedo a encontrarme con Juan. A pesar de todo lo amargo de este día, hay una puerta al fondo de la oscura habitación en la que llevo mucho tiempo encerrada que se está abriendo. Y voy a celebrarlo. Voy a celebrar que he sobrevivido.

Una hora y media después Tristan y yo estamos borrachos como cubas

tirados en la enorme cama de su habitación y riéndonos de todo. Él se ríe de mi imagen en calzoncillos y yo comienzo a hacerle un baile “sexí” de borracha vestida con ropa de hombre. Él se desternilla de la risa y acompaña mi baile reproduciendo desde su móvil la canción de “You can leave your hat on” de Joe Cocker.

Pero poco a poco me lo voy creyendo y me contoneo como he tenido prohibido hacerlo durante años. ¡Hoy ya soy libre!

Balanceo mi melena aún húmeda y mis caderas al compás de la música. La cara de Tristan va cambiando. Lo veo. Me meto en el papel cada vez más y me doy unos azotes en el trasero mientras lo muevo al compás de la música. ¡Sienta bien la libertad! Tristan se sienta de golpe al ver mi osadía y restriego mi trasero en sus piernas. Cuando siento su mano sobre mi culo me doy la vuelta y poso mi pie en su muslo, acariciando mi pierna desde el tobillo hasta el muslo, relamiéndome mientras tanto y mirándole con lascivia. Su respiración se acelera.

—Quítate la ropa. — Me ordena a mitad del baile. Ya no se ríe tanto y me mira de esa forma tan sensual.

—Sí amo. — Le obedezco sintiéndome agradecida porque siga mirándome con deseo.

Me quito primero la camiseta, la giro en el aire y se la tiro a la cara. Él se la quita rápidamente para no perderse detalle.

Luego voy bajándome los calzoncillos lentamente y hago lo mismo. Tristan silva y yo me subo a la cama, trepando a cuatro patas hasta que me subo sobre él.

—Eres exquisita. — Se aferra a mi trasero y me besa apasionadamente. Noto el bulto que quiere sobresalir de su ropa interior.

—Tú me pones a cien. — Gimoteo en sus labios y bajo su ropa interior. La canción vuelve a sonar y Tristan levanta sus caderas para ayudarme a quitarle la prenda.

—¿Estás segura? — Pregunta casi sin aliento cuando ya he liberado su erección.

—Es lo que más deseo ahora mismo, amo. — Gruñe, me besa con fuerza y me sostiene con firmeza para introducirse en mí.

Siento un poco de dolor por culpa de un desgarró que Juan me ha provocado, pero me obligo a obviarlo y a disfrutar de lo que es la verdadera

pasión. Así que me muevo sobre Tristan, aunque no muy salvajemente.

—¿Estás bien? ¿Quieres seguir? — Pregunta, pero está fuera de control por completo.

—Ajá. — Lo beso y me concentro en sentirlo sólo a él.

Tristan me gira y se coloca sobre mí sin romper el contacto. Siento un poco de miedo de que él domine la situación, pues no estoy en plenas facultades. Pero me sorprende llevando un ritmo arrebatadoramente dulce y lento dentro de mí. Cubriéndome de besos y caricias. Haciendo que olvide todo el dolor y que me inunde una sensación de paz y amor maravillosa. Haciendo que me sienta la persona más adorada y feliz del mundo.

Ambos nos dejamos ir a la vez. Me siento tan plena que se me escapan unas lágrimas de felicidad. Tristan se acurruca a mi lado me coloca de espaldas a él y me abraza con fuerza, oliendo mi cuello.

—Debería haber sido fuerte y haberte dejado descansar. — Dice con voz soñolienta.

—No, no deberías. — Tristan entrelaza sus dedos a los míos sobre mi vientre y me aprieta con fuerza.

—Te estás convirtiendo en una adicción. — Hunde su nariz en mi pelo. — Me encanta cómo hueles. Me relaja tu olor.

No soy consciente de cuando me duermo, pero sé que lo hago en paz.

Sin embargo, a mitad de la noche, siento la presencia de Juan, que me oprime el cuello, sobre mí y me asfixia. Despierto súbitamente con la respiración acelerada y me palpo el cuello. Uff ha sido una pesadilla.

Miro a Tristan y sonrío al ver que duerme plácidamente. ¿Fobia a dormir? No lo parece...

Pero, de un momento a otro, Tristan palpa la parte del colchón en la que yo estaba tumbada y comienza a moverse nervioso y a respirar con dificultad.

—¡Eh! Shhh, shhh, estoy aquí. — Se queja y sigue medio dormido. — Shhh. — Acaricio su rostro y abre los ojos de golpe. Sus ojos se clavan en los míos y pasan del pánico a la calma en décimas de segundo. — Hola. — Saludo sonriendo.

—Hola Lunita. Lo siento, ¿te he asustado? — Me aprieta contra su pecho y besa mi pelo.

—Ni un poquito. — Beso yo su pecho y lo acaricio.

—¿Qué haces ya despierta? — Parece en calma, pero noto el bombeo de su corazón muy acelerado bajo mi mejilla.

—He tenido una pesadilla. — Le informo. — ¿Estás bien? — Levanto mi cara y lo veo con los ojos cerrados, creo que concentrado.

—Ajá. — Sólo responde y me vuelve a apretar contra él.

Ya no habla más. Me da la impresión de que está tratando de hacer algún tipo de meditación o algo que le serene. Yo me quedo sobre su pecho y, cuando el ritmo de su corazón vuelve a ser constante y normal, me quedo dormida de nuevo.

TRISTAN

Es la primera vez en mi vida que, después de un mal despertar, consigo serenarme y seguir durmiendo. Y eso es lo que me ha pasado hace unas horas cuando desperté tras haber tenido otra pesadilla.

Pero esta pesadilla era diferente, aunque muy similar a la de siempre. Ella estaba sentada en esa silla, maniatada, llena de heridas, y yo la llamaba, como siempre, pero no respondía. Sólo que esta vez Ella era Luna, no mi madre.

Todos mis miedos se disiparon en cuanto abrí los ojos y vi que Luna estaba bien, vivita y coleando y, junto a mí.

Ahora duerme plácidamente junto a mí y yo la miro preguntándome qué está pasando en mi mente para que me haya despertado otra mañana más de forma tranquila (sin contar el casi despertar de hace unas horas). Pero, ahora mismo, acabo de abrir los ojos sin más. No he tenido más pesadillas, o al menos no las recuerdo. Y siempre suelo recordarlas cuando me despierto abruptamente.

Sonríó al mirarla y comprobar que su pecho se mueve por su respiración, muestra de que está viva y está tranquila, pero, cuando se mueve y se gira un poco más hacia mí, el corazón me da un vuelco al ver que su mejilla hoy está bastante más morada que ayer.

¡Ese hijo de puta! Tengo que joderle la vida a ese cabrón.

Miro mi móvil y veo feliz que son las ocho de la mañana. Otro día que consigo dormir siete horas. Me siento nuevo, me siento diferente.

Envío un mensaje a Jason Cooper, el director de la serie, y le digo que no me encuentro bien y que me voy a tomar un par de días de descanso. Me contesta enseguida y me dice que no me preocupe, que tiene otras escenas que rodar importantes. Me propone rodar el resto de mis escenas entre el lunes y el martes siguiente.

Después me meto en la ducha y hago tiempo para que Luna descanse un poco más y, sobre todo, para no tener que verla dormir, porque me sigue poniendo muy nervioso. Pero cuando salgo de la ducha sigue inconsciente. Mi cuerpo se tensa de pies a cabeza y siento cómo el miedo intenta

apoderarse de mí. Gracias al cielo Luna se mueve mucho cuando duerme y eso hace que me relaje un poco. De todos modos, tengo que salir de aquí si no quiero que el miedo acabe por adueñarse de mi cuerpo.

Recuerdo que no tiene nada de ropa limpia consigo, así que decido bajar y ver si encuentro alguna tienda por los alrededores donde pueda encontrar algo apropiado para ella.

No muy lejos encuentro una tienda Zara, y recuerdo que mi hermana es una habitual de esa tienda. Así que entro y rápidamente dos dependientas se me echan prácticamente encima. Les describo un poco las dimensiones de Luna y, veinte minutos después, estoy saliendo de la tienda con dos bolsas llenas de ropa y lencería.

Cuando estoy de vuelta en la habitación, Luna está desperezándose en la cama. Me mira sin comprender. Estoy duchado, vestido y afeitado. Mira las bolsas que porto y me mira a mí, sin comprender.

Yo me encojo al ver una de sus mejillas bastante roja, aunque la herida de su labio tiene mejor aspecto.

—Te traigo algo de ropa. — Digo encogiéndome de hombros. — No sé si es de tu gusto...

—Gracias. — Pronuncia en un hilo de voz y su voz se quiebra. Oh, no. ¿Va a llorar? Me siento sobre la cama, a sus pies y le acaricio la mejilla que no tiene morada.

—No tienes por qué darlas. Me apetecía salir un rato y ahora quiero hacer un poco de turismo en la ciudad y necesito una acompañante. Pero para ello tienes que ir vestida.

—¿Hoy no trabajas?

—No, me he dado el día libre. — Sonrío. No sé por qué he eludido mi trabajo hoy, yo nunca hago eso. Pero tengo que averiguar qué es lo que está cambiando en mí para poder seguir trabajando en mi recuperación. Por primera vez en mi vida siento que tengo solución en algunos aspectos.

—Yo... no puedo faltar a mi trabajo. — Agacha la mirada. — No sé si Ana habrá conseguido convencer a mi jefe de...

—Estoy seguro que tu jefe entenderá que hoy necesitas descansar. — Respondo serio. — Y si no lo hace, hablaré seriamente con él. Así que vístete. Vamos a desayunar en un lugar que me encanta. — Tiro de ella y hace lo que le pido.

El vestido rojo que le he comprado le sienta de maravilla. Es juvenil y entalla perfectamente en su fina cintura, pero tiene un escote en pico que me distrae bastante. Aunque es un justo precio a pagar para poder llevar a esa joya de mujer de la mano.

Pero, al mirarse en el espejo, ella sólo ve las marcas que ese desgraciado de Juan ha dejado en su bellissimo rostro. Se acaricia la mejilla morada y hace un gesto de dolor. Yo también siento un enorme dolor cuando lo hace, en mi estómago. Es un dolor familiar y a la vez distinto. No estoy seguro de si puede desembocar en un ataque de pánico, pero me voy a arriesgar a caer yo con tal de que Luna no lo haga. Ella es mi antídoto para dormir.

Ahora ya sé la realidad que ha vivido Luna durante muchos años en los que ha sido presa de una relación que la ha privado de fortalecer vínculos con otras personas y, ahora mismo, sólo cuenta con Ana, el chico ese, Gabi, (que estoy seguro que se muere por ella) y... conmigo. Pero yo voy a tener que abandonarla en breve, así que voy a darle todo de mí mientras esté aquí. Como moneda de cambio por lo que ella está haciendo por mí, aunque sea de forma inconsciente, pero lo está haciendo.

—¡Ah! — Siento de repente una punzada en el estómago bien fuerte que me oprime y me falta el aire.

Me siento y me concentro en mi respiración. ¡Ha vuelto! Tranquilo Tristan, no ha sido tan fuerte como de costumbre y, de todos modos, estás jugando con fuego y es lógico que esto ocurra. Llevo días sin tomar la medicación. No pasa nada siempre y cuando sigas controlándolo, como lo has hecho esta semana. Respira Tristan, sólo respira y piensa en algo bueno.

—¿Qué te pasa? — Luna acude a mí y enlaza sus manos en mi pelo.

Mierda. El aire que respiro me abrasa los pulmones.

—Nada... yo... dame un minuto. — Entierro mi cara en mis manos para no mirarla. Luna se queda quieta y expectante. Tengo un nudo de sensaciones, pero la única que reconozco de verdad es el dolor en mi pecho al respirar. El resto de sensaciones las desconozco y, me asustan. No quiero nuevos miedos. No. — Debería tomarme la medicación. ¿Puedes acercarme esa caja? — Le pido señalando mis pastillas y todavía con la respiración entrecortada.

Siento que me hormigean las manos y que la visión se me nubla.

Luna me trae la medicación rápidamente y noto que le tiembla el pulso al hacerlo. Ella tiene tanto miedo como yo, pero hace algo para controlarlo y yo quiero hacer lo mismo con los míos. Saco dos grajeas y las ingiero mientras la observo sin pestañear.

—¿Qué son? — Pregunta. — ¿Qué es lo que te pasa? — Se arrodilla frente a mí.

—Es mejor que no lo sepas. Estás muy guapa de rojo. — Digo ya un poco más tranquilo. Lo he controlado. Me he concentrado en su expresión y lo he hecho. — Vamos. Me sentiré mejor cuando desayunemos.

El Retiro siempre ha sido uno de mis lugares preferidos de Madrid. Allí es donde llevo a Luna y desayunamos juntos en una cafetería de allí. Después paseamos y nos tumbamos un rato al césped, para disfrutar del día soleado y cálido que se nos ofrece.

Ella me cuenta que su padre falleció cuando era niña y que su madre lo hizo hace cuatro años por una dura enfermedad, cáncer, coincidiendo con el comienzo de su relación con Juan. Dice que Juan aprovechó que estaba baja de ánimos para colarse poco a poco en su vida. Pero no quiero que recuerde a ese bastardo, así que no indago más.

También me cuenta que tiene una hermana mayor, Alba, que hace mucho que no ve porque se mudó de ciudad con su pareja y viene poco por la capital. Eso me constata que está sola de verdad. Así como yo lo estoy... pero yo lo estoy por voluntad propia.

Luna trata de indagar sobre mí también. Sólo le cuento que la poca familia que me queda con vida sigue aquí, en Madrid. Aunque también tengo una tía, una hermana de mi padre, Cathy, que vive en L.A., muy cerca de mi casa. Pero no la visito porque cada vez que lo hago me recuerda mi mayor miedo.

Pero no le hablo de mi tía Cathy a Luna. Tampoco de mis padres y agradezco que ella no haga preguntas al respecto. Debe de haber entendido que es un pasaje bastante doloroso para mí de mi vida haber perdido a mi madre de la forma en que la perdí y que, el haber sido testigo de la muerte de mi madre, me ha cambiado para siempre en cuanto a las relaciones personales se refiere, sobre todo a las relaciones sentimentales.

Aun así, es la primera vez que hablo tanto de mí con alguien que no sea mi hermana, mi tía o mi terapeuta.

Tengo amigos, sobre todo compañeros de trabajo, a los que tampoco les he confiado nunca mis oscuros secretos.

Pero ahora, aquí, tumbado en el césped del Retiro, con el sol brillando y mi Luna personal junto a mí, estoy cegado por tanta luz que no veo las sombras.

No estoy curado, ni mucho menos. Eso lo sé. Pero he encontrado un paliativo a mi tortuosa enfermedad: la compañía de Luna. La única persona que he conocido que se ha colado en mí de forma natural, sin presionar, sin atosigar, sin reclamar nada a cambio.

Un silencio reparador nos rodea después de nuestra charla, sólo se escucha el cantar de unos pájaros y el de un aspersor regando una franja de césped a nuestro lado. Estoy tan relajado que me podría quedar dormido de nuevo.

—Mierda. — Masculla Luna. Yo abro un ojo y la miro con él.

—¿Qué?

—Ese de ahí nos está haciendo fotos. — Dice señalando a un chico que está a unos pocos metros de nosotros.

—Qué pesados son. — Digo cerrando los ojos de nuevo y volviendo a disfrutar de la calma.

—¿No te molesta?

—Mmmm, nop. Ya estoy acostumbrado. ¿Te molesta a ti? — Vuelvo a abrir los ojos y me incorporo para sentarme. — Si quieres le digo algo y trato de espantarlo. Pero no te prometo nada. Son muy tercos.

—No... yo... es que... — Tartamudea nerviosa. — Salimos en Instagram. — Me suelta de repente. Me quedo tal cual. Esas redes sociales son así. Siempre colgando lo primero que ven de ti y haciendo montajes e inventando hipótesis enrevesadas.

—Ya lo imaginaba... ¿te han ofendido a ti o algo? — Intento ver qué es lo que le molesta de todo. Ella sacude la cabeza.

—Bueno... me han llamado “tu nueva víctima”.

—¿Eso te han llamado? — Pregunto con cara de travieso. — Qué equivocados están. Aquí la víctima soy yo, está claro.

—¿Tú? ¡Tendrás cara! — Se hace la escandalizada, pero está aguantando la risa.

—Ven. — Me pongo en pie y tiro de ella.

—¿Qué haces?

—Vamos a poner a ese tipo en su sitio. — Le digo muy serio. Ella abre la boca, asustada por mi reacción.

—No, yo no quiero problemas con nadie. A mí no me molestan las fotos y a ti tampoco. Vámonos a otro sitio si quieres, si piensas que puede dañar tu imagen que te vean otra vez conmigo. — Dice la muy tonta mientras tiro de su mano y la coloco justo donde quiero colocarla. — ¡Eh, qué haces! — Grita cuando el chorro de agua del aspersor cae justo sobre ella.

—Darle carnaza de verdad a esos paparazis de pacotilla. — Tiro de ella y la aprieto contra mí para después darle un beso de película bajo la lluvia artificial que crea el aspersor sobre nosotros.

Luna ríe en mis labios, pero responde a mi beso y nos vamos deshaciendo en el calor de ese gesto que, desde que conozco a Luna, se está convirtiendo en algo cotidiano por no decir adictivo. Besar los labios de Luna es una de las mejores drogas que hay.

La levanto en el aire y sigo besándola mientras la dejo resbalar de nuevo lentamente hasta el suelo. Cuando ya estamos totalmente empapados y yo bastante empalmado la suelto.

—Seguro que hemos conseguido unas fotos preciosas de nuestro paseo por el Retiro. — Le digo y ella sonrío.

—Estoy chorreando.

—Mmmm, me encanta tener ese efecto en ti.

LUNA

Después de haber pasado uno de los mejores días de mi vida con Tristan en los lugares más emblemáticos de mi ciudad como el Retiro, el Palacio Real, Sol... siento que el corazón se me arruga cuando veo que Tristan recibe una llamada de una tal Mila y él se excusa para hablar un momento con ella en privado.

Pero no se va lo suficientemente lejos como para que yo no escuche parte de la conversación.

—No es mi novia, Mila. Ya te he dicho que yo soy así y así me voy a morir. — Siento que mi corazón se despedaza en multitud de cristallitos, imposible de reconstruir. Sé que Tristan siempre me dejó claro que, por culpa de un problema que tuvo, se niega al amor. Pero, después de todo lo que hemos vivido juntos durante esta semana, pensé que podría ser diferente. — No, Mila, no estoy enamorado de ella, tranquila. Escucha, te haré una visita hoy y te lo demostraré. — Tristan trata de decir eso más bajo para que yo no lo oiga, pero lo he oído, y me ha atravesado el estómago como una lanza. — Sí, pequeña, un beso. — Se despide y vuelve a donde yo estoy.

—Pequeña, tenemos que volver. Tengo que ir a...

—Sí, volvamos. — Le corto en seco y comienzo a andar rápidamente por Gran Vía en dirección a la siguiente parada de metro. Tristan trata de alcanzarme y me coge del brazo para evitar que entre en la boca del metro.

—¿Dónde te crees que vas? Te llevo yo en mi coche. — Me mira molesto. Más molesta estoy yo por haber comprobado que llama “pequeña” a todos sus ligues. ¡Y yo que me sentía algo especial para este capullo!

—No hace falta. Así no tendrás que desviarte de tu destino por mi culpa. — Tiro de mi brazo y me vuelvo para entrar en el metro. Pero Tristan entra también y me sigue.

—¡Eh! ¡Qué cojones te pasa! — Vuelve a increparme en mitad de una corriente de personas que entran y salen del metro.

Miro a todos lados preocupada por que lo puedan reconocer y esté dándose mala publicidad por mi culpa. Así que pruebo a sonreír mientras le hablo.

—Nada. Gracias por este día. Pero ahora el hechizo de este día acabó y yo tengo que volver a mi realidad y tú a la tuya.

—Me parece muy bien, pero puedes volver a tu realidad en mi coche.
— Vuelve a tirar de mí.

—Tristan. — Se para y me mira más que furioso. — Necesito estar sola un rato, por favor.

—¿Por qué? — Parece preocupado. — ¿He hecho algo malo? No comprendo.

—No, tú... eres maravilloso, pero...

—¿Pero qué? — Vuelve a insistir y me mira herido.

—Pero eres inalcanzable. — Las lágrimas amenazan con salir de mis ojos, sobre todo cuando creo que él comprende lo que digo y se queda callado, haciendo una mueca de dolor.

Me separo de él y me introduzco entre la muchedumbre que se dirige a coger el metro. Miro un par de veces hacia atrás y me echo a llorar cuando veo que no se mueve para impedir mi marcha. Pero, justo cuando voy a entrar por el control y a perderlo de vista, me giro por última vez y creo verlo pálido y con dificultad para respirar, porque se está desabrochando el botón de la parte de arriba de su camisa.

Eso hace que me frene en seco. Algo le pasa, sé que algo me oculta. Esta mañana lo vi mal también y me pidió que le diera unas pastillas. No sé qué es lo que le ocurre, pero la verdad es que Tristan Moore ha sido lo mejor que he vivido jamás y no merece que lo deje así. Tiene un problema que al parecer lleva toda la vida ocultando a todo el mundo, pero que yo estoy comenzando a descubrir porque he pasado más días con él que la mayoría de los mortales.

Así que me vuelvo y llego de nuevo hasta él, que está subiendo de nuevo las escaleras de la boca del metro para salir al exterior y parece que tiene la respiración muy agitada.

—¿Estás bien? — Digo posando mi mano en su musculosa espalda. Tristan se da la vuelta de repente y se asusta cuando me ve.

—Sí, sí, estoy bien, estoy bien. — Dice a trompicones, pero parece todo lo contrario. Creo que no enfoca bien con la vista y está sudando. Sale tambaleándose del metro y apoya su espalda contra la pared de un edificio que hay de frente a la boca del metro.

—¡Tristan! ¡Mírame! — Le grito preocupada. No parece verme. — ¡Tristan! ¿Tristan? — Su respiración se hace muy sonora y escandalosa. La genta comienza a rodearnos y algunos viandantes creo que comienzan a hacerle fotos. — ¡Dejadlo en paz! — Escucho voces diciendo que está borracho o drogado. — ¡Parad, sólo se ha mareado, joder! — Trato de llevarlo, poniendo uno de sus brazos sobre mis hombros y lo introduzco dentro de un cajero automático que encuentro. Cierro la puerta y siento a Tristan en el suelo. Tiene muy mal aspecto, suda, tiene las pupilas dilatadas y parece como si no pudiese respirar. — Tristan, joder, ¿qué te pasa? — Aguanto el llanto como puedo al verlo así.

Desorientada y desesperada por ayudarlo sin saber cómo, finalmente decido sentarme sobre él, abrazarlo y acariciarlo mientras le canto una canción que mi madre solía cantarme para dormir. Un poema de Alberti al que Ana Belén puso música, “La Paloma”. Mientras la canto, voy regando su mejilla y su cuello de besos. Poco a poco su respiración vuelve a ser más normal. Lo observo sin dejar de cantar y tiene los ojos cerrados y la cabeza apoyada hacia atrás en la pared.

—“Se equivocaba... que tu falda era tu blusa, que tu corazón su casa... se equivocaba.” — Termino mi canción y Tristan abre al fin los ojos cuando ve que me callo. Sus ojos chocan con los míos. Al fin me ve.

—Se equivocaba. — Repite la última palabra. Sé a qué se refiere. Me he equivocado con él y “su corazón no es mi casa” aunque lo he sentido como mi casa estos días. — Lo siento, Luna. — Sus ojos se cristalizan.

—No. Perdóname a mí. Nunca quise hacerte daño. — Comienzo a llorar.

—¡Eh! ¡No! — Me agarra de la cara, todavía con pocas fuerzas. — No me has hecho esto tú. Tú no tienes nada que ver en esto.

—Pero me lo advertiste...

—Aunque lo hiciera ni tú ni yo somos de hierro. — Apoya su frente en la mía. — Y hemos jugado a vivir un cuento que los dos sabíamos que acabaría de una sola forma. Y no precisamente comiendo perdices. — Hace que suelte una triste sonrisa. — Pero quería darte por unos días lo que tú me has dado a mí; esperanza y vida. — Se me hace un nudo en la garganta ante sus palabras.

—Es lo que me has dado, Tristan.

—Pero te estoy empezando a hacer daño, ¿verdad? — Vuelvo a mirarlo.

—Lo que me duele es cuando inevitablemente me topo con la realidad y me doy cuenta de que, aunque sean los mejores días de mi vida los que estoy viviendo a tu lado, son sólo un espejismo, una mentira. — Tristan hace una mueca de dolor. — No quise decir eso, perdona. — Digo rápidamente para no causarle otro estado de ansiedad.

—Tranquila, ya estoy bien. No tienes que ser condescendiente conmigo. Lo que me acaba de pasar no tiene nada que ver contigo, Luna. He sido un estúpido al no tomarme la medicación durante varios días. La verdad es que prefiero saber lo que piensas, aunque acabe hecho un despojo humano, como ahora.

—No eres eso. — Lo beso sin pensar. Rápidamente me separo cuando soy consciente, pero él no me deja hacerlo.

—Quiero que me beses, quiero que sigas haciéndolo mientras me queden días por vivir a tu lado. La despedida ya promete ser dura de cojones, paremos esto ahora o dentro de unos días. — Suplica en mis labios.

—¿Por qué tiene que haber despedida, Tristan? Explícamelo. Necesito entenderte yo también. ¿Qué es lo que te pasa exactamente? — Tristan suspira. — ¿Para qué es la medicación? ¿Tienes alguna enfermedad?

—No, no es eso, Luna. Me ayudan a dormir, sólo eso. Y me relajan. Mi mente me juega malas pasadas a veces, recreando cosas del pasado que debería dejar de una vez atrás y no sé cómo. No voy a contarte más porque llevo toda la vida intentando proteger mi intimidad del resto del mundo, Luna. Ya sabes lo de mi madre, es suficiente. Pero no quiero profundizar en eso. Ni quiero que me veas como un hombre débil. No suelo tener ataques cuando tomo la medicación. Lo tengo controlado.

—Yo tampoco quise que me vieras como una mujer débil por lo de Juan. — Le reprendo.

—Y por eso no fuiste tú quién me confesó el verdadero problema que tenías con él. — Tiene razón. Ni siquiera le he contado que ayer Juan me violó. — No te veo ni por asomo cómo alguien débil, Luna. Al contrario. Tú tienes el poder de aplastarme si quieres. Tú y sólo tú. — Me quedo paralizada. — Pero no vamos de hablar de esto en un cajero automático en plena Gran Vía. — Vuelve a hacerme reír. — Más que nada porque ya hemos

dado suficiente carnaza para las redes sociales, ¿no crees? — Asiento. — Pues vámonos.

Salimos del cajero y sorteamos como podemos varios viandantes que tratan de fotografiar la escena. Yo me interpongo frente a Tristan para que no lo saquen a él, en la medida de lo posible, y vamos andando hasta su coche.

Cuando llegamos a su coche, Tristan me tiende las llaves de su coche y me pide que lo conduzca yo. Me da las instrucciones de a dónde quiere que lo lleve y me dice que me vuelva yo a su hotel en su coche y lo espere allí. Que luego volverá él en un taxi.

Al llegar frente a una enorme mansión, veo a una rubia muy mona que me mira con mala cara y que está esperando a Tristan. Tristan sale del coche después de darme un beso en la mano y pedirme de nuevo que lo espere en su hotel, le da un fuerte abrazo a la rubia frente a mis narices y ella un fuerte beso a Tristan en los labios. Yo maldigo a la rubia y a Tristan también por unos minutos, pero me trago el orgullo y conduzco el coche de Tristan de nuevo hasta su hotel, con los ojos llenos de lágrimas.

Aparco el coche, voy a un cajero cercano y saco cien euros. Me dejo sólo en la cuenta del banco cuarenta y tres euros para terminar el mes, pero dentro de unos días cobraré mi siguiente paga.

En la habitación de Tristan, miro a todos lados y nos veo a nosotros fundiéndonos en besos, abrazos y piel, mucha piel.

Dejo los cien euros sobre una mesita y escribo una nota, porque no tengo otra forma de comunicarme con él, ya que mi móvil quedó hecho trizas por las manos de Juan.

“Tristan,

Lo siento, pero no puedo cumplir mi promesa de quedarme hoy aquí, contigo. No estoy enfadada, ni nada, no puedo reprocharte que te fueras hoy con otra, pero, estoy hecha un lío por dentro y necesito pensar, a solas.

Te dejo estos cien euros para pagar de alguna forma la ropa que compraste para mí.

Si todavía sigues con la idea de mantener nuestra cita de mañana házmelo saber. Cambié mi turno para mañana viernes y trabajaré de mañana en la cafetería. Te esperaré a la salida del trabajo, a las tres y hablaremos mejor en persona de ello. Si no vienes lo entenderé. Hagas lo

que hagas siempre recordaré estos días cómo los más felices de mi existencia. XXX.

Luna.”

Cojo la ropa que Tristan me ha comprado esta mañana, porque es de lo poco que tengo para subsistir. Eso y los modelitos que compré para pasar el fin de semana pasado con él y que tengo en casa de Ana, en mi mochila que ella se llevó. Después salgo del hotel y comienzo a andar en dirección al centro de mi infierno personal; el que fue mi hogar con Juan.

Allí empezó todo y allí debe acabar. Juan está ahora preso, en prisión provisional y sin fianza hasta que salga el juicio rápido y se determine si entra en prisión o no por lo que me hizo.

Pero aquel piso fue mi prisión personal durante cuatro años y ahora tengo la misión de limpiar todos los restos de Juan y volver a convertirlo en un hogar, aunque me apetece poco o nada volver a vivir allí. Pero no tengo otro lugar dónde ir.

Por el camino pienso en Tristan y en lo vivido a su lado. Estoy completamente enamorada de él. Mucho. Muchísimo. Creo que es la primera vez que sé el aspecto que tiene el amor de verdad. Sin miedos de por medio, sin intimidación, sin censuras.

En una semana junto a Tristan he sido más yo que en lo que he sido en cuatro años con Juan y he experimentado cosas que no sabía ni que existían.

Y no estoy triste por perderlo irremediabilmente. Bueno, sí, pero no tanto. La alegría de haberlo tenido entre mis brazos de esa forma tan intensa y la felicidad que he vivido a su lado es mucho mayor que la tristeza. Pero, hemos llegado a ese punto de no retorno en el que, si me quedo a su lado, ambos nos haremos daño irremediabilmente.

Yo no quería enamorarme, pero no había forma humana de evitarlo. Simplemente hemos encajado a la perfección en todos los sentidos y eso era algo que no entraba en nuestros planes. Ni en los míos ni en los de Tristan Moore (el seductor que se niega al amor).

No me da miedo amarlo, pero sí que empañemos lo bonito de lo que hemos creado haciéndonos un daño innecesario.

Cuando llego a mi casa siento un enorme repelús al recordar lo que he vivido aquí, encerrada, no hace muchas horas. Pero el monstruo ya no está y

no volverá. Voy a hacer lo posible para que esté encerrado una buena temporada, lejos de mí, y, cuando salga, espero que mi vida haya mejorado lo suficiente como para haberme podido largar de aquí y que no me encuentre jamás. Porque sé que me buscará por cielo y tierra cuando salga.

Lo tiro todo. Todo lo que veo, todo lo que Juan haya tocado. Todo. Menos los muebles, que tendrán que esperar a que tenga dinero suficiente para reemplazarlos.

Limpio los restos de droga y alcohol. Lleno tres grandes bolsas de basura con las pertenencias de Juan y otras tres con cosas de casa y fotos que ya no quiero. No quiero nada que me recuerde ese pasado desastroso.

La ropa de Juan la meto en un armario en desuso. Ya se las entregaré a la policía o pensaré qué hacer con ellas. También tiro el colchón. Tiene un gran agujero en medio, pero, si no lo tuviese, lo tiraría igual. Y la puerta de mi habitación, que está hecha añicos. La cambio por la puerta de otra habitación que está en desuso.

Después de un gran trabajo de limpieza no queda ni rastro de Juan en mi casa y me hace sonreír. Por suerte, ese bastardo ha dejado alguna cerveza viva en la nevera, así que me abro una lata y me tiro en el sofá para respirar un poco de calma y descansar después de tanto trabajo. Aunque las paredes de este piso siguen impregnadas de gritos e insultos.

Doy largos tragos a mi cerveza mientras trato de ahogar en alcohol todos esos malos recuerdos.

TRISTAN

Siempre que paso un rato de intimidad con Mila soy hombre nuevo. Nadie me ha comprendido nunca como ella. Es de la única persona que he conseguido aceptar su amor. Bueno, y de mi tía también.

Pero cuando llego a mi habitación en el Hotel Verona mi ánimo se torna gris al ver la nota que me ha dejado Luna junto a cien euros que no estoy dispuesto a aceptar. Mucho menos si significan que nuestro trato se ha roto. Le concedí obediente su día para ser mi ama a cambio del mío propio y fui muy claro en que no pensaba renunciar a eso. ¡Es más! ¡Le dejé que me ordenara lo que quisiera durante dos días!

No voy a consentir que me robe lo único que me ha hecho verdaderamente ilusión en mucho tiempo. Además, ella es mi amuleto para dormir...

¡Y todo por unos estúpidos celos por Mila! ¡Yo no le he prometido amor! ¡Yo no puedo darle de eso y ella lo sabe! ¡Maldita sea, lo sabe! Espero que no sea porque ha visto mi debilidad y se haya desencantado de mí... ¡Joder, conseguí controlar el ataque! Y si me dio fue sólo porque no tomé la medicación. Estoy seguro que lo tengo más controlado ahora. No, no es eso lo que ha hecho que se vaya, sé muy bien que la razón es otra y tengo que encontrar la manera de que cambie de opinión con eso.

En la nota, sin embargo, me pide que vaya mañana a recogerla al trabajo si es que sigue nuestra cita en pie para mí, dice que tenemos que hablarlo, pero a mí no me da nada de confianza su repentina huida, estoy seguro que está poniendo tierra de por medio para distanciarse. ¡Claro que sigue en pie nuestra cita! Y, cuando la vea, lo único que tengo que hacer es convencerla de que entre nosotros sólo hay una conexión eléctrica muy fuerte y sexo, mucho sexo y muy bueno. Nada más. Pero es un motivo poderoso de sobra para que no se distancie todavía de mí y aprovechemos el tiempo bien en lo que mejor sabemos hacer juntos.

Si me he preocupado tanto por ella estos días es porque es lo que ella merece. Ella y cualquier ser humano. Pero no hay otro motivo más allá de la lógica consideración que he de tenerle a las personas que me rodean. Me gusta su compañía y quiero disfrutar de ella a todos los niveles que resulten

placenteros y no dolorosos para mí.

Me quito la camisa, me sirvo un vaso de whisky y cojo mi teléfono. Pero no le voy a llamar hasta que consiga calmarme un poco. De modo que me siento en un sillón que hay junto a la ventana, doy largos tragos a mi bebida y miro con rabia la cama que debería contener ahora mismo a Luna en su interior, desnuda y ansiosa por que me la follara. Ha salido corriendo por celos. ¡Joder, celos! ¿Debería hablarle de Mila? ¡No! ¡No tengo que darle más explicaciones, maldita sea! ¡Le he dicho más de lo que debería saber de mí! ¡Maldición, Mila tiene razón! No debo confiar en Luna, ¡apenas la conozco! ¡Ella no me conoce ni sabe de lo que soy capaz! ¡No sabe mi mayor secreto y tengo que mantenerla apartada de todo eso! ¡Tengo que volver a fortalecer mis barreras con ella! Como me dijo Mila... No puedo darle algo que nunca le he dado a nadie a una persona que pronto no volveré a ver más y pasará a formar parte sólo de mis recuerdos del pasado.

He sido un completo estúpido con Luna. He fingido ser alguien que no puedo ser y yo solito la he confundido. Porque ella siempre ha estado conforme con lo poco que podía ofrecerle y jamás me reclamó nada más. Pero ambos hemos olvidado ese pacto durante unos días y hemos creado un juego peligroso para los dos.

Presiono el número de teléfono de Ana, porque sé que Luna tiene el suyo roto espero a que me conteste su amiga.

—¡Tristan! ¡Hola!

—Buenas noches Ana. Dile a Luna que se ponga. — Mi voz suena severa, como mi mensaje. Pero no tengo ganas ni fuerzas para disculparme ahora mismo.

—¿Luna? No está aquí...

—¡Ana, por favor, no me toques los cojones y dile que se ponga ahora mismo! ¡Me prometió que me esperaría en mi cama y la quiero aquí, ahora mismo! — Mi falta de paciencia siempre se hace más aguda con el alcohol.

—¡Eh, tranquilito! Te he dicho que no está aquí y no tengo por qué mentirte en eso. Si no quisiera que hablase contigo te lo diría claramente. — Suspiro. Tiene razón. Ana es de esas mujeres que los tienen bien puestos.

—Lo siento, Ana. Estoy un poco perturbado. Ha sido un día complicado para mí. ¿No sabes dónde puede estar Luna? Es tarde y está incomunicada.

—Pues... como no se esté quedando otra vez en casa de Gabi... —

¡Qué! Mi corazón da un vuelco. Mi respiración se acelera y se me tensa todo el cuerpo. — Seguro que Gabi le habrá insistido en que...

—¡Dame el puto teléfono de ese tío! — Le exijo al borde de un colapso.

—Oye guapo, no voy a hacer tal cosa por muy famoso y sexi que seas si vas a ser otro quebradero de cabeza para mi amiga. ¡Bastantes quebraderos de cabeza ha tenido ya Luna! — Aprieto los ojos y trato de buscar la calma en mí. No puedo. De repente pensar en Luna con otro hombre, otro que no esté tarado como yo y que pueda ofrecerle todo lo que yo no puedo, hace que me maree y el aire que respiro me abrasa los pulmones.

—Por favor... — Suplico casi sin voz. Oh, no. Otra crisis en el mismo día. — Por favor...

Pero siento que el aire se me corta de repente y la visión se me nubla. Todo se vuelve oscuro y las fuerzas de las manos y pies me abandonan.

Esta vez no es un aviso. Esta vez tengo un ataque de pánico de verdad y no sé qué cojones lo ha provocado.

El teléfono se me cae de las manos y mi cuerpo comienza a convulsionar. Me tiro al suelo y trato de arrastrarme cómo puedo hacia la cama, pero no lo consigo.

Estoy en mitad del suelo, convulsionando como un cabrón y con los ojos en blanco. Golpeándome con fuerza contra el suelo y quedándome sin aire que respirar.

Creo que antes de perder la consciencia alguien me llama por mi nombre y creo que algo me punza el brazo, pero estoy tan agotado por el enorme esfuerzo que he hecho para tratar de controlar el ataque que finalmente me rindo y me desvanezco.

Abro los ojos y veo a dos hombres que no conozco preguntándome si estoy bien y si los veo. Uno de ellos tiene una bata blanca y me muestra dos de sus dedos.

—Dos. — Contesto aturdido a su pregunta de cuántos dedos veo y trato de incorporarme. Estoy en la cama de mi habitación, en el Hotel Verona. — ¿Qué hacen aquí? — Les pregunto confundido, tratando de recordar qué ha pasado. Ah, sí, el ataque de pánico. — ¿Quiénes son?

—Soy el jefe de recepción del hotel, Señor Moore. Éste es Alfredo

Menéndez, el médico del hotel. Hemos recibido una llamada de una mujer que aseguraba que mantenía con usted una conversación por teléfono cuando de repente algo malo le sucedió. — Ana, sí, recuerdo esa conversación. ¡Joder, y la posibilidad de que Luna esté con otro esta noche! Oh, no. Otra vez me siento mareado.

—Necesito mis pastillas. — Digo y señalo la cómoda en las que están. El médico las coge y las observa con el ceño fruncido. ¿A qué espera? No quiero otro ataque, maldita sea. — Démelas. — Ordeno. Lo hace con reticencia.

—Son ansiolíticos muy fuertes, señor. Ya le hemos inyectado un calmante en el brazo. — Cojo dos grajeas y me las introduzco en la boca mirándolo con desdén.

—Son prescripción médica. Ya estoy bien, gracias por su atención, señores. — Les digo y vuelvo a tirarme en la cama. Cierro los ojos y trato de concentrarme en mi respiración. Como John me dijo que hiciera ante estos casos. Pero esos dos no se van. Abro los ojos. — ¡Qué!

—¿De verdad no quiere que le llevemos a un hospital, señor?

—¿Por un ataque de ansiedad? ¡No! Ya estoy bien y está controlado. Sólo estoy últimamente un poco descontrolado porque he olvidado tomarme varios días la medicación y por el estrés en el trabajo. Solamente eso, señores. Pero agradezco la preocupación.

—Señor Moore, nunca había visto un ataque de ansiedad de esas dimensiones. Cuando hemos entrado estaba convulsionando y con los ojos en blanco. Totalmente descontrolado. — Me dice el médico. Pero eso ya lo sé. Así son mis ataques de pánico. Aunque hacía mucho que no sufría uno tan fuerte. Estoy exhausto ahora mismo y necesito soledad y tranquilidad.

—Estoy bien. De verdad. — Aseguro.

—Está bien. Volveré en dos horas a comprobarlo, si no le importa.

—Está bien, está bien, pero salgan de aquí. Necesito descansar. — Digo con pocas ganas señalándoles la puerta.

—Debería llamar a la señorita que nos advirtió de su estado. Parecía preocupada. — Mierda, no quiero que Ana vaya con el cuento a Luna o la espantaré del todo. No quiero espantarla del todo, todavía...

Le pido al jefe de recepción que me entregue mi teléfono antes de salir y lo hace. Los dos hombres salen de mi habitación y llamo a Ana.

—¡Tristan! ¡Qué te ha pasado antes! ¡He escuchado golpes y no contestabas!

—Nada Ana, que el teléfono se me ha bloqueado. Simplemente eso. ¿Has llamado tú al hotel?

—Sí, claro. Me habías asustado. — Suspiro.

—Está todo bien. — No. No lo está. Luna puede estar con otro y olvidando nuestro pacto. Otro que no se va a poner a convulsionar a la primera de cambio.

—Luna no está con Gabi. — Dice y siento un jodido alivio dentro de mí que es inaudito. Por fin siento que mis músculos se destensan del todo y mi mente se aclara. — Lo he llamado y no ha sabido nada de ella. Yo iba a ir a verte, pero me he preocupado por Luna también, así que he ido a su casa primero, me ha llevado Brandom. — ¿Quién? Ah, sí, el cantante ese con el que se lio en la fiesta de Henry. ¿Siguen viéndose? ¡Ja! — He hablado con ella por el portero electrónico y parecía serena y bien. Dice que mañana hablará contigo.

—Estupendo. Gracias Ana. — Contesto con ganas de colgar. Siento que mi cuerpo es peso muerto ahora mismo.

—Buenas noches, Tristan.

—Buenas noches. — Cuelgo.

Debería llamar a John, mi terapeuta, antes de que me quede dormido. Las pastillas comienzan a hacer efecto y la calma por fin ha llegado a mí.

De modo que hago un último esfuerzo y llamo a John para contarle lo que he experimentado hoy.

Lo que John me cuenta acerca de lo que piensa que me sucede no me gusta ni un pelo y, en contra de su consejo médico, decido que lo que tengo que hacer es justo lo contrario. Tengo que volver a mi zona de confort, donde todo es seguro y sé manejarme sin ponerme en este riesgo innecesario. En mi zona de confort también la mantendré a salvo a ella. Así que no hay más que decir.

Cierro los ojos y me dejo transportar a otra dimensión en donde las pesadillas vuelven a acompañarme, como cada maldita noche.

Pero, de nuevo, no aparece mi madre sin vida en mis pesadillas. Sí lo vuelve a hacer Luna. Estoy en el centro de una maldita fiesta, muy similar a

la que llevé a Luna hace unos días en casa de mi amigo Henry. Luna está frente a mí, bailando, dándolo todo, en los brazos de otro hombre que no soy yo...

La rabia me ciega y la impotencia también. Yo le he alejado de mí, confesándole que no puedo darle más que unas noches de pasión, y no tengo ningún derecho a pedirle que no me deje, que no me abandone por otro. Me quedo plantado, frente a ella, observando cómo se contonea para otro sin poder hacer más que mirarle con toda mi rabia, rogándole con la mirada que pare, que no me haga sufrir más.

No lo hace, sino que más bien se gira para besar a ese desconocido de esa forma en que ella sabe enloquecer con sus besos y yo la maldigo con todo mi ser. Maldigo que me haya descontrolado, que me haya arrebatado el control, la serenidad y el dominio de la situación. Maldigo que otro la saboree y, finalmente le agarro del brazo para separarla.

—¡Para! — Le ordeno envuelto en cólera. Pero, mi cólera se vuelve pavor cuando veo la cara del hombre que la tiene en sus brazos y tira de ella en su dirección. ¡Soy yo! — ¡Ahhhh! — Grito al sentir una mano sobre mí y me despierto de golpe. — ¡Joder! ¡Qué cojones hace! — Le grito al médico del hotel que me está chequeando la respiración.

—Lo siento Señor Moore. Tenía que comprobar que seguía vivo. Ha ingerido una alta dosis de calmantes. Debería estar casi en coma...

—Estoy acostumbrado a ellos. — Me incorporo en la cama. — ¿Qué hora es?

—Las cinco de la mañana. He venido varias veces para comprobar su estado. Parece que todo está bajo control. ¿Se siente mejor?

—Sí. Estoy bien. Muy cansado. — Digo frotándome la frente.

—Está bien. Si necesita algo más, por favor, no dude en comunicármelo.

—Lo haré, gracias.

El médico sale de mi habitación y yo me quedo mirando el techo. Una enorme soledad me embriaga. Siempre he sido un tipo solitario y me he sentido cómodo en ese estilo de vida. Sin embargo, ahora mismo, no quiero esta sensación.

Me siento como una mierda. Por fuera y por dentro. Había conseguido pasar varios días sin pastillas, sin miedos y con ilusión. Y ahora todo se ha

ido al carajo sin saber por qué. Luna no me estaba suplicando que la amara anoche, cuando me dio el ataque. Sólo estaba hablando con Ana para averiguar dónde estaba, porque había vuelto a huir de mí. Tampoco ha insistido en verme, ni ha montado un numerito porque haya ido a ver a otra mujer que no sabe qué lugar ocupa en mi vida...

Todo está en orden y no hay nada que temer. Pero, entonces, ¿qué me pasó anoche? ¿Tendrá razón John? No... me niego... no...

LUNA

El turno de esta mañana se me está haciendo eterno en la cafetería. No he dormido mucho pensando en Tristan y en qué voy a decirle cuando lo vea, si es que quiere seguir viéndome. Me desperté a las cinco de la mañana de repente en mi sofá y me puse a darle vueltas a todo lo que me ha pasado en esta última semana. Es demasiado.

Además, creo que me estoy volviendo loca. De camino a la cafetería, esta mañana, he creído ver a Juan en varios sitios, espiándome. Pero siempre ha sido una confusión momentánea. Lo he achacado a la falta de sueño.

Así que estoy cansada y también nerviosa. Todo a la vez. Pero esta mañana trabajo con Lorena, otra de las chicas de la cafetería, que es buena gente, aunque no tengo ni la mitad de la mitad de confianza que tengo con Ana, que ha demostrado ser la mejor amiga del mundo. De modo que no puedo desahogarme con nadie sobre mi estado de nervios.

Gabi sí que está, porque él tiene turno partido los viernes, que es el día de más trabajo. Pero Gabi no es la persona tampoco con la que hablaría de mis problemas sentimentales.

Me centro en el trabajo para no pensar mucho o me volveré loca.

Pasan así las horas y yo sigo con la mente en una sola cosa: Tristan.

Casi me da un parraque cuando veo entrar a sus compañeros de la serie a la cafetería a media mañana y al director, pero, no está él. ¿Por qué no? ¿No ha querido venir aquí? El alma se me cae a los pies.

Agunto como puedo las ganas de llorar mientras voy y vengo constantemente a atender a los compañeros de Tristan, especialmente a la tal Nika, que me hace ir y venir constantemente por cualquier tontería y me mira con mala cara.

Creo que he arruinado todo con Tristan y no voy a poder despedirme de él como me hubiera gustado.

Mi turno termina y, cuando veo llegar a Ana que entra en el turno de tarde, le pido que por favor vigile si viene Tristan mientras yo me cambio de ropa en el almacén. Le ruego que si lo ve le diga que no tardaré.

Me cambio a toda prisa y me pongo unos tejanos y una blusa azul que

me compró Tristan el día anterior. Me maquillo como nunca lo he hecho en mi vida y me alegro mucho que mi mejilla ya no esté roja. Me atuso el pelo y me pongo hasta tacones. Al final el resultado es bastante aceptable.

Pero, cuando salgo y veo la cara de Ana, siento que algo no va bien. Tristan no ha venido. Maldición...

Ana me mira sin saber qué decirme.

—A lo mejor se le ha hecho tarde, Luna.

—Es posible. Esperaré...

Pasa una hora sin noticias de Tristan y el nudo de mi garganta cada vez es más grande.

—¡Voy a llamarlo! — Grita Ana cuando ve mi desesperación. — Qué se ha creído ese cretino, con todo lo que has tenido que vivir tú...

—¡No! — Le freno cuando ya tiene el móvil en la mano. Ana me mira seria. — No lo llames. Por favor. Si he de olvidarlo ya es mejor que no lo hagamos más duro. — Le pido con lágrimas en los ojos. Ana suspira y me mira con lástima. — No pasa nada, Ana, de verdad que no. He vivido los mejores momentos de mi vida gracias a él y le estoy agradecida. Me ha ayudado a enfrentar a Juan y a borrarlo de mi vida. Me ha hecho recuperar la fe en mí.

—Entonces, ¿por qué narices estás llorando? — Ana se pone con los brazos en jarra y me mira como una auténtica madre regañona. Sonrío y lloro a la vez.

—Porque me he enamorado, Ana, y, me hubiera gustado otro tipo de despedida con él. Pero quizá es mejor así. Tengo que irme. Voy a comprar un colchón nuevo para mi cama y voy a aprovechar hoy que Jaime nos ha pagado. — Le planto un beso a mi amiga y me voy rápidamente de la cafetería, para no llorar más delante de Ana, que sé que lo está pasando muy mal por mí y no merece más penurias.

He llegado a casa después de comprar un colchón a plazos y algo más de ropa para el día a día. También he comprado algo de comida para la semana y me he mantenido durante un rato entretenida con eso. Además, he tenido la sensación de ser observada por la calle, algo que siempre me ha pasado desde que comencé mi relación con Juan, pero en esta ocasión me ha apetecido pensar que era Tristan el que me ha acompañado en silencio a hacer las compras.

No obstante, cuando entro en mi portal, la tristeza se vuelve a apoderar de mí. Me espera un solitario viernes en casa, devanándome los sesos pensando en lo que podría estar haciendo con Tristan si no me hubiese dejado llevar por los celos y me hubiese quedado anoche en el hotel esperándolo, como él me pidió.

Pero si ha sido tan fácil para él apartarme de su vida no me queda más remedio que aceptar que sólo he sido el lío de Tristan Moore durante unos pocos días y su “nueva víctima” según Instagram.

Abro el buzón y me encuentro un paquete a mi nombre y una citación judicial. Suspiro y subo a mi casa.

El chico de la tienda de colchones me ha prometido que esta tarde me traerían el colchón. Así que me pongo a guardar las compras y a ordenarlo todo para cuando eso suceda.

Las lágrimas vuelven a colmarme los ojos cuando estoy en la tarea y, de repente, el paquete que he recibido y que he dejado sobre el poyete de la cocina sin abrir comienza a vibrar y a emitir una serie de pitidos muy estridentes.

—¡Joder! — Exclamo con miedo, lo cojo y me dirijo hacia la ventana para tirarlo, acojonada. Pero para de vibrar en seguida. Vuelve a hacerlo de nuevo y doy un salto. — ¡Es un teléfono! — Grito y comienzo a abrir el paquete con celeridad. — ¡Voy, voy! — Le hablo al paquete y, cuando consigo abrirlo, me encuentro con lo que pensaba; un teléfono móvil recibiendo una llamada de Tristan Moore. Doy las gracias mirando al cielo y contesto rápidamente. — ¡Diga!

—¿Luna? — ¡Es él!

—¡Si, sí! — Parezco desesperada, pero me da igual.

—Hola...

—¡Hola! — Después de un breve silencio esperando a que me diga algo al final continúa.

—Te he comprado este móvil. Por favor, acéptalo. Necesitas estar comunicada. — Sonrío.

—Gracias Tristan.

—Sí, vale. Oye, me ha sido imposible ir hoy a recogerte. Lo siento.

—¡No importa! — Nada importa ahora. He vuelto a oír su voz, aunque

sea sólo su voz. A pesar de que suene distante y frío, es muy reconfortante.

Me seco las lágrimas, que en esta ocasión son de alivio.

—Dime entonces.

—¿Cómo? — No entiendo, me ha llamado él.

—Tú querías hablar de lo de nuestra cita de hoy, ¿no?

—¡Ah!

—Habla por aquí, Luna. — ¿No va a venir a verme? Quiero verlo, pero no voy a suplicarle. — Habla Luna.

—¿Tú... quieres...?

—¿Quieres tú? — Me corta sabiendo exactamente lo que iba a preguntarle. — Piénsalo bien, antes de que vaya a por ti y vuelvas a sentirte herida por mi forma de ser.

—No... yo, lo siento. Sólo es que necesitaba un momento a solas, Tristan. Por eso me fui. No porque me sintiese herida por ti. — Miento por la desesperación de volver a verlo.

—No me engañes, Luna. Te sentó mal que fuera a ver a otra mujer. Admítelo. — Su voz suena cansada. Seguro que cansado de mí y de este tipo de reproches. No puedo confesarle que los celos me consumían o no lo veré más.

—No, eso no me importa. — Digo apretando los ojos rogando para que me crea. — Al principio pensé que sí, pero no me molesta. Somos libres, ¿no? Nada nos ata, tú me lo has dicho muchas veces. — Tristan calla y me da la impresión de que se ha cortado la comunicación. — ¿Tristan? ¿Hola?

—¿Tienes planes con alguien para hoy? — Me suelta de repente.

—Eh... no. Estaba esperando a que me confirmases que el nuestro seguía en pie, pero si no quieres yo...

—A las ocho te recojo en tu piso. — Me corta de repente. — Recuerda que hoy tú invitas a cenar y que yo mando. — Abro la boca sin saber qué decir. — Luna, confírmame que lo recuerdas, porque ese es nuestro plan para hoy.

—Sí, lo recuerdo. — Digo con reticencia. No sé si está siendo distante de más. Tristan nunca ha sonado tan duro.

—Bien, te veo a las ocho. — Cuelga.

Me quedo un buen rato mirando mi nuevo móvil sin comprender qué ha pasado. Cuando reacciono al fin, me doy cuenta de que son casi las siete y sólo dispongo de una hora para arreglarme y pensar qué demonios hago con la cena. Pero recuerdo que el chico de la tienda me dijo que a las ocho y media me traerían el colchón, así que finalmente decido que voy a tener que invitar a cenar a Tristan en mi casa.

Sazono un solomillo ibérico que he comprado, lo único decente en todo mi frigorífico y lo meto en el horno. Mientras tanto me doy una ducha a toda prisa, me depilo (todo) y me peleo con la poca ropa que tengo. Al final decido que me volveré a poner el vestido gris de punto que es bastante entallado y me maquillo con sumo cuidado.

Cuando estoy esparciéndome gotas de mi perfume favorito por el cuello escucho el sonido de un teléfono. ¡Es mi teléfono nuevo! Corro al salón para contestarlo.

—¿Sí?

—¿Estás lista? Estoy en tu portal.

—Sí, esto... ¿por qué no subes?

—Está bien, dime el piso.

—Quinto, letra a. — Enseguida suena el portero electrónico y doy un respingo.

Corto la llamada y pulso la tecla de abrir la puerta del portal tremendamente nerviosa. Después me recoloco una y otra vez el vestido y el pelo. ¡Oh, por dios! ¡Me va a dar un ataque!

Suena el timbre de la puerta y abro antes incluso de lo que tarda su sonido en desaparecer. Me encuentro a un Tristan Moore espectacular tras la puerta. Con sus rizos engominados un poco hacia atrás. Sus ojos azules brillantes. Un pantalón de traje azul oscuro que le sienta como un guante, una camisa blanca desabotonada por el cuello y sujetando la chaqueta con su mano sobre su hombro. ¡Guau!

—Actores a domicilio, buenas noches. — Bromea y se me escapa una sonrisa nerviosa.

—Justo a tiempo, ya iba a poner una queja a su empresa por la tardanza.
— Le sigo la broma. — Pasa. — Le indico el interior de mi modesto pisito.

Espero que no se asuste. Este lugar no tiene nada que ver con lo que

él está acostumbrado a frecuentar. Sin embargo, no me hace ni caso. Me mira de esa forma tan seductora de arriba abajo, me atrapa con uno de sus brazos y me estrella contra su pecho.

—Primero quiero besarte. — Sus labios buscan los míos y libero un gemido mezcla de sorpresa y alivio al volver a sentir su aliento sobre mi piel.

Nuestras lenguas se entrelazan y siento como su desesperación por mí crece a la par que la mía por él. Entramos en mi piso sin separar nuestros labios, Tristan cierra la puerta con su pie y me acorrala contra la pared de mi casa.

—Espero que tengas hambre, amo. — Susurro en sus labios mientras acaricio sus pectorales por encima de su camisa. Tristan tira su chaqueta el suelo y me agarra con fuerza del trasero.

—Mucha, esclava. — Me aprieta contra su erección y siento una corriente eléctrica por todo mi cuerpo. — Quítate el vestido. — Me ordena y obedezco en el acto. Mientras Tristan me observa con el deseo más fiero. Me quedo en tanga y sujetador, con mis tacones aún puestos. — Así estás divina. — Dice y vuelve a acercarse a mí para morder uno de mis pezones por encima de la tela del sujetador.

—Quiero sentirte. Dentro. — Dejo salir mi deseo en forma de palabras. Tristan se incorpora y me mira divertido.

—Pero hoy mando yo. — Me besa y aferra mi sexo con una de sus manos. — Dime, ¿a dónde piensas llevarme a cenar?

—Estoy haciendo la cena aquí, amo. — Gimo en sus labios.

—Mmmm, y yo que pensaba llevarte así al restaurante. — ¡Qué! ¡Así, en ropa interior! No será capaz... — No te asustes, pensaba dejarte llevar un abrigo encima. Pero, ¿sabes? Me apetece también verte cocinar así. — Vuelve a besarme y se separa. Me examina con una sonrisa maliciosa. — Estás exquisita. Vamos a la cocina, te ayudaré. — Tira de mi mano y me suelta cuando hemos llegado. Posa su mano en su barbilla y adopta un gesto de “mirón” muy sexi.

—Voy a ver qué tal está la carne. — Digo nerviosa y me giro para mirar el horno. Cojo la manopla, pero con los nervios se me cae al suelo y me agacho a cogerla. Al levantarme, veo de soslayo su expresión y parece que le he puesto bastante nervioso, aunque no ha sido mi intención, pero me gusta. Después centro mi atención en el asado. — Está ya listo, amo. — Le informo

girándome de nuevo hacia él.

—Está más que listo. — Susurra acercándose a mí. Acaricia mi labio inferior y suspiro. — Me apetece un vino, Luna. ¿Tienes alguno? — Mierda. Sí que tengo, pero no estoy segura de su calidad.

—Ahí. — Digo titubeante señalando uno de los armarios. Tristan se gira y comienza a investigar en mi pobre bodega.

—Éste no está mal. — Dice. — Necesito un sacacorchos y dos copas, Luna. — Ordena. Busco lo que me pide y se lo entrego. — Buena chica. — Abre la botella y vierte vino en ambas copas. Acto seguido me entrega una. — Por mis dos noches al mando y por mi Lunita obediente y sexi. — Levanta su copa y brindo deshaciéndome por dentro. Bebemos sin dejar de mirarnos. — Saca la carne, Luna. — Me pide y obedezco. Dejo el asado sobre la tabla de madera y me vuelvo. Quiero que me toque y se lo suplico con la mirada. — ¿Qué significa esa mirada, Lunita? — Pregunta acercándose de nuevo a mí y acunando mi rostro en sus manos. — Tenía tantas ganas de besarte... — Me besa y pierdo la razón en ese beso. Comienzo a gemir como una loca. Lo necesito dentro de mí, muy dentro. — Luna...

—Te deseo, Tristan. — Suplico aferrando mis manos a su pelo.

—Y yo a ti, pequeña. Mucho. — Besa mi cuello y me hago líquido. Sobre todo, porque siento que de repente ha vuelto el Tristan tierno que he conocido. — Pero se va a enfriar tu deliciosa cena y no me lo perdonaría. — Vuelve a mirarme. Me pierdo en sus ojos. Me traspasa.

—Prefiero que se enfríe la cena a que el frío se apodere de mi cuerpo. — Suplico. — Hazme sentir viva. Hazme sentir deseada. — Tristan me observa como hipnotizado.

—Ahora mismo haría cualquier cosa que me pidieras. — Dice y parece que se arrepiente en el acto de sus palabras, por como frunce el ceño.

Pero ataca mis labios con ansias y me levanta del suelo, entre sus manos, subiéndome sobre el poyete de la cocina y buscando sitio entre mis piernas. Nos besamos con salvajismo, desabrocho su camisa y él desabrocha mi sujetador. Succiona uno de mis pechos, después el otro, me siento en el cielo. De pronto el timbre de la puerta nos interrumpe.

—Mierda. — Exclamo.

—¿Esperas a alguien? — Pregunta molesto.

—Sí, espero al repartidor de colchones. — Pongo mi mejor cara de

disculpas. Tristan me mira extrañado. — He tirado el mío. — Me encojo de hombros. Vuelve a sonar el timbre.

—Ve a tu habitación. Yo me encargo. — Me ordena colocándose la camisa bien. Voy entre risas a mi habitación y cierro la puerta.

—Hola. — Le escucho saludar al repartidor. — Déjelo aquí, ya me encargo yo. — Ordena.

—Eh... vale. ¿Usted no es...? No, déjelo, no puede ser.

—Aquí tiene su propina, gracias.

—Joder, gracias.

—Sí, sí, adiós. — Escucho cerrarse la puerta de casa y escucho las pisadas de Tristan acercarse a mi habitación. Abre la puerta y me encuentra muerta de la risa. — Te hace mucha gracia, ¿no? — Se acerca hasta mí y me muerdo el labio para no reírme.

—Sí. — Entrecierra los ojos.

—Quítate el tanga. — Ordena.

—Pero la cena... — Me burlo de él.

—Grrrr. — Se echa sobre mí encolerizado y me levanta entre sus brazos para sentarme sobre la cómoda de mi habitación. No puedo parar de reír. — Ayúdame o te lo rompo. — Me advierte. Levanto mi trasero para que Tristan me quite el tanga. Se quita su camisa y desabrocha sus pantalones. — Tendrás que conformarte con uno rapidito. Te tengo demasiadas ganas. — Conduce su sexo al mío y aprieto los ojos ante la expectación. — Mírame o me voy por donde he venido, Luna. — Abro los ojos rápidamente y lo siento entrar de golpe en mí. — Siiiiii. — Sisea. Yo le muerdo los labios para acallar mis gemidos ante la sensación de sentirme tan colmada. No quiero espantar a mis vecinos. Me agarro con fuerza a sus bíceps y siento como Tristan se mueve en mi interior, implacable.

Su vigorosidad es como un bálsamo que sacia de una vez toda mi sed de él. Si por mi fuera, pasaría el resto de mi vida así, con él. Pero el resto de mi vida se reduce a dos días. Dos días que tengo que vivir al máximo.

Los golpes que la cómoda provoca sobre la pared no le amedrentan, ni mis arañazos en su piel. Está volviéndome completamente loca y él lo sabe.

Cuando exploto en un profundo orgasmo Tristan sigue bombeando en mi interior hasta que, varias estocadas después, se vacía en mí lanzando un

gruñido de satisfacción muy sexi.

TRISTAN

Después del contacto de nuestros cuerpos, la química ha vuelto a resurgir entre Luna y yo con la misma intensidad de siempre.

Ahora estamos cenando en su salón y empezando la segunda botella de vino. Creo que está bastante achispada y eso hace que se ría sin cesar, cosa que me encanta. Es una bonita imagen de ella para almacenar como recuerdo.

Me alegra haber podido revivir tras una noche tan desastrosa como la de anoche. Me he pasado prácticamente todo el día entre la cama y el baño. No he parado de vomitar en toda la mañana y creo que tiene que ver más con la cantidad de calmante que ingerí anoche que con la ansiedad, aunque no estoy seguro.

En este momento no voy a pensar en ello. Hoy voy a poder dormir tranquilo y, sin pastillas. Porque hoy voy a dormir con Luna.

El solomillo está delicioso y así se lo hago saber. Ella piensa que sólo quiero ser agradable, pero no es así. Es buena cocinera, aunque creo que soy yo más bien que adoro todo lo que venga de ella.

Terminamos de comer y le propongo ayudarle a colocar el colchón en su sitio, con la idea, claro está de que lo estrene conmigo. Accede encantada y me apetece pensar que lo hace porque tiene las mismas ganas que yo tengo de que yo sea el primero en dormir con ella y degustar su precioso cuerpo allí. Prefiero pensar que lo hace por ese motivo más que por nuestro juego de obediencia.

Cuando el colchón ya está colocado y ponemos las sábanas que lo cubren vuelvo a reclamar su cercanía. Le beso esta vez más despacio y le quito mi camisa, que es lo único que cubre su cuerpo. La venero con mis labios y ella se deja hacer, tranquila, relajada, cómoda y tan mía...

Le pido que me desnude y también se toma su tiempo en hacerlo.

Ya desnudos, la tumbo sobre la cama y me pierdo en su aroma y su piel. Es cálida, balsámica, adictiva. Creo que es la primera mujer con la que paso de la tercera cita y sigo con la misma sensación de no tener suficiente de ella.

Elimino un pensamiento que quiere acudir a mi mente, algo que me dijo John anoche, cuando lo llamé desesperado. No puedo pensar en eso ahora.

Pero tampoco en alejarme todavía de Luna. He tenido la maldita suerte de encontrarme con ella en la vida, que me lo hace todo tan fácil que al final es más difícil todavía para mí amurallar mi alma con Luna.

La degusto esta vez lentamente. Obligándole a mirarme y a recordarme así, rendido a ella. Sé que será cruel para ella este recuerdo cuando yo ya no esté en su vida. Sin embargo, no puedo evitar ser egoísta. Quiero poseer su alma durante dos días más y quiero hacerlo de una forma diferente a todas las anteriores veces que he estado con una mujer.

He meditado en ello. He pensado en lo diferente que es todo esto para mí. Y también en lo peligroso. Ya no hay marcha atrás. No puedo evitar lo inevitable.

Luna llega al orgasmo y grita mi nombre. Me siento tan maldito como vivo y fuerte por dentro cuando lo hace y le premio con la misma moneda.

—¿Cuándo te irás? — Pregunta acurrucada a mí después de una sesión de sexo de lo más inaudita para mí. Le acaricio la espalda y pienso en mi respuesta.

—¿Ya quieres echarme? — Sonríe. — Cuando termine el rodaje. — Contesto simplemente. — Tengo un nuevo proyecto en Los Ángeles, por fin me han dado un papel protagonista. — Digo con poco entusiasmo. Y eso que es lo que siempre deseé.

—¡Eso es genial! — Ella sí suena ilusionada. La miro y beso su frente como señal de gratitud. De verdad que esta chica es desinteresada conmigo y hasta se alegra de mis triunfos. — Lo harás maravillosamente. Como todo lo que haces.

—¡Oh! ¿Estás haciéndome la pelota para que sea considerado contigo, esclava? — Me burlo y le hago cosquillas. Luna se retuerce bajo mi cuerpo muerta de risa. Me contagia la risa.

—Pero, ¿cuándo termináis? — Vuelve a insistir atrapada bajo mi cuerpo. No es buena idea hablar de esto ahora.

—Todavía no. ¿Por qué? ¿Quieres volver a mandar? — Sonríe. — Sí que me has salido mandona. — Me burlo de ella y beso la punta de su nariz.

—No estaría mal.

—Nos vamos a malacostumbrar. Después vendría mi turno. — Mi reproche hace que se cree el silencio entre ambos y nos miramos intensamente.

—Necesito más vino. — Dice ella para romper el silencio.

—Voy yo. — Me levanto y voy hasta el salón. Cojo nuestras copas de vino y la botella y veo en un mueble una carta que me llama la atención. Es una citación judicial. Cojo el sobre y vuelvo al dormitorio de Luna. — ¿Qué es esto? — Le digo mostrándole la carta. Luna se sienta y la toma en sus manos. La abre y la lee cuidadosamente. Me mira con los ojos muy abiertos.

—Me han citado para el juicio contra Juan. Es un juicio rápido, al parecer, en dos meses más. — Dice más que pálida.

—Puedes hacerlo, Luna. — Vierto vino en ambas copas y le tiendo la suya. — Puedes hacer que ese bastardo se quede donde merece estar.

—Sí. — Dice y bebe. Pero no parece muy convencida.

—Prométeme que lo harás. — Le pido. Ella vuelve a mirarme y parece perdida. — Prométemelo.

—No tienes forma de enterarte de lo que haré cuando te vayas. — Me reta.

—Creeré en tu palabra si me la das. Y sé que no me defraudarás. Y me vas a dar tu palabra ahora mismo.

—¿Por qué ahora mismo? — Me besa y trata de distraerme.

—Porque estás bajo mis órdenes. — Pruebo suerte por si nuestro juego puede ser provechoso también a otros niveles que no sea sólo en el plano sexual.

—Está bien.

—Dilo.

—Te lo prometo. Iré a ese maldito juicio y contaré todo. — Suspira.

—Perfecto, pequeña. Ahora bébete el vino que pienso hacerte muchas malicias que tengo en mente.

Luna sonrío con picardía y se bebe la copa de vino de una sentada. Hago lo mismo con la mía.

Lo que vino después de esa copa de vino tinto es difícil de describir con palabras. Sólo puedo decir que jamás nadie despertó en mí mi instinto tan animal y tan hambriento de sexo, piel y pasión.

Abro los ojos lentamente cuando siento la caricia de Luna en mi

mejilla. Me regala una bonita sonrisa.

—Creo que tus problemas con el sueño se están resolviendo. — Dice contenta.

—¿Qué hora es? — Un sol de justicia entra por la ventana.

—Casi la una. Has dormido casi nueve horas. Dormilón. — No sé por qué esta vez no me extraño. Y me siento como nuevo.

—Es que tu cama es muy cómoda. ¿Hacemos el desayuno juntos? — Me pongo de lado para verla mejor.

—¡Dirás ya el almuerzo!

—¡Qué dices, loca! Yo jamás renunciaría a un buen desayuno. Sea la hora que sea. — Luna se ríe y se levanta, tirando de mi brazo. — Pero vístete o no respondo. — Le amenazo. Ella coge de nuevo mi camisa, que es lo primero que tiene a mano, y se la coloca. — Mmmmm, no sé qué es peor. Así estás muy apetecible...

—¡Vamos a desayunar! — Me riñe. Hago una mueca de niño enfadado y me lleva a tirones a la cocina mientras me pongo como puedo los calzoncillos por el camino.

Desayunamos juntos, aunque ella al final se sale con la suya y más bien almorzamos, pero con café acompañando a la comida. Después nos acurrucamos en el sofá y vemos una película juntos. ¡Odio el cine americano doblado en español! Pero no me quejo porque tengo una buena compañía.

Por la tarde, Luna prepara su bañera para darnos un baño juntos. Se acurruca sobre mí, con su espalda sobre mi pecho y me permite lavarla lentamente. Aunque al final acabamos manoseándonos bajo el agua, besándonos y poniéndolo todo perdido de agua.

A las nueve de la noche le digo que se arregle, porque voy a llevarla a un sitio. Ella obedece ilusionada y mientras Luna se viste yo me plancho de nuevo mi camisa, que ha quedado bastante arrugada después de tanto trote.

Unos cuarenta minutos después estamos ambos vestidos y preparados para la acción. No me pregunta a dónde la llevo y me alegra que se muestre tan animada a complacer mis caprichos. Se disfruta más cuando la otra persona también disfruta.

Pasando por a la Moraleja, sus ojos se abren ante lo que ve. Es una zona bastante lujosa y hay unas mansiones increíbles, pero, a mí me parece más

acogedor su pisito. De todos modos, la novedad siempre llama la atención.

Cuando llegamos a la que será nuestra mansión durante esta noche, tecleo el código de seguridad y las verjas de hierro se abren, dejando a la vista un enorme jardín, muy bien cuidado (y sé que es gracias a los atentos cuidados de Mila) y la enorme casa de fondo. La fiesta ya ha empezado sin nosotros, hay una multitud de personas esperándonos para continuarla, entre esas personas está su amiga, Ana, (porque yo la llamé en secreto para hablarle de mi plan y ella se sumó enseguida) muy bien acompañada por Bandom, el cantante de la boy band.

Luna abre la boca y me mira, pero no dice nada. Aparco mi coche, salgo y abro la puerta del acompañante para invitarla a salir.

—¿Madam? — Le tiendo mi mano. — Lo siento, aquí vas a tener que hacer uso de tu exquisito acento inglés. — Ella sonrío y me da la mano. El vestido burdeos que lleva le sienta de miedo y se mueve con el gélido aire de esta noche de primavera. Hace un gesto de frío al salir. — Vamos dentro o te me convertirás en un polo de Luna. — La abrazo y la llevo al interior.

Por el camino saluda a Ana con un fuerte beso, a Henry, mi amigo que nos invitó a la última fiesta y a algunos actores del elenco de la serie en la que estoy trabajando, asiduos también a la cafetería en la que Luna trabaja.

Mila ha hecho un gran trabajo con el salón y parece una auténtica sala de fiestas. Me hago con un cóctel para Luna y otro para mí y se lo tiendo.

—Gracias. — Dice tímida. — Este sitio es impresionante. — Confiesa mirando a todos lados. Yo no aparto mis ojos de ella.

—Sí, ahora más que nunca con esta Luna llena radiante y hermosa en su interior. — Me dedica una tierna sonrisa.

—Gracias por volver a ser cercano y tierno conmigo. — Me sorprende su declaración. Tiene razón, estoy olvidando mi cometido con ella.

—Voy a saludar a algunas personas. — Le informo. — ¿Vienes o prefieres indagar un poco por aquí? — Ella mira a mis espaldas y ve algo que hace que su cara cambie de color.

—Te espero por aquí. — Bebe de su copa y se da la vuelta para merodear un poco por el salón.

Su cuerpo se va alejando del mío con un movimiento rítmico al compás de la música que suena, que hace que me quede hipnotizado mirándola.

—Hola otra vez. — Escucho una voz a mi espalda y me giro rápidamente.

—Hola Mila. — Me da un beso en los labios, como siempre ha sido su costumbre. — Gracias por la fiesta. Ha quedado todo impresionante. — Confieso mirando a mi alrededor.

—Era lo que el amo y señor quería, ¿no? — Se hace la diva divina y me río. — ¿Era esa la tal Luna? — Me pregunta señalando con su mirada la dirección por la que Luna ha desaparecido.

—Sí, es ella.

—Es guapa. — Dice mostrando una indiferencia que sé que no siente.

—Mucho. Por dentro y por fuera.

—¡Oh, qué poético, Tristan! ¿Quién eres tú y qué has hecho con el Tristan Moore que yo conozco? — Se burla de mí. Sacudo la cabeza, divertido.

- Es la verdad, Mila. No he conocido a nadie como ella en mi vida.

—¡Cuidado! — Me advierte con el dedo.

—Tranquila, no es eso. Lo tengo bajo control. Sigo siendo yo, Mila. No sé ser otra persona.

—Y no quiero que lo seas. — Me abraza por el cuello y comienza a mecerse en mis brazos al compás de la música. — Eres perfecto tal y cómo eres. — Apoya su cabeza en mi hombro y la abrazo, siguiendo el compás de la música con ella abrazada a mí.

Mila es especial, siempre lo ha sido. Un rayo de luz en mi vida. La única que me ha hecho sentir bien conmigo mismo, hasta que conocí a Luna y me hizo sentir aún mejor.

—Mila, si la pongo celosa me va a complicar las cosas luego, cuando me la quiera llevar a la cama. — Explico para que se separe un poco de mí.

—¿Quién en su sano juicio te pondría a ti las cosas difíciles para que la llevases a la cama? — Pregunta y parece realmente convencida con lo que dice, por cómo me mira. Se separa un poco de mí, atendiendo a mi petición. — Te he visto muchas veces actuar con las mujeres y simplemente todas caen rendidas a tus pies, hagas lo que hagas.

—Ella no. Me ha complicado las cosas varias veces. — Le informo sonriendo ante los recuerdos de mi primera cita con Luna. — La primera vez

que durmió conmigo ni siquiera me permitió que me la follara. — Mila abre la boca, sorprendida. — Sí... fue genial. — Me muerdo el labio.

—Tristan... cuidado, ¿vale? — Asiento lentamente. — Bueno, diviértete, pero no me hagas ir detrás de esa pelandrusca y sacarla de aquí por los pelos, ¿entendido? — Suelto una carcajada y vuelvo a asentir. Me da otro beso en los labios y desaparece de mi vista con su coqueteo intrínseco al caminar.

Cuando me giro, veo la cara de Luna mirándome como si quisiera aniquilarme. No le doy importancia y me acerco a ella tranquilamente, con las manos metidas en los bolsillos, dispuesto a volverla loca como yo sé hacerlo. Pero, en el camino, me aborda Nika y me para.

¡Mierda! ¡¿Qué hace ésta aquí?! ¡Le dije a Mila que no la invitara! ¡Maldita Mila y sus jueguitos!

—¡Tristan! ¡Qué guapo estás! — Exclama Nika besando mi mejilla con más brío del necesario. Miro a Luna para tantear la situación. Ups, me ha girado la cara. — ¿Estás mejor? Me habían comentado que estabas enfermo.

—Sí, gracias. Discúlpame un momento, Nika. — Me deshago de ella como puedo y voy en busca de Luna.

La encuentro bebiéndose dos cócteles de golpe junto a una mesa con bebidas y aperitivos y con uno de mis compañeros de la serie tratando de ligar con ella.

No me ve al acercarme, así que aprovecho y le cojo el culo. Se da la vuelta rápidamente.

—¡Qué haces! — Intenta abofetearme y por los pelos esquivo su golpe. — ¡Ups! — Exclama cuando se da cuenta de que soy yo. — No te esperaba. — Se gira de nuevo, intentando esquivar mi mirada. Está enfadada.

—La fiera de mi niña quiere herir a este pobre hombre encandilado de ti. — Susurro en su oído, pegándome a su espalda.

—Tranquilo, tienes candidatas de sobra con quienes reemplazar mi compañía. — Dice con un tonito de irritada muy cómico.

—Pero yo no quiero reemplazarte. Te deseo a ti. — Pego mis caderas a su trasero y da un brinco. Rodeo su cintura con uno de mis brazos para evitar que se me escape y con mi mano libre separo su cabello de su cuello. Lo beso.

—Vas a conseguir que las mujeres de la fiesta me odien. — Pronuncia aguantando un gemido.

—No todas te odarán. — Continúo besando su cuello.

—No, Ana no me odará, está claro. — Sigue luchando para no rendirse a mí y eso me pone todavía más desesperado por hacerla caer de nuevo en mis redes.

—Baila conmigo. — Le suplico en el oído. Inesperadamente se gira, con otro cóctel en la mano, me dedica una mirada altanera y se bebe el cóctel de un solo trago sin dejar de mirarme.

—Voy a bailar, pero con él. — Señala a mi compañero que todavía no se ha separado de nosotros y nos mira esperando a no sé qué, a pesar de que he marcado mi terreno con ella de forma bastante evidente. Miro a Tom, mi compañero de reparto y ahora rival, de arriba abajo y vuelvo a mirar a Luna, cruzándome de brazos. — Lo siento, se te ha adelantado para pedirme bailar. — Y desaparece de mi vista, cogiendo a Tom del brazo y llevándoselo al centro de la pista de baile.

Me deja noqueado y muy enfadado. ¿Qué narices hace? La busco con la mirada, con un enfado monumental. Rápidamente la encuentro. Bailando con Tom. Luna comienza a contonearse con ese tipo de una manera bastante sensual. Gruño.

—¿Quieres bailar? — Miro a mi lado y vuelvo a ver a Nika a mi lado. Vuelvo a gruñir. — Alguien como tú no puede quedarse solo en una fiesta como esta.

—¡Sí, quiero bailar! — Digo furioso. — ¡Bueno, no! ¡Bueno, sí! ¡Joder! — Cojo a Nika de la mano y me la llevo al centro de la pista de baile, junto a Luna y Tom. Nika se agarra a mi cuello y comienza a moverse como una loca. Pero yo miro a Luna, y lo hago con cara de perro rabioso.

—¿Qué demonios estás haciendo, Luna? — Le grito por el nivel de la música tan alto.

—¡Bailar, como tú! — Se agarra al cuello de Tom, de la misma forma que Nika lo hace conmigo.

—¡Quiero que bailes conmigo! — Le exijo quitándome los brazos de Nika de mi cuello y girándome hacia Luna.

—¡Eh! — Me increpa Nika. La ignoro. — ¡Que te den! — La escucho gritar a mi espalda.

—Bueno, pues ya te he dicho que Tom se te ha adelantado. — Tom me mira y se le ve incómodo. Supongo que se está dando cuenta de que Luna no está disponible para él hoy.

—Ven. Aquí. Ahora. — Señalo el suelo junto a mis pies. Luna se separa de Tom al fin. Tom me mira, asustado por mi actitud, y decide irse. Bien. Pero Luna sigue sin acercarse a mí. Se cruza de brazos y me desafía.

—¿Por qué?

—Porque hoy mando yo, ¿recuerdas? — Sueno prepotente, pero no me importa. No tengo experiencia en cómo arreglar este tipo de situaciones, pero necesito hacerlo.

—En nuestro plan no entraban terceras personas. Tú lo has roto. — Me acusa apuntándome con el dedo.

—¡Qué! ¡Yo no he hecho tal cosa!

—¿Por qué no le pides a la tal Mila esa que baile contigo? — Oh, vaya. Escenita de celos. Lo que me faltaba.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¡La has besado! ¡Te he visto!

—Luna, eh, eso no ha tenido importancia. — Adopto la técnica de calmarme y calmarla. Me acerco a ella y le acaricio la cara. Funciona. No se retira, aunque me sigue mirando con cara de perro rabioso. — Pequeña, vamos. Te he traído aquí para pasar un buen rato. — La abrazo y sigue sin poner impedimento. — Quiero estar contigo, sólo contigo.

Ya está, lo he dicho. Y ahora... ¿qué?

LUNA

Quiere estar conmigo, sólo conmigo... ¿Lo ha dicho en serio? ¿Se refiere a hoy solamente? Pues claro, imbécil. Ya te ha dejado claro que no está dispuesto a enamorarse, y mucho menos de una camarerucha de tres al cuarto, estúpida a rabiar y que ha consentido que su exnovio la ningunee e incluso la maltrate.

—Baila conmigo. — Me pide de nuevo pero esta vez con una voz muy suave.

Levanto las manos en un acto reflejo a su proximidad y me aferro a su cuello. Sin saber qué más añadir a esta conversación, decido simplemente apoyar mi cara en su hombro y me dejo mecer por él al compás de la música.

Suena la canción de Gotye “Somebody that I used to know” mientras bailamos y no puedo evitar pensar en que la despedida con Tristan se acerca y ya no lo sentiré más así, tan cerca.

Así que me aprieto más a su cuerpo para intentar aplacar la ansiedad que me produce ese pensamiento.

Tristan se deja llevar también por la música. Es un bailarín increíble. Supongo que habrá recibido clases de danza para alguna de sus películas.

Me balancea, haciendo que mi espalda se arquee y vuelve a pegarme contra su pecho. Hace que cada vez que regreso a su cuerpo lo desee más y más. Luego me hace girar en su mano y vuelve a pegarme contra él. Me embriago en su viril aroma.

Y, cuando pega su frente a la mía y siento que me mira de esa forma, no aguanto más y reclamo sus besos con mis labios. Y me besa. Me besa de esa forma tan espectacular en la que sólo él me ha besado en la vida. Acariciando mi rostro con sus manos mientras lo hace. Dios... no quiero que se vaya nunca.

Más canciones nos abordan en medio de la pista de baile y Tristan sigue poseyéndome con su sensual baile y sus besos. No sé cuántas más. He perdido la noción del tiempo entre sus brazos.

Perdida en el calor de su abrazo, meciéndome, besándome, acariciándome el pelo y el cuello... me siento completamente hechizada.

Estamos rodeados de personas, en mitad de una estupenda fiesta y siento como si sólo estuviésemos él y yo.

—Me vuelves loco. — Susurra en mi cuello y lo besa. No puedo más. Ha conseguido que me olvide de todo y que lo único que desee en este mundo sea estar con él, en cuerpo y alma.

—Quiero que me hagas el amor. — Digo sin pensar y Tristan me mira serio.

Estoy segura de que él también está pensando en el término que he usado para reclamar sexo. “Hacer el amor” no es una expresión que se adecúe a su exigente concepto de las relaciones sexuales.

—¿Ahora mismo? — Dice sonriente. Parece que ha decidido no darle importancia a la fórmula que he usado para reclamar su cuerpo. Me alegro.

—Sí. — Digo mirándole fijamente.

Sin más, Tristan me coge de la mano y tira de mí hasta sacarme del enorme salón y en dirección a unas escaleras. Creo que conoce este sitio a la perfección, pero ahora mismo no tengo la cabeza para pensar en eso. Voy riéndome por el camino por la travesura que estoy a punto de hacer con él.

En el piso superior, Tristan abre la primera puerta que se encuentra, pero la cierra inmediatamente cuando vemos a una pareja a punto de tener sexo sobre la cama de la habitación.

—“Fuck” exclama y yo sigo riéndome. Vuelve a tirar de mí. — Espero que la otra habitación de invitados no esté ocupada. — Con ese comentario compruebo que sí que conoce este lugar. Abre la puerta que hay frente a la que acabamos de abrir y nos encontramos a dos hombres y una mujer en una actitud bastante erótica también. Yo me tapo la boca con la mano, escandalizada. — ¡Joder! ¡Pervertidos! — Les grita en español, supongo que para que no le entiendan. Cierra la puerta de golpe y me mira. Yo estoy desternillándome de la risa y... muy borracha de repente. — No te vas a librar. — Me dice sonriente.

—Queda el cuarto de baño. — Digo encogiéndome de hombros y provocativamente.

—No lo voy a hacer en el baño contigo. No aquí. Ven. — Tira de mí y me lleva hacia el final del pasillo, donde hay una puerta con un artefacto lleno de números junto a ella.

—¿Qué es eso?

—Es la pantalla para introducir el código de seguridad. — Dice mientras marca un código. Lo miro estupefacta cuando veo que la puerta se abre. — Es mi casa. — Me aclara de repente con cara de inocente e encogiéndose de hombros. — Entra. — Señala el interior de una habitación de ensueño.

Lentamente entro y miro a mi alrededor confundida y boquiabierta. En la habitación suena con nitidez la canción que está sonando en la sala donde se está celebrando la fiesta, “Give me love” de Ed Sheeran. Me vuelvo para mirar a Tristan sin saber qué decir.

—Tengo hilo musical en toda la casa. Si te molesta la música la puedo apagar. — Niego con la cabeza sin poder hablar y vuelvo a girarme para contemplar bien lo que hay frente a mí.

La habitación es enorme y muy oscura. Los muebles negros y las paredes grises. Es espectacular y muy bonita, con una gran cama en el centro coronada por un enorme cabecero negro con detalles dorados. Pero lo que más llama mi atención es el cuadro que pende sobre el cabecero. Una maravilla en lo que a técnica se refiere, aunque bastante tétrico. En él, se muestra la imagen de un Cupido herido de muerte por su propia flecha de amor y parece que me mira a mí. Creo que es bastante significativo para Tristan.

—Eres la primera mujer que entra aquí. — Dice de repente a mis espaldas mientras desciende la cremallera de mi vestido y me giro rápidamente.

—Tu habitación es preciosa. — Digo sin saber qué otra cosa añadir. Tristan me besa y me derrito en sus labios.

—Tú eres preciosa. Túmbate en la cama. — Ordena a la par que hace descender mi vestido hasta el suelo. Me quedo quieta, observándolo, tratando de adivinar qué significa tanta oscuridad en su habitación. — ¿Qué pasa? Vamos. A la cama. — Me señala la cama con expresión severa. Esta vez hago lo que me pide y me siento sobre ella, vestida únicamente con mi ropa interior. Tristan comienza a desnudarse sin dejar de mirarme. Yo le mantengo la mirada hasta que descubre la parte de su anatomía más turgente en estos momentos. Suspiro. Desnudo completamente parece un ser de otro mundo, inmortal. Se acerca, me besa y me empuja sobre la cama, para tomar posición sobre mí y separando mis piernas con las suyas. — No sé cómo te has colado en este lugar tan prohibido, Luna, pero vas a tener que pagar las

consecuencias ahora mismo. — Me susurra atrapando mis manos en las suyas sobre mi cabeza y presionando con su sexo en mi estómago.

—¿Qué lugar prohibido? — Pregunto sin aliento.

—Mi habitación. — Señala y comienza a succionar mi cuello. Levanto la cabeza para saborearlo y me encuentro de nuevo con el cuadro del Cupido herido.

—Si las consecuencias son éstas estoy dispuesta a pagar por ello. — Mi voz suena ronca por el deseo. Enredo mis piernas en su cintura. Tristan me mira preguntándose algo, no estoy segura de qué.

—¿Sean las consecuencias que sean? — Me muerdo el labio. Creo que significa que quiere mostrarme una parte de él que aún no he conocido y eso hace que inmediatamente me sienta ansiosa por conocerla.

—Sí...

—No voy a ser dulce, Luna, tienes que saberlo. Y mucho menos aquí, en mi cama. Así que estás a tiempo de pararlo, si quieres pararlo. — La respiración se me acelera.

—Confío en ti.

Tristan me mira complacido con mi respuesta. No dice nada. Sólo vuelve a la carga besando mi cuello y descendiendo sus labios lentamente hasta llegar a mi pecho. Saca mis senos por encima de la copa del sujetador y los succiona sensualmente, terminando su degustación con un pequeño mordisco en el pezón. Me retuerzo al notar una corriente eléctrica sacudir mi cuerpo.

Continúa su descenso en dirección a mi sexo, posando las palmas de sus manos en la cara interna de mis muslos, abriéndome todo lo que mi cuerpo da de sí para él. Muerde mi sexo, por encima de la tela de las braguitas, e inconscientemente presiono mi pelvis contra su boca. Mi gesto le provoca y me dedica una mirada que cabalga entre la sensualidad y la malicia. Vuelve a morderme y gimo. Repite la acción una y otra vez hasta volverme completamente loca.

—¡Tristan! — Grito su nombre en una súplica silenciosa. Atiende a mi llamada colocándose de nuevo sobre mí y mordiendo mi labio inferior.

—Qué. Qué quieres. Dilo. — Estoy a punto de pedirle que me “haga el amor” de nuevo, pero sé que no es lo que quiere oír y sé que no es lo que voy a recibir de él en estos momentos. Él me ha aclarado ese punto antes de

hacerme líquido de esa manera.

—Fóllame. — Susurro con miedo.

Jamás había pedido algo así, tan duro, tan crudamente. Pero es lo único que él está dispuesto a ofrecerme aquí, en su santuario, en su intransitada cama.

Tristan muestra una sonrisa de satisfacción al oír mi súplica. Se incorpora de repente y me hace girar sobre mí misma, colocándome boca abajo y sorprendiéndome por su actitud.

—Levanta las caderas. — Me exige mientras tira de ellas, dejándome casi a cuatro patas.

¡Oh, dios! ¡Esto promete ser intenso! Desciende lentamente mis braguitas hasta dejarlas a la altura de mis rodillas y se aferra a mis caderas.

Esta vez no va a pedirme que lo mire, así que cierro los ojos esperando su inminente ataque. No tarda en llegar. Siento su fiera estocada en mi interior y lo siento llegar hasta mis entrañas. Grito ante la sorpresa y también por la punzada que siento en mi interior.

—¡Ah, Tristan! — Se para y abro los ojos de golpe.

—¿Qué? ¿Estás bien? ¿Quieres que pare? — Pregunta siseando entre dientes.

¿Quiero? No lo sé. Aún no me ha dado tiempo a acostumbrarme. No digo nada y Tristan comienza a mover sus caderas mientras lo siento en mi interior. Quiere que me acostumbre y... puedo hacerlo. Puedo por lo mucho que deseo hacerlo. Porque quiero conocerlo de verdad, llegar al trasfondo de su problema y... ayudarlo a que lo solucione, conmigo.

Vuelve a salir de mí y me preparo, acogiendo en mis pulmones todo el aire que puedo. Vuelve a entrar con crudeza en mi interior, provocando que nuestros cuerpos suenen al chocar. Vuelvo a gritar, pero mi grito suena mucho más a placer esta vez. Y es lo que siento. Un placer infinito. Como si pudiera conectar con la parte más animal de mí.

Antes de que vuelva a repetir su gesto, me aferro a un cojín que hay sobre la cama de Tristan y lo muerdo con fuerza. Eso hace que mitigue mi grito incontrolado. Ahora el placer es infinito. Quiero más. Mucho más.

El hecho de que haya encontrado la forma de acallar mis gritos hace que Tristan se encienda más y reduce el tiempo de espera entre estocada y

estocada.

Siento su mano surcar mis rizos de repente y tira hacia atrás de mi cabeza a la par que él se recuesta más sobre mí.

—Dime que esto te está volviendo tan loco como a mí. — Escucho su voz en mi oído. No puedo responder y ni siquiera puedo soltar el cojín que sostengo con mi mandíbula más que apretada entre mis dientes. — Dilo. — Me ordena introduciéndose más dentro de mí. Emito un sonido parecido a una afirmación que suena extraño por culpa del cojín. — ¿Sigo entonces? — Vuelve a parar, moviendo sus caderas mientras sigue en mi interior y yo gruño al sentir como las paredes de mi sexo se tensan a su alrededor. — Dímelo, Luna. ¿Sigo?

—Sigue, por lo que más quieras. No pares. — Suplico sabiendo que ya estoy en caída libre camino a uno de los orgasmos más bestias de mi vida.

Tristan vuelve al ataque, con mi pelo en su mano y su boca en mi oído. Sus gemidos me hacen delirar. Su aliento me quema en la piel. Grito con fuerza. Ya estoy en medio de la gloria. En mitad de un tórrido orgasmo que me deja prácticamente sin voz. Pero él no se detiene y sigue su duro ataque hasta dejarme sin fuerzas entre continuas réplicas de mi orgasmo. Finalmente, y tras una última y fiera embestida escucho su quejido y siento el peso de su cuerpo sobre mí.

Estoy exhausta. Nunca había vivido algo tan intenso y tan apasionante con un hombre. Tristan se deja caer a mi lado, mirando hacia el techo. Tiene la respiración agitada y una bonita sonrisa, que va dirigida a mí.

Estoy a punto de decirle que lo amo con toda mi alma, no obstante, me detengo en el último segundo. Lo estropearía todo. Sobre todo, cuando escucho la canción de Julia Martín “ImpoSSible Love” sonar en el hilo musical y me siento tan identificada con el mensaje.

—¿Estás bien? — Me pregunta cuando ha recuperado algo de normalidad en su respiración.

—Ajá. — Contesto sonriente. Estoy más que bien, ahora mismo, que lo tengo junto a mí. Un poco dolorida, pero si tuviera fuerzas lo repetiría de nuevo. Una y otra vez. Dentro de unas semanas no estaré tan bien como ahora, eso es irrefutable.

—Eres increíble. — Dice besando mi frente.

—El mérito ha sido todo tuyo. — Admito con timidez.

—Te equivocas. Jamás he tenido entre mis brazos a alguien más deseable, sensual y embriagadora que tú. Ven. Vamos a levantarnos o nos quedaremos dormidos. — Dice levantándose y tirando de mí. Tengo que hacer un enorme esfuerzo por levantarme.

Nos vestimos y salimos de la habitación de Tristan. Aunque yo me llevo en mi mente el recuerdo de ese cuarto, ese cuadro y sobre todo ese momento de pasión extrema.

Volvemos a la sala de fiestas, en donde quedan menos invitados. Veo a Ana bailando con su nuevo ligue. Me guiña y le devuelvo el gesto. ¿Quién nos iba a decir a nosotras que nos veríamos en éstas?

Tristan me ofrece otro cóctel, que acepto de buena gana porque parte de la borrachera se me ha esfumado en su cama y porque estoy sedienta después de tanta acción.

Bailamos un rato más, aunque más tranquilamente y también con la participación de varios invitados que desean bailar con Tristan y conmigo. Ya no veo a la tal Nika por ahí, y Mila parece entretenida con un chico muy mono. Así que me relajo y me dejo llevar por la alegría de la fiesta y me contagio por la sonrisa tan bonita que tiene hoy Tristan en su rostro.

TRISTAN

Estoy despidiéndome de Mila y su “amiguito” que se ha adjudicado para esta noche. Luna está despidiéndose de Ana a pocos metros de mí. Son los últimos invitados de la fiesta que he organizado con la ayuda de Mila que quedan en mi casa. Los demás se han ido hace rato y al fin nos quedaremos Luna y yo solos.

Cuando Mila se va me despido de Ana también.

—Adiós Ana. Espero que te hayas divertido.

—¡Ha sido una fiesta increíble, Tristan! — Me besa con fuerza la mejilla y me abraza. No estoy acostumbrado a tanta efusividad femenina sin que tenga un interés sexual sobre mí. Pero me gusta. Me resulta fresco.

—Un placer contar con tu compañía.

—Nos vemos el lunes en el trabajo. — Se despide Luna.

—Sí. ¡Cuídamela, Moore! — Me amenaza con un tono guasón.

—A la orden.

Luna y yo nos quedamos contemplando cómo Ana y su acompañante se van y, cuando han salido del recinto privado de la casa, nos miramos.

—¿Vamos a pasar la noche aquí? — Pregunta con timidez.

—Sí. Tenía que venir a darle una vuelta a la casa y no me apetecía hacerlo solo. Vamos dentro. — La cojo de la mano y volvemos al interior. Está todo hecho un desastre. Pero ha sido una buena fiesta.

—Esto va a ser duro de limpiar. — Apunta ella mirando a todos lados.

—El lunes vendrá Juana, la chica que limpia. No te preocupes por eso. Ven, vamos a relajarnos un rato. — La llevo escaleras arriba, aunque esta vez nuestro destino es la azotea. Pulso el código que abre la puerta de mi lugar favorito de la casa y Luna se queda patidifusa al ver lo que hay tras ella. — Desde aquí hay unas vistas preciosas. Sobre todo de noche. — Le digo y me acerco al enorme jacuzzi que tengo en la azotea. Lo acciono para llenarlo de agua caliente y burbujas. — Ponte cómoda. Voy a por algo de beber y de picar. — Luna me mira escandalizada. Debe pensar que soy un pijo. Pero es que lo soy. Esta casa es una de mis grandes tesoros.

En seguida estoy de vuelta y me alegra mucho ver que Luna está disfrutando de un buen baño y con un gesto de disfrute total.

—Esto es maravilloso. — Me dice sonriente.

—Toma, come algo. — Le paso una bandeja de canapés y se la coloco junto a su cabeza. — Y aquí tienes otro cóctel. — Lo dejo todo en una mesita junto al jacuzzi y me quito mi ropa. Pongo algo de música de relax en un dispositivo musical. Después entro en el jacuzzi y me acomodo junto a ella. — ¿Verdad que es genial? — Pregunto disfrutando de las vistas de Madrid.

—Mmmmm. — Dice con un ruidito de placer. — No entiendo cómo teniendo esto te alojas en un hotel.

—Cuando vengo por trabajo me gusta estar con mis compañeros y meterme de lleno en el trabajo.

—¿Vienes mucho por Madrid? — Pregunta nerviosa. Creo que está tanteando la posibilidad de que nos veamos en el futuro. Pero, por mucho que deseara hacerlo, no le haría eso a ella. Ni a ella ni a nadie. No soy una buena opción. Ni siquiera soy una opción.

—No mucho. Hacía un año que no venía.

—¿Por qué no has llevado a ninguna mujer a tu habitación? — Me sorprende su pregunta. Sin embargo, se merece una contestación.

—Te he llevado a ti...

—Sabes a lo que me refiero. — Me reprende.

—No quiero hacerlo algo personal. Ni quiero que se aireen por ahí mis cosas personales. — Contesto mirando al cielo. — Supongo que contigo no tengo ese problema porque ya sabes parte de mi problema y si quisieras perjudicarme tenías material de sobra para hacerlo antes de entrar en mi casa.

—¿Qué es lo que realmente te pasa, Tristan? — Me tenso al escuchar su pregunta tan directa.

—Luna, no debo hablar de eso con nadie. No te ofendas, pero no es apropiado.

—Ya me contaste lo de tu “somnifobia”. — Insiste. — Pero sé que hay algo más.

—Luna, ahora no. Por favor. — Le pido y cierro los ojos. Cansado de que mi problema siempre tenga que aparecer para empañarlo todo. Pero, su repentino silencio no me calma. Al revés. Abro los ojos y la miro. Está

dándole vueltas al tema. — Esta bien. Pregunta.

—¿Qué te pasó el otro día en Gran Vía? — No pierde el tiempo y me lanza su dardo venenoso.

—Me dio un comienzo de ataque de pánico. — Me mira con lástima en los ojos.

—¿Te dan muy a menudo?

—Depende. Si la situación se me complica inesperadamente y no tomo la medicación sí. Pero hacía mucho que no me daba uno porque siempre he marcado bien las fronteras de lo apropiado para mí y lo inapropiado, y no había dejado nunca la medicación a un lado. — Confieso mirando el cielo estrellado. Todavía no sé qué mosca me picó para no tomar la medicación estando con Luna, pero no me arrepiento porque todo ha sido mucho más intenso y, si volviese atrás, lo haría de nuevo así. Pero sólo con ella. Con nadie más me arriesgaría de forma tan irresponsable.

—¿Fue culpa mía? ¿Yo hice que te pusieras así? — Frunzo el ceño.

—¡No! ¡Si tengo que culpar a alguien sería en todo caso al hijo de puta que mató a mi madre! Tú no tienes nada que ver.

—¿Qué tiene que ver lo de tu madre con lo que sucedió en ese momento? ¿Qué te sucedió para ponerte así? — La miro y me siento una mierda por culpa de mis taras mentales. No me apetece que le salpiquen a ella.

—Que una camarera muy atractiva me dio a entender que se podía acabar enamorando de un majara como yo. — Le digo mientras cambio de posición y me coloco sobre ella. — Pero luego me di cuenta de que sólo eran imaginaciones mías porque esa camarera del infierno lo que verdaderamente hace es huir de mí.

—Yo no creo que estés majara. — Dice con una cara de inocencia adorable.

—Yo discrepo sobre eso.

- Sigo sin comprender qué tiene que ver lo que le pasó a tu madre contigo y conmigo, Tristan. — Suspiro.

- Yo no soy de las personas que piensan que el amor saca lo mejor de uno, sino todo lo contrario. La persona que asesinó a mi madre decía amarla intensamente y, sin embargo, la mató delante de sus hijos. Juan decía amarte,

pero te pegaba y te trataba mal. — Luna palidece ante mi confesión. — No creo que el amor sea positivo. Sólo lo es cuando es correspondido, pero, eso no dura eternamente, y, cuando una de las partes deja de amar a la otra, saca lo peor del ser humano. Pero no vamos a discutir en una noche tan estupenda como ésta, ¿verdad? — Niega con la cabeza. — Genial. — La beso. Me sobresalto ante la sorpresa de ver que Luna toma las riendas de la situación colocándose sobre mí en un movimiento bastante grácil. — Vaya, mi camarera favorita quiere llevar el control.

—Me gusta esta canción. ¿Quién es?

—Florence Welch, la canción se llama “Patricia”. — Digo mirándola embobado.

—Quiero hacerte el amor. — Ha vuelto a decirlo. Y no me causa repulsa su declaración. Al contrario. Estoy deseando que me muestre qué es lo que me estoy perdiendo de la vida. Pero el miedo me paraliza. — Es mi primera vez en un jacuzzi. — Comienza a besar mi cuello y a deslizarse sobre mí, haciendo que se me olvide mi miedo por un momento. Sé que mientras me tenga sumergido en el hechizo de su sensualidad no pensaré en ello.

—Haz lo que deseas conmigo. — Le digo y la beso ardiendo de deseo por ese endiablado ser que hace que nunca pueda saciar mi sed de ella. Quiere hacerme el amor y yo estoy permitiendo que lo haga.

Con un movimiento certero me introduce en ella y contengo la respiración. Me quedo quieto observando la diosa que se mueve sobre mí, me besa, me acaricia, me hace sentir tan especial y tan vulnerable a la vez que me siento frágil ante su embrujo.

Es toda ternura y sensualidad y produce un efecto en mi pecho que no reconozco. Siento que mi corazón se quiere salir de su lugar, cabalgar por mi garganta y asomarse por mi boca. Para alojarse en ella a través de sus deliciosos besos. La ternura nunca ha sido algo atractivo para mí, pero ahora mismo siento que estoy a punto de tener un orgasmo más rápido de la cuenta, y es su delicadeza y todo lo que su cuerpo me está diciendo en estos momentos lo que hace que mi deseo se eleve de categoría.

—Luna. — Pronuncio su nombre como si fuese una plegaria liberadora.

—Déjate llevar, mi adorado majara. — Me pide. Estoy a punto de explotar.

—Me gustas mucho, demasiado...

No he debido decirlo, y, sin embargo, me siento liberado cuando lo hago. Ambos nos corremos a la vez y nos quedamos durante un rato fundidos en uno y abrazados.

Es media noche y me acabo de despertar de golpe. No ha sido la típica pesadilla, pero ha sido sin duda alguna una horrible pesadilla. En mis sueños, Luna se besaba desafortunadamente con otro hombre frente a mis narices, justo después de que yo le pidiera que me olvidara. Ha sido una auténtica agonía presenciar eso. Aunque no me he despertado en medio de un ataque de pánico, pero eso ha sido más bien porque me he despertado junto a ella, mi amuleto para dormir. Al verla junto a mí, mi mente se ha serenado en seguida.

Luna duerme plácidamente con uno de sus brazos sobre mí y yo la observo extrañamente tranquilo. Normalmente, cuando veo a alguien dormir me tenso. Sobre todo, si esa persona me importa, y Luna me importa. Me importa mucho, para ser sincero. Demasiado.

Ahora la tesis de John, mi terapeuta, cobra cada vez más sentido. Él opina que me estoy enamorando de Luna. Algo que, hasta el momento, había evitado con todas mis fuerzas que sucediera con toda mujer que se cruzaba en mi camino. ¿Por qué con ella he sido diferente desde el principio? ¿Por qué no he hecho nada para evitarlo? ¿Podía evitarlo? No estoy seguro.

Acaricio su bello rostro dormido y por primera vez siento paz al contemplar a alguien así, sumergida en un profundo sueño. Creo que tiene más que ver con que tengo la sensación de que se siente tranquila a mi lado. Me hace sentir gigante verla así, tan tranquila, relajada y serena, y pensar que es gracias a mí.

Miro el techo de mi habitación y pienso en todo lo que mi vida ha cambiado en una simple semana y media, junto a Luna. La he llevado a mi habitación en el hotel, la he traído a mi casa y... a mi habitación.

Cupido herido por la flecha del amor me observa desde la parte superior del cabecero de mi cama y me recuerda lo imprudente que estoy siendo. Ese cuadro lo colgué ahí para recordarme siempre el motivo por el que he evitado toda mi vida el amor. También tengo uno similar en mi habitación de mi casa

de Los Ángeles. Pero, nunca he necesitado que me recordaran los motivos por lo que no quería caer en las garras del amor. He sido testigo de la desolación que deja tras su marcha. Sé lo que pasa cuando el amor acaba. Y, también sé que me estoy enamorando de Luna, pero estoy a salvo siempre que ella no lo haga de mí. No sería una buena opción.

Ahora la ansiedad me ciega, pero no desemboca en ataque de pánico. ¿Puede que sea por lo que John me dijo en nuestra última conversación? Porque no puede ser que me haya curado también de esto. De esto es de lo único que no quiero ser curado, jamás. El tema de los sueños era otra cosa. Necesito dormir para vivir. Al amor no.

Y, sin embargo, miro a Luna y siento que ya no puedo vivir sin ella. Maldita sea...

Son las siete de la mañana y sé que ya no dormiré más. Así que me levanto y me obligo a separarme de Luna para pensar bien lo que voy a hacer.

Me pongo unos pantalones de chándal, cojo mi móvil y salgo de mi habitación con sumo cuidado de no despertarla. Bajo las escaleras y rebusco algo en el frigorífico que pueda emplear como desayuno. Preparo el café y unas tostadas con un poco de todo y salgo al jardín trasero para desayunar en tranquilidad mientras estudio mis próximos movimientos.

Mientras pienso y pienso echo un vistazo a las redes sociales. En Instagram vuelve a aparecer una foto mía y de Luna, juntos, durante la fiesta de anoche en mi casa. ¡Ten amigos para esto! ¿Quién me habrá vendido esta vez?

Es una foto bonita. Salimos ambos bailando y riendo, disfrutando de la fiesta, pero se nota que ambos estábamos sintiendo lo mismo en esa mirada del uno al otro: no había nadie más, sólo nosotros, a pesar de estar rodeados de gente.

Veo también unas fotos un poco más antiguas de Luna en mis brazos. Fueron tomadas en el Retiro, cuando la metí bajo el agua de los aspersores que regaban el césped. Sí que nos hizo unas bonitas fotos ese cabrón paparazzi...

Salgo de las redes sociales porque no quiero seguir viéndolas. Me va a ser complicado parar todo esto y aún no estoy seguro de qué voy a hacer ni cómo. Simplemente, después de unos largos minutos pensando, decido no pensar más y actuar por impulso, siguiendo mis instintos, los que siempre me

han guiado, y hago una compra que va a cambiar mi vida para siempre.

Espero no arrepentirme de esto. Espero que sea lo mejor para los dos.
Ambos lo merecemos.

LUNA

Me despierto en una habitación oscura y Tristan no está a mi lado. Me incorporo de golpe y me encuentro de nuevo con ese cuadro. Ese dios herido de amor. Parece que me mira y en su mirada se advierte el dolor. Un dolor intenso y desgarrador. ¿Es todo culpa de ese extraño que mató a su madre? Suena a motivo suficiente. Pero no quiero que lo sea. No quiero rendirme con él. No quiero pensar que él no tiene solución. Así como tampoco quiero pensar que yo no la tengo. Me gustaría que viese el lado bonito del amor de mi mano. Yo también he conocido el mal amor, pero Tristan no tiene nada que ver con él. Tristan es amable, cariñoso, respetuoso y sé que jamás haría nada para herirme adrede. Me gustaría que él se viese como lo veo yo, porque estoy segura de que todo su problema tiene que ver con la forma en la que él se ve a sí mismo frente al amor.

Me levanto de la cama y busco algo que ponerme para cubrir mi desnudez. Mi ropa se quedó anoche en esa azotea, junto al jacuzzi. Así que rebusco algo en los negros cajones de la habitación y encuentro una camiseta blanca y unos pantalones de chándal de Tristan. Aunque también me encuentro con el retrato de una mujer preciosa. Me pondría celosa si no hubiera reconocido la mirada azul de esa pobre mujer: es la madre de Tristan.

Tristan la guarda en sus cajones como guarda su recuerdo; con dolor. No quiere dejarla salir del cajón para no tener que enfrentarse a su pérdida constantemente. Pero tampoco se deshace de su recuerdo.

Dejo la foto en su lugar y salgo de la habitación. Mis pies desnudos descienden las escaleras hacia la parte inferior de la enorme casa. A la derecha de los pies de la escalinata está el salón donde anoche celebramos la gran fiesta. Entro y exclamo un taco al ver el estropicio. Pobre mujer de la limpieza...

Al fondo del salón hay una puerta de cristal que da a un jardín trasero y allí es dónde me dirijo.

Abro la puerta y veo a Tristan, en el jardín, tumbado sobre una hamaca, con los ojos cerrados y agitándose de vez en cuando. Creo que está dormido. Por eso me acerco con sigilo.

—¡No! — Se queja en sueños. Me paro justo frente a él y me quedo

quieta, entristecida por lo que veo. — ¡No! ¡Vete! ¡Déjala! — Se queja aún más fuerte y su cuerpo comienza a dar fuertes sacudidas.

—¡Tristan! — Trato de despertarlo cogiendo su rostro con las dos manos. — ¡Tristan, despierta! — De pronto, sus ojos se abren en el acto de par en par. Una rabia impresionante le ciega. Siento sus manos presionando mi cuello. Se incorpora y de un movimiento rápido soy yo la que se encuentra de repente tumbada boca arriba en la hamaca, con sus manos presionando con fuerza mi garganta, quedándome sin aire.

—¡Te voy a matar! ¡Argggg! — Me grita. Quiero gritarle yo también que pare, pero no me sale la voz y el aire no me llega a los pulmones. Trato de tirar de sus manos, pero no tengo fuerzas. Pero de repente despierta del trance y me ve al fin, soltando las manos de mi cuello. — ¡Luna! ¡Joder, pequeña, lo siento! — Comienzo a toser y siento sus manos acariciando mi cara. — Joder, joder, lo siento. Estaba soñando con...

—Tranquilo. — Digo con un hilo de voz. — Ha sido una pesadilla. — Me incorporo un poco. Tristan está sentado y me mira perdido. Agacha la mirada al suelo y esconde su cara de mí, entre sus manos.

—Menuda mierda... casi te mato.

—No ha pasado nada. — Trato de calmarlo acariciando su espalda. Aunque sigo estando muerta de miedo por lo que acabo de ver.

— Lo siento, de verás. No volverá a pasar. — Al fin me mira de nuevo y parece que con su promesa me está diciendo adiós.

—No ha sido nada. Todos tenemos pesadillas, Tristan. — Trato de calmarlo desesperadamente. Él sonrío forzosamente.

—Desayuna algo. Quiero pasar el día en la cama contigo y necesitarás reponer fuerzas. — Al fin vuelve a sonar como el Tristan que yo conozco e incluso me besa con sensualidad.

No puedo negarme a su oferta.

De hecho, su oferta comienzo justo después de que yo terminara mi desayuno. Me levantó entre sus brazos, tiró al suelo lo que había sobre la mesa del jardín y me poseyó allí, sobre la mesa del jardín.

El resto del día lo pasamos entrelazando nuestros cuerpos en varios lugares de la casa de la casa de Tristan.

Tuve una sensación diferente con él. Tuve la impresión de que estaba

diciéndome algo con su cuerpo que no sabía poner en palabras.

El momento de la despedida llega ahora, al anochecer. Tristan y yo vamos sumergidos en un incómodo silencio en su coche, dirección a mi casa. Él me dejará allí y se irá al hotel Verona, donde se sigue hospedando, según él, hasta que el rodaje de la serie termine. Le he preguntado qué hará después, cuando haya terminado. Tengo miedo de su respuesta, porque sé que existen más posibilidades de que se vaya cuando haya terminado su trabajo. Pero quiero oírlo de sus labios. Quiero que me diga que, después de los días que hemos vivido juntos, será capaz de irse sin más y hacer como si este sueño no hubiera sucedido. Eso me dará más fuerzas para olvidarlo. Pero no ha contestado. Sólo me ha mirado durante una fracción de segundo y ha vuelto a enfocar la mirada en la carretera.

Yo sigo esperando, en silencio, a que conteste mi pregunta.

Tristan aparca su coche frente a mi edificio y aguarda con el coche en marcha a que yo me baje.

—No me has contestado. — Insisto de nuevo antes de decir adiós.

Noto su mirada clavada en mí, aunque no me atreva a mirarlo, pero la noto. Quiere decirme algo y no sabe cómo. No me gusta nada esta sensación.

—¿Te veré mañana? — Su pregunta me coge por sorpresa y es entonces cuando lo miro.

—¿Quieres verme mañana?

—Sí... mañana tengo un día duro en el set, no creo que pueda ir a la cafetería con el resto de mis compañeros porque tengo que rodar todas las escenas que no rodé durante el jueves y el viernes. Pero... si puedes... me gustaría que vinieras al hotel por la noche.

—No me has contestado a...

—Te contestaré mañana. — Suspiro. ¿Está pensándose lo nuestro? Si su plan fuera irse me lo habría dicho igual de claro que siempre. Me sonrío con temor y le devuelvo la sonrisa. — Te voy a echar de menos en mi cama. — Dice y me besa con ternura. Siento la caricia de su lengua en la mía y me dejo llevar por todo lo que siento por este hombre. — Te voy a echar mucho de menos.

—Estás consiguiendo que me enamore de ti. — Mis labios hablan sin permiso de repente y me maldigo enseguida por lo que acabo de decir. Cierro mi boca cuando siento que se corta su respiración mientras me besa. Pero ya

no puedo volver atrás. Lo he dicho...

—No... joder. — Tristan cierra los ojos y apoya su frente en la mía. — Dime que no...

—¡Lo siento! — Me tapo la boca con la mano, como si así pudiese desdecirme. No puedo y ya lo he soltado. Tristan me mira con el terror más intenso en sus ojos. — Tristan yo...

—No te preocupes. — Dice sonriendo con esfuerzo. — No te arrepientas de haberlo dicho. Necesitaba oírlo. Y... no he entrado en pánico. Todo está bien, Luna. — Me da un rápido beso y se gira para mirar hacia su volante. — Es mejor que te vayas, es tarde y estarás cansada.

—¿Estás bien? — Pregunto preocupada cuando veo que está estrangulando el volante con sus manos. Me mira sin saber qué decir.

—Estoy bien. Mañana te veo. — Asiento sin saber qué más añadir después de mi torpeza.

Cojo una bolsa con mi ropa, porque llevo puesta la ropa de Tristan y abro la puerta del coche para salir. Pero cuando ya tengo un pie en el asfalto, Tristan tira de mi brazo y me vuelve a introducir para darme un beso de película. Escucho su gemido en mi boca y siento que me besa como si le fuese la vida en ello.

—Quédate... — Le pido. Él sabe que no me refiero sólo a esta noche. Me mira con intensidad y sonrío.

—¿Si me quedara serías capaz de enamorarte de este tarado y aceptarlo cómo es o acabarías por ser desdichada a mi lado como con Juan? — Frunzo el ceño.

—Tú no eres como él.

—¿Cómo lo sabes? No sabes nada de mí. Nadie sabe quién soy en verdad.

—Nadie puede fingir durante tanto tiempo. Sé lo que he visto en ti.

—Soy actor, Luna. — Su crudeza me deja sin palabras.

—Entonces puede que me haya enamorado de alguien que no existe. — Digo mirando al suelo. Tristan tira de mi barbilla para que vuelva a mirarlo.

—No soy tan buen actor, aunque me gustaría. — Vuelve a besarme y me aprieta con fuerza contra su boca. — Buenas noches, mi Luna. Gracias por haberme dado todo esto. Mañana hablaremos. Yo también tengo cosas

que confesar y tengo que encontrar las palabras adecuadas.

—Vale. — Me deja un poco más tranquila. Sé lo que quiere confesar. Lo sé. Siempre lo he sabido. Y sé que él también lo sabe. Sólo tengo que ser paciente. — Buenas noches. — Le beso de nuevo. ¡Qué difícil separarme de él! Tristan sonrío divertido.

—Buenas noches, pequeña. — Salgo del coche y me agacho para darle la última despedida.

—Buenas noches Tristan Moore.

Me voy más que feliz hacia mi casa. Creo que al final no ha sido tan mala idea confesarle mis sentimientos. Alguien tenía que tener el valor de comenzar esta conversación. Y me alegro de por una vez ser yo la valiente. Eso es lo que quiero ser desde que lo conocí. Valiente. Quiero tomar las riendas de mi vida. Quiero ser feliz. Quiero ser honesta conmigo misma. Quiero vivir.

El día en el trabajo se me hace soporífero. Un lunes con muchísimo trabajo y sin Tristan como cliente especial. Tampoco han venido sus compañeros del set, supongo que por lo que dijo Tristan acerca de que hoy era un día duro de trabajo en el rodaje.

Anoche no dormí mucho. Esperaba un mensaje de Tristan que nunca llegó. Pero al despertar esta mañana lo encontré. **“Buenos días, preciosa Luna. Nos vemos esta noche a las diez en mi habitación del hotel. Que tengas un buen día.”** A lo que yo contesté con un OK y tres besos.

Gabi y Ana están hoy estresados. Ana me ha dicho que vaya con ellos al cine esta tarde, después del trabajo. A mí me parece estupendo, pero no entiendo a qué vienen esas caras raras y tanta tensión, algo les pasa. Ni tampoco entiendo por qué Gabi ha elegido este momento de mi vida para ponerse en plan seductor conmigo. No es que no me guste el chico, es mono, pero Tristan Moore ocupa la totalidad de mi cerebro ahora mismo y ha sido Tristan el único valiente que se ha atrevido a acercarse verdaderamente a una prisionera como era yo de Juan. Él ha sido mi liberador y no puedo pensar en otro que no sea él ahora, ni nunca más, me temo...

Al fin he conocido el verdadero amor. Y, me da igual si Tristan siente lo mismo que yo o no, sólo puedo estarle agradecida por todo lo que me ha

dado. Sin embargo, algo dentro de mí me dice que él también lo siente. Se está enamorando de mí y, ¿por qué no? Soy suficiente, ¡lo soy! Ahora me siento así. Suficiente para él, suficiente para mí.

Si todo se acabara aquí y ahora, seguiré pensando que lo soy. Seguiré creyendo en mí y lucharé por borrar los estigmas de una relación venenosa que ha durado demasiado para mí. Iré a ese juicio rápido y contaré al juez todo lo que Juan me hizo padecer. Escupiré todo lo que llevo años callando, tragando, dejando pudrirse en mi interior. Vomitaré toda esa mugre y Juan pagará por ser un cobarde e inhumano.

Cuando llega el cambio de turno algo extraño sucede. La tal Nika aparece justo cuando estamos saliendo de la cafetería Ana, Gabi y yo, y, viene sola.

- Hola, ¿podemos hablar? — Me dice en inglés. Ana y Gabi me miran sin comprender lo que dice. Yo miro a Nika sin comprender qué tenemos ella y yo que hablar. Pero la curiosidad me llama y decido acceder a la conversación.

- Claro, dime. — Le digo sin separarme de mis amigos. Ellos no se van a enterar, al fin y al cabo.

- Tristan vino anoche a mi habitación, estaba mal. ¿Qué le has hecho? — Me quedo de piedra. ¿Fue a verla? ¿Anoche? ¿Después de que le confesara mi amor? Un agujero se abre en mi interior al imaginarme el motivo de su visita a la habitación de esa preciosa mujer.

- ¿Qué quieres decir? — Pregunto al borde del llanto, no obstante, consigo contenerlo.

- Venía fuera de sí, creo que se había drogado y... Tristan nunca se droga.

- No sé qué decirte...

- Sólo quiero que sepas que no le haces bien. Que le estás confundiendo y que él siempre será como es, no puedes pedirle que lo deje todo por ti. ¡¿Tienes una idea de lo que le ha costado ser quién es?! ¡Hazme el favor y no seas tan egoísta!

- Yo no le he pedido eso. — Digo intentando tragar el nudo de mi garganta. — ¿Él te dijo algo así?

- ¿Qué pasa, Luna? — Me pregunta Ana nerviosa.

- Un segundo, Ana. — Le pido a mi amiga. Me vuelvo a Nika y busco las fuerzas para continuar hablando con ella. — ¿Por qué fue a buscarte? ¿Qué quería Tristan de ti?

- ¿De verdad hace falta que te dé los detalles? — Las palabras de esa mujer me pulverizan por dentro. Aprieto los ojos para no dejar las lágrimas que guardo campar a sus anchas por mis mejillas. — No quiere defraudarte, Luna. Era Luna, ¿verdad? — Pregunta y asiento lentamente. — Pues Luna, déjalo en paz, te lo digo no como rival, sino como compañera de Tristan. Él dice que no quiere defraudarte, pero que lo hará. Dice que no puede tirarlo por la borda todo ahora, por ti.

- Yo no quiero eso. — Digo llorando finalmente. — Nunca he querido que tire nada por la borda. Yo sólo quería... quererlo, ayudarlo.

- ¿Ayudarlo? ¿Crees que necesita ayuda de una simple camarera? ¡Vamos, nena! ¡Estás hablando de Tristan Moore! Tiene lo que todos luchamos por tener; un futuro prometedor en lo que le gusta. Está a punto de cumplir sus sueños con un papel de protagonista en una superproducción, y tú estás haciendo que se plantee dejarlo todo por ti. ¡Por ti! ¡¿Cómo puedes ser tan egoísta?! ¡Estaba a punto de tener una crisis de ansiedad porque piensa que está siendo injusto contigo! Me costó un mundo calmarlo. Y sé que habéis quedado esta noche, porque él me lo confesó. Pero te pido que pienses bien qué es lo que puedes ofrecerle tú a él y qué es lo que Tristan merece de verdad. Eso es todo. — Nika se da la vuelta y me deja allí, en mitad de la calle, perdida.

- ¡Eh! ¿Qué quería la boca de chorizo esa? — Me pregunta Ana y se percata de que estoy llorando en ese momento. — ¡Oye! ¡¿Por qué cojones estás llorando tú ahora?! ¡Ni se te ocurra hacer caso a la gilipollez que te haya dicho esa porquería de plástico, ¿me oyes?! ¡A Tristan Moore le gustas tú y está rabiosa de celos! ¡Eso es lo que pasa! — Miro a Ana y no puedo evitar romper a llorar como una estúpida.

- Anoche fue a su habitación. — Le digo llorando amargamente y tapándome la boca con la mano.

- ¡Qué! — Ana me abraza boquiabierta. — No... no puede ser... yo he visto lo que le gustas a ese hombre. Yo he visto lo que eres para él, Luna. — Me coge de los hombros para que la mire. Estoy derrumbada.

- Has visto a un buen actor. — Digo con una triste sonrisa recordando

las palabras de Tristan ayer.

- ¡Es un cabrón! — Gabi se introduce en la conversación y Ana y yo le miramos sorprendidas.

- ¡Tú cállate! ¡No le conoces! — Le grita Ana. — Oye Luna. Habla con él. Seguro que se está planteando quedarse aquí, contigo. — Me limpio las lágrimas que no cesan con el dorso de mi mano.

- No creo que se esté planteando algo así si va en busca de otra. Y, de todos modos, no debería hacerlo. Yo no pertenezco a su mundo. Ya está, se acabó Ana. Ha sido bonito, o más bien precioso mientras duró, pero se acabó. Se acabó, Ana. — Me tiembla el labio y vuelvo a la carga con una buena llorera. Ana me abraza sin saber qué más decir.

- Vente a mi casa, anda. Será mejor que hoy no te vea así. Hazle sufrir por un día. Así puede que piense en lo que va a perder.

- ¡Mándalo a la mierda! — Añade Gabi. Suspiro.

- Mira Gabi, si te quedas con nosotras que sea para ayudar. Sino vete para tu casita y punto. — Le riñe Ana mientras me continúa abrazando.

En casa de Ana sigo siendo un alma en pena. Las horas pasan lentas y envueltas en un amargo llanto. Sólo quiero que lleguen las diez y Tristan me llame. Que al menos me dé a entender que algo le importo.

Ana me grita una y otra vez que no sea estúpida, que está convencida de que Tristan se muere por mí. Gabi al contrario, piensa que ya se ha divertido lo suficiente conmigo y se ha aburrido. Dice que habrá ido a por su “nueva víctima”, algo que cobra mucho sentido para mí, pues así es exactamente como me llamó a mí la prensa cuando me fotografiaron con él.

Cuando llegan las diez de la noche estoy al borde de un ataque de nervios. Sentada en el sofá de Ana, con mi móvil sobre la mesita auxiliar, mirándolo fijamente esperando su llamada. Ana y Gabi están también nerviosos y ansiosos por ver qué pasará, pero puedo jurar por lo más sagrado que ni la mitad de la mitad de lo histérica que estoy yo.

Miro el reloj de la pared del salón de Ana, marca las diez y diez cuando mi móvil comienza a sonar.

—¡Es él! — Grito y me abalanzo hacia el teléfono.

—¡Ni se te ocurra! — Me frena Ana poniéndose delante de mí.

—¡Quítate! ¡Déjame hablar con él! — Lloro.

—¿Así? ¿Hecha un mar de lágrimas! ¡Ni hablar!

—¡Ana! ¡Te lo suplico! — Me arrodillo en el suelo y me cubro la cara con las manos para esconder mi llanto. — Lo amo tanto...

—¿Quieres saber qué eres para él o quieres conformarte otra vez con las migajas de alguien? — La crudeza de las palabras de Ana esconde una gran verdad tras ella. La miro sin decir nada. — Por muy Tristan Moore que sea, por mucho dinero, por muy bueno que esté, tú mereces más que ser su simple distracción, Luna. Si es suficientemente hombre sabrá que tiene que demostrar más de lo que ha demostrado.

—Ana, tú no lo entiendes. Él tiene un problema que...

—¡Pues que lo solucione! ¡Tú también tienes los tuyos y estás luchando para solucionarlos! ¡¿O no es así, Luna?! — Me quedo pensativa. Ana tiene razón. He movido ficha para estar con él. He dejado a Juan, he luchado contra ese monstruo y me he puesto en peligro porque Tristan era suficiente motivo para mí. ¿Lo seré yo para él?

—Está bien. — Admito al fin. — Dejaré que piense que me ha perdido. ¡Pero sólo por unas horas! ¡Lo que resista, Ana! — Ana suspira. — No voy a poder aguantar una noche entera sin saber qué ha pasado para que me haga esto él.

—Bueno. Siéntate y trata de aguantar un rato al menos. Luego ya veremos.

Mi teléfono deja de sonar y yo aprieto los ojos. ¡Dios, menuda prueba! ¡Esto es horrible! Vuelve a sonar y aguanto sin responder. El siguiente móvil que suena es el de Ana. Para mi sorpresa, mi amiga sí le contesta, pidiéndome con su mano que permanezca callada cuando me acerco a ella, nerviosa por saber qué va a decirle Tristan.

—Hola Tristan. — Le contesta mi amiga. — No, Luna no está aquí. No sé dónde está. ¿Que había quedado contigo? Bueno, supongo que tras saber que anoche estuviste con la tal Nika esa habrá decidido no ir a verte. — Miro al techo para aguantar el llanto mientras mi amiga le da esa información a Tristan. — ¿Que cómo ha reaccionado? ¿No vas a desmentirlo siquiera? — Me dejo caer de nuevo al suelo y aprieto mis labios para no dejar escapar el lamento que necesito gritar. — Bueno, supongo que estará decepcionada,

Tristan. Ella y yo pensábamos que eras diferente. ¿Que tienes problemas? ¿Crees que Luna no? ¡Te voy a decir tu problema! ¡Tu problema es que eres un cobarde! ¡Déjala en paz y haz tu vida con tus mujercitas! Luna tiene bastante con los suyos y está decidida a salir adelante con todo. — Miro a Ana queriendo creer su afirmación. — Sí, de acuerdo. Adiós, Tristan. — Ana cuelga y me mira. — Quiere que vayas a su hotel. Quiere hablar contigo en persona y... disculparse. — Me dice mi amiga y yo hundo mi mirada al suelo en el que estoy arrodillada.

—¡No vayas! — Dice Gabi.

—¡Es mayorcita! ¡Déjala que haga lo que quiera! — No puedo creer que Ana sugiera que vaya a verlo. La miro y me limpio de nuevo las lágrimas. — Pero no deberías ir si vas a perdonarle sin más. Ni deberías ir con la cara llena de lágrimas y los ojos hinchados de llorar. Si vas, que sea para enfrentar de una vez tu vida como tienes que hacerlo, Luna.

Doy un gran suspiro, me levanto y, sin decir ni mu, me meto en el baño de Ana y me doy una ducha. Derramo todas las lágrimas del mundo bajo el caño de agua caliente y después salgo, me seco, le pido un modelito escandaloso a Ana, me arreglo y cuarenta y cinco minutos después estoy en un taxi en dirección al hotel Verona.

El hombre de la recepción me reconoce, me saluda por mi nombre y me da las llaves de la habitación de Tristan, dice que por orden expresa de él. Yo las cojo, tomo todo el aire que cabe en mis pulmones y me introduzco en el ascensor.

Estoy muerta de miedo cuando llamo a su puerta. No contesta y vuelvo a insistir. Sin respuesta, decido abrir la habitación con la llave que me han dado en recepción. Lo que me encuentro al abrirla me abre las entrañas. Está todo impoluto y... vacío.

Lo único que hay fuera de lugar es un papel encima de la cama, de esa cama donde Tristan y yo hemos hecho magia juntos. Me siento, porque me temo lo que voy a leer en ese papel y abro con mis manos temblorosas el trozo de papel que está plegado por la mitad.

“Mi Luna,

Sé que piensas que soy un cobarde y, tienes razón. No soy capaz de decirte esto mirándote a esos ojos tan increíbles y que tanta paz han traído a mi angustiado corazón.

Me voy. Me voy para no hundirte a ti en mi pozo. Para no salpicarte con mis mierdas, que no he sido capaz de afrontar del todo en esta semana y media, la semana y media más maravillosa de mi vida.

Quisiera decirte lo que realmente siento, pero sería injusto contigo si lo hiciera y... tú no lo comprenderías. No lo harías porque no conoces mi verdadera historia ni quién soy de verdad.

Sólo te pido que no me odies. Yo no te olvidaré jamás. No, imposible olvidar lo único que me ha hecho sentir vivo de verdad.

Guarda tu amor para alguien que lo merezca de verdad y sé feliz con quien pueda darte lo que mereces.

Siempre serás mi Luna, la que brilla para mí en las noches y, para poder seguir creyendo que tu luz me pertenece a mí y sólo a mí he decidido volver a Estados Unidos y cambiaré mi número de teléfono para no poder escuchar o leer un mensaje tuyo que me confirme que me has olvidado o que me odias. También para no caer en la tentación de llamarte y suplicarte que me perdones. Porque, sencillamente, no merezco tu perdón. Voy a ser justo contigo y dejaré que nuestra relación sólo exista en mi mente a partir de ahora.

**Siempre tuyo,
Tristan”**

Acaricio su nombre con los ojos inundados de lágrimas y le digo adiós a un papel que ha destrozado mis sueños en un momento. Él era el que tenía problemas con sus sueños, qué ironía. Yo le he dado los míos, mis noches, mi amor. Y lo único que me queda de él es una triste despedida porque simplemente yo no he sido suficiente motivo.

Ese ha sido su regalo el día de mi veinticinco cumpleaños; una historia de ensueño con un final muy poco feliz. Pero ha sido real, al menos.

Esa noche lloro en silencio abrazada a su almohada, que aún huele a él, hasta que el cansancio me vence y los ojos me pesan de tanto llorar.

Adiós Tristan, gracias por todo lo que me has dado, que es mucho más de lo que te has llevado de mí. Te amo y siempre te amaré.

EPÍLOGO

TRISTAN

¿Alguna vez te has sentido tan maldito que has tenido ganas de arrancarte la piel y dársela de comer a los lobos? Así me siento ahora mismo, en el avión, de rumbo a Los Ángeles.

No sé por qué fui anoche a la habitación de Nika e hice lo que hice con ella. Quería demostrarme a mí mismo que seguía invicto ante el amor, que Luna no me había marcado de por vida, y conseguí lo contrario. De paso he conseguido decepcionar a Luna y causarle un daño que no me atrevo ni a imaginar. No sé cómo habría reaccionado yo si hubiese sabido que ella ha pasado la noche con otro. Y, como no quiero averiguar cuál sería mi reacción cuando eso pase, he decidido irme de su vida y borrar toda conexión.

He acordado con la productora terminar de rodar en los estudios de Los Ángeles un par de escenas que me quedan por rodar para poder darle a Luna la oportunidad de conocer a alguien que realmente esté a su altura sin que yo pueda interferir en ello. Porque, si me quedo en Madrid como realmente deseo, sé que no la dejaría olvidarme. Pero no puedo pensar mucho en eso o me dará un infarto de imaginármela con otro. Porque sin duda lo hará. Conocerá a algún hombre guapo y joven, y, sobre todo, alguien sin taras mentales que pueda disfrutar de ella en todo su esplendor. Yo no puedo. No puedo porque el simple hecho de imaginarme siendo “él” me dan ganas de vomitar. No quiero ser como “él” y lucharé lo que me quede de vida para evitarlo. Aunque eso suponga perder a Luna, la única mujer que he amado y que me permitiré amar en toda mi miserable vida.

Me volcaré en mi trabajo. Me centraré en mis proyectos y cogeré todos los que pueda coger para evitar pensar en lo que acabo de dejar escapar.

Mi vida nunca ha sido fácil, pero esto promete ser lo más duro que he hecho jamás. Es como si me arrancase el corazón del pecho con las manos. Es como si me hubiese quedado sin alma. Es como si cada vez que respiro me abrasara el aire por dentro.

Dicen que el amor lo puede todo. Yo no puedo decir lo mismo. Siempre he pensado que el amor es precisamente el causante de las mayores desdichas. Al menos yo lo viví así. Cuando mi padre acabó con la vida de mi madre porque ella ya no sentía lo mismo por él, comprobé que el amor era

algo peligroso y que debía temer. Por culpa de mi padre desarrolle la maldita Somnifobia y también la Filofobia; un miedo irracional al amor y a ser como él con quien llegase a amar.

Porque si a alguien me parezco de verdad es a él, a mi padre. Dos putas gotas de agua. Dos malditos locos. Dos estúpidos con taras mentales que no se merecen que ángeles como mi madre o Luna nos amen.

Así que lo mejor que puedo hacer es irme y dejarla vivir, feliz, y... sin mí.

CONTINUARÁ...